



# ***La misericordia de Dios***

**MEMORIA DE SÍNTESIS**

PARA LA OBTENCIÓN DEL BACHILLER EN TEOLOGÍA – GRADO EN TEOLOGÍA

**Directora:** Nurya Martínez-Gayol Fernández

**Alumno:** David Abad Cabello

Madrid, diciembre de 2014



# ÍNDICE

<b>INTRODUCCIÓN .....</b>	<b>7</b>
<b>1. La elección de esta categoría.....</b>	<b>7</b>
<b>2. ¿Qué entendemos por misericordia? .....</b>	<b>8</b>
2.1. COMPASIÓN VS MISERICORDIA .....	8
2.2. LA MISERICORDIA DE DIOS EN LA BIBLIA.....	11
<b>3. La misericordia de Dios en los diversos tratados. ....</b>	<b>15</b>
<b>CAPÍTULO 1</b>	
<b><i>Con ternura diriges los destinos del mundo</i> (TEOLOGÍA FUNDAMENTAL).....</b>	<b>19</b>
<b>1. El concepto fenomenológico y teológico de religión .....</b>	<b>19</b>
1.1. <i>La categoría revelación</i> .....	21
1.2. <i>Sentido teológico de la revelación</i> .....	24
<b>2. La revelación cristiana.....</b>	<b>25</b>
<b>CAPÍTULO 2</b>	
<b><i>Tanto amaste al mundo que le has entregado a tu Hijo</i> (MISTERIO DE DIOS).....</b>	<b>31</b>
<b>1. El fundamento del Dios trinitario: el Amor .....</b>	<b>31</b>
<b>2. La lógica del amor trinitario .....</b>	<b>34</b>
2.1. <i>Dar</i> .....	34
2.2. <i>Recibir</i> .....	38
2.3. <i>Devolver (Retornar)</i> .....	39
<b>3. Desarrollo dogmático .....</b>	<b>40</b>

### **CAPÍTULO 3**

#### ***Nunca permaneció indiferente ante el sufrimiento humano* (CRISTOLOGÍA) ..... 43**

<b>1. ¿Cuál es el sentido de la vida de Jesús? .....</b>	<b>43</b>
1.1. <i>El reino de Dios</i> .....	44
1.1.1. LA MISERICORDIA EN PALABRA .....	45
1.1.2. LA MISERICORDIA EN ACTO.....	47
1.2. <i>Para nuestra salvación</i> .....	48
1.3. <i>La pasión (por Dios y el por el hombre)</i> .....	54
<b>2. María, madre de la misericordia.....</b>	<b>59</b>

### **CAPÍTULO 4**

#### ***Renuévanos a su imagen* (ANTROPOLOGÍA TEOLÓGICA)..... 63**

<b>1. El mal como posibilidad: la libertad .....</b>	<b>63</b>
<b>2. Creados (para el bien).....</b>	<b>66</b>
<b>3. Recreados por la gracia.....</b>	<b>70</b>

### **CAPÍTULO 5**

#### ***Seamos uno en la fe y en el amor* (ECLESIOLOGÍA) ..... 75**

<b>1. Qué es la Iglesia.....</b>	<b>75</b>
<b>2. Cómo surge la Iglesia .....</b>	<b>79</b>
<b>3. Aspectos esenciales de la Iglesia según el Concilio Vaticano II .....</b>	<b>82</b>
3.1. <i>Koinonia</i> .....	82
3.2. <i>Diakonia</i> .....	86
3.3. <i>Leitourgia</i> .....	89
3.4. <i>Martyria</i> .....	89

## **CAPÍTULO 6**

### ***Danos entrañas de misericordia* (VIRTUDES)..... 91**

#### **1. Necesitamos del amor: la confianza básica, raíz antropológica de las virtudes teologales ..... 91**

#### **2. La gracia y sus dinamismos de misericordia ..... 92**

##### *2.1. Los dinamismos virtuosos, cauces de misericordia ..... 93*

##### *2.1.1. ORIGEN ..... 93*

##### *2.1.2. LA PREEMINENCIA DEL AMOR ..... 94*

##### *2.1.3. DANOS UN CORAZÓN COMO EL DE JESÚS, DANOS SU FE-ESPERANZA-CARIDAD..... 95*

## **CAPÍTULO 7**

### ***Él parte para nosotros el pan* (SACRAMENTOS) ..... 101**

#### **1. ¿Qué son los sacramentos? ..... 101**

##### *1.1. Lo antropológico, condición de posibilidad para lo religioso..... 101*

##### *1.2. Dimensiones del sacramento: santificar, edificar, dar culto ..... 103*

##### *1.3. Los sacramentos en la Iglesia ..... 105*

##### *1.4. El septenario sacramental ..... 107*

#### **2. Los sacramentos, continuadores de la gracia misericordiosa ..... 108**

##### *2.1. El bautismo: el agua de la vida..... 108*

##### *2.2. Confirmación o crismación: el sello del Espíritu..... 110*

##### *2.3. Eucaristía: Cristo compasivo se parte y se reparte para la vida del mundo112*

##### *2.4. Reconciliación: Alegría del perdón y fundamento de la conversión ..... 114*

##### *2.5. Unción de los enfermos: La misericordia de Dios se hace presente en nuestro sufrimiento..... 118*

##### *2.6. Orden sacerdotal: con los ojos y el corazón puestos en Jesús..... 120*

##### *2.7. Matrimonio: la Alianza del amor ..... 122*

## CAPÍTULO 8

### *Inspíranos el gesto y la palabra oportuna*

(MORAL FUNDAMENTAL, PERSONAL Y SOCIAL) .....	125
<b>1. ¿Cómo es la moral cristiana? .....</b>	<b>126</b>
1.1. <i>Inspirada en Jesús de Nazaret</i> .....	126
1.2. <i>Una moral inseparable de la fe, la libertad y la responsabilidad</i> .....	128
1.3. <i>Una moral con una norma subjetiva: la conciencia</i> .....	132
1.4. <i>Una moral fundamentada y sostenida en el amor</i> .....	135
1.4.1. EL PERDÓN COMO PARTICULARIDAD DE LA MORAL CRISTIANA.....	135
1.4.2. EL MATRIMONIO: EXPRESIÓN DE LA ALIANZA DE DIOS CON SU PUEBLO .....	139
1.4.3. DIOS AMA LA VIDA HUMANA .....	141
1.4.4. LA MISERICORDIA BUSCA LA PAZ.....	143
1.4.5. LA MISERICORDIA SE EXPRESA MÁS EN LAS OBRAS QUE EN LAS PALABRAS: LA JUSTICIA SOCIAL .....	145

## CAPÍTULO 9

### *Recíbenos también a nosotros en tu reino (ESCATOLOGÍA) .....*

<b>1. La escatología, ¿un tratado sobre el más allá? .....</b>	<b>152</b>
1.1. <i>Trata sobre el fin y la consumación (individual y universal) de la creación         y de la historia de salvación</i> .....	152
<b>2. El final de la historia, expresión de la misericordia de Dios .....</b>	<b>153</b>
2.1. <i>Un único Dios en una única historia</i> .....	153
2.2. <i>El reino de Dios, epicentro escatológico</i> .....	154
2.2.1. EL YA Y EL TODAVÍA NO.....	154
2.2.2. LA IGLESIA, PRESENCIA ACTUAL DEL REINO DE DIOS MISERICORDIOSO .....	157
2.2.3. Y UN REINO VIVIDO CON ESPERANZA EN EL RESUCITADO .....	159

<b>EPÍLOGO .....</b>	<b>165</b>
----------------------	------------

<b>BIBLIOGRAFÍA.....</b>	<b>167</b>
--------------------------	------------

# INTRODUCCIÓN

## 1. La elección de esta categoría

Tiene el lector entre sus manos una síntesis de los contenidos teológicos del Bachillerato en Teología. Se trata de una recapitulación elaborada y jalonada desde una lente muy peculiar y densamente significativa: *la misericordia de Dios*. Podríamos haber privilegiado otra categoría –igualmente válida- que sirviera para este cometido; pero la elección de ésta tiene su razón de ser en considerar que estamos ante un concepto síntesis: “la misericordia de Dios ocupa un puesto central en el mensaje cristiano. No es uno más entre los rasgos de Dios revelados por Jesús: Dios es misericordia”<sup>1</sup>; por ello, ésta *clave del Evangelio y de la vida cristiana*<sup>2</sup>, y constituye la vocación misma de la Iglesia.

Pero también somos conscientes de que la elección preferencial de un rasgo divino (por importante que nos parezca) no agota el ser de Dios. Si esto ocurriera, estaríamos abriendo las puertas a la idolatría y separándonos del Dios verdadero, Aquel que es infinitamente mayor de lo que podemos pensar<sup>3</sup>, “más íntimo a nosotros que nosotros mismos”<sup>4</sup>, e irreducible a cualesquiera conceptos. Sin embargo, el ser humano necesita representar de alguna forma las realidades vividas para que estas puedan serle significativas, y por ende, existentes en su percepción. Por ello, a pesar de los riesgos que revisten todas las imágenes de Dios –por imperfectas y aproximadas- necesitamos *nombrar* a Dios, al Dios cristiano, para poder poner sin miedo nuestra vida ante Él y escuchar su cálida palabra hacia cada uno de nosotros. Y creemos que una de las mejores imágenes que tenemos es la misericordia, una *imagen* que es inseparable de una *conducta*.

Así pues, en estas páginas trataremos de mostrar cómo “la misericordia de Dios (revelada por Jesús) invoca a Dios y practica a Dios”<sup>5</sup>.

---

<sup>1</sup> J. M<sup>a</sup> URIARTE, *Acoger y ofrecer la misericordia: Cuaresma 1995*, Monte Casino, Zamora 1994, 9.

<sup>2</sup> Título del libro de W. KASPER, *La misericordia. Clave del Evangelio y de la vida cristiana*, Sal Terrae, Santander 2013.

<sup>3</sup> Cf. SAN ANSELMO, *Argumento Ontológico*: “Dios es el ser mayor que el cual nada puede pensarse” ([www.mercaba.org](http://www.mercaba.org), consultado el 20.10.14).

<sup>4</sup> SAN AGUSTÍN, *Confesiones*, III, 6, 11 ([www.humanitas.cl](http://www.humanitas.cl), consultado el 20.10.2014).

<sup>5</sup> Cf. J. I. GONZÁLEZ FAUS-J. VIVES, *Creer, sólo se puede en Dios. En Dios sólo se puede creer. Ensayos sobre las imágenes de Dios en el mundo actual*, Sal Terrae, Santander 1985, 60-64.

## 2. ¿Qué entendemos por misericordia?

### 2.1. COMPASIÓN VS MISERICORDIA

El significado de los términos *compasión* y *misericordia* no es fácil de dilucidar. En ocasiones se utilizan como sinónimos, pero, más allá de su uso lingüístico particular, hay una propuesta de lectura que defiende que el segundo *compromete* más que el primero:

“La compasión es la capacidad de identificarse con el otro, pero no significa el compromiso propio de la misericordia que es librar al que sufre”<sup>6</sup>.

Desde esta perspectiva, se dice de Dios que es fundamentalmente misericordioso, porque siempre actúa; y que no es meramente compasivo, como quien desde lo alto de una atalaya contempla un espectáculo que le conmueve. Tal vez esta visión sea algo reductiva en lo que toca a la compasión, de ahí que tras abordar brevemente el contenido semántico de ambos conceptos, explicaremos nuestra opción inclusiva de lectura, que engloba en el concepto misericordia ambos contenidos y que será la categoría elegida.

En nuestra lengua, según el Diccionario de la Real Academia<sup>7</sup>, el término **misericordia**, en su primera acepción, expresa una *virtud que inclina el ánimo a compadecerse de los trabajos (sufrimientos)<sup>8</sup> y miserias ajenos*. **Compasión** apunta a una *sentimiento de conmiseración y lástima que se tiene hacia quienes sufren penalidades o desgracias*. Asimismo, **compadecer** implica *compartir la desgracia ajena, sentirla, dolerse de ella*. Parece, pues, que los términos denotan un estado de ánimo como germen de una actitud benevolente hacia el otro.

No obstante, la idea de compasión no deja de estar bajo sospecha<sup>9</sup>, siendo un sentimiento no bien visto por todos. En el campo de la filosofía, numerosos autores se han posicionado de diversas maneras a favor y en contra de lo que esa **compasión** puede acarrear. Entre los críticos, hallamos a los racionalistas y estoicos como Descartes o Nietzsche: para ellos, este sentimiento necesariamente se vincula con la

---

<sup>6</sup> M-J. HUGUENIN, “La Iglesia de la misericordia”, *Selecciones de Teología*, Vol. 33, 131, julio-septiembre 1994.

<sup>7</sup> [www.rae.es](http://www.rae.es), consultado 29.10.14.

<sup>8</sup> En el avance de la 23ª edición (consultado el 18.10.13) aparecía *sufrimientos* en lugar de *trabajos*.

<sup>9</sup> Para este párrafo, seguiremos a A. VILLAR: *La ambigüedad de la compasión*, en *Compartir la misma humanidad*, Sal Terrae 95/11 (diciembre 2007), 917-930.



tristeza, es confuso y expresa debilidad o egoísmo encubierto. Entre los defensores de la compasión destacan Rousseau y Schopenhauer, para quienes es un sentimiento natural que expresa la bondad originaria del ser humano. Para el pensador francés, en la percepción cierta del sufrimiento que podemos ver en alguien, podemos descubrir una condición compartida: la **fragilidad**. El rostro sufriente del otro nos enseña que formamos parte de una comunidad interpersonal de seres constitutivamente frágiles y dolientes que precisan la ayuda mutua. En este sentido afirma Miguel García-Baró:

Originalmente, la compasión es el dolor por el dolor del otro inocente; ahora vemos que este dolor es también en nosotros mismos una resonancia de nuestra tan comprometida y precaria inocencia<sup>10</sup>.

Mientras que para Keenan<sup>11</sup> la compasión se caracteriza justamente por el compromiso con la situación del otro sin precisar necesariamente la realización de una acción:

La auténtica compasión es, simplemente, sentir con otro. No es necesariamente hacer algo (...). Compadecerte es apropiarte la situación del otro (...). Es un sentimiento, y por tanto, anterior a cualquier decisión sobre la acción (...). La compasión no implica necesariamente acción. Consiste, en esencia, en com-padecer, en sentir solidariamente con otra persona (...). La compasión, pues, nos permite sentir como propios los sufrimientos de otro. Quizá no seamos capaces de aliviar su dolor o quizá, por alguna razón, no debamos ser quienes lo mitiguen. En cualquier caso, lo que tengamos que hacer será consecuencia de lo que sentimos.

En todo caso, la mayor parte de los autores reconocen que estamos ante un sentimiento complejo, y que exige un cierto grado de complicidad o identificación con ese "otro" a quien compadezco:

La compasión se percibe como un sentimiento complejo, pues alberga, al menos, dos sentimientos que coexisten en nuestro ánimo: la tristeza y el temor: el otro me contagia en parte su sufrimiento, que me produce tristeza. Sobre todo, la compasión exige un proceso de identificación con el otro; de ahí que se produzca el temor al descubrir la constitutiva fragilidad humana (...)<sup>12</sup>.

---

<sup>10</sup> M. GARCÍA-BARÓ, *La compasión y la catástrofe*, Sígueme, Salamanca 2007, 88.

<sup>11</sup> Cf. J.F. KEENAN, *Virtudes de un cristiano*, Mensajero, Bilbao 1999, 167-168.

<sup>12</sup> Cf. A. VILLAR: *op. cit.*, 917-930.

Tanto san Agustín como santo Tomás sostenían que la compasión es una actitud que conduce a compartir el sufrimiento de otros, y provoca tener el corazón afligido a causa del dolor de alguien:

Según el de Hipona<sup>13</sup>, “La misericordia es la compasión que experimenta nuestro corazón ante la miseria de otro, sentimiento que nos compele, en realidad, a socorrer, si podemos. La palabra misericordia significa, efectivamente, tener el corazón compasivo por la miseria de otro”. Y dice santo Tomás<sup>14</sup>, “Siendo la misericordia compasión de la miseria ajena (...), siente misericordia quien se duele de la miseria de otro”.

La voz “**misericordia**” en castellano, que proviene directamente del latín, tiene en su contenido una huella de su etimología: la *misericordia* emana del hombre *misericors*, aquel cuyo corazón (*cors*) reacciona ante la desgracia (*miseria*) del prójimo, está con los pobres (*miseri*). La misericordia, por tanto, conecta con algunas de las dimensiones de la sensibilidad humana y parece inseparable de la compasión. Tener misericordia con alguien implicará primeramente percatarse de un dolor ajeno (**com-padecerse**, esto es, “ponerse en la piel” del sufriente, dejándome afectar por él); además, compartir la suerte del otro conducirá a humanizar de alguna forma su existencia dolorida, a levantarlo de su postración, a involucrarse ante el que no me puede ser ajeno, sino prójimo en cuanto próximo.

De ahí que a lo largo de estas páginas vayamos a optar por una definición inclusiva del concepto misericordia, que abarque ambos contenidos aun conscientes de la riqueza y peculiaridad que contienen separadamente: Siempre que hablemos de la misericordia (de Dios o de los hombres) nos estaremos refiriendo a una **misericordia compasiva**, es decir, a la actitud empática (ante *el sufriente*) que es capaz de acercarse, *abajarse*, para intentar remediar su carencia o su dolor. Igualmente, hablaremos de compasión (divina o humana) refiriéndonos a una **compasión misericordiosa** y encarnada, es decir, aquel sentimiento –igualmente empático- que se encarna en una práctica benevolente. Las trataremos prácticamente como sinónimos.

Otro concepto respecto al que deberíamos hacer alguna precisión es el “amor de Dios”. Hablaremos de la misericordia como una forma expresiva del amor. De modo

---

<sup>13</sup> Cf. *La ciudad de Dios*, IX ([www.hjg.com.ar](http://www.hjg.com.ar), consultado el 18.11.14).

<sup>14</sup> Cf. *Suma Teológica*, parte II-IIae, cuestión 30 ([www.hjg.com.ar](http://www.hjg.com.ar), consultado el 18.11.14).

que cuando nos refiramos al **amor de Dios** lo entenderemos como fundamentalmente misericordioso. Bien comprendido que el concepto Amor de Dios es mucho más amplio que el de misericordia divina, lo cierto es que Su misericordia es expresión de Su Amor.

## 2.2. LA MISERICORDIA DE DIOS EN LA BIBLIA<sup>15</sup>

Hay una opinión bastante generalizada de la misericordia como atributo propio fundamentalmente del Dios neotestamentario, y no tanto del Dios guerrero del AT. Así lo expresa Walter Kasper<sup>16</sup>:

Está muy extendida la opinión de que el Dios veterotestamentario es vengativo, mientras que el del Nuevo Testamento es bueno y misericordioso; existen textos que pueden favorecer tal impresión. A pesar de ello, esta visión no hace justicia al proceso de la progresiva transformación crítica de la idea de Dios dentro del Antiguo Testamento ni a la evolución interna de este hacia el Nuevo Testamento. Al fin y al cabo, ambos testamentos dan testimonio de uno y el mismo Dios.

Por otra parte, "la misericordia no pertenece únicamente al concepto de Dios, sino que es algo que caracteriza la vida de todo el pueblo de Israel (...): *es el contenido de la intimidad con su Señor, el contenido de su diálogo con Él*"<sup>17</sup>. El AT lo formula con gran variedad de locuciones, sin pretender con ello dar una definición ajustada de misericordia, pero comunicándonos mucho sobre su contenido interno.

En nuestro recorrido bíblico, el primero de los términos hebreos con que el AT se refiere a la misericordia es **rehamim (o rahanim)**, apareciendo 39 veces<sup>18</sup>, y designa de suyo las "vísceras"; en sentido metafórico señala el sentimiento íntimo, profundo y amoroso que liga a dos personas por lazos de sangre o corazón, como a la madre o al padre con su propio hijo. Estando este vínculo situado en la parte más íntima del

---

<sup>15</sup> Para el estudio de los términos bíblicos que reseñaré me he servido de las siguientes referencias: W. KASPER, *op. cit.*; J. A. MARÍA, *La misericordia de Dios en los padres apostólicos y apologistas griegos del siglo II*, Pontificium Athenaeum Sanctae Crucis Facultas Theologiae, Roma 1996; L. COENEN-E. BEYREUTHER-H. BIETENHARD, *Diccionario Teológico del Nuevo Testamento*, Vol. III, Sígueme, Salamanca 1983; J-Y. LACOSTE (dir.), *Diccionario crítico de Teología*, Akal, Madrid 2007, 783-785; A.A. GARCÍA, *Diccionario del griego bíblico*, Verbo Divino, Navarra 2011; H. BALZ Y G. SCHNEIDER, *Diccionario exegético del Nuevo Testamento*, Vol. II, Sígueme, Salamanca 1998, 1468-1474; P. ROSSANO, G. RAVASI, A. GIRLANDA, *Nuevo diccionario de teología bíblica*, Paulinas, Madrid 1990, 1216-1224; S. GARCÍA (dir.), *Concordancias de la Biblia. Nuevo Testamento*, DDB-Mensajero, Bilbao 1975, 371-372.

<sup>16</sup> Cf. W. KASPER, *op. cit.*, 47.

<sup>17</sup> JUAN PABLO II, *Dives in misericordia*, 3.

<sup>18</sup> J. A. MARÍA, *op. cit.*, 32.

hombre (las vísceras, el “corazón”), indica la sede de los sentimientos. También se traduce por actos de compasión o de perdón. A su vez, este término deriva de **rehem** (el seno materno). *Rahanim* es una variante casi “femenina” de la fidelidad masculina a sí mismo, expresada en el *hesed*.

El AT refiere a Yahvé el término *rahanim*; leemos en Isaías: “¿Puede acaso una mujer olvidarse de su hijo, no compadecerse del fruto de sus entrañas? Aunque ella se olvidara, yo no te olvidaré” (Is 49,15). Este amor fiel e invencible gracias a la misteriosa fuerza de la maternidad se expresa en los textos del AT de distintas maneras. Se trata de un sentimiento que permanece incluso a pesar de la infidelidad humana: “Yo curaré su rebeldía y los amaré generosamente” (Os 14,5).

El segundo término es **hesed**, que a menudo va ligado a *rahanim*. Aparece 245 veces en la Biblia Hebrea<sup>19</sup>, siendo la palabra hebrea que más habitualmente se traduce por misericordia. Su significado principal es el de bondad. Se refiere a la bondad de Dios hacia el hombre o de los hombres entre sí, casi siempre manifestada en forma de piedad, de compasión o de perdón, teniendo como fundamento la fidelidad a un compromiso que puede ser incluso jurídico. “Cuando la Alianza de Israel con su Señor era pervertida por el pueblo, precisamente entonces *hesed*, dejando de ser obligación jurídica, manifestaba su aspecto más profundo: amor que da, amor más fuerte que la traición, gracia más fuerte que el pecado”<sup>20</sup>. El rico significado de *hesed* hace que suela ir asociado a otros términos: **hesed** y **emet** expresan la fidelidad de Dios a sí mismo en el amor. El *hesed* divino también tiene el sentido de permanente asistencia, lealtad, solidaridad y amor debidos, por parte de Yahvé para con el pueblo de la Alianza.

A los dos conceptos señalados habría que añadir tres verbos, usados al lado o en paralelo de *rehamim*. Son **hanan** (mostrar gracia, ser clemente como constante predisposición); **hamal** (compadecer, tener compasión y por tanto perdonar); **hus** (conmoverse, sentir piedad, sentir lástima). Estos dos últimos no aparecen apenas para indicar la misericordia.

Si pasamos ahora de la Biblia hebrea al vocabulario griego de los LXX refleja sobre todo los conceptos del original hebreo, incluso cuando el significado primigenio de los

---

<sup>19</sup> “Es un término común sobre todo en los Salmos y en la literatura narrativa y sapiencial, ausente en la tradición sacerdotal; aunque aparece poco en los profetas, tiene un significado teológico determinante en Isaías, Jeremías y Oseas”. (*Ibid.*, 21).

<sup>20</sup> Cf. JUAN PABLO II, *Dives in misericordia*, 4.

vocablos escogidos no es idéntico por la amplitud de su contenido y por sus matices; de hecho, es menor aquí la riqueza. La observación vale también para el NT, que adopta el lenguaje de los LXX y, con él, toda la tradición religiosa que subyace.

**Éleos** (y sus derivados) es el término griego más utilizado en los dos Testamentos, que suele traducir a *hesed*; pero aquél se sitúa en la esfera psicológica, partiendo de una profunda conmoción de ánimo (enternecimiento) que se traduce en gestos de compasión, bondad, misericordia o beneficencia hacia los más necesitados. Puede estar referido, además, a la misericordia de Dios, del Señor Jesús, o de los hombres. Con un uso muy reducido encontramos **oiktirmós** (sobre todo el vocablo primitivo *oiktos*), que subraya el aspecto exterior del sentimiento de compasión ante el infortunio del otro: conmiseración y condolencia, y luego en piedad y misericordia. Suele traducir a *rehamim*, aunque también a otros que significan mostrar gracia y favor.

Finalmente, con un uso aún más reducido, el sustantivo **splánchna**, que literalmente equivale a *rehamim* (“vísceras”). Sólo aparece una vez en el NT. Partiendo de la sede de la que brotan los sentimientos, expresa condescendencia, amor, cariño, misericordia que nace del corazón y compasión. Por tanto, este término sólo se puede entender teniendo en cuenta el concepto bíblico de **corazón** (*leb, lebab, kardía*), que es el órgano, el centro de la persona, y la sede de los sentimientos y del juicio. Los correspondientes verbos de estos tres sustantivos expresan en forma activa el aspecto de ayuda de este sentimiento: *apiadarse, compadecerse de*; y, en pasiva, el apiadarse en cuanto experiencia personal.

El NT al hablar de la revelación de la misericordia divina subrayará las consecuencias para el comportamiento humano de la existencia de un Dios misericordioso (sentido “descendente”): “Mostraos compasivos, como vuestro Padre es compasivo” (Lc 6,36), así como la consecuencia del obrar misericordioso del hombre en el corazón de Dios (sentido “ascendente”): “Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos obtendrán misericordia” (Mt 5,7). Pero la mayor **originalidad del corpus neotestamentario consiste en transferir a Jesús los rasgos de la misericordia divina de la que hablaba el texto veterotestamentario**. A Dios se le describe como la fuente de esta misericordia de Jesús, que no se duda en situar en sus entrañas (*splánchna*) (Lc 1,78). Además, la misericordia de Jesús hace gala de esta característica “maternal”, manifestando la “piedad” y la “compasión” del que le ha enviado.

En el NT, el verbo *splagchnizomai*, que es deponente pasivo, significa compadecerse, tener misericordia. Aparece 12 veces en los sinópticos. El significado especial del verbo deponente procede del sentido peculiar, que se inicia ya en el sustantivo y que casi siempre se indica claramente por medio de sinónimos, de sentir "misericordia, compasión". Este verbo aparece en tres parábolas de Jesús: Mt 18,27 (el rey que condonó la deuda a su criado); Lc 15,20 (el padre del hijo pródigo); y en la narración del samaritano compasivo (Lc 10,25-37) se menciona con *splagchnizom* (aoristo pasivo) el motivo decisivo para su buena acción con el hombre asaltado: "fue movido a misericordia", "sintió compasión de él". Si en las dos primeras parábolas se designa claramente la conducta de Dios hacia los hombres, vemos que en este capítulo lucano se presenta al samaritano como una persona que "ajusta" sus acciones a la "medida" de la misericordia divina y cumple así la voluntad de Dios.

Aquí *splanchnizomai* supone una actitud existencial que está dispuesta a ayudar a otro poniendo todos los medios necesarios para ello, ya se trate de tiempo, esfuerzos o de la misma vida, en contraposición con la actitud de aquéllos que no se conmueven ante el necesitado. El hecho de que en el relato el ver y el estar-dispuesto-a-ayudar sean una misma cosa, nos habla de que esta actitud misericordiosa determina una serie de auxilios en cadena, que son designados en conjunto con el vocablo *éleos*. Será esta comprensión de la misericordia –que compromete a todo el hombre- la que emplearemos a lo largo de estas páginas.

Dios Bueno se expresa como *amor misericordioso* en su Hijo; éste nos muestra que el mejor camino para ser verdaderamente humano es entregando la propia vida y dando en ello muestras de una verdadera misericordia. Este modo compasivo de actuar propio de Jesús de Nazaret, refleja el corazón de Dios y establece un modo propio de vivir como enviados suyos.

En Cristo hemos redescubierto que el amor es la raíz de la historia, y que el amor concreto es solidaridad que comparte el mal padecido, lo destruye y redime a sus víctimas. *Jesús es la misericordia de Dios que también perdona, además de curar*. El hombre es un ser concreto y salvación implica concreción. Salvación absoluta implica concreción absoluta<sup>21</sup>.

---

<sup>21</sup> Cf. O. GONZÁLEZ DE CARDEDAL, *La entraña del cristianismo*, Secretariado Trinitario, Salamanca 1997, 872. (Las cursivas son mías).

Ignacio de Loyola, en la contemplación de la encarnación<sup>22</sup>, propone al ejercitante considerar cómo comienza a dársenos esa ternura compasiva de Dios, cómo la Trinidad *mira* el mundo, lleno de mujeres y varones necesitados de perdón, conversión y renovación; así, la Segunda Persona se hará hombre para *salvar* al género humano.

Esa *mirada compasiva divina* provoca un movimiento y en éste constatamos el ejercicio de la misericordia divina hecho acto que configurará toda la historia salvífica: la encarnación. A su vez el compromiso activo de Jesús de Nazaret con toda realidad humana comienza también con una mirada llena de afecto –nunca aséptica-, que privilegia las zonas más heridas de la humanidad, mostrándonos un rostro de Dios siempre cercano. La misión de Jesús se actúa desde un com-padecimiento activo y creador por todo hombre y mujer, y una responsabilidad especialmente volcada en quien se siente olvidado y deprimido. Nos invita a hacer lo mismo, dejándonos guiar por el Espíritu<sup>23</sup>.

La misericordia se manifestará verdadera y auténticamente cuando revalide, promueva y extraiga el bien de todas las formas posibles de mal existentes en el mundo y en el hombre. Así entendida, constituye el contenido fundamental del mensaje mesiánico de Cristo y la fuerza constitutiva de su misión<sup>24</sup>.

### **3. La misericordia de Dios en los diversos tratados.**

Esta forma tan *entrañable* que tiene Dios de mirar, com-padecerse y comprometerse con su mundo se cumple –se encarna- admirablemente en su Hijo Jesucristo, guiado por la luz del Espíritu Santo, quien también anima a toda la Iglesia. Por ello, nos ha parecido oportuno tomar las plegarias eucarísticas V/b y V/c -*Jesús nuestro camino* y *Jesús modelo de caridad*, respectivamente- como guías de camino y ayudas para estructurar esta Memoria sobre la misericordia de Dios. El lector comprobará que los títulos de los capítulos corresponden a versos entresacados de estas dos plegarias. Así pues, sumariamente apuntamos el recorrido que vamos a realizar:

En el primer capítulo, dedicado a la **TEOLOGÍA FUNDAMENTAL** (*Con ternura diriges los destinos del mundo*) abordaremos de qué manera es universal en la raza humana la

---

<sup>22</sup> *Ejercicios Espirituales*, 101-109.

<sup>23</sup> “Porque en último término, no hay ninguna realidad que sea sólo profana para aquéllos que saben cómo mirar”. CONGREGACIÓN GENERAL 35 DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS, Mensajero, Bilbao 2008, 88.

<sup>24</sup> JUAN PABLO II, *Dives in misericordia*, 6.

vivencia de un ámbito *sagrado* en el que habita un Misterio benevolente, y qué papel juega la misericordia divina en las religiones, más concretamente en la revelación cristiana. Jesucristo, palabra definitiva y última del Padre, revela la ternura redentora de Dios (su amor misericordioso) con su vida y con el envío del Espíritu, quien perfecciona y plenifica la revelación de esa misericordia para este mundo.

*Tanto amaste el mundo que le has entregado a tu Hijo* será el título del dedicado al **MISTERIO DE DIOS**. Veremos cómo la misericordia universal –que nace del amor-, presente en el corazón de la Trinidad, se nos revela históricamente en la paternidad de Dios –fuente de todo bien (*dar*)-, por medio de su Hijo (*recibir*), y se nos ha comunicado a los hombres como Espíritu (*retornar*). El misterio pascual es el acontecimiento trinitario en el que alcanza su plenitud la revelación de Dios. A lo largo de la historia del dogma y de la teología, se irán buscando y encontrando las formulaciones que clarifiquen el contenido y el sentido del misterio del Dios uno y trino, de un modo cada vez más ajustado y acorde a la luz con la que el Espíritu regala a cada tiempo.

La **CRISTOLOGÍA** (*Nunca permaneció indiferente ante el sufrimiento ajeno*) incidirá en el sentido de la vida de Jesús de Nazaret, el Cristo, quien anunció y encarnó con su ser el reino de Dios, anticipándolo en su persona, por medio de las **parábolas** (*mensajes de misericordia*) y a través de las **comidas y milagros** (*misericordia en acto*). Jesús vivirá su vida de manera “pro-existente”, en beneficio y para la salvación de todos los hombres. Esta salvación significará la liberación de toda opresión humana y el perdón de los pecados, así como la renovación del sentido sacrificial de la muerte tal como era entendida en el AT. El Hijo encarnado vivirá su pasión y muerte (así como la posterior resurrección) transparentando el amor misericordioso del Padre a la humanidad en una vida entregada hasta el final. Por último, veremos en qué sentido se puede afirmar que María encarna en su seno la misericordia del Padre.

En el capítulo de **ANTROPOLOGÍA TEOLÓGICA** (*Renuévanos a su imagen*) esclareceremos la afirmación de la *creatio ex nihilo*: poniendo de relieve que nada hay en todo lo creado que escape de la misericordia de Dios. Todo lo creado (por ser distinto de Dios), es imperfecto, y a pesar de haber sido creado bueno y para el bien, tiene la posibilidad de realizar el mal. El ser humano -creado a imagen y semejanza del Padre- alcanza su redención a través de Jesucristo y en Jesucristo. Es el Hijo -movido por la misma misericordia que mueve al Padre que lo envía- quien lleva a plenitud el proyecto salvífico de Dios para un mundo sumido en una economía de



pecado. Por último (*y por principio*), la gracia de Dios en Cristo por medio de su Espíritu nos es prometida para nuestra renovación continua, por pura misericordia divina.

Esta renovación continua no se nos ofrece de manera meramente individual, sino especialmente como miembros de la comunidad eclesial. En el apartado dedicado a la **ECLESIOLOGÍA** (*Seamos uno en la fe y en el amor*) nos acercaremos a la Iglesia (comunidad cristiana), que se sabe peregrina y misionera en el camino de anuncio del reino de Dios; un anuncio que debe asumir el compromiso de ir instaurándolo en el mundo, según el modelo de Jesús. Así, la Iglesia podrá ser sacramento universal de salvación y de comunión fraterna, mediadora de la misericordia. Además podrá reconocerse santa y al mismo tiempo pecadora, revelando el misterio del Pueblo de Dios. Icono de la Trinidad, la Iglesia de Dios desea cuidar y servir a este Pueblo desde una *diaconía* solidaria, especialmente en favor de quienes más sufren.

En el apartado de **VIRTUDES** (*Danos entrañas de misericordia*) daremos cuenta de cómo la **confianza básica** representa el nudo gordiano de la fe-esperanza-caridad, terna fundamental en las perspectivas antropológica y teológica, teniendo al **amor** como virtud central. Estas virtudes teologales suponen el dinamismo de acogida de la **Gracia** divina y de respuesta de la criatura. Si el Dios que se nos revela, promete y da es un Dios de entrañas misericordiosas, nuestra respuesta deberá nacer de las suyas. En Jesús de Nazaret contemplamos a quien verdaderamente supo tener entrañas de misericordia, quien nos muestra que la fe que justifica es aquella que se hace operosa en la caridad, y que se traduce en acciones misericordiosas.

Séptimo bloque: **SACRAMENTOS** (*Él parte para nosotros el pan*). Los siete sacramentos, cuyo origen es Jesucristo, son signos que están ordenados a ser **continuación** de esa misma misericordia de Dios: edifican, alimentan y fortalecen la fe de los hombres en la Iglesia e impulsan la práctica de la caridad compasiva en la construcción del reino. No son un remedio para los perfectos, sino para los que están en camino, de ahí que la nota de la misericordia les caracterice.

El penúltimo apartado, **MORAL FUNDAMENTAL, PERSONAL Y SOCIAL** (*Inspíranos el gesto y la palabra oportuna*), parte de la convicción de que la moral y la ética cristianas están inspiradas en Jesús de Nazaret, en su modo de saberse consagrado y enviado a ser la misericordia encarnada de Dios. Los creyentes vivimos la manera cristiana de habitar el mundo desde la libertad y la responsabilidad, con la conciencia como norma

subjetiva de la moralidad y sabedores de que el pecado, en el que participamos colectivamente, daña las relaciones con los demás y con uno mismo, pero no tiene la última palabra. El *amor y la misericordia divina* suscitan un movimiento de conversión salvadora y de profundización en las más hondas aspiraciones de la vida humana. Toda la Iglesia se siente enviada a poner en obra el amor, al ejercicio una caridad compasiva y misericordiosa que desea la paz como fruto de la justicia.

Por último, el noveno capítulo versará sobre la **ESCATOLOGÍA** (*Recíbenos también a nosotros en tu reino*), que trata sobre el fin y la consumación (*individual y universal*) de la creación y de la historia de la salvación. Esta salvación es deseada por el Padre de toda misericordia desde la creación (*protología*) y hasta el final de los tiempos. La esperanza cristiana –con el horizonte de la Pascua de Jesús, la experiencia de Iglesia y la resurrección de Cristo- nos abre simultáneamente a un futuro trascendente y a un compromiso inmanente, donde el reino de Dios ocupa una centralidad sagrada. Toda realidad es oportunidad para acoger la misericordia divina y ser cauces de ella o para rechazarla, *aquí en la tierra como en el cielo*.

## Capítulo 1

### ***Con ternura diriges los destinos del mundo***<sup>25</sup> (TEOLOGÍA FUNDAMENTAL)

---

*Te damos gracias y te bendecimos, Dios santo y fuerte, porque diriges con sabiduría los destinos del mundo y cuidas con amor de cada uno de los hombres.* Así comienza el prefacio de la plegaria eucarística V/b del Misal Romano y así queremos encabezar estas páginas: reconociendo agradecidamente al que fundamenta nuestra existencia desde siempre, dotándola de sentido.

Veremos cómo el Dios de la ternura pone su mirada compasiva en este mundo para ofrecerle un proyecto de salvación. Su deseo es revelárnoslo a través de su Hijo Jesús de Nazaret, no por una transmisión intelectual de verdades, sino a través de una Revelación encarnada que apunta hacia el reino de Dios. Esta voluntad emanada del corazón de la Trinidad no responde a una lógica humana, sino a un amor misericordioso *ad infinitum*. Porque este Dios nos conoce por ser obra suya –distinta de Él- y nos sabe limitados, nuestra indigencia existencial está necesitada de sanación, y por lo tanto, de salvación. En razón de su estrechez y de su anhelo de trascenderla, en el suceder de los días y las noches, el *hombre* –varón y mujer- ha preguntado al cielo, buscando respuestas, formulando preguntas, asintiendo o negando lo trascendente o lo inmanente: *Tal vez detrás de aquella nube hay alguien que trabaja lo mismo que nosotros*<sup>26</sup>... La historia nos irá mostrando que el deseo humano de salvación también forma parte de nuestra más honda estructura, capaz de ir más allá de lo sensible, capaz de religarse con Aquél que nos mira, lleno de misericordia, desde siempre y para siempre.

#### **1. El concepto fenomenológico y teológico de religión**

Ya en lo albores de los tiempos, el hombre se ha sabido habitado por un Misterio absolutamente desbordante, que le trascendía en todos los niveles y dimensiones de la existencia. Las distintas religiones (el hecho religioso) se han presentado como “verdaderas catedrales de sentido”<sup>27</sup> –“misteriofanías”- sabedoras de que más allá de lo inmanente, alguna forma misteriosa llamaba al hombre para sí. Existencialmente

---

<sup>25</sup> Seguiré esencialmente el capítulo de Teología Fundamental de P. R. PANIZO, en Á. CORDOVILLA (ed.), *La lógica de la fe*, UPComillas, Madrid 2013, 17-83.

<sup>26</sup> Del poema de León Felipe “Aquí vino y se fue” ([www.amediavoz.com](http://www.amediavoz.com), consultado el 31.10.14).

<sup>27</sup> P. R. PANIZO, *op. cit.*, 41.

hablando, “el *homo religiosus* -que entraña ser más que homínido-”<sup>28</sup> vive su relación con el Misterio (Dios, los dioses, lo Divino) en el ámbito que llamamos de *lo sagrado*, que se expresa a través de mitologías, cosmogonías, teogonías y grandes poemas de las culturas antiguas. A finales del siglo XIX surge la **fenomenología de la religión**, que pretende estudiar sistemáticamente el hecho religioso en su conjunto histórico, describiendo sus elementos esenciales: la esencia de la religión. No se trata tanto de determinar cuál de las formas religiosas es la verdadera religión, cuanto de clarificar teológicamente cuáles son producto del hombre y cuáles “obra de Dios”. Todas son obra humana mediante la cual el hombre quiere responder –con el *reconocimiento* y la *adoración*- a la iniciativa trascendente del Misterio, Uno, que se hace Presencia inmanente mostrándosele al ser humano para **darle sentido y salvarlo**, por medio de la revelación.

Pero, evidentemente, no todas las religiones –aun con una misma Fuente- se comprenden a sí mismas como religiones de revelación, no todas entienden de la misma manera el modo de comunicación de la divinidad. El cristianismo no es una gnosis, una espiritualización desencarnada, o una especulación divina. Desde el **concepto teológico de religión**, la fe cristiana sostiene que el hombre (creado en Cristo a imagen y semejanza de Dios) proviene del amor originario de Dios y se encamina hacia Él. “Según santo Tomás la esencia teológica de la religión es la orientación del ser humano a Dios, y sólo puede darse religión cuando esa relación con Dios es redentora, salvadora, liberadora; pero sólo Dios puede otorgar esta salvación gratuitamente. Y lo hace en forma de misericordia”<sup>29</sup>.

“Salvar es llevar a una persona hasta el fondo de sí misma, permitir que se realice, hacer que encuentre su destino”<sup>30</sup>. Esta salvación sólo puede concederla quien está movido por el Amor; Dios nos salva porque **Él es amor** (1Jn 4,8). Decir que algo o alguien es implica un atributo que otorga plena identidad y no una cualidad que puede ser pasajera. “El nombre de Dios es un compromiso y una promesa”<sup>31</sup>. Decir que “Dios es amor” es deducir que el amor es el sentido último del mundo; un amor que –lo iremos viendo- se expresa como incesante misericordia (*Deus capax hominis*) para conducir a las mujeres y hombres de este mundo a la plenitud. Una plenitud únicamente posible, en primer lugar, como don gratuito fruto de la iniciativa divina y,

---

<sup>28</sup> Cf. J. MARTÍN VELASCO, *Introducción a la fenomenología de la religión*, Trotta, Madrid 2006.

<sup>29</sup> Cf. P. R. PANIZO, *op. cit.*, 43-45.

<sup>30</sup> A. GESCHÉ, *El destino: Dios para pensar III*, Sígueme, Salamanca 2001, 32.

<sup>31</sup> Cf. W. KASPER, *La misericordia. Clave del Evangelio y de la vida cristiana*, Sal Terrae, Santander 2013, 88.

segundo, como acogida y respuesta fiducial por parte del hombre (*capax Dei*) a través de la práctica inexcusable de la misericordia hacia el hermano. Así, “la religión no es fe, sino fe anunciada, testimoniada por signos exteriores que la expresan pero que no la agotan”<sup>32</sup>.

### 1.1. La categoría revelación

¿Qué entendemos por *revelar*? Significa descorrer un velo que cubre algo, a la vez que se descubre y aparece lo velado, ignorado o secreto. Además, según la RAE revelar “hace referencia a Dios en cuanto que manifiesta a los hombres lo futuro u oculto”<sup>33</sup>.

Veamos ahora el puesto central de la misericordia de Dios<sup>34</sup> en la revelación contemplada desde la ciencia de las religiones. Para esta, el concepto de revelación es entendido desde la comprensión de la religión como respuesta segunda a una anterioridad previa del Misterio originante. Según van Baaren<sup>35</sup>, el fenómeno de la revelación contaría con los siguientes elementos:

- Tiene un **autor** que puede ser personal o impersonal.
- Es un fenómeno de **mediación** que se produce a través de una realidad natural (lugar, naturaleza, momento, sueño, etc.).
- Posee un **contenido** inaccesible y superior, al que no se puede llegar por ningún otro medio a no ser que el Misterio se revele.
- Toda revelación comporta un **destinatario**.
- Produce un efecto sobre los destinatarios: la **salvación**. Este será el aspecto que nos permita encontrar un vínculo entre toda religión revelada y la misericordia.

Como afirma el Concilio Vaticano II, “todas las religiones quieren dar respuesta a los enigmas recónditos de la condición humana que hoy, como ayer, conmueven íntimamente su corazón: ¿qué es el hombre, el bien y el pecado, el camino para la verdadera felicidad, la muerte (...)? ¿Cuál es aquél último e inefable misterio que envuelve nuestra existencia, del cual procedemos y hacia el que nos dirigimos? (...).

---

<sup>32</sup> P. R. PANIZO, *op. cit.*, 45.

<sup>33</sup> [www.rae.es](http://www.rae.es), consultado el 01.11.14.

<sup>34</sup> Seguiré básicamente a W. KASPER, *op. cit.*, 40-46. (Las negritas son mías).

<sup>35</sup> P. R. PANIZO, *op. cit.*, 52.

Todos los pueblos tienen un mismo origen, Dios, y el mismo fin último, Dios, cuya providencia bondadosa y salvadora se extiende a todos". Pero no todas las religiones se centran explícitamente sobre esa acción salvífica especial del Misterio (sí en el cristianismo, el judaísmo y el Islam). Ahora bien: **la compasión y la misericordia son fenómenos humanos universales y profundamente religiosos, que no se circunscriben únicamente a nuestro espacio cultural cristiano.** Entre las afinidades que se dan entre las distintas religiones se cuenta también la empatía, que en todas las grandes tradiciones es tenida por una de las mayores virtudes. Vamos entonces a aproximarnos al contenido de estos términos en ellas (compasión, misericordia, empatía).

Una de las más antiguas tradiciones religiosas es el **hinduismo**. Tras el cristianismo y el Islam, es la tercera religión con el mayor número de creyentes. "Hinduismo" es básicamente un nombre colectivo, propuesto desde fuera, para designar diversas corrientes e imágenes de Dios, escuelas y concepciones, que no disponen de un credo común, válido en general, ni de una institución central. Así, el término **ahimsa**, que en la espiritualidad hindú se emplea en un sentido análogo al de **empatía o compasión**, es interpretado de manera heterogénea. Conforme a su principal significado, designa la renuncia a lo perjudicial y al uso de la violencia. Mahatma Gandhi renovó el antiguo ideal de la **ahimsa** en el sentido de la no violencia, aplicándolo a todas las parcelas de la vida, incluida la política.

Por lo que respecta al **budismo**, se discute si se trata de una religión o más bien de una doctrina sapiencial, puesto que no conoce la realidad de Dios (en el sentido occidental). Según las leyendas de Buda, la experiencia del sufrimiento humano forma parte de la experiencia de conversión de Buda. Para él, toda vida es sufrimiento. Así, **la superación del mal por medio de la conducta ética, del ensimismamiento meditativo y de la compasión se convirtió en el propósito fundamental** de la doctrina sapiencial budista. En el camino hacia ese objetivo, la bondad (*metta*) tiene también un lugar. Se trata de una forma de amor activa y desinteresada que persigue el bienestar de todos los seres sensitivos. Es expresión de la **compasión (karuna)**, **esto es, del compartir a través de la empatía el sufrimiento y el destino de las personas y de todos los seres vivos.** En consecuencia, trata a todos los seres y todas las manifestaciones de este mundo con el mismo amor y solicitud omnímodos.

¿Qué tienen en común las tres religiones monoteístas abrahámicas? La fe en el Dios uno y único de Abrahán, el Creador clemente y misericordioso, Sustentador y Juez de

todos los seres humanos<sup>36</sup>. El Islam tiene raíces en determinadas tradiciones veterotestamentarias y neotestamentarias. Es importante el hecho de que las 114 azoras del Corán (con una sola excepción) comiencen con las palabras: “**En el nombre de Dios, el Misericordioso, el Compasivo**”. De los 99 nombres de Dios, los que se utilizan con frecuencia son los de Misericordioso y Compasivo. Todo musulmán está obligado a sentir **compasión** (*rahmah*) de los presos, las viudas y los huérfanos, así como a pagar una limosna o impuesto (*zekat*). Por tanto, para el Islam Dios no es sólo el Todopoderoso, sino también el “infinitamente compasivo”. Éste cuida solícitamente del ser humano, como se afirma en cientos de pasajes. “El termino árabe *ar-rahman*, el ‘Clemente’ se halla emparentado etimológicamente con el hebreo *rahanim*, el cual, junto con *hen* y *hesed*, constituyen, como hemos visto, parte del campo semántico que se halla tras la voz *misericordia*<sup>37</sup>.”

Por último, “la Iglesia católica no rechaza nada de lo que en estas religiones hay de santo y verdadero. El Islam aprecia la vida moral y honra a Dios, sobre todo con la oración, las limosnas y el ayuno; Y (es cierto que) el judaísmo recibió la revelación del AT gracias a la Alianza de amor establecida por Dios (...). Su doctrina y modo de obrar reflejan, en no pocas ocasiones, un destello de aquella Verdad que ilumina a todos los hombres”<sup>38</sup>. Pero, para el concilio, la luz del mundo y de los pueblos es Jesucristo (cf. Jn 8,12). A pesar de lo dicho hay también profundas diferencias entre las religiones abrahámicas monoteístas (*Trinidad y Cristología*), algo que daría mucho que decir, pero excede del cometido de estas páginas.

Además de la naturaleza compasiva del Dios creador, común a las tres grandes religiones, existen otras afinidades. Nos queremos detener en una por lo que puede afectar a la misericordia como práctica de la fe. Se trata de la **Regla de Oro**: “No hagas a otro lo que no quieras para ti”. O dicho en positivo: “hay que hacer a los demás lo que uno, en la misma situación, esperaría y desearía de otras personas”. Esta Regla se encuentra en todas las grandes religiones, también el judaísmo (cf. Tob 4,15; Eclo 31,15) e incluso en el Sermón de la montaña del NT (cf. Mt 7,12; Lc 6,31). Según san Agustín, Dios ha escrito esta Regla de Oro en el corazón del ser humano. En especial, a partir de la *Declaración sobre Ética Mundial* del Parlamento de las Religiones del Mundo (Chicago 1993), se le atribuye una importancia fundamental para el moderno diálogo entre las religiones. Es una tradición de la humanidad y, como

---

<sup>36</sup> H. KÜNG, *El islam. Historia, presente, futuro*, Trotta, Madrid 2006, 80.

<sup>37</sup> Cf. *Ibid.*, 111-113.

<sup>38</sup> Cf. *Nostra aetate*, 2.

tal, patrimonio cultural de la misma. Esto significa que **la compasión, la empatía, el altruismo recíproco y la clemencia forman parte de la sabiduría universal de la humanidad.**

Sin embargo, esta Regla también ha recibido críticas. Kant la califica de trivial, porque no especifica el fundamento de la obligación y porque, por sí misma, permanece materialmente indeterminada. La búsqueda de una ética común basada en el mínimo común denominador, por bienintencionada que sea, resulta artificial. Además este intento, a menudo, pasa por alto la concreta realidad existencial de las religiones. Por eso debemos considerar en detalle de qué manera asumió Jesús la Regla de Oro. La formula en el marco del Sermón de la montaña y, por ende, en el contexto del mandamiento del amor, que también incluye el precepto de amar a los enemigos, invita a la praxis compasiva incluso hacia ellos. A partir de aquí la propia tradición de la misericordia cristiana ha determinado de forma decisiva la cultura occidental y, más allá de ella, la cultura de la humanidad.

## 1.2. Sentido teológico de la revelación

Con las líneas anteriores, ya hemos comenzamos a entrever la *pedra angular* de la revelación cristiana: **el amor y la misericordia singular de Dios Trino que se revelan de manera definitiva y última en Jesucristo, y en el don del Espíritu Santo para la salvación de la humanidad.**

¿Pero qué significa esta revelación en la perspectiva teológica cristiana? Lo podríamos concretar en algunos puntos<sup>39</sup>:

- Esta revelación no pertenece al orden de la necesidad, sino de la libertad, el amor y gracia de Dios misericordioso.
- Dios se revela (actúa) en la historia humana como una providencia activa, que sale al encuentro “porque es eterna su misericordia” (Sal 117), al estilo del padre de la parábola del hijo pródigo (Lc 15,11-32) o del buen samaritano conmovido (Lc 10,30-37).
- Este amor salvador de Dios que se nos revela posibilita en el hombre la conversión y la obediencia de la fe, poniéndole en cuestión: “¿Dónde está tu hermano?” (Gn 4,9).

---

<sup>39</sup> Cf.. P. R. PANIZO, *op. cit.*, 55-58.



- De esta manera, tal como afirma la Constitución dogmática conciliar *Dei Verbum*, la Iglesia puede entender la revelación como acontecimiento dialogal, poniéndose a la escucha (*ob-audire*) y al servicio de la Palabra (*Jesucristo*) de Dios, y de los signos de los tiempos en esta humanidad amada y pecadora. Asimismo, el Dios cristiano no revela alguna *cosa*, sino a sí mismo como Padre en Jesucristo; es Dios, en su sabiduría y bondad misericordiosa, el origen de toda revelación.

## 2. La revelación cristiana

Quiso Dios, con su bondad y sabiduría, revelarse a sí mismo y manifestar el misterio de su voluntad: por Cristo, la Palabra hecha carne, y con el Espíritu Santo, pueden los hombres llegar hasta el Padre y participar de la naturaleza divina. En esta revelación, Dios invisible movido de amor, habla a los hombres como amigos, trata con ellos para invitarlos y recibirlos en su compañía. La revelación se realiza por obras y palabras intrínsecamente ligadas; las obras que Dios realiza en la historia de la salvación manifiestan y confirman la doctrina y las realidades que las palabras significan; a su vez, las palabras proclaman las obras y explican su misterio. La verdad profunda de Dios y de la salvación del hombre que transmite dicha revelación, resplandece en Cristo, mediador y plenitud de toda la revelación<sup>40</sup>.

La revelación es el fundamento de la plena realización del hombre. El hombre se siente modelado y sostenido por la mano creadora de Dios (Is 49,16) y abocado al rostro de ese mismo Dios, que lo llama. Esta llamada posibilita una apertura en el ser humano en la que se inserta la revelación, descubriéndole Su rostro y Su Palabra. Tal escucha y contemplación se realizan a través de una serie de acontecimientos históricos que culminan en la encarnación del Hijo de Dios.

La tradición cristiana entiende –según *Dei Verbum*– que existen **tres modos de revelación**, cada uno de los cuales acentúa algún aspecto determinado de la misma: modelo experiencial, conceptual y **autocomunicativo** (esto es, personalista y relacional). Vamos a centrarnos en el último, pues consideramos que es el más adecuado para dar cuenta de la donación misericordiosa de Dios al ser humano. Según dicho modelo la revelación se entiende como autodonación del Dios que sale al encuentro de los hombres, primordialmente en Jesucristo, por la que hace presente su realidad redentora y liberadora, y gracias a la cual los hombres son conducidos por el

---

<sup>40</sup> *Dei Verbum*, 2.

Espíritu a la comunión salvífica con Dios y con sus semejantes. La fe, por su parte, es entendida como respuesta humana (confianza) a un Dios que se nos da primeramente, y que es Amor.

Esta revelación tiene lugar a través de hechos y palabras. **La palabra, aquí, es preciso comprenderla ante todo como encuentro interpersonal**, y como interpelación<sup>41</sup>. En la revelación, el Dios vivo se dirige al hombre en concreto, establece un diálogo entre un yo y un tú que comunica una novedad: la salvación que anuncia la presencia del reino entre nosotros. Pero además, la palabra de Dios es palabra de amistad y amor; el Verbo de Dios es un Verbo de amor. Esta intención amorosa irrumpe de mil maneras:

- Ante todo, en el *hecho mismo de la palabra*. Por la revelación, Dios se hace cercano, Emmanuel, a pesar de nuestra negación. En palabras humanas Cristo nos declara el misterio de su persona y su misión.
- En el *objeto de la revelación*: la comunicación de la vida divina e intimidad trinitaria. Se trata de una invitación a la más sorprendente intimidad con Dios.
- En la *entrega*: Cristo realiza y cumple con su vida y pasión la caridad misericordiosa del Padre que vino a anunciar (Jn 13,1). Así, la revelación por la palabra queda consumada por la revelación-acción.

La revelación por lo tanto se da a través de la palabra, pero como una palabra específica: una palabra que es **testimonio**, y que invita a una reacción igualmente específica: la fe. En el AT y en el NT, Dios no elige a hombres perfectos, pero sí que den testimonio de la verdad, por medio de obras de poder y misericordia. Más aún, el NT describe la actividad trinitaria en forma de intercambio de testimonios entre las Personas Divinas:

El Hijo es el Testigo del Padre, y como tal se muestra a los apóstoles. El Padre da testimonio de que Cristo es el Hijo: lo demuestra la atracción que ejerce sobre los demás, las obras de misericordia que le encarga realizar y que culminan con el testimonio supremo del Padre a favor de su Hijo: la resurrección. El Hijo da testimonio del Espíritu Santo cuando promete enviarlo como pedagogo, vivificante y santificador. Viene el Espíritu y nos da a conocer al Hijo, descubre la profundidad de su vida

---

<sup>41</sup> En los cuatro párrafos siguientes seguiré principalmente a R. LATOURELLE, “La revelación como palabra, testimonio y encuentro”, *Selecciones de Teología*, Vol. 1, 3, julio-septiembre 1962, 19-25.

entregada a favor de la humanidad, lo introduce en todos. Son, pues, Tres los que revelan y dan testimonio, y estos tres son Uno<sup>42</sup>.

En *Dei Verbum* se destaca que **la revelación es al mismo tiempo una historia y su interpretación auténtica**, teniendo en cuenta a la vez la horizontalidad del hecho y la verticalidad del sentido salvífico querido por Dios y notificado por sus testigos (profetas, Cristo, apóstoles). Dios interviene en la historia pero lo hace a través de mediaciones (acontecimientos, obras, intérpretes...) que señalan de parte del Padre la “significatividad” de esa historia, proyectada hacia un cumplimiento definitivo en Jesucristo. Se pone así de relieve el **carácter sacramental de la revelación** que en su propia estructura necesita de **hechos y palabras** para ser tal.

Esta revelación quedará consignada en la Sagrada Escritura y será transmitida de una generación a otra a través de los testigos que la recibieron. De ahí que cuando la Iglesia se pregunte por las fuentes de la revelación, el Concilio afirme que hay una sola y única fuente, “siendo **la Escritura y la Tradición** dos expresiones del mismo origen: Dios. Se afirma la unidad y complementariedad de ambas, sabiendo que la realidad de la Iglesia es dinámica: tiende a la plenitud de la verdad, igual que tiende a la plenitud de la praxis misericordiosa. Además, es toda la Iglesia la que está llamada a escuchar, conservar y transmitir la revelación. El Magisterio eclesial está bajo la palabra compasiva de Dios y a su servicio”<sup>43</sup>.

Más arriba hemos llamado la atención sobre el hecho de que el cristianismo es la única religión en la que la revelación se encarna en una persona como verdad viva y absoluta (no es un simple fundador). **Cristo no trae la revelación, sino que él es la revelación, él es el sacramento de Dios.** En Cristo “Dios ha manifestado su bondad y amor por los hombres” (1Tit 3, 4). Por la encarnación, Dios asume todas las dimensiones del hombre para expresarse: las palabras de Cristo, sus acciones, sus actitudes, sus gestos de misericordia con los que se consideraban cumplidores de la Ley y cercanos a Dios, su comportamiento con los pobres y marginados, su pasión y su muerte...; toda su existencia revela el misterio de la Trinidad. “Quien me ha visto a mí ha visto al Padre” (Jn 14, 9). Por esto ocupa un lugar central y definitivo en la revelación (Hb 1, 1-2), aun cuando en cada tiempo y lugar la Iglesia sea invitada a

---

<sup>42</sup> *Ibid.*, 22.

<sup>43</sup> Cf. JUAN CARLOS ÁLVAREZ BLANCO, Cuadro comparativo de dos tipos de teología sobre la divina revelación ([www.scribd.com](http://www.scribd.com), consultado el 01.11.14).

profundizar e interpretar esa revelación dejándose guiar por el Espíritu que nos conducirá hasta la verdad plena.

Jesús es la plenitud de la revelación en su persona, sus palabras y sus obras. Su predicación es crucial, porque nos dice cómo es Dios y lo que quiere para los hombres. Su vida nos muestra cómo es la misericordia del Padre, cómo es Él. Sus actos (acoger a pecadores, comer con otros, curar...); manifiestan que el reino está en medio de nosotros, de modo que a través de sus signos y milagros se nos revela la salvación que está acaeciendo en su persona. Toda la vida de Jesús fue revelación del Padre, pero de una forma peculiar lo será su pasión y muerte, pues en su entrega hace realidad histórica el amor misericordioso e incondicional de Dios por el hombre: “Nadie tiene amor más grande que el que da su vida por los amigos” (Jn 15, 13). Por su parte, la resurrección será el sello divino sobre el itinerario de Jesús, afirmando su divinidad y anticipando también la plenitud escatológica.

Hemos querido afirmar que con Cristo, Dios se ha dicho totalmente. Y será el mismo Cristo, quien con el envío del Espíritu llevará la revelación a su **plenitud** extendiéndola por todos los tiempos y lugares. “Por Cristo, unos y otros tenemos acceso al Padre en un mismo Espíritu” (Ef 2,11), pero esta presencia del Espíritu se hace también necesaria a causa de nuestra limitación constitutiva: “Todavía tengo muchas cosas por deciros, pero ahora no podéis con ello, cuando venga el Espíritu de la verdad, él os conducirá a la verdad plena” (Jn 16,12-13).

La acción salvífica del Espíritu no tiene límites. En todas las culturas y religiones, es él quien universaliza la salvación de Jesucristo. Así lo afirma *Gaudium et spes*, 22:

El Espíritu Santo ofrece a todos la posibilidad de que, en la forma de sólo Dios conocida, se asocien a este misterio pascual. Porque fruto del Espíritu es amor, alegría, paz, paciencia, afabilidad, bondad, fidelidad (Gál 5,22), frutos que están presentes en todas las culturas y religiones.

En síntesis. Hemos querido asomarnos en un primer momento a la relevancia que las religiones otorgan al Misterio llamado Dios y a su revelación. Nos hemos encontrado con el rasgo común de una divinidad que –de manera compasiva y misericordiosa– expresa su voluntad benevolente hacia el ser humano. En un segundo momento hemos podido ver cómo para el cristianismo, el amor y la misericordia de Dios Trino se revelan de manera definitiva y última en Jesucristo, y plenamente por el envío del

Espíritu. En el siguiente capítulo, dedicado al Misterio de Dios, trataremos de mostrar en qué sentido la misericordia es un rasgo característico de la Trinidad y como ésta la derrama en las mujeres y hombres de este mundo. El misterio pascual se mostrará como el acontecimiento cumbre de la revelación del Dios trinitario y al mismo tiempo el lugar más expresivo del derroche de misericordia divina para con el mundo.



## Capítulo 2

### *Tanto amaste al mundo que le has entregado a tu Hijo* (MISTERIO DE DIOS)

#### 1. El fundamento del Dios trinitario: el Amor

Más arriba comenzábamos a otear la profunda certeza de que Dios es Amor, Aquel que “satura de bienes nuestra existencia, quien eternamente es clemente y misericordioso” (Sal 103 -102-)<sup>44</sup>. También es cierto que afirmar -como lo hizo san Agustín y después Feuerbach- que *Dios es amor* no es lo mismo que sostener que *el amor es Dios*; pues encerrando a Dios bajo nuestros esquemas mentales, poniéndolo bajo control, dejaría de ser Dios<sup>45</sup>. El tratado sobre el misterio de Dios querrá ayudarnos a descubrir si nuestras imágenes de Él concuerdan con su trascendencia, con su economía y con su inmanencia. En nuestro caso la imagen que manejamos es la de Dios-misericordia, que en único dinamismo (Padre, Hijo y Espíritu) nos manifiesta la compasión del amor divino que se derrama sobre toda la historia en beneficio de los más necesitados.

Por consiguiente, este capítulo trata de preguntarse por el modo de ser y actuar del Dios Uno y Trino, y más específicamente, en qué sentido la misericordia es una nota característica del Padre creador, del Hijo encarnado y del Espíritu santificador. A nosotros, en un segundo momento, nos corresponderá cuestionarnos desde la fe de qué manera nuestra vida se ve afectada por Él, nombrándolo o silenciándolo. Se pondrá de este modo de relieve como tarea necesaria para la teología, no tanto preocuparse por la negación de Dios (problema filosófico), sino de su falsificación (idolatría)<sup>46</sup>.

Hemos visto igualmente cómo todas las religiones veneran a un Dios que –de distintas formas- tiene en el amor, en la compasión o en la misericordia, su principal atributo. Nos detendremos primeramente en la característica fundamental de nuestro Dios cristiano (su carácter trinitario) antes de abordar de qué manera Dios es amor mostrándonosnos como Padre, como Hijo y como el Espíritu de ambos. Precisamente, la condición de posibilidad de que Dios se vuelque sobre la miseria humana es que es Amor, un Amor que se desborda paternal-maternalmente sobre sus hijos más

---

<sup>44</sup> Estos y otros atributos de Dios, revelados a Moisés, los desarrolla el salmo acentuando la misericordia y la bondad de Aquel, preparando así 1Jn 4,8: *Dios es amor*. (Cf. Nota *Biblia de Jerusalén*).

<sup>45</sup> Cf. J.R. G<sup>a</sup> MURGA, *Dios en Cristo, sólo amor, vida de nuestra vida. Núcleo constitutivo del tratado de Dios*, en G. URÍBARRI (ed.), *Fundamentos de Teología sistemática*, UPComillas, Madrid 2003, 53.

<sup>46</sup> Cf. Á. CORDOVILLA (ed.), *La lógica de la fe*, UPComillas, Madrid 2013, 105.

indigentes; así nos lo revela el AT, de esta manera nos lo muestra también Cristo, y así vemos actuar al Espíritu.

### 1.1. “Sin la Trinidad no se comprende nada”<sup>47</sup>

Las tres Personas divinas –Padre, Hijo y Espíritu Santo- responden a tres maneras diferenciadas –pero no independientes- de mostrarse y mostrárenos Dios. Que Dios sea Uno y Trino no es cuestionable para nuestra fe. Para aproximarnos mejor a este Misterio, el paradigma de amor nos será de gran ayuda, pues es desde la correcta comprensión de la revelación de Dios como Amor como podemos acercarnos a su realidad en sí en la comunión intratrinitaria (lo que llamamos *Trinidad inmanente*). A esta realidad accedemos a través de la economía. **Y una de las notas más características de este Dios que se revela en la historia de la salvación (*Trinidad económica*) es el hecho de que lo hace como misericordia.** Trinidad inmanente y Trinidad económica se identifican entre sí, aun cuando debamos afirmar que la Trinidad inmanente no se agota en la Trinidad económica, tal como se nos ha revelado. Vayamos por partes.

La Tradición de la Iglesia no se ha cansado de repetir que **Dios es amor** (1Jn 4,8). Un Amor trinitario originante, inmanente, *en-sí-mismo*, previo a todo cuanto existe, fuente y origen de todo bien. Pero precisamente porque la Trinidad es Amor, busca -en la donación de sí- el mayor bien de lo *amado*, lo cual determina también el ser del *amante*. Esto es lo que nos desvela la Trinidad económica al revelárenos Dios en Cristo como *misericordia encarnada*. Ahora bien, Dios no es única y exclusivamente misericordia<sup>48</sup>, pero el modo como ha actuado en la historia a través de Cristo, nos permite comprenderle en estos términos, como misericordia encarnada en nuestro mundo. “Nuestro Dios ama al hombre que ha creado: ‘Tanto amó Dios al mundo que dio a su único Hijo para que el mundo se salve por medio de él’ (Jn 3,16-17)”<sup>49</sup>. “Corresponde al Hijo la encarnación y la salvación del hombre porque él es el modelo por el que los hombres han sido creados. Si el hombre fue creado a su imagen, a él corresponde también renovarlo”<sup>50</sup>.

**“Sólo a partir de la economía de la salvación y de la revelación que en ella hace Dios de sí mismo podemos acceder al misterio de la vida íntima del Dios uno y**

---

<sup>47</sup> Cf. *Ibid.*, 91. En este capítulo seguiremos esencialmente *Ibid.*, 89-169.

<sup>48</sup> También es Eternidad, Sabiduría, Bondad, Inmutabilidad, etc.

<sup>49</sup> Cf. L. LADARIA, *La Trinidad Misterio de comunión*, Secretariado Trinitario, Salamanca 2007, 13.

<sup>50</sup> *Ibid.*, 18.



**trino**<sup>51</sup>. Este es el punto de partida del conocido axioma fundamental de la teología trinitaria, llamado así por Rahner: “la Trinidad económica es la Trinidad inmanente, y viceversa”<sup>52</sup> y sobre el que la CTI ha realizado algunas precisiones en orden a una correcta interpretación del mismo:

Esta relación nos coloca en el centro del misterio de la salvación: la salvación del hombre está en el don de sí que Dios le hace. Esta comunicación libre y por pura gracia se produce de manera diferenciada en Cristo y en el Espíritu. Así, la Comisión Teológica Internacional asume el “axioma fundamental”, inspirándose en las formulaciones del teólogo alemán, aunque con algunas precisiones: ‘la Trinidad que se manifiesta en la economía de la salvación es la Trinidad inmanente, y la misma Trinidad inmanente es la que se comunica libre y graciosamente en la economía de la salvación’<sup>53</sup>.

Notemos que se prefiere hablar de la “Trinidad que se manifiesta en la economía de la salvación” en lugar de afirmar directamente la identidad entre la Trinidad inmanente y la Trinidad económica. En lo que toca a nuestra categoría, en una apretada síntesis podremos afirmar que **es la misericordia encarnada en Jesucristo, ese amor compasivo y efectivo en beneficio de los más débiles el que nos revela que Dios es fuente de esa misericordia, y nos manifiesta de un modo concreto cómo es amor**. Se trata de un amor que desea la salvación de todos, la *justificación universal de todo ser humano*<sup>54</sup>, algo que sólo será posible gracias a la encarnación de Jesucristo y al don del Espíritu.

Pero –como dice Ángel Cordovilla- Dios no agota su ser en su manifestación histórica, y menos aún debemos pensar que llega a ser *en y a través de* la historia. La Trinidad inmanente es el fundamento trascendente de la historia de la salvación, no su resultado<sup>55</sup>. Y esto es lo que queremos afirmar desde la categoría escogida para articular esta Memoria: *El Amor intratrinitario es el fundamento trascendente de la misericordia divina que busca salvar al género humano, no su resultado. ¿Y cómo se manifiesta en el Dios Uno y Trino ese Amor en-sí y ese Amor para-la-humanidad?* Vamos a aproximarnos a esta doble cuestión especialmente desde la perspectiva de la

---

<sup>51</sup> Cf. JUAN PABLO II, *Fides et Ratio* 93, en *Ibid.*, 13.

<sup>52</sup> *El Dios Trino como fundamento trascendente de la historia de la salvación*, en *Mysterium Salutis* II/1, Madrid 1969, 359-449, 370.

<sup>53</sup> Cf. L. LADARIA, *op. cit.*, 14-15.

<sup>54</sup> Porque se nos muestra cómo es la *justicia* de Dios: siempre misericordiosa, no punitiva.

<sup>55</sup> Á. CORDOVILLA, *op. cit.*, 95.

**economía misericordiosa de la Trinidad**, que como hemos subrayado, responde a su inmanencia amorosa.

## 2. La lógica del amor trinitario<sup>56</sup>

En la vida trinitaria se armonizan tres verbos que, lejos de ser excluyentes o unívocamente distinguibles, en el fondo se implican y necesitan mutuamente: **dar-recibir-devolver**<sup>57</sup>. Estos configuran una clave de comprensión para la vida divina y en consecuencia también para la humana.

### 2.1. Dar

La experiencia de Dios (percibido *análogamente* de manera ausente o presente) se incorpora al *humus* de la experiencia humana desde que el hombre es hombre, siendo la creación el primer instante teofánico. Esta creación es un modo de autorrevelación (autodonación) de Dios (Rm 1,20), que es el Padre origen sin origen. Lo creado nos ha sido legado por amor y para el amor, del mismo modo que el ser humano así ha sido vivificado. El Dios “pro nobis”, tal como se manifiesta en la historia de la salvación, es el que nos lleva a pensar que la condición de posibilidad para que Dios actúe así está en cómo es en-sí mismo. El AT está lleno de textos que apuntan a una revelación en este sentido y que tratan de describirnos a través de sus actuaciones, esta imagen de un Dios misericordioso y donante:

- Dios crea todo cuanto existe, crea al hombre y a la mujer a su imagen y semejanza, “y vio Dios que todo era muy bueno” (Cf. Gn 1,31).
- Los salmos cantan la bondad y misericordia eternas de Yahvé, “el que hizo el cielo con sabiduría, el que da pan al hambriento... porque es eterno su amor” (Sal 136 -135-; 117 -116-); “De la misericordia de Dios está la tierra llena” (Sal 33 -32-); “No retiraré mi amor, que siempre os será fiel y leal (cf. Sal 89 -88-,34).
- El pueblo de Israel, a partir de la Alianza, entiende que sólo el Dios de Israel es el misericordioso, y no hay otro más que Él (2 Sam 24,14).
- La misericordia de Dios es universal (Dt 5,10; Os 11,9; Jon 4,2-11).
- Dios no aborrece nada de lo creado y corrige poco a poco a los que caen (Sab 11,23-12,1).

---

<sup>56</sup> Para este apartado seguiremos esencialmente a B. FORTE, *Trinidad como historia*, Sígueme, Salamanca 1988.

<sup>57</sup> Cf. *Ibid.*, 165-169.

- Dios tiene misericordia con quien quiere (Ex 33,18-19)<sup>58</sup>.

Pero será el NT el que nos brinde una revelación más acabada de este rasgo que caracteriza la imagen del Dios cristiano. La teología actual entiende la economía de la salvación relejendo **Ef 1,3-14** para confesar al Padre como fuente de amor desde el que brota el proyecto salvífico para todas las mujeres y hombres de todos los tiempos. Dios envía a su Hijo al mundo movido por la misericordia que le provoca la contemplación de una humanidad herida o rota por el pecado, sufriente por la injusticia. Su Hijo revelará personal y misteriosamente la misericordia divina, y el Espíritu Santo que acompaña y santifica en esta historia, será portador también de dicha misericordia y perdón.

[3] ¡Bendito sea **Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo!**, quien **por medio del Mesías nos bendijo** con toda clase de bendiciones espirituales del cielo. [4] Por él nos eligió, antes de la creación del mundo, para que por el amor fuéramos consagrados e irreprochables en su presencia. [5] Por Jesucristo, según el designio de su voluntad nos predestinó a ser sus hijos adoptivos [6] de modo que redunde en alabanza de la gloriosa gracia que nos otorgó por medio del Predilecto. [7] Por él, por medio de su sangre, **obtenemos** el rescate, **el perdón de los pecados**. Según la riqueza de su gracia [8] **derrochó en nosotros toda clase de sabiduría y prudencia**, [9] dándonos a conocer su secreto designio, establecido de antemano por decisión suya, [10] que se había de realizar en el Mesías al cumplirse el tiempo: que el universo, lo celeste y lo terrestre, alcanzaran su unidad en el Mesías. [11] Por medio de él y tal como lo había establecido el que ejecuta todo según su libre decisión, nos había predestinado a ser herederos [12] de modo que nosotros, los que ya esperábamos en el Mesías, fuéramos la alabanza de su gloria. [13] Por él, también vosotros, al escuchar el mensaje de la verdad, la Buena Noticia de vuestra salvación, creísteis en él y **fuisteis sellados con el Espíritu Santo prometido**, [14] quien es prenda de nuestra herencia, del rescate de su posesión: para alabanza de su gloria<sup>59</sup>.

Ahora bien, será el acontecimiento Pascual el lugar de una revelación más plena tanto del Dios trinitario que es en tanto se da, cuanto de la misericordia que guía su acercamiento al mundo. Si Juan pudo escribir que “Dios es amor”, es porque contempló en la Pascua de Jesús al Padre, al Hijo y al Espíritu unidos en un mismo don de sí mismos para la salvación del mundo (...). “En la Pascua, el Padre acoge esta entrega del Hijo y responde a ella con su amor ofrecido; el Espíritu sella esta

---

<sup>58</sup> Cf. J. A. MARÍA, *La misericordia de Dios en los padres apostólicos y apologistas griegos del siglo II*, Pontificium Athenaeum Sanctae Crucis Facultas Theologiae, Roma 1996, 1-77.

<sup>59</sup> Biblia online de [www.pastoralsj.org](http://www.pastoralsj.org) (las negritas son mías).

ofrenda común del amor del Padre y del Hijo, entregándose a su vez –como don y promesa- para ser en nosotros el Espíritu de Jesús”<sup>60</sup>. El Hijo, que se recibe del Padre y en el que a su vez “Dios se descubre a sí mismo”<sup>61</sup>, se revela en la economía como el pro-existente, pues actúa siempre dándose y entregándose en beneficio de toda la humanidad doliente.

Dios, como paradigma del dar providente, da oportunidades –de perdón y verdad- a la vida, al mantener abiertos los caminos del futuro, esos caminos que con frecuencia tratamos de cerrar (...). Sigue siendo el Dios escondido, más allá de todo lo creado; pero una vez descubierto en Cristo, se convierte en el amor omnipresente que suscita vida y libertad<sup>62</sup>.

Como hemos subrayado, la economía trinitaria nos habla de cómo es la Trinidad inmanente. “**Dios, el Padre, es amor**: esta afirmación proyecta ya ‘en las profundidades divinas’ la contemplación del misterio”<sup>63</sup>. Él es pura donación desde el misterio de su incomprendibilidad, fontalidad y causalidad. “Sólo Él –libremente- puede desencadenar el acontecimiento del amor, ponerlo en marcha; **sólo Él puede sin motivo o causa *empezar* a amar; más aún, ha empezado siempre a amar**, a darnos su amor”<sup>64</sup>.

Ese *dar* hace de la **Trinidad** una especie de fuente, en cuanto que Su ser (que sustantivamente es amor) se entrega libre, gratuita y generosamente en la generación de las otras personas, pues aun siendo origen sin origen el Padre sólo es y existe en cuanto genera al Otro (el Hijo). La fontalidad gratuita del amor del Padre hace que su amor dador se desborde: “Amando, Dios se distingue: es amante y amado, **Padre** e Hijo, Generante (no distinto de sí) y engendrado”<sup>65</sup>. Por ello, no es posible entender al Padre sin el Hijo y sin el Espíritu que proceden de él. En realidad, ninguna de las tres personas divinas es comprensible aisladamente, sino en *comunidad*, en interrelación (*perijóresis*); a su vez esta comunión no destruye ni la unidad en Dios ni la diferencia de Personas, que se relacionan entre ellas, incluyéndose mutuamente. En definitiva,

---

<sup>60</sup> Cf. M. RONDET, *La Trinidad narrada*, Sal Terrae, Santander 2008, 130-131.

<sup>61</sup> Cf. G. GRESHAKE, *Creer en el Dios uno y trino. Una clave para entenderlo*, Sal Terrae, Santander 2002, 13-15.

<sup>62</sup> Cf. *Ibid.*, 132.

<sup>63</sup> B. FORTE, *op. cit.*, 97.

<sup>64</sup> Cf. E. JÜNGEL, en B. FORTE, *Trinidad como historia*, Sígueme, Salamanca 1988, 97.

<sup>65</sup> Cf. *Ibid.*, 98.

“la Trinidad es ‘tres generosidades que se **dan** la una a la otra en plenitud’, revelándonos que el fondo del ser es amor o comunión”<sup>66</sup>.

Ahora bien, esta generosidad se desborda también fuera de Dios. La mediación que elige para dárseos es *el hombre*: “el hombre-Jesús y la humanidad incorporada a Cristo”<sup>67</sup>. Por su compromiso con los hombres, movido por sus entrañas compasivas ante el mal existente, el Padre recibe (acoge) nuestra limitación y nos dona a Jesús. El Hijo, por amor fiel, hace suyo (también acoge) el dolor de los hombres para transformarlo, invitándonos a mirar hacia lo más profundo de la condición humana, donde habita Dios. Así, **Jesucristo, el Hijo amado** que procede de Dios manifiesta la desbordante generosidad del Primer Amor, su Gracia, que percibimos en la historia de salvación en forma de misericordia encarnada.

La cruz que abraza el Hijo, signo de su amor hasta el extremo, pasará de ser un instrumento de tortura a un símbolo de misericordia, porque “el amor entregado es más fuerte que la muerte” (Cant 8,6). “La muerte en cruz es la muerte de la muerte y el triunfo de la vida”<sup>68</sup>. Afirma el Concilio Vaticano II “por Cristo y en Cristo se ilumina el enigma del dolor y de la muerte”<sup>69</sup>.

Además, el Amor que engendra al Amado sigue todavía derrochando, *espirando* amor: el **Espíritu**. Este Espíritu significa Aquella generosidad infinita, el vínculo del amor abierto y acogedor que une al Padre y al Hijo, y el que garantiza la comunión del Eterno Amante con sus criaturas y con sus historias de sufrimiento. También el Espíritu, que es Espíritu de Amor, guiará la existencia jesuánica. Por la gracia de Aquél nacerá el Mesías, del vientre de María de Nazaret, e irá guiando a Jesús durante su vida oculta, acompañándolo en las tentaciones del desierto y durante toda su vida pública: en los momentos de oración, en el llamamiento a los discípulos, en los gestos y milagros, en las curaciones y en las comidas. Al final, en la Pasión, el Espíritu de Amor del Padre se manifestará derramándose sobre el Crucificado el día de pascua, reconciliando la pasión del mundo. En la Resurrección, el misterio trinitario adquirirá un nuevo paradigma: el Espíritu Santo que es vínculo de amor entre el Padre y el Hijo, y por tanto también Espíritu del resucitado, será donado por amor para la

---

<sup>66</sup> Cf. M. RONDET, *op. cit.*, 124-125. (La negrita es mía).

<sup>67</sup> J. I. GONZÁLEZ FAUS-J. VIVES, *Creer, sólo se puede en Dios. En Dios sólo se puede creer. Ensayos sobre las imágenes de Dios en el mundo actual*, Sal Terrae, Santander 1985, 51.

<sup>68</sup> W. KASPER, *La misericordia. Clave del Evangelio y de la vida cristiana*, Sal Terrae, Santander 2013, 84.

<sup>69</sup> *Gaudium et spes*, 22.

vida del mundo, especialmente en Pentecostés. Será este mismo Espíritu quien nos posibilite amar compasivamente, “*divinizadamente*”.

## 2.2. *Recibir*

El don más íntimo del Padre se nos da en Jesucristo, el Hijo preexistente. Como hemos apuntado, ya en la vida intratrinitaria, el Hijo es “existencia en recepción”, amor-recibido de Aquel Amor-fundante. Este Hijo se nos revela como Enmanuel (*Dios con nosotros*) y constituye el punto de partida del tratado sobre Dios.

Ya en el AT Dios se revela como un Dios a favor de su pueblo y que camina con su pueblo, que se deja sentir como amor misericordioso para la salvación y liberación de Israel, algo que se cumplirá de manera patente y definitiva en el único Mediador: Jesús de Nazaret. El NT nos muestra también que Cristo es icono de un Padre “rico en misericordia” (Ef 2,4), y quien la revela plenamente.

El Hijo encarnado irá descubriendo en su vida que el amor del Padre por toda la humanidad tiene en los pobres y lisiados, en los hombres de poca fe y en los humildes una preferencia inaudita. Jesús sabe de la misericordia del Padre, ya anunciada en el Primer Testamento, y la cumple haciéndola suya, confirmando y revelando con su vida en qué consiste el reino de Dios incoado en su persona. De ahí que podamos decir que “Yahvé es comprendido desde Jesús, el Padre desde el Hijo”<sup>70</sup>. De esta manera, la vida entregada con coherencia del Hijo de María nos muestra en qué consiste el amor misericordioso del Padre Bueno. Toda la vida de Jesús está referida al Padre, a su voluntad... de tal manera que también puede ser comprendida como un continuo “recibirse del Padre”, puesto que su alimento es hacer la voluntad de Aquel.

El **misterio pascual** supondrá el acontecimiento trinitario soteriológico en que se nos revela plenamente el misterio de Dios: el Hijo es aquel que en la historia se recibe constantemente del amor misericordioso del Padre, y el Padre es Aquel que recibe la ofrenda de la vida del Hijo por el mundo; recibe a todos aquellos cuyo pecado y destino carga el Hijo crucificado, y recibiendo al Hijo encarnado resucitado en su seno, abre un espacio de disponibilidad para recibir también “en Cristo” nuestra humanidad glorificada en un futuro. El Espíritu, a su vez, recibe la ofrenda común entre el Padre y el Hijo.

---

<sup>70</sup> Á. CORDOVILLA, *op. cit.*, 111.

### 2.3. Devolver (Retornar)

Cristología y pneumatología se implican misteriosa y necesariamente, para la divinización de todo cuanto es creado, especialmente el ser humano. Dios siempre sale de sí en el Espíritu, tanto en los orígenes de la *creación* (Gén 1,2), como en los comienzos de la *redención* (“El Espíritu santo bajará sobre ti”: Lc 1,35; “Y, saliendo del agua, vio los cielos abiertos y al Espíritu bajar sobre él como una paloma”: Mc 1,10), o en el pleno *cumplimiento* de la misma (el Crucificado es resucitado por Dios “con poder según el Espíritu de santificación”: Rom 1,4). En este constante salir, el Espíritu revela cómo es el Amor divino. No sólo generoso, como acabamos de ver, sino un amor que, al contrario del nuestro en tantas ocasiones, no es posesivo ni se cierra sobre sí, sino pura apertura, don, salida (*exitus*).

El Espíritu es la apertura del círculo del Padre y el Hijo, de la comunión divina a lo que no es divino; es el portador del **don del amor** al corazón de la criatura. Pero el Espíritu no es sólo salida, sino retorno. El Espíritu abre, extiende, universaliza... pero también abraza, atrae... inspira para hacer retornar con él. El Espíritu es fuerza que recrea y así no sólo nos da la gracia de poder dirigirnos a Dios como Padre (*abba*) sino, una y otra vez, nos recrea como hijos de Dios, capaces de escuchar su voz gracias a su iniciativa (la *fe*); capaces de una profunda misericordia, que brota del corazón del Padre y del Hijo (la *caridad compasiva*); capaces de la *esperanza* en nuestra futura resurrección. En toda la creación aletea la presencia del Espíritu de quien es Compasivo.

El Espíritu es la sobreabundancia del amor divino, la plenitud desbordante, y por eso es Espíritu creador y misericordioso que colma el corazón de los seres humanos: socorre y nos conforta en las dificultades; conduce a la consumación del amor de Dios, por medio del Hijo; nos concede la esperanza en un presente mejor: libre de miedos que esclavizan, de violencia que nos separa de los demás, de uno mismo, de Dios. Como gesto del Amor del Padre, “no alcanza lo que ya es bueno y hermoso, sino que hace bueno y hermoso todo lo que alcanza”<sup>71</sup>. Así, el Espíritu Dios conduce preferencialmente hacia los pecadores y enfermos (cf. Lc 5,31s), los perdidos (cf. Lc 19,10), los últimos que nadie ama. Esta *ruah* de Dios hace nuevas las cosas antiguas, nos muestra que el amor entregado privilegia lo más necesitado de compasión, penetra lo viejo, lo herido, lo muerto y lo recupera para vida.

---

<sup>71</sup> Cf. B. FORTE, *op. cit.*, 138.

### 3. Desarrollo dogmático

**Trascendencia-inmanencia, monoteísmo-Trinidad** son los polos sobre los que se desarrollará la historia del dogma trinitario. Se tratará de ir perfilando cómo es ese Dios que se nos revela en Jesucristo, de clarificar la afirmación de un Dios uno y trino, y de encontrar respuesta a cómo ha de ser ese Dios para que su salvación pueda alcanzarnos, tal como nos ha prometido.

El siglo IV de nuestra era representa en este recorrido uno de los momentos más decisivos. En este tiempo Arrio sostenía un monoteísmo estricto, afirmando que el Hijo no era Dios verdadero, sino creación de este. Esto supuso una crisis eclesial, ante la que el símbolo de **Nicea** (325) reaccionará confesando la fe trinitaria y afirmando la filiación del Hijo de Dios, consustancial al Padre. Como más arriba afirmábamos, “amando, Dios se distingue: es amante y amado, Padre e Hijo, en la unidad del amor”<sup>72</sup>.

El primer concilio de **Constantinopla** (381) se ocupará fundamentalmente de clarificar la divinidad del Espíritu Santo, tema que no había sido formulado anteriormente. Del Espíritu se afirma que es santo, es Señor, es vivificador, el que habló por los profetas. De esta manera se sostiene que la acción del Paráclito recorre toda la historia, no dejando lugar a dudas su divinidad; y por otra parte, si el Espíritu es Dios, podrá (como hace el Hijo) santificar, salvar y divinizar, pero desde una particularidad: el Espíritu es el amor que une al Padre y al Hijo.

El Espíritu es en el mundo un amor, como fuente viva, que crea y re-crea constantemente la obra del Padre en la Iglesia. “Ya en el NT aparece como sujeto, como centro de actividad”<sup>73</sup>. Puesto que une al Padre y al Hijo, es el “factor” que hace desbordar el amor de Dios en sí: *Dios es espíritu* (Jn 4,24)<sup>74</sup>.

Trinidad y soteriología se dan la mano, al igual que como hemos dicho antes, no es inteligible cristología sin pneumatología.

La Tradición eclesial ha conceptualizado el misterio de la Trinidad –Amor interpersonal- empleando unos términos específicos que constituyen un vocabulario

---

<sup>72</sup> Cf. *Ibid.*, 98.

<sup>73</sup> L. LADARIA, *El Dios verdadero. El misterio de la Trinidad*, Secretariado Trinitario, Salamanca 1998, 325.

<sup>74</sup> Cf. G. GRESHAKE, *op. cit.*, 35-36.



técnico para hablar de la Trinidad. De este Dios-Amor, fuente de la misericordia y ser como pura donación, decimos que *sale de sí mismo* hacia el mundo en **2 misiones** (envíos; formas de presencia divina, histórica, salvadora): la del Hijo (encarnación-salvación) y la del Espíritu (inhabitación/santificación). A su vez, la condición de posibilidad de estas misiones reside en **2 procesiones**: la del Hijo (procede del Padre por *generación*), y la del Espíritu (también procede de Él, y del Hijo resucitado, pero por *procesión*). Asimismo se distingue un doble movimiento: *ad extra* (referido a la creación) y *ad intra* (el movimiento interno y sempiterno, dinámico y vivo de Dios). “Porque Dios es plenitud de vida *ad intra* (procesión), puede comunicar esa vida *ad extra* con absoluta gratuidad y libertad (creación-encarnación)”<sup>75</sup>.

De las procesiones del Hijo y del Espíritu brotan **4 relaciones**, que expresan los modos posibles de comunicación entre las personas divinas, pero que al mismo tiempo son la esencia misma –dinámica y relacional- de Dios: la relación del Padre con el Hijo (paternidad); la del Hijo con el Padre (filiación); la relación del Padre y el Hijo con el Espíritu Santo (espiración activa); la del Espíritu con el Padre y el Hijo (espiración pasiva). Esto nos conduce a la certeza de que el ser de Dios es fundamentalmente relación, porque su naturaleza (esencia) es la perfecta comunión en el amor. Las personas divinas se viven entre ellas desde el amor como principio y fundamento de su naturaleza; y por esta razón libre, gratuita y generosamente pueden desbordarse *ad extra* como amor, sea en la creación, en la encarnación, en la salvación o santificación del mundo...sin que exista una necesidad que le mueva a ello.

Concluimos. Eternamente podríamos cantar las alabanzas a nuestro Dios Bueno y Compasivo. Un Dios-Amor que jamás es espectador de este mundo necesitado de *techo, pan y palabra*<sup>76</sup>. Su amor inmanente toma forma de economía misericordiosa cuando se desborda sobre las realidades humanas necesitadas, frágiles, limitadas, sufrientes y crucificadas, para vivificarlas, sanarlas y dignificarlas. Es lo que nos muestra Jesús de Nazaret con su vida y muerte, sostenido y animado por el Espíritu de Vida. En las páginas siguientes veremos con más detenimiento cómo en su misión el Señor Jesús *nunca permaneció indiferente ante el sufrimiento ajeno*. Su existencia se hace transparencia de ese Dios Amor misericordioso que le envía, y del Espíritu de Amor que le guía, y por otra parte encarna y anuncia la salvación que el Dios uno y Trino proyectó desde la Creación para el mundo.

---

<sup>75</sup> Á. CORDOVILLA, *op. cit.*, 148.

<sup>76</sup> Acertada expresión del jesuita Toni Catalá SJ, formulada en unos Ejercicios Espirituales.



## Capítulo 3

### **Nunca permaneció indiferente ante el sufrimiento humano** (CRISTOLOGÍA)

#### 1. ¿Cuál es el sentido de la vida de Jesús?

En el capítulo de Misterio de Dios acabamos de ver cómo la misericordia está en el corazón de la causa que mueve a Dios a enviar a su Hijo y al Espíritu a este mundo herido por el pecado y el sufrimiento. Llega ahora el momento de adentrarnos en otra cuestión, igualmente importante, **¿hasta qué punto la misericordia, es decir, esa pasión que se con-mueve atraída por la miseria humana, funciona como centro movilizador de la acción de Jesús?**

Con su vida, el Hijo de Dios nos muestra **quién es realmente Dios Trino y quién -desde su humanidad limitada y tentada- es en verdad el ser humano**. Lo que Cristo nos revela de Dios es que es Amor que se desborda constantemente sobre el mundo. Pero además nos revela la peculiaridad de este Amor: su manifestarse apasionadamente como misericordia ilimitada que se inclina sobre la realidad humana –especialmente la más necesitada y herida- para acogerla, sanarla, liberarla. “En Jesucristo Dios ha revelado la verdad de Dios y del hombre”<sup>77</sup>.

El amor misericordioso que vive Jesús no es una novedad para Israel (está suficientemente atestiguado en el Primer Testamento), pero su praxis nos testimonia de un modo definitivo **hasta dónde llega la misericordia del Padre**.

“Jesús, desde su aparición en el mundo es el revelador del ‘Padre de las misericordias’ (2Cor 1,3), es decir, de Aquel que es fuente de toda misericordia y que la derrama generosamente sobre nosotros”<sup>78</sup>. El NT muestra que Cristo es realmente la imagen viviente de un Padre, ‘rico en misericordia’ (Ef 2,4), al dar cuenta de este atributo como un modo de especificación de la manifestación de un Dios que es amor (1Jn 4,16); esta revelación es llevada a cabo por Aquel que es el intérprete del Padre, Jesús, antes con su vida que con sus palabras. “En cierta manera encarna él mismo la ilimitada misericordia del Padre”<sup>79</sup>, hasta tal punto que se identifica existencialmente con Él: “quien me ve a mí, ve al Padre” (Jn 14,9). **Cristo es el rostro humano del Padre, que es misericordioso y Dios de todo consuelo** (2Cor 1,3).

<sup>77</sup> G. URÍBARRI, en Á. CORDOVILLA (ed.), *La lógica de la fe*, UPComillas, Madrid 2013, 279.

<sup>78</sup> Cf. [www.mercaba.org](http://www.mercaba.org) (consultado el 09.9.14).

<sup>79</sup> Cf. *Ibid.*

Si Dios es amor, no puede revelarse de otro modo si no es como misericordia. Si Dios es infinito, también su misericordia es infinita<sup>80</sup>.

Desde el comienzo de su vida pública, la sinagoga de Nazaret será testigo del *discurso programático* de Jesús quien, haciendo suyas las palabras del profeta Isaías, *personifica su misión* en estos términos:

El Espíritu del Señor está sobre mí, porque él me ha ungido para que dé la Buena Noticia a los pobres; me ha enviado a anunciar la libertad a los cautivos y la vista a los ciegos, para poner en libertad a los oprimidos, para proclamar el año de gracia del Señor (Lc 4,16-19).

Este texto nos ilumina sobre cuáles son los rasgos que caracterizan la acción a la que Jesús se siente enviado por el Padre, y para la que es habilitado por el Espíritu, constituyendo el eje central de su misión mesiánica. En este mismo sentido se dirigirá a sus discípulos y responderá a los enviados por Juan el bautista que le preguntan<sup>81</sup>: “¿Eres tú el que ha de venir o hemos de esperar a otros?”

Id y comunicad a Juan lo que habéis visto y oído: los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan, los pobres son evangelizados (Lc 7,22ss).

Vemos que para tanto el evangelista Mateo como para Lucas, la vida y misión de Jesús están vinculadas a una praxis que claramente está dirigida preferentemente a los “miserables”: pobres, cautivos, ciegos, oprimidos, cojos, leprosos, sordos, muertos... Pero además, esta pasión que mueve a Jesús nos revela también quién es el Hijo. Su vida estuvo totalmente volcada en la Misión a la que Dios le enviaba, revelando al Padre de toda misericordia, pero no menos, referida y volcada hacia la humanidad, a la que ama con amor extremo, entregándose solidariamente por ella.

### 1.1. *El reino de Dios*

Podemos afirmar que el objetivo del cometido de Jesús es el anuncio del reino del Padre, un Padre misericordioso<sup>82</sup>. No se trata de un reino al estilo humano, limitado,

---

<sup>80</sup> JUAN PABLO II, *Dives in misericordia*, 3.

<sup>81</sup> Cf. *Ibid.*, 3.

<sup>82</sup> “El reino de Dios es el contenido del anuncio de Jesús; este reino de Dios es Dios, que tiene una voluntad para nosotros: nuestra felicidad, la de toda la humanidad, es decir, nuestra salvación, sanación y plenitud. Es lo que la Escritura formula como *Shalom*, que no es solo la paz como ausencia de guerra sino

imperfecto, sino de un reinado asociado a una figura mesiánica, con carácter de futuro, pero que está aconteciendo en el tiempo presente en la persona de Jesús. Por tanto, el anuncio de este reino no es fundamentalmente la comunicación del contenido de un mensaje sino una palabra que, en primer lugar, se encarna en Jesús y, segundo, se dirige a las personas necesitadas como sus destinatarios especiales. El reino de Dios se hace realidad en ellos, en la persona de Jesús, por medio de signos y gestos concretos de misericordia.

El reino que Jesús anuncia e instauro a través de su persona, palabra y acciones, expresa su deseo de comunicar “vida en abundancia” (Jn 10,10) a todos aquellos que existencialmente se viven en algún tipo de periferia y que sin embargo son el centro del mensaje liberador y sanador del que es portador.

En el corazón de Jesús, reconocemos que Dios mismo tiene el corazón (*cors*) predispuesto hacia nosotros los pobres (*miseri*) –en sentido amplio-, o sea, que Dios es misericordioso<sup>83</sup>.

Si el reino de Dios irrumpe en la historia a través de Jesús, serán –como hemos dicho- sus palabras de misericordia y las acciones que confirman dichas palabras las que nos muestren hasta qué punto la misericordia es una de las características que definen dicho reino.

#### 1.1.1. LA MISERICORDIA EN PALABRA

Las **parábolas** que el nazareno narra a los israelitas manifiestan simbólicamente algún aspecto notable e insólito del Dios de Jesús. Incluso “podríamos decir que el mismo Jesús es el relato que Dios está contando al mundo”<sup>84</sup>. Él es la parábola de Dios, quien “narra” al Padre, y su intérprete. Pero además la propia palabra de las parábolas puede entenderse como *performativa*, pues cumple *misteriosamente* lo que dice, haciéndose realidad contemporáneamente en el ministerio de Jesús.

Al contar una parábola, Jesús asegura que el **reino de Dios** –y por tanto, el Dios vivo- llega a todo el oyente de su historia, especialmente a los pobres y a los pecadores. Si

---

como plenitud de vida”. (E. A. JOHNSON, *La cristología, hoy. Olas de renovación en el acceso a Jesús*, Sal Terrae, Santander 2003, 66).

<sup>83</sup> W. KASPER, *La misericordia. Clave del Evangelio y de la vida cristiana*, Sal Terrae, Santander 2013, 115.

<sup>84</sup> E. A. JOHNSON, *op. cit.*, 78.

esto no ocurre, todo carece de sentido. Los rasgos llamativos e inesperados de sus historias se cumplen en Jesús y en su conducta<sup>85</sup>.

Por otra parte, tanto las parábolas como los dichos deben ser comprendidos como la reivindicación de la Buena Noticia, y esto por tres razones:

Primera, porque en ellos se dice que los pecadores son enfermos (solo los enfermos tienen necesidad de médico –Mc 2,17-) y gente agradecida (solo los que están agobiados por su deuda saben el alivio que supone la condonación de la misma); segunda, porque revelan la naturaleza de Dios como Padre amoroso y compasivo; y tercera, porque de alguna manera muestran a los pecadores como más cercanos a Dios que los que se las dan de “justos”<sup>86</sup>.

En definitiva, hemos de reconocer en las parábolas uno de los lugares donde Jesús mejor interpreta el mensaje de misericordia del Padre. Un ejemplo claro nos lo brinda la parábola del buen samaritano, donde se nos comunica cómo es el modo divino de amar, la absoluta inversión que imprime en la lógica religiosa de la época (me fijaré en este último aspecto en el siguiente apartado), y su corazón misericordioso:

Lo que le interesa recalcar a Jesús con las parábolas de la misericordia es que “así como actúo yo, actúa el Padre”, porque “quien ve a Jesús, ve al Padre” (Jn 14,7.9)<sup>87</sup>.

La invitación a la praxis de la misericordia es una constante en las **enseñanzas** de Jesús. De hecho Mateo pone dos veces en labios de Jesús la afirmación veterotestamentaria: “**misericordia quiero, no sacrificios**, conocimiento de Dios, y no holocaustos” (Os 6,6). En el primer caso, en la llamada al publicano Mateo, seguida por la comida con los pecadores, Jesús replica a los fariseos escandalizados por su comportamiento: “No necesitan médico los sanos, sino los enfermos. Entended lo que significa: ‘Misericordia quiero, y no sacrificios’<sup>88</sup>; yo no he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores” (Mt 9,12-13). El segundo episodio tiene lugar un sábado: los discípulos de Jesús, para aplacar su hambre, al atravesar unas mieses arrancan espigas de grano y se las comen. A la pregunta que los fariseos le dirigen debido a este gesto, Jesús replica: “Si supierais lo que significa: ‘Misericordia quiero y no sacrificios’, no condenaríais a los inocentes” (Mt 12,7).

---

<sup>85</sup> Cf. E. SCHWEIZER, *Jesús parábola de Dios*. Sígueme, Salamanca 2001, 53-54.

<sup>86</sup> W. J. HARRINGTON, *Jesús, nuestro hermano. La humanidad del Señor*, Mensajero, Bilbao 2014, 57.

<sup>87</sup> Cf. Cf. W. KASPER, *op. cit.*, 74.

<sup>88</sup> El tema del *sacrificio* lo veremos más abajo.

“Jesús no se cansó de anunciar esta **buena y subversiva** noticia de la misericordia. Resumió la Torá entera en el mandamiento del amor a Dios (cf. Dt 6,5) y al prójimo (cf. Lv 19,18), puestos en el mismo plano. Ya la decisión de unir estas dos exigencias de la Ley es una innovación significativa, sin paralelos en la literatura judía antigua. Y en el evangelio de Juan, cuando Jesús da el último y definitivo mandamiento, que por esto se llama “mandamiento nuevo”, realiza otra síntesis más decisiva aún: “Amaos los unos a los otros como yo os he amado” (Jn 13,34; 15,12). Aquí se encuentra, en pocas palabras, el cristianismo entero: después de Jesús, amar a los hombres como hermanos, haciéndose prójimo de ellos (cf. Lc 10,36-37), es amar a Dios”<sup>89</sup>.

Pero Jesús no sólo enseña, anuncia, predica. Uno de los rasgos más fascinantes de su persona es lo que todos reconocían como su “autoridad” (Mc 1,22 y par.), es decir, su capacidad de establecer una unidad perfecta entre sus palabras y sus actos: lo que enseñaba, era aquello que vivía. Y a través de su manera de vivir fue testigo ejemplar de qué significa una existencia guiada absolutamente por la preeminencia del amor y de la **com-pasión misericordiosa** por todos y cada uno de los seres humanos. Estamos ante la “misericordia en acto”.

#### 1.1.2. LA MISERICORDIA EN ACTO

Una de las pruebas más evidentes de la preferencia de Jesús por los “apartados” de la sociedad judía –pecadores y socialmente despreciados, especialmente- la tenemos en las **comidas**. Jesús asume el riesgo de comer con los impuros, con aquéllos cuyas vidas no se ajustaban a la ley. Compartir la comida en Israel supone implícitamente compartir la vida de aquel con el que se come. De ahí que los pecadores, impuros, etc., fueran excluidos de la mesa. Sin duda, Jesús esperaba un cambio en las actitudes problemáticas de sus comensales, pero por lo que se caracterizaron sus comidas fue por la acogida inclusiva de los que habitualmente eran excluidos, marginados, y considerados parias. De ahí que aquellas mesas compartidas pudieran ser leídas como preparación y anticipo del gran banquete del reino.

Las comidas de Jesús se convierten así en gestos significativos que revelan cómo para Jesús, las personas siempre fueron lo primero, en especial los más pobres<sup>90</sup>, las

---

<sup>89</sup> Cf. *Ibid.*, 133-137 (las negritas son mías).

<sup>90</sup> “En los evangelios, los ‘pobres’ no son únicamente los que poseen pocos bienes ni tampoco son tan solo aquellos cuya pobreza es ‘espiritual’. En el contexto bíblico, los pobres son los pequeños, los que son

mujeres, los niños, los pecadores. Hasta tal punto esto fue así que no tuvo reparos en trastocar la obligación del *sabbat* –u otros mandatos de la ley mosaica- si alguna persona mostraba alguna necesidad (Mc 2,27).

Pero no sólo las comidas fueron espacios de “misericordia en acto”, igualmente los **milagros** y otros gestos subversivos (**curaciones y exorcismos**) de Cristo pueden ser leídos en esta clave. Los milagros, además de ser “signos” de la omnipotencia divina y del poder salvífico del Hijo del hombre, son también la revelación de la misericordia de Jesús hacia el hombre, particularmente hacia el hombre que sufre, que tiene necesidad, que implora la curación, el perdón, la piedad. Son, pues, “signos” del *amor misericordioso* proclamado tanto en el Antiguo como en el NT. Con estos gestos Jesús revela a un Dios “todo misericordioso” por cuyo “dedo” él actúa, y que desea superar todo mal que esclaviza y causa sufrimiento a la persona otorgándole sanación y salvación.

## 1.2. Para nuestra salvación

El misterio de la misericordia de Dios tiene un alcance **universal** (Rom 5,20-21). “Jesús revela un plan divino de salvación que busca liberar al género humano del pecado, de la muerte y de la ley<sup>91</sup>. Como afirma la Constitución Pastoral *Gaudium et spes* “De manera que sólo Dios conoce, la salvación es ofrecida a todos” (nº 22). Ello supone una gran novedad en el mensaje jesuánico respecto del AT. Además esta salvación importa una oferta gratuita para todo aquel que haya menester de ella.

Esto no quiere decir que la liberación de la negatividad sea el contenido único de la salvación prometida; obviamente también ostenta un contenido positivo: el mismo Jesucristo y la realización de la vida humana tal y como fue soñada por Dios para el ser humano (filiación y divinización). Esta salvación nos viene de Dios y es Cristo – único mediador- quien nos la revela y oferta gratuita y anticipadamente (mediación descendente)<sup>92</sup>; pero esta oferta ha de ser acogida libremente por el hombre. Ser

---

incapaces de defenderse por sí mismos y, por tanto, debido a sus necesidades y a su lamentable situación, son los protegidos de Dios”. (W. J. HARRINGTON, *op. cit.*, 48.)

<sup>91</sup> Cf. J. A. MARÍA, *La misericordia de Dios en los padres apostólicos y apologistas griegos del siglo II*, Pontificium Athenaeum Sanctae Crucis Facultas Theologiae, Roma 1996, 77.

<sup>92</sup> Es siempre una máxima en la vida espiritual no olvidar que ese conocimiento de la misericordia divina no se debe en primer lugar a nuestras buenas obras o a nuestro raciocinio; es siempre Su iniciativa la que nos hace descubrir –aproximativamente- algún rasgo del corazón de Dios: *Por la revelación de Cristo conocemos la bondad de Dios, sobre todo por su amor a los hombres, en virtud de su misericordia y no de nuestras buenas obras* (Tit 3,4-5).



objetos de su misericordia, seguirle a Él, imitar su forma de amar es el modo de acoger y responder a la gracia donada, y con ello la salvación (mediación ascendente)<sup>93</sup>; de ahí la exigente invitación de Jesús a ser misericordiosos como sólo Dios lo es (Lc 6,36).

Ambos movimientos –ascendente y descendente– se dan en Cristo de una forma cumplida. En él, se nos revela y comunica el amor de Dios, pero también él es el paradigma de la respuesta del hombre a Dios. Esto se explica en función de sus dos naturalezas: humana y divina, nunca la una sin la otra<sup>94</sup>. En Cristo, el querer de Dios y el del hombre se encuentran. El imperativo final en el corazón de entrambos es el mismo, movidos por una compasión encarnada y superlativa: la acción a favor de la justicia y la participación en la transformación del mundo. Estas serán entonces –como veremos más adelante– dimensiones constitutivas de la misión de la Iglesia para la redención de la raza humana<sup>95</sup>.

La salvación de la que Jesús es portador se manifiesta también como **liberación de una falsa imagen de Dios, que toca precisamente la comprensión de un Dios misericordioso**. Esta salvación que trae Jesús va más allá de los límites impuestos por la ley judía (más allá del pueblo, más allá de los espacios sagrados, más allá de las normas excluyentes de la pureza), de ahí que el concepto de “proximidad” quede resignificado por Jesús, haciendo ver que no depende de las normas... sino que es nuestra praxis la que convierte al otro en prójimo, una praxis que rezuma misericordia. Así lo quiso mostrar Jesús en la parábola del buen samaritano (Lc 10,29-37). En ella se hace claro cómo “el poder religioso –que ostentan el sacerdote y el levita- está pervertido, puesto que al abandonar al hombre desfiguran a Dios. Con esta parábola Jesús manifiesta que sólo es verificable el amor a Dios en la praxis concreta, y no en la conformidad a una doctrina”<sup>96</sup>. Ellos absolutizan lo relativo (el cumplimiento de una ley) mientras relativizaban lo absoluto. **Sólo es prójimo quien practica la misericordia**, y no quien –por ir al Templo a cumplir con Yahvé- ignora al necesitado.

Así pues, la persona del Hijo –su vida y su enseñanza- nos revela la auténtica imagen de Dios creador misericordioso, no del tótem idolatrado en el que puristas de la ley lo

---

<sup>93</sup> Cf. G. URÍBARRI, *op. cit.*, 367-371.

<sup>94</sup> Más adelante veremos la dilucidación del dogma cristológico.

<sup>95</sup> Cf. E. A. JOHNSON, *op. cit.*, 85-96.

<sup>96</sup> Cf. F. VARONE, *El dios “sádico”. ¿Ama Dios el sufrimiento?*, Sal Terrae, Santander 1988, 95-97.

habían convertido<sup>97</sup>. Esta purificación de la imagen de Dios pondrá de manifiesto que el culto a Dios deja de ser creíble si se desprecia al hermano y, a la inversa, toda obra de misericordia para con el prójimo es una forma de dar culto a Dios (Mt 25,31-46). Como nos recuerdan las bienaventuranzas, serán felices y recibirán misericordia quienes actúen así (cf. Mt 5,7), no quienes –seguros de sí mismos- entiendan la vida comprando tórtolas o pichones para ofrecérselas a Dios, como puro intercambio.

Más allá de la liberación de la imagen de Dios, y en cierto sentido como parte de ella, la salvación que Jesús nos trae supone la participación en su condición de Hijo, es decir, **la filiación**. De hecho, el centro del mensaje de Jesús lo ocupa la afirmación de Dios como Padre. Jesús lo llama **Abbá**. Pero no sólo eso, sino que como asevera E. A. Johnson “del modo en que Jesús habló sobre el Padre y realizó el reino de Dios se desprende claramente que tenía una experiencia especial del Padre como ser íntimo, cercano y sumamente compasivo ante el sufrimiento y el pecado humano”<sup>98</sup>. Esto dejó tal huella en el cristianismo primitivo que la oración más repetida hasta nuestros días, es la que nos enseñó el mismo Jesús, el padrenuestro; “Esta plegaria nos dice que estamos en relación personal con un tú divino que nos conoce y nos escucha, nos sostiene y ama”<sup>99</sup>, y además nos invita a actuar como hermanos de un Padre común, así como a perdonar a quienes nos ofenden.

Tal revelación de Dios como Padre, Padre suyo y Padre nuestro, aunque de un modo diferenciado (cf. Jn 20,17) apunta a nuestra realidad de hijos, pero sobre todo a la condición de Jesús como Hijo en un sentido propio y exclusivo (no excluyente). De hecho la Iglesia naciente tras la Pascua comprenderá que esta especial filiación de Jesús procedía de su condición divina. Los títulos con los que las primeras comunidades cristianas se han referido a Jesús dan nota de ello, nos abren a su relación con el Padre, y nos ayudan a comprender lo esencial de su persona. Y una de las notas características que de alguna manera aparece en todos ellos es la de su compasión y misericordia<sup>100</sup>:

---

<sup>97</sup> ¡Quien salva es Dios, no la ley! Recordemos que “el hombre no es amado por Dios porque valga o haga cosas buenas, sino que es valioso y puede obrar bien porque es amado incondicionalmente por Dios” (Cf. J. I. GONZÁLEZ FAUS, *Fe en Dios y construcción de la historia*, Trotta, Madrid 1998, 66).

<sup>98</sup> Cf. E. A. JOHNSON, *op. cit.*, 71.

<sup>99</sup> Cf. W. KASPER, *op. cit.*, 71-72.

<sup>100</sup> Seguiré fundamentalmente a G. URÍBARRI, *op. cit.*, 325-346.

1. **Jesús es el Mesías.** Este título se traduce por Cristo<sup>101</sup> (en griego) y por ungido (en arameo y hebreo). En el relato de la sinagoga es Jesús quien se presenta como ungido por el Espíritu; también en bautismo. Ambos momentos recalcan el tipo de mesianidad que ostenta Jesús: la de un mesías humilde que se abaja para servir, para salir compasivamente al encuentro del otro. Un mesías que no se ahorrará sufrimientos y sacrificios, pues es condición impostergable de un amor comprometido. Esta dimensión dolorosa de su mesianismo es vinculada con la figura del Siervo de Yahvé y del **Hijo del hombre**<sup>102</sup>.

Sin embargo, “Jesús se resistió extraordinariamente a hablar de sí mismo como Mesías, aunque a veces los evangelios ponen el título en su boca (Mc 9,41; Lc 4,41; Mt 23,10). Él no era un Mesías en el sentido en que la mayoría de la gente entendía este concepto. Él quería ser siervo (Mc 10,42-45), hasta llegar a lavar los pies de los discípulos (Jn 13,4-16). Para ahondar en su pretensión mesiánica es clave el texto en el que los discípulos de Juan le preguntan “¿eres tú el que ha de venir, o debemos esperar a otro?” (Mt 11,2-6). Jesús da a entender que en él se está cumpliendo lo descrito en Isaías (Is 52,13-53,12)”<sup>103</sup>, apuntando hacia la imagen del el siervo sufriente. Así, la mesianidad de Cristo es salvífica en cuanto que nos muestra que *perder* la vida amando como Dios ama significa *salvarla* (Mt 16,25). San Pablo (2Cor 5,14-15) advertirá que es el corazón misericordioso de Jesús lo que le lleva a la cruz. “Jesús no fue el *vencedor*, sino la *víctima*. Y, paradójicamente, éste sería su mayor logro. La verdad y la justicia estaban de parte de la víctima. De hecho, es ahí donde se encuentra Dios: tomando partido por las víctimas del mundo”<sup>104</sup>. Así las conduce a la victoria definitiva.

2. **Jesús es Señor.** El término Kyrios (Señor) tiene significado profano y religioso: se refiere a quien puede disponer sobre algo con autoridad. En el AT se consideraba irreverente pronunciar el nombre de Yahveh, y al leer en voz alta la Escritura, en su lugar se decía *Señor*. Tras la resurrección se fue implantando la confesión de fe “Jesús es Señor” (cf. Rom 10,9; 1 Cor 12,3; Flp 2,11). El título expresa que Cristo ha sido exaltado a la derecha de Dios, recibiendo su misma dignidad y señorío: cósmico y universal.

---

<sup>101</sup> Cf. Jn 1,41.

<sup>102</sup> Esta última figura vincula su mesianidad a aspectos que pertenecen a su ministerio: es Señor del Sábado, perdona los pecados, no tiene dónde reclinar la cabeza. (Cf. G. URÍBARRI, *op. cit.*, 330-331).

<sup>103</sup> Cf. A. NOLAN, *Jesús, hoy. Una espiritualidad de libertad radical*, Sal Terrae, Santander 2007, 93-94.

<sup>104</sup> *Ibid.*, 93.

Por ser el resucitado, el título Señor hace referencia a una realidad activa en el presente: Jesús se encuentra de tal forma vivo en el momento actual que puede relacionarse con nosotros; es nuestro Señor porque es capaz de rescatar todo aquello que estaba perdido en el ser humano, levantarlo de la postración y darle nueva vida. “Si Dios está por nosotros, ¿quién estará contra nosotros?” (Rom 8,31). Los creyentes pueden dirigirle sus oraciones y la Iglesia invocarle en su culto. El Señor glorificado continúa interviniendo misericordiosamente en los acontecimientos de la tierra, de manera que la Iglesia puede ser considerada el cuerpo de Cristo.

Igualmente importante para el NT y la cristología primitiva es el **salmo 110** (109). El Kyrios (Señor) subraya su carácter mesiánico; este señorío enlaza con su predicación sobre el reino de Dios, manifestándose ahora como rey de reyes y señor de señores.

3. **Jesús es el Hijo de Dios.** Es el principal título cristológico; destaca especialmente el entronque *trinitario* de la cristología, abriendo así la comprensión de la encarnación y su relevancia antropológica<sup>105</sup>. La intimidad del Padre y el Hijo llega a su extremo porque ambos son una misma cosa: “Yo y el Padre somos uno” (Jn, 30). Jesús vuelve a su Padre tras la misión (Jn 13,1); de Él recibe su poder de resucitar, de juzgar, de amar compasivamente; el Padre ama a Jesús (Jn 3,35).

Esta clara relación de pertenencia filial indica que la salvación que nos otorga Dios, nos alcanza por medio de su Hijo. La vida terrena de Jesús muestra de múltiples maneras que su misión es la misión del Padre; la fuente de la misericordia del Hijo brota del corazón de Dios, se derrama por medio de su vida entregada y es sostenida (*animada*) de continuo por la gracia del Espíritu. “El Padre nos ha sido revelado por su Hijo hecho hombre y su Espíritu nos lo hace conocer”<sup>106</sup>; es Jesús quien nos manifiesta con su vida que Dios Padre “es amor”: con las parábolas (el padre bueno –Lc 15,11-32-, los obreros de la viña –Mt 20,1-16-) y por sus acciones mesiánicas.

Unido a Dios es como el Hijo se nos muestra como amor entregado misericordiosamente. Sólo quien procede de Dios puede traer su salvación, actuar y sanar como Él, “concedernos la vida eterna que Dios nos da en su Hijo” (1Jn

---

<sup>105</sup> G. URÍBARRI, *op. cit.*, 339.

<sup>106</sup> Cf. CIC, 2780.

5,11). En la misericordia del Hijo vemos la del Padre, y la misericordia del Padre nos alcanza por aquel que es llamado Hijo de Dios: “Quien ve a Jesús, ve al Padre” (Jn 14,9).

Los títulos son una fuente imprescindible para la cristología en el intento de acceder a la comprensión de la persona de Jesús, pero no serán suficientes. A partir de los datos bíblicos, la Iglesia a lo largo de los siglos, guiada por el Espíritu y tratando de responder a los problemas de cada momento y lugar, ha tratado de profundizar en este conocimiento. Un momento de especial importancia en este proceso será la clarificación del dogma cristológico que tuvo lugar en los concilios de la era patristica<sup>107</sup>.

**a) Siglo IV (ontología trinitaria)**

1. **Nicea** (325). Se discutió la divinidad del Hijo de Dios. Frente a Arrio (subordinacionismo), se subrayó la consustancialidad de Padre y del Hijo (homoousios), y por tanto, la divinidad de Cristo.
2. **I Constantinopla** (381): se subrayó la divinidad del Espíritu Santo y la humanidad de Jesucristo, completando el credo niceno.

**b) Siglo V (ontología cristológica).** A partir de aquí el tema central es la encarnación: cómo Jesucristo puede ser a la vez verdadero Dios y verdadero hombre.

1. **Éfeso** (431). Se discutió sobre la unidad de la persona de Jesucristo. Fue afirmado que María es *theotókos*, así como la comunicación de idiomas.
2. **Calcedonia** (451). Fueron recalçadas las dos naturalezas de Jesucristo -humana y divina- y la unidad de su persona.

**c) Siglos VI-VII (clarificación final: ontología cristológica)**

1. **II Constantinopla** (553). En el Verbo encarnado trinitariamente las dos naturalezas se unen hipostáticamente: sin dejar de ser divina, existe en la naturaleza humana.
2. **III Constantinopla** (680/1). Es aseverada la total integridad de la naturaleza humana sin concurrencia con la divina. Además, se llega a la conclusión de que en Cristo existen dos voluntades, en parangón con las dos naturalezas, sin que exista oposición entre ellas.

---

<sup>107</sup> Me baso en una tabla sintética -apuntes de Cristología- del profesor Gabino Uríbarri SJ (curso 2011-2012).

La clarificación de la constitución ontológica de Cristo no es una cuestión marginal para nuestra categoría. Si Jesús no fuese hombre plenamente, ni podría compadecerse de nosotros, ni sus entrañas humanas lograrían moverse a misericordia, ni podría haber gustado nuestras miserias para asumirlas. Pero si no fuera Dios, esa compasión misericordiosa sólo podría ser cercanía humana solidaria y nunca una respuesta de vida, dignificación y plenificación. Sólo porque es Dios no sólo se mueve a misericordia hacia nosotros y nuestras miserias, debilidades, pecado, fragilidades... hasta nuestra muerte, sino las abraza y las eleva, conduciéndonos a la plenitud para la que hemos sido creados. En definitiva, esto es lo que está en juego cuando se intenta dilucidar el dogma cristológico.

### 1.3. *La pasión (por Dios y el por el hombre)*

El amor apasionado y misericordioso de Dios por los hombres es tal que llega a entregar a su Hijo Jesús por nosotros, para nuestra salvación.

Tanto amó Dios al mundo que entregó a su Hijo unigénito, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna. Porque Dios no ha enviado a su Hijo al mundo para juzgar al mundo, sino para que éste se salve por él (Jn 3,16-17).

Puesto que ya nos hemos acercado en el epígrafe anterior a esa salvación, ahora lo haremos al mismo Jesús, a su entrega al mundo, que es envío del Padre y pasión por el mundo; pues “no hay mayor amor que el de dar la vida por los amigos” (Jn 15,13). Pero ¿era *necesario* que Jesús sufriera la pasión, muriera y resucitara para nuestra salvación? ¿No se puede llegar a entender esta *entrega* como un “intercambio sacrificial” para que los hombres tuviéramos vida?

En primer lugar, la noción de **sacrificio** –muy utilizada por la Tradición, hasta nuestros días- es sin duda ambivalente. Sacrificio significa “hacer algo sagrado” (*sacrum facere*). Como una moneda, tiene doble cara: encierra muerte y vida, pérdidas y ganancias, violencia y pacificación. Pero no todo sacrificio entraña sangre; puede consistir en una ofrenda de flores o de danzas, o en un homenaje eucarístico<sup>108</sup>. El cristianismo utiliza el concepto de sacrificio y no se salva de esta ambigüedad terminológica. Por eso debemos afinar mucho para entenderla correctamente.

---

<sup>108</sup> L. SUSIN, D. PILARIO, D. IRARRAZAVAL (eds.), “La ambivalencia del sacrificio”, *Concilium*, Vol. 4, 352, septiembre 2013, 7-12.

Efectivamente, el NT emplea a veces el vocabulario sacrificial, pero hay que observar un par de cosas:

- I. “Este vocabulario aplicado a la muerte de Cristo no es ni el más antiguo ni sobre todo el más frecuente (cuatro veces como máximo en san Pablo, donde otros simbolismos son mucho más habituales). Incluso está totalmente ausente en el cuarto evangelio, que prefiere constantemente el ‘esquema iniciático’, el don de sí que hace vivir o el de “morir para vivir” (cf. el grano de trigo), al ‘esquema sacrificial’ clásico).
- II. Sólo la epístola a los Hebreos desarrolla abundantemente la perspectiva sacrificial y sacerdotal. La explicación se debe al contexto: los cristianos de origen judío no podían dejar de plantearse esto: si en lo sucesivo la salvación viene dada por Jesucristo, ¿qué pasa con las dos grandes instituciones de salvación dadas por Dios a Israel, la Ley y el Templo? Era, pues, preciso demostrar que Cristo, con su vida y su muerte, ‘cumplió’, ‘superó’ no solo la Ley, sino también el Templo (por tanto, el sacerdocio y los sacrificios). A partir de entonces, los cristianos no tienen otro ‘sacrificio’ que ofrecer que el de la vida misericordiosa y la muerte (asumida por amor) de Jesús. Por otro lado, la perspectiva del autor de la carta a los Hebreos es demostrar que “la muerte de Jesús no es un sacrificio salvo a condición de no ser tal. Por ello, el término sacrificio tiene un valor **metafórico**, en el sentido de que se trata de un sacrificio que nada tiene de ritual; se refiere a una vida entregada, a la misericordia como verdadero sacrificio”<sup>109</sup>.

Por supuesto, Dios no necesita nada (sangre, mucho menos), no está clamando por algún tipo de “satisfacción” para aplacar su ira ante el pecado del hombre que lleva a Jesús a la cruz, ni siquiera para restablecer una supuesta situación ideal en la creación, rota por el pecado de Adán. El mensaje de Jesús no está presidido por un lenguaje de tipo sacrificial, sino que más bien, incardinándose en la corriente profética, opta claramente por la misericordia frente al sacrificio (Mt 9,13). Las viudas y los huérfanos, los pobres, los enfermos y los ancianos son considerados ahora como el auténtico altar para rendir culto a Dios. Además, el perdón de los pecados no se asocia a ningún tipo de acción sacrificial previa: ni una sola gota de sangre se derrama en las parábolas de perdón en las que Jesús muestra cómo es el perdón misericordioso de Dios (Lc 15,1-32), si no es la del cebón que se hace matar para celebrar la fiesta<sup>110</sup>.

---

<sup>109</sup> L-M. CHAUVET, “‘Sacrificio’: una noción ambigua dentro del cristianismo”, *Concilium*, Vol. 4, 352, septiembre 2013, 13-24.

<sup>110</sup> Cf. C. DOMÍNGUEZ, *Experiencia cristiana y psicoanálisis*, Sal Terrae, Santander 2006, 77-102.

La razón última está en que **no es la cruz, en sí, y por sí sola la que nos salva, sino el Amor** encarnado en Jesús que quiso amarnos hasta el final, aunque le supusiera la muerte.

(...) La cruz es como un toque del amor eterno sobre las heridas humanas... Cuando los seres humanos a los que Dios ama sufren, Él está presente con ellos, los ama compasivamente en su experiencia de sufrimiento, desea la vida para ellos y actúa para producirla cuando las fuerzas humanas se han agotado<sup>111</sup>.

El sacrificio de Cristo no está en el sufrimiento compensatorio, sino en el sufrimiento asumido por con-pasión, y en la transformación que lleva consigo. La muerte de Jesús es consecuencia de un modo determinado de vivir. Él asumió el riesgo real de afrontar una muerte violenta que en modo alguno deseaba; lo que sí anheló siempre fue dar su vida para la vida del mundo, revelándonos el verdadero ser de Dios y alcanzándonos la salvación. Para ello “todo” debía ser asumido (toda miseria humana, también el sufrimiento y la muerte) para así ser salvo.

Con la muerte de Jesús el alero del templo se rajó en dos de arriba abajo; para llegar a Dios ya no hará falta el humo de los sacrificios –que sube *hacia arriba*–, sino mirar horizontalmente la realidad, de frente, porque es ahí donde encontramos al necesitado de consuelo. Para quien mira solo hacia arriba, es imposible ver lo que ocurre más abajo<sup>112</sup>. Así, la salvación llega a este mundo por la revelación del amor, manifestado en grado sumo en la entrega de la vida del Hijo único. Jesús nos enseña que la voluntad de Dios es hacer de nuestra vida (con sus sufrimientos, alegrías y pequeñas muertes) un camino hacia la realización plena, vía que pasa por la entrega de la misma, dejándonos mover por la misericordia. Además, esta misericordia de Dios nos llama y lleva a la **reconciliación** con nosotros mismos: “la llamada a una aceptación valiente y lúcida de la condición humana y de su esencial fragilidad y falibilidad, sabiendo que es más importante el don de Dios que nuestra connatural limitación”<sup>113</sup>.

Gráficamente, podemos decir que en la vida de Jesús descubrimos una triple dimensión:

---

<sup>111</sup> Cf. E. A. JOHNSON, *op. cit.*, 133.

<sup>112</sup> Esto nos recuerda a Hch 1,11: *Galileos, ¿qué hacéis ahí mirando al cielo?* Es una sugerente invitación a buscar en este mundo cosmopolita el reino de Dios y su justicia...

<sup>113</sup> Cf. C. DOMÍNGUEZ, *op. cit.*, 77-102.



1. De INAUGURACIÓN: en la “sangre” de Jesús (es decir, gracias a su praxis histórica, su muerte y resurrección) ha sido inaugurado el camino que conduce a la humanidad a la vida perfecta, haciéndola salir del atolladero del pecado y de la muerte.
2. De REVELACIÓN: al comenzar este nuevo camino Jesús nos revela el verdadero rostro de Dios, a quien llama **Abba**, “demostrando así una relación peculiar, íntima, estrecha y novedosa con quien es el verdadero sentido de nuestra vida y del santuario”<sup>114</sup>. Esta revelación transforma el miedo en seguridad: sólo es posible el acceso a Dios por la sangre (=vida) de Jesús.
3. De ATRACCIÓN: el verdadero camino es Jesús, una vía misericordiosa siempre abierta, que conoce el barro del que estamos hechos<sup>115</sup>.

Estas aclaraciones son necesarias para purificar nuestro acercamiento al **misterio pascual, y para hacerlo más en clave de misericordia que de sacrificio**. Como hemos dicho más arriba, “Jesús previó que mantenerse fiel en su mensaje del reino le iba a suponer la muerte”<sup>116</sup>. Todo ello fue anticipado de alguna manera en la última cena.

La cena de despedida, celebrada en ambiente pascual, se focaliza en cuatro verbos que recogen ambas tradiciones (Marcos y Mateo, Pablo y Lucas): Jesús **tomó** el pan, lo **bendijo**, lo **partió** y lo **dio**. El cuerpo (el pan) es entregado “por muchos, por la multitud, por nosotros”, es decir, en favor nuestro, para favorecernos (no “en lugar” de nuestra culpabilidad, pero sí “en nuestro lugar”). La sangre derramada (vida), el vino, significa la participación en la vida de Jesús, inaugurando un nuevo modo de relación con Dios. Paralelamente a la Última Cena, en el acontecimiento del lavatorio de los pies (Jn 13,1-15) se nos muestra igualmente, en Jesús, el modo más profundo de “ser humano” y de amar como Dios: “se despojó de su rango, se abajó, tomó la condición de esclavo, a pesar de su condición divina...” (Flp 2,6-11).

El *pro nobis* (su pro-existencia) constituye el sentido de la vida entregada de Jesús, que no tiene en la muerte la última palabra. Como Hijo de Dios, señala que la palabra del Padre será siempre preferentemente de misericordia, perdón, reconciliación... y estas conducirán hasta su palabra definitiva: la consumación de la vida en el amor. “La muerte del Hijo se revela como la muerte de la muerte, como lugar de irrupción de la vida”<sup>117</sup>. En **1Cor 15,3-8** encontramos una fuerte interpretación soteriológica del hecho

---

<sup>114</sup> Cf. G. URÍBARRI, *op. cit.*, 321.

<sup>115</sup> Cf. F. VARONE, *op. cit.*, 143-144.

<sup>116</sup> Cf. G. URÍBARRI, *op. cit.*, 290.

<sup>117</sup> Cf. W. KASPER, *op. cit.*, 78.

de la muerte: Cristo murió por nuestros pecados. “Jesús será el cordero pascual que, habiendo sido entregado, quita los pecados del mundo; es decir, la vida de Jesús será un continuo desvivirse para dar vida, para liberarnos del poder del pecado y para traernos la **justificación**. Ésta revela la justicia de Dios, que no es otra que la que actúa compasivamente en beneficio del hombre; aquélla jamás podrá ser punitiva sino siempre salvífica, provocando al hombre a la conversión”<sup>118</sup>.

Como hemos dicho anteriormente, la praxis del amor misericordioso de Jesús ni mucho menos acaba con el final de su vida terrena en la cruz. La más profunda revelación de vida, la realización de una promesa de la misericordia plena y para todos nos es mostrada en la resurrección: gracias a ésta el señorío de Jesús sobre la historia cobra una renovada manifestación. A partir de ese momento, más claramente se nos presenta su poder (el del amor) sobre nuestro miedo, sobre nuestra indignancia y pecado, sobre nuestras inseguridades y supuestas certezas; en definitiva, sobre cualquier tipo de muerte. “Soy yo, no temáis; la paz<sup>119</sup> con vosotros” (Lc 24, 36-38). La misericordia del resucitado acoge la ceguera de los discípulos que iban camino de Emaús (Lc 24,13-35) y que no pudieron o supieron reconocerlo; aun así, él tomó el pan, lo bendijo, lo partió y lo repartió.

En la resurrección se hace patente la misericordia del Padre que resucitó a Jesús y en él, resucitado, se nos abren las puertas de la resurrección a nosotros. Es el Padre Bueno quien tiene misericordia con los muertos resucitando a Jesús; pero también el resucitado se muestra misericordioso en las apariciones, al dejarse ver justamente a aquellos que están temerosos, que se sienten abandonados, frustrados, que se esconden, que huyen, que se desintegran como grupo; desde ahí el encuentro con Jesús resucitado trasforma el miedo en valor, la dispersión en comunión, la huida en misión, la frustración en alegría, y la angustia en paz. También el Espíritu del resucitado se nos da como fortaleza en nuestra debilidad, como defensor en el peligro, como luz, ardor y verdad que nos guiará hacia el fin. Así se manifiesta como Espíritu de misericordia.

Dios siempre está dispuesto a actuar con misericordia, por muchas veces que le demos la espalda a él y al hermano. Nos lo enseñó el mismo Jesús a través del testimonio de sus comidas con los pecadores, símbolo del banquete del reino. Pero ahora, es el resucitado, junto al Espíritu que nos da (Lc 24,49), quien nos envía a

---

<sup>118</sup> Cf. F. VARONE, *op. cit.*, 162-169.

<sup>119</sup> En el NT, la paz y la gracia son dones de la misericordia de Dios.

construir, en su nombre, el reino de Dios en esta misma clave de misericordia. Esta construcción implica la liberación de toda forma de esclavitud, nos indica que lo más importante en nuestra vida no se conquista, sino que es recibido.

El Hijo de Dios en su resurrección ha experimentado de manera radical en sí mismo la misericordia, a saber, el amor del Padre que es más fuerte que la muerte. El Cristo pascual es la encarnación definitiva de la misericordia, su signo viviente: histórico-salvífico y a la vez escatológico. En el mismo espíritu, la liturgia del tiempo pascual pone en nuestros labios las palabras del salmo 89 (88): 'Cantaré eternamente las misericordias del Señor'<sup>120</sup>.

Por último, la comunidad apostólica –símbolo de la Iglesia- fue enviada en Pentecostés (Hch 2), con los dones del Espíritu (del Padre y del Hijo) a manifestar la verdad más profunda de Dios. La imaginería religiosa tradicional ha representado este acontecimiento poniendo a María en el centro de la comunidad.

## **2. María, madre de la misericordia**

María, por el don del Espíritu Santo, encarna en su seno la misericordia del Padre al acoger desde su libertad a quien era imagen de Dios.

La virgen concebirá y dará a luz un hijo y le pondrán por nombre Emmanuel, que significa "Dios con nosotros" (Mt 1,23).

Ya profetizado por Isaías (7,14), "María se convertirá en la 'Madre del Señor' y en ella se realizará el misterio divino de la Encarnación: 'El Padre de las misericordias quiso que precediera a la encarnación la aceptación de parte de la Madre predestinada'<sup>121</sup>. Con su "sí" que resonará en las paredes de la historia, ante el enviado por Dios la virgen entona el Magnificat, un canto que destaca la compasión misericordiosa del Padre por la humanidad especialmente sufriente:

(...) Y su misericordia llega a sus fieles de generación en generación.  
Él hace proezas con su brazo, dispersa a los soberbios de corazón,  
derriba del trono a los poderosos y enaltece a los humildes,  
a los hambrientos los colma de bienes  
y a los ricos los despide vacíos.

<sup>120</sup> Cf. JUAN PABLO II, *Dives in misericordia*, 16.

<sup>121</sup> JUAN PABLO II, *Redemptoris mater*, 13.

Auxilia a Israel, su siervo, acordándose de su misericordia (...) (Lc 1,46-55).

Desde la Anunciación (Lc 1,26-38), como Madre del Salvador, también María se convierte para todos los creyentes en Madre de Dios<sup>122</sup> y Madre de la Iglesia. Igualmente ella está ligada al ser y obra de Cristo y es modelo para todos los creyentes. Su *sí* constante y definitivo al plan de Dios, su obediencia y fidelidad al plan de Dios nos recuerda que no hay otro acceso al Padre que el servicio al hermano necesitado; porque “la relación entre Dios e historia no puede ser la de la oposición<sup>123</sup>”. Con otras palabras, decir *sí* a Dios implica y supone afirmar la voz del prójimo, y viceversa. Quien sirve compasivamente al otro es porque primeramente ha sido capaz de *escuchar* (ob-audire) el clamor del débil, en quien Dios se encarna preferentemente: “Cuanto hicisteis a uno de estos hermanos míos, más pequeños, a mí me lo hicisteis” (Mt 25,31-46).

Desde su humanidad agraciada –concebida sin pecado- María nos enseña que es posible, por la gracia de Dios, cooperar y colaborar con el Dios Misericordioso en la obra de la salvación: “Dichosos los que oyen la Palabra de Dios y la cumplen” (Lc 11,28); nos recuerda que debemos resituar nuestra confianza en el corazón del Hijo, quien nunca dejó de mostrársenos en forma de misericordia: “Haced lo que él os diga” (Jn 2,5). Como nosotros, también ella es empapada por el rocío del Espíritu en Pentecostés y enviada en misión, que es la de la Iglesia peregrina. “Ella es tipo de la Iglesia y modelo de la misericordia cristiana<sup>124</sup>, en cuanto que es capaz de reconocer, acoger y encarnar la voluntad de Dios en su vida; esta voluntad es especialmente manifiesta en la figura de su propio Hijo: “la Misericordia de Dios cumplida<sup>125</sup>. Además, ella nos enseña que el poder pecado no es condición sine qua non del ser humano.

Las palabras de Jesús en la cruz, “ahí tienes a tu madre” (Jn 19,27) nos otorgan una esperanza presente y futura, desde el convencimiento de que ella es la primera redimida por su Hijo, *intercesora* misericordiosa para toda la humanidad; ella es quien nos enseña a adorar *sólo a Dios*, y no caer en los poderes de este mundo que nos separan de su rostro misericordioso.

---

<sup>122</sup> *Theotókos*, definido en el concilio de Éfeso (año 431).

<sup>123</sup> G. URÍBARRI, *op. cit.*, 346.

<sup>124</sup> Cf. W. KASPER, *op. cit.*, 201-212.

<sup>125</sup> J. A. MARÍA, *op. cit.*, 71.

En este recorrido realizado hemos comprobado que el enviado del Padre *nunca permaneció indiferente ante el sufrimiento ajeno*. Jesús –el Hijo y Señor- encarnó amorosamente la misericordia de Dios hacia toda la humanidad, especialmente la más pequeña y herida. Dicha misericordia se actúa en sus palabras y en sus obras, siempre para nuestra salvación. De una manera particular su Pasión y muerte son la manifestación más radical de la falta de límite de la misericordia divina, sea del Padre, sea del Hijo. El resucitado nos sigue manifestando hoy el proyecto de salvación del Padre; el Espíritu nos fortalece y guía para que seamos continuadores de la obra misericordiosa de Jesús. En el siguiente apartado -Antropología Teológica- incidiremos en esta verdad: no hay nada creado por el Padre que se halle fuera de su amor y misericordia, o que sea ajeno a la voluntad de entrega y donación de Jesucristo. Será el Hijo quien lleve a plenitud el plan salvífico de Dios; un proyecto de misericordia en el que la gracia divina nos es prometida para nuestra continua renovación, a pesar de nuestro pecado y fragilidad.



## Capítulo 4

### ***Renuévanos a su imagen*** (ANTROPOLOGÍA TEOLÓGICA)

---

Las páginas que el lector abre ahora versarán sobre la antropología teológica, y no acerca de una teología antropológica. Aunque siendo expresiones parecidas, la diferencia es clara: el primer adjetivo –teológico- quiere resaltar la *condición de posibilidad* del sustantivo –el hombre-, su característica más íntima: Dios. Con otras palabras, deseamos indagar en la Trinidad que hace posible existir al hombre y a la mujer junto a toda la **creación**; y no únicamente en el presente de quien es testigo de este siglo XXI, sino en todo lo creado desde siempre y para siempre por un Dios que se nos ha revelado como Amor; un momento creacional que no se circunscribe a un pasado remoto cronológico, sino que es inicio absoluto (protología), que además se actúa aquí y ahora y que nos conduce a un final definitivo (escatología).

Puesto que la categoría que funciona como hilo conductor de nuestra Memoria es la misericordia, y que etimológicamente nos habla de un movimiento del corazón hacia toda miseria, parece adecuado comenzar esta parte afrontando el tema del **mal** como causa directa de tantas situaciones de “miseria” humana, de las que somos salvos por la gracia dispensada por el corazón misericordioso de Dios a través de las personas del Hijo y del Espíritu. Por tanto, este misterio de *lo malo* no puede tener la última palabra en este mundo. El hombre, constitutivamente **creado** por el Amor y para el amor (el bien), no dejará de ser imperfecto, puesto que es distinto de Aquel. Por último –y *por principio*-, será el don divino de la **gracia** -el Espíritu Santo, y en último término el mismo Jesucristo- quien sostenga lo creado, quien nos renueve a su imagen compasiva, quien nos otorgue una esperanza insoslayable: “Si escalo el cielo, allí estás tú; si me acuesto en el abismo, allí te encuentro” (Sal 139 -138-). Tras estas líneas introductorias nos aproximaremos con algo más de profundidad a cada una de las columnas del tridente mal, creación y gracia; huelga decir que no podemos entenderlas aisladamente.

#### **1. El mal como posibilidad: la libertad**

La muerte la podemos descubrir de muchas formas en la realidad del **mal** que, desgraciadamente, habita nuestro mundo; y siendo honestos, también en nosotros mismos. No podemos minusvalorarlo. Tenemos experiencia de que el mal cometido o

el mal padecido forman parte del andamiaje de nuestra existencia. Como bien afirma José A. García, el ser humano presenta una ambigüedad constitutiva en su corazón; este es la sede tanto de los impulsos de vida (*eros*) como los de muerte (*thanatos*)<sup>126</sup>. Sin embargo, este mal no tiene la misma entidad ontológica que el bien; ambos no son dos principios equivalentes que luchan denodadamente por hacerse con el mayor número de seguidores. Nuestra creencia cristiana desecha este dualismo que funciona como un espejo en el que se reflejan el bien y el mal como entidades antagonistas, como el yin y el yang. En absoluto. El bien procede de Dios, quien ha creado todo *muy bueno* (Gn 1,31). El mal, sin embargo, no procede de Él.

Ocurre que cuando Dios crea, erige algo distinto de sí. Aunque este algo es bueno, puesto que nace de sus manos, al mismo tiempo es limitado e imperfecto porque no es igual a Dios. Ni puede serlo. Por definición, todo lo que es distinto de Dios (lo creado) no puede ser perfecto: es sustancialmente bueno pero también con posibilidad de corromperse, de torcer su horizonte de bondad, de “olvidar” la dignidad primigenia.

La humanidad de Cristo nos dejó una prueba irrefutable de que –antropológicamente– el mal y la tentación son posibles, pero no inevitables. Así lo vemos al final de la perícopa de las tentaciones de Jesús en el desierto (Jn 4,1-11), donde se lee: “acabadas las tentaciones, el diablo se alejó de él hasta otra ocasión”. Es decir, tampoco Jesús se libró –en su humanidad– de ser tentado en distintas ocasiones (*Getsemaní*: Lc 22,39-44). Con la salvación ocurre lo contrario: se trata de una certeza, y lo que es una posibilidad es su rechazo. Con otras palabras, el amor de Dios es una realidad que se oferta continuamente a nuestra vida; aquí radica su omnipotencia: el poder de su Amor. Sin embargo, la libertad del hombre puede elegir acogerlo o rechazarlo. Cuando esto ocurre, hablamos de pecado: “término teológico que nombra el mal moral en cuanto mal cometido o mal padecido (quien lo comete, también es víctima del pecado)”<sup>127</sup>. Porque Dios crea por amor y ama todo cuanto ha creado, toda transgresión cometida hacia algún elemento de la creación –especialmente si se trata de otro ser humano– es naturalmente rebatida por Dios con todas sus fuerzas. Es cierto que Él respeta profundamente nuestra libertad, pero eso no implica indiferencia o apatía ante el mal, y dañando a su creatura es al creador a quien rechazamos. Esta ausencia de fría indiferencia y este rechazo del mal no se

---

<sup>126</sup> Cf. J. A. GARCÍA, *Ventanas que dan a Dios. Experiencia humana y ejercicio espiritual*, Sal Terrae, Santander 2011, 99-117.

<sup>127</sup> P. CASTELAO, en Á. CORDOVILLA (ed.), *La lógica de la fe*, UPComillas, Madrid 2013, 231.



oponen a su amor, ni tan siquiera a su misericordia. Como bellamente lo expresa Kasper: “En su misericordia, Dios nos toma en serio”<sup>128</sup>.

El concepto de **pecado original** –acuñado por san Agustín- en absoluto refiere a un hecho bíblico puntual; indica un estado, no un acto. “El relato del jardín narra lo que nunca fue pero siempre es”<sup>129</sup>. No significa que, puesto que Adán hizo mal uso de su libertad en un momento inicial del tiempo cronológico, todos los seres humanos de generaciones venideras tengamos que cargar con esa herencia. “Pecado original” significa que, puesto que somos seres creados, no podemos ser perfectos como sólo Dios lo es, y por ello tenemos la necesidad básica de su misericordia para poder superar el mal. Y esto *malo* (que no es una fuerza indestructible, aunque sus efectos sean destructores) sólo puede vencerse por el poder del Bien.

Los evangelios ponen en boca de Jesús esta afirmación: “Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas cosas a vuestros hijos, ¡cuánto más vuestro Padre que está en los cielos dará el Espíritu Santo a los que le pidan!” (Lc 11,13). La expresión “vosotros, siendo malos”, en este texto, no desea certificar una suerte de maldad constitutiva humana, sino precisamente la no perfección. De hecho, ese adjetivo proviene del sustantivo *ponerós* que significa difícil, defectuoso, malo, cobarde, dañoso. Pues bien, si aun siendo capaces de hacer el mal –afirma Jesús- de hecho también nosotros ejercitamos la bondad con nuestros hijos, ¡de qué manera sobreabundante podrá hacerlo el amor de Dios Padre por nosotros! “En los versículos paralelos, Mateo dirá que el Padre dará “cosas buenas” en lugar del ‘Espíritu Santo’ que Lucas señala. Es decir, esas cosas buenas, ese Espíritu Santo donado es Dios mismo. Porque lo que realmente importa es que Dios se nos quiere dar, una y otra vez, abajándose”<sup>130</sup>. Y este movimiento de Dios nos habla de su compadecerse y de esa misericordia que se curva hacia nuestra fragilidad.

Jesús en ningún momento nos garantiza que vaya a eliminar el mal; tampoco nos promete desasirnos de nuestra posibilidad de caer en él. Si así lo hiciera, nos evitaría ser humanos. Lo que afirma nuestra fe es que el mal, siendo una posibilidad real en nuestra vida, estando siempre ahí como posible fruto de nuestra libertad, podemos evitarlo y vencerlo con la fuerza de su Amor. Y que sólo un amor verificable, fundamentado en un Amor superior que nos lanza al mundo para vivir de una manera

---

<sup>128</sup> Cf. W. KASPER, *La misericordia. Clave del Evangelio y de la vida cristiana*, Sal Terrae, Santander 2013, 105.

<sup>129</sup> Cita de E. ZENGER: P. CASTELAO, en Á. CORDOVILLA (ed.), *La lógica de la fe*, 241.

<sup>130</sup> Cf. BENEDICTO XVI, *Jesús de Nazaret*, La esfera de los Libros (edición electrónica) 2007, 60-61.

distinta, puede ser capaz de liberar de situaciones de injusticia o dolor. Es nuestra propia situación de indigencia la que nos hace reconocer que nuestra fuerza –la que nos permite ser cauces de la misericordia del Padre- nace en la debilidad personal, precisamente porque aquélla no nos pertenece, sino que se nos da inmerecida y gratuitamente. Así entonces, junto a san Pablo, podremos afirmar “por la gracia de Dios soy lo que soy; (...) y no he sido yo el que ha trabajado, sino la gracia de Dios que me acompaña” (cf. 1Cor 15,10).

Es esta gracia trinitaria la que *anima* –nunca mejor dicho- nuestra libertad herida. Hasta nuestros días se ha mantenido como problemática la controversia entre la gracia y la libertad (*de auxiliis*) esgrimida por molinistas y seguidores de Domingo Báñez en el siglo XVI, pero sin duda, espolea nuestra entrega y nuestra confianza. Sólo desde el doble convencimiento de la gracia que se nos da -por una parte- y de nuestra fragilidad -por otra- sabremos y podremos ser misericordiosos con las otras personas pecadoras y al mismo tiempo procurar luchar contra las situaciones de pecado. Tras experimentar la misericordia de Dios para con nosotros, y tomar conciencia de nuestra debilidad es más posible mirar al “otro” como alguien débil -como yo-, destinatario de la misericordia de Dios... y por lo tanto de la mía. Solo así será posible vencer todo aquello que nos hace menos *humanos*.

No se trata sino de lo que Jesús de Nazaret nos enseña con su vida y su muerte: **la misericordia de Dios encarnada vence todo mal posible**. Contemplando esta misericordia aprendemos a mirar y perforar la realidad con ojos nuevos, descubriendo la presencia del Dios-esperanza que nos envía a ser cauces de su misericordia. “Como el Padre me envió, también yo os envió” (Jn 20,21).

## **2. Creados (para el bien)**

Hemos resaltado el papel de la gracia divina porque, al fin y al cabo, ella nos muestra de qué manera Dios sostiene, nutre y permea todo lo creado por su infinito amor; ella nos acompañará para adentrarnos en la cuestión de la creación querida por Dios. Los creyentes de todos los tiempos “damos gracias al Señor, porque eterna es su misericordia” (Sal 118 -117-). Esta certeza de los antepasados israelitas traspasa las categorías temporales y existenciales dando testimonio de un Dios Amor que actúa como misericordia derramada preferentemente sobre lo herido y más necesitado de este mundo. La entera historia de la salvación manifiesta que esto ha sido así y –por la

vida y promesa de Jesucristo- nunca acabará. Hemos de precisar que esta misericordia divina ante la necesidad humana nos es prometida mientras dure nuestra vida mortal. En el éschaton, cuando haya desaparecido el llanto, el dolor, la muerte, cuando ya no haya lugar para la miseria humana –*gracias* a Dios-, nos encontraremos cara a cara con Dios-Amor, quien acoge todo lo limitado y lo transforma, dando cumplimiento a su promesa de misericordia.

Esta verdad orante sitúa al ser humano *ante Dios* como el centro de la antropología teológica. Notemos bien que “ante Dios” no significa situarnos frente a otra realidad espacial, extraña, como si nos fuera ajena, sino “desde Dios, en Dios y hacia Dios”; es decir, referidos a Él como nuestra más genuina esencia, como bien afirma Pedro F. Castelao<sup>131</sup>. Así, el ser humano de ayer, hoy y mañana, como ser libre se sitúa *ante* la eternidad del Dios de Jesucristo en su inicio absoluto (protología), en su esencia más íntima y en su final definitivo (escatología)<sup>132</sup>. Desde este sustancioso trasfondo se ubica la obra de la creación efectuada por Dios. Si el Amor de Dios no fuera capaz de mostrarse como compasivo y misericordioso –ya lo apuntamos-, la creación no habría tenido lugar. Pues Dios crea por Amor, y ama a todo lo que crea. Y como lo creado es finito, mortal y lábil, sólo un Amor arriesgado y capaz de volcarse sobre eso frágil y pequeño sería capaz de crear.

Cuando hablamos de esta creación queremos referirnos a “todo el universo como una realidad originada, sustentada y orientada por Él”<sup>133</sup>. No solo el hombre, sino absoluta y decididamente todo lo que en algún momento fue y ya no es, lo que es y no será, lo que llegará a ser. Esta naturaleza es obra de un amor des-medido. Su poder es el de un amor tal que todo lo habita y que todo lo creado lo transita, provocando la belleza en múltiples manifestaciones.

De esta creación afirmamos que procede de la nada. La expresión bíblica y hebrea “**creación de la nada**” (*ex nihilo*) no aparece en ninguno de los dos relatos de la creación del libro del Génesis (Gn 1,1ss; 2,4bss). Localizamos la primera afirmación explícita de este modo de creación en 2Mac 7,28:

Te ruego, hijo, que mires al cielo y a la tierra y, al ver todo lo que hay en ellos, sepas que a partir de la nada lo hizo Dios.

---

<sup>131</sup> Cf. P. CASTELAO, *op. cit.*, 174.

<sup>132</sup> Cf. *Ibid.*, 187.

<sup>133</sup> Cf. *Ibid.*, 189.

“De la nada” no quiere decir “de algo preexistente” que habitaba junto a Dios, como si fuera otra forma de existencia paralela a la divina, sino que todo, absolutamente todo, tiene en Dios su fundamento, su razón de ser. Y ya sabemos que la fuente de todo cuanto existe, nuestra roca y alcázar (Sal 31 -30-) es el Amor; y todo se mantiene en Él por el poder de su amor. Cuando surge la creación, ese amor divino se nos da expresado en forma de misericordia.

Por esta razón podemos hablar de la **creación continua**, como vehículo de la misericordia divina, y como consecuencia lógica de la *creatio ex nihilo*. No tendría sentido afirmar que el poder creador de Dios se circunscribe a un momento puntual de la historia del universo (cosa que además, no es cierta), ni que el Creador deja a su criatura abandonada tras haberle otorgado vida. No. Si nada de lo creado por Él es olvidado de su amor –y menos aún las más sufrientes de sus criaturas-, su consistencia interna, su promesa, su *logos*, su Espíritu, seguirán actuando para el bien de este mundo.

Parte integrante de esta creación es el ser humano. La concepción bíblica nos habla de éste como “una unidad, pero señalándose distintas dimensiones por medio de distintos términos. En todo el AT, el término más utilizado para referirse al hombre es *leb/lebab* (corazón), que no se refiere a la sede de los sentimientos; es todo el hombre en cuanto que reflexiona, discierne y elige. Es el ser humano quien está unido al cosmos –apreciable en el segundo relato de la creación-, por lo que *adam* es creado de la *adamah*, llegando a ser *nefesh hayya* (ser viviente) por la intervención del aliento divino (*ruah*)<sup>134</sup>. Sin este *pneuma* dador de vida –ahora en terminología del NT- no le sería posible al hombre existir. Con otras palabras, sólo es posible vivir en cuanto Dios misericordioso *anima* y *pone su mirada* en nuestra pequeñez (Lc 1,48), concediéndonos el ser. Sin la pregunta sería imposible la respuesta. Y de la misma manera, sólo será factible amar verdaderamente (esto es, aceptando también la limitación propia y ajena) si previamente el Dios de la misericordia nos ha amado acogiendo el dolor de la humanidad, transformándolo. Esta acción vitalizadora de la misericordia de Dios no sucede accidental o aisladamente, sino que su tarea es continua, porque Dios es amor (en sí mismo) y no solo *tiene* amor (como algo añadido que podría no tener o perfeccionar).

---

<sup>134</sup> Cf. *Ibid.*, 207-212.

El ser humano es creado **a imagen y semejanza** de Dios. ¿Qué significa esto? Por una parte, sólo nosotros hemos sido creados a su imagen y semejanza, y no así el resto de la creación.

En nuestra relación constitutiva con Él, puesto que somos Su imagen, de algún modo **Su esencia debe ser también la nuestra: el Amor y la misericordia**. La diferencia es que el hombre –constitutivamente abierto a Dios– sólo es capaz de transparentar este Su amor de manera aproximativa, ‘por vía de semejanza’. Es decir, lo primero es don suyo, decisión suya; lo segundo es responsabilidad nuestra, apoyada en Él, pero nuestra<sup>135</sup>.

Además, afirmar que “el Señor nos hizo y somos suyos”<sup>136</sup>, y que su amor misericordioso es un don que marca esencialmente nuestra humanidad y que conlleva una responsabilidad, implica que toda nuestra vida estará afectada por esta “marca”. Todo lo que somos: cuerpo y alma. Para ello es preciso superar la antropología tradicional que separaba cuerpo y alma como entidades distintas; más loable, virtuosa y creíble –la primera–, limitada y sospechosa la segunda. Es todo el ser humano, cuerpo y alma, quien está llamado a ser transparencia de la misericordia divina en tanto que imagen y semejanza de su creador. Y la praxis de la misericordia precisa de un modo evidente de nuestra corporeidad a través de la cual ejercer una praxis de la com-pasión hacia nuestros hermanos y hacia la entera creación. Porque somos cuerpo animado y alma encarnada, **toda la vida es un ejercicio espiritual**, toda nuestra condición humana así lo es.

Es el hombre por entero, con sus defectos y virtudes, quien es llamado por Dios a continuar –con Él y como Él– la obra de la creación (co-creadores con el Creador), actuando la misericordia, como compasión hecha carne y comprometida hasta el final con la causa humana. Esta causa humana es preferentemente la de Dios, porque “su gloria es que el hombre viva”<sup>137</sup>. Se trata de manifestar con nuestra vida la misericordia de Dios, a pesar de nuestra limitación y pecado. El banquete que el Padre ofreció al hijo menor de la parábola lucana (Lc 15) no es solamente símbolo de la recuperación de “un perdido”; es la metáfora de un Dios que constantemente crea (*recrea*) un mundo que también está herido. Su invitación al hijo mayor la hace extensible a toda la

---

<sup>135</sup> Cf. J. A. GARCÍA, *op. cit.*, 172-173. (Las negritas son mías).

<sup>136</sup> Sal 100 (99).

<sup>137</sup> SAN IRENEO DE LYON, *Contra los herejes*, <http://mercaba.files.wordpress.com/2007/10/contra-los-hereses.pdf>, (consultado el 19.9.14), nº 20,7: *Porque la gloria de Dios es el hombre viviente: y la vida del hombre es la visión de Dios. Si la manifestación de Dios por la creación da vida en la tierra a todos los vivientes, mucho más la manifestación por el Verbo del Padre da vida a aquellos que contemplan a Dios.*

familia humana: ser personas nos debe conducir a situarnos **creativamente** en el mundo, a crear espacios de acogida, misericordia, perdón y cercanía. Sólo así podremos realmente considerarnos *adam*, formando parte de la *adamah*, a imagen y semejanza de Dios.

Ser imagen y semejanza de un Dios misericordioso no afecta únicamente nuestro compromiso con la causa humana; el ser humano es un ser mundano, es decir, en relación no sólo con sus congéneres sino con la naturaleza creada. Actuar la misericordia como co-creadores con Dios creador se traducirá también en respeto a la creación, en compromiso con ella, en invitación *a cuidar la tierra y cultivarla* (Gn 2,4b-25). El respeto no significará neutralidad sino justo todo lo contrario: somos llamados individualmente (*adam*) -y también convocados- a vivir responsablemente nuestra relación con el mundo, pues cuidar el mundo es inseparable del hecho de cuidar la humanidad, cuya casa es este mundo.

### 3. Recreados por la gracia

Si en el ser humano, creado libre, la expresión de esa misericordia divina es una posibilidad, en Jesucristo tenemos la encarnación palpable de la misericordia del Padre. De tal manera que **toda la creación se da y se sostiene en la misericordia del Hijo**, imagen del Padre: “Él es imagen de Dios invisible y todo se mantiene en él” (Col 1,15-17), por él y para él.

De una forma plena y acabada la misericordia divina se ha manifestado en Jesucristo resucitado para la sanación de toda la realidad humana herida por el pecado y la muerte. En él tenemos la imagen perfecta de lo que entraña para el hombre ser espejo de la misericordia divina. Es más, “la Gracia es el amor de Dios manifestado en Cristo de manera absoluta”<sup>138</sup>, en su modo de ser encarnación de la misericordia del Padre, en su manera de acoger nuestro pecado y sufrimiento, y sanarlos de raíz.

El Hijo de Dios con su encarnación se ha unido, en cierto modo, con todo hombre. Trabajó con manos de hombre, pensó, obró, amó con corazón de hombre; se hizo semejante en todo a nosotros, excepto en el pecado. Padeciendo *por amor* por nosotros, nos dio ejemplo para seguir sus pasos *compasivos* y, además abrió el

---

<sup>138</sup> Cf. P. CASTELAO, *op. cit.*, 247.

camino, con cuyo seguimiento la vida y la muerte se santifican y adquieren nuevo sentido<sup>139</sup>.

También la Gracia es el Espíritu Santo, el poder transformador del amor de Dios, su favor –manifestado en Jesucristo- que abarca todos los dones (y entre ellos, la misericordia)<sup>140</sup>: “El hombre cristiano, conformado con la imagen del Hijo (...), recibe *las primicias del Espíritu (Rom 8,23)*, las cuales le capacitan para cumplir la ley nueva del amor”<sup>141</sup>.

Esta misma Gracia nos conduce “a contemplar agradecidamente tanta bondad compasiva y tanto amor gratuito de Dios en Jesucristo; al mismo tiempo, este reconocimiento de su misericordia para con nosotros nos lleva a *cambiar*, a descender con él al mundo, participando personal y activamente de su misión com-pasiva y de su misterio pascual. Por este motivo escribirá el P. Arrupe: ‘Tu imagen sobre mí bastará para cambiarme’”<sup>142</sup>. Así la Iglesia –santa y pecadora- reza en la liturgia “renuévanos a su imagen” (la de Jesucristo). De alguna manera, esta formulación supone creer que nuestra más íntima posibilidad de ser auténticamente humanos, y no meros homínidos, está condicionada por la presencia del don de Dios creador y salvador que nos ha creado a imagen del Hijo y a imagen del Hijo nos renueva<sup>143</sup>. Es ese Dios que no mora únicamente en la realidad, como si sólo estuviera presente en los templos, sino que la habita. En palabras de Ignacio de Loyola, nuestro Padre Bueno está vivamente presente:

(...) En los elementos dando ser, en las plantas vegetando, en los animales sensando, en los hombres dando entender; y así en mí –mujer, hombre- dándome ser, animando, sensando y haciéndome entender; asimismo haciendo templo de mí siendo criado a la similitud e imagen de su divina majestad (...) <sup>144</sup>.

Los verbos en gerundio (sensando, animando...) envuelven una acción que es continua y –valga la redundancia- también activa y pro-activa. Lo que quiere expresar

---

<sup>139</sup> Cf. *Gaudium et spes*, 22. (Las cursivas son mías).

<sup>140</sup> Cf. P. CASTELAO, *op. cit.*, 265.

<sup>141</sup> *Gaudium et spes*, 22.

<sup>142</sup> Cf. GRUPO DE ESPIRITUALIDAD IGNACIANA, *Diccionario de Espiritualidad Ignaciana*, Mensajero-Sal Terrae, Bilbao-Santander 2007, 661.

<sup>143</sup> “En el hombre existe cierta semejanza imperfecta con Dios, en cuanto creado a su imagen y en cuanto es de nuevo creado según la semejanza de la gracia, por esto de uno y otro modo puede decirse el hombre hijo de Dios, por ser creado a imagen de Dios y porque, mediante la gracia, se asemeja a Él” (SANTO TOMÁS, *Suma Teológica* III, 32, 3 in c.).

<sup>144</sup> *Ejercicios Espirituales*, 235.

que “Dios no ha creado únicamente el universo, sino que permanentemente lo está salvando por su amor activo; Él, que es Gracia increada”<sup>145</sup>. Sólo puede renovarnos desde dentro Aquél que todo lo habita de manera misteriosa y verificable, sin fundirse o disolverse en lo creado, para el que nada nuestro le puede resultar ajeno, porque “Él nos ha hecho y somos suyos (...), pues bueno es el Señor y eterno su amor, su lealtad perdura de edad en edad” (Sal 100 -99-).

Ese Amor nos re-funda. Me re-funda radicalmente, no por parcheo de lo que yo ya soy, sino por comunicación gratuita de lo que yo de ninguna manera soy. “Re-fundación” habla de una nueva criatura y nueva creación, no de mejora de algo preexistente. Esa es la razón de que la existencia cristiana se experimente en el fondo como una existencia, algo que nace en y se vive desde Otro. ¿No fue acaso así la experiencia de Jesús con respecto a su Padre? Fruto de esa re-fundación de mi ser operada por el amor de Dios es –si se permite el juego de palabras- la re-fundación de mi antiguo ser, de mi *eros* posesivo y excluyente, en posibilidad de amor gratuito. “La agapé es el Amor que se introduce en el amor”, escribió Paul Tillich. Así se hace posible que el hombre pueda ser “como Dios” (Mt 5,48) y “reproducir la imagen del Hijo” (Rm 8,29)<sup>146</sup>.

Santo Tomás lo expresó antaño con esa fórmula tan conocida: “la gracia no destruye la naturaleza, sino que la perfecciona”<sup>147</sup>. Esta Gracia actúa permanentemente en todo lo creado por Dios, de tal forma que podemos subrayar el **carácter continuo de su acción en la creación**. Como hemos visto, nuestro ser re-creados cada día de nuestra vida, va asido indefectiblemente a la “presencia plenificadora de Dios”<sup>148</sup> en todo lo que vemos y no vemos, en nosotros mismos y en todo lo demás. Al mismo tiempo, esa presencia cautivadora y siempre libre invita al ser humano a colaborar, a ser también transparencia de la Gracia. Y esto es así porque Dios es *amor* (1Jn 4,8). Y puesto que el Amor de Dios es infinito, absoluto, excesivo, sobreabundante y sin medida (cf. Rom 5,15-21), ya que desborda la esfera de lo creíble o esperable, puede manifestarse como amor misericordioso que actúa preferentemente en favor de los más necesitados, pues son ellos quienes más necesitan el amparo. Es más, esa compasión divina no abandona jamás a su criatura necesitada. “Su ‘creación’ engloba en sí el surgimiento, sostenimiento y consumación de todo cuanto existe”<sup>149</sup>.

---

<sup>145</sup> Cf. P. CASTELAO, *op. cit.*, 248-250.

<sup>146</sup> J. A. GARCÍA, *op. cit.*, 176.

<sup>147</sup> SANTO TOMÁS, *Suma Teológica* I, q.1, a.8 ad 2.

<sup>148</sup> Cf. P. CASTELAO, *op. cit.*, 258.

<sup>149</sup> Cf. *Ibid.*, 201ss.



El Amor de Dios es siempre el primero –el primogénito agraciante– Aquel que se oferta en total gratuidad. Su Gracia desea hacer divino todo lo humano asumiendo nuestra humanidad. El ser humano está con-vocado a co-laborar, respondiendo desde su libertad, al acoger o rechazar la gracia donada, pero ciertamente no la puede conquistar a base de méritos de ningún tipo. La Gracia, como las cosas importantes de la vida (el amor, la amistad, la compasión y la muerte), se recibe. Lo nuestro es siempre un momento segundo de acogida y de respuesta.

En el Antiguo Testamento, esta donación incondicional que Dios hace a su criatura tiene un puesto absolutamente central. Esta iniciativa del Padre se ha expresado con diversos términos que hacen referencia a la benevolencia –gracia- de un ser superior: *hanan-hen*; *hesed* (misericordia) y *emet* (fidelidad); y especialmente *rahamim* (compasión entrañable y materna) y *tsedeq* (justicia). Estos dos últimos, además de *hesed*, siempre narran contextos de relación personal, queriendo reforzar la certeza del amor que Dios tiene por Israel. No olvidemos que, si bien la misericordia no es el rasgo único de Dios, sí es su talante capital. Todas las demás cualidades de Dios están al servicio de su misericordia. En el Nuevo Testamento estos términos se focalizan en Jesucristo: él es la gracia de Dios<sup>150</sup>.

El mismo san Pablo, por experiencia propia de conversión, percibió que la Gracia se le fue concedida inmerecidamente y no conquistada. Pasó de perseguir a los cristianos a ser encontrado por Cristo<sup>151</sup>. En definitiva, realmente podemos creer que –ante el Padre- el ser humano y la entera creación no son un *proyecto concluido*. La presencia activa de Dios Padre, Hijo y Espíritu se manifiesta de continuo, de manera misteriosa. Su Amor labora en nosotros de muchas maneras; una de ellas supone salvación y liberación de aquello que nos esclaviza. Otra, manifestándonos que la salvación que anuncia Jesús es gratuita; “su gracia, preferente para los *des-graciados*, pues ellos son los *agraciados*”<sup>152</sup>.

Concluimos, pues, estas páginas oteando la certeza de que nada hay en lo creado que se sitúe al margen de la misericordia de Dios, fuera de su Gracia. Nos lo muestra la bondad de la creación y la invitación constante que Él nos hace a ser cauces compasivos hacia lo más indigente, hacia el pecado del mundo en el que cada uno participamos. La misericordia encarnada en el de Nazaret cumple la promesa siempre

---

<sup>150</sup> Cf. P. CASTELAO, *op. cit.*, 261; J. M<sup>a</sup> URIARTE, *Acoger y ofrecer la misericordia: Cuaresma 1995*, Monte Casino, Zamora 1994, 33-34. (El subrayado es mío).

<sup>151</sup> Reiteramos lo ya señalado más arriba: “Por la gracia de Dios soy lo que soy (...); pero no yo, sino la gracia de Dios en mí” (cf. 1Cor 15,10).

<sup>152</sup> Cf. J. RUIZ DE LA PEÑA, *Creación, Gracia, Salvación*, Sal Terrae, Santander 1993, 116.

fiel del Amor creador, salvador y renovador del Padre. Este *agraciamiento* continuo, este don de Dios, nos es ofrecido de manera personalizada pero no individualista: cada uno de nosotros somos con-vocados como miembros de la comunidad eclesial en la tarea de construcción del reino. De esta manera, en el próximo capítulo (eclesiología), nos acercaremos al misterio de la Iglesia que se sabe misionera de la misericordia salvadora de Dios. Con los ojos de la fe puestos en el amor de Jesús, esta Iglesia desea ser comunión, servicio humilde, celebración inclusiva de la bondad compasiva del Padre y sencillo testimonio.

## Capítulo 5

### ***Seamos uno en la fe y en el amor*** (ECCLESIOLOGÍA)

---

Toda aproximación al concepto de Iglesia ineludiblemente nos lanza a preguntarnos por su identidad y su finalidad o misión; *desde dónde y para qué*; su origen y su meta. Por un lado, verificamos el dinamismo intrínseco, extático, que esta institución humano-divina manifiesta. Reconocemos que, *mutatis mutandis*, esto también ocurre con Jesucristo: de suyo, la interrogación por su identidad va unida a la cuestión por su modo de ser-para-los demás, y viceversa. A lo largo de este capítulo intentaremos decir alguna palabra organizada sobre la Iglesia como encarnación de la misericordia divina en nuestro mundo desde la triple interrogación de: **qué queremos decir cuando afirmamos “Iglesia”** (en líneas generales), **cómo surge**, y sobre todo, **qué aspectos le serían esenciales** (según suscribió el último Concilio y que desarrollaremos con más profundidad)<sup>153</sup>.

La Iglesia de Jesucristo posee un dinamismo encarnatorio que la define: sabe que su razón de existir no reside exclusivamente en las carencias humanas, sino en la voz del Hijo que la llama de continuo para ser cauce de misericordia hacia toda realidad necesitada. Como sostiene el título de este capítulo, esta Iglesia plural desea ser **una en la fe y en el amor**; aquella, si pretende ser *la asamblea santa* y también pecadora, habrá de aprender a auscultar permanentemente una doble voz nunca deslindable y que nos lleva al compromiso: la del Hijo (que nos muestra cómo es el amor misericordioso del Padre) y la del mundo (necesitado –como también nosotros- de compasión encarnada, de acogida honesta, *afectiva y efectiva*). Una Iglesia que no escucha, que no ve el clamor de los necesitados (por tanto, el grito del crucificado en ellos), es una comunidad sorda y ciega: nunca podrá llamarse a sí misma la Iglesia *samaritana*, sino más bien “Iglesia del Templo”. Y al mismo tiempo, una Iglesia que no agradece al Señor compasivo todo lo bueno que hace por su humanidad, se convertirá en una Iglesia des-agradecida, *rezadora*; pero no será espiritual.

#### **1. Qué es la Iglesia**

El Concilio Vaticano II abre sus puertas, en la Constitución Dogmática sobre la Iglesia (Lumen gentium), con la expresión “Cristo es la luz de los pueblos (Jn 8,12)”. Así, la

---

<sup>153</sup> Para ello seguiremos principalmente el esquema propuesto por S. MADRIGAL, en Á. CORDOVILLA (ed.), *La lógica de la fe*, UPComillas, Madrid 2013, 454-495.

Iglesia, sabiendo quién es el que ilumina de modo magistral todo lo creado por el Padre, se sabe “signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todos los hombres y mujeres de este mundo”<sup>154</sup>.

En este sentido ella es **sacramento universal de salvación**. Es el abrazo del Padre, hecho carne en el Hijo, promesa firme y segura por la fuerza del Espíritu Santo. “La estructura histórica de la Iglesia forma parte de la mediación de esa salvación”<sup>155</sup>, lo que significa que aquella no es el Absoluto sino lo relativo, aunque *hable* de Él. Ella nos conduce a Dios, pero no es Dios. Nosotros creemos en Dios, pero no podemos creer de la misma manera en la Iglesia (como si fuera una *diosa* paralela), sino que lo hacemos en ella en cuanto estructura salvífica que nos conduce a quien es la Luz, quien libera de toda opresión. Dicho de otra forma, por la fe concedemos credibilidad y otorgamos confianza a la forma histórica de seguimiento de Jesús en comunidad que el Espíritu ha ido suscitando. De esta manera, la Iglesia puede ser sacramento universal de salvación porque no es signo autorreferencial, sino del Bien Mayor que sólo Dios puede conceder, y del que precisamente Él ha querido servirse para que sea mediadora de su salvación. Afirmarlo a la inversa nos llevaría a convertirla únicamente en símbolo. Y sólo puede ser señal de salvación “si realiza sacramentalmente visible el Reino de Dios anunciado por Jesús”<sup>156</sup>.

En relación con lo dicho, podemos afirmar que la Iglesia es también **mediadora de la misericordia** en cuanto es intercesora de la gracia. Al subrayar “Dios es amor” (1Jn 4,8), lo hacemos desde la certeza de que ese amor se encarna abajándose en forma de misericordia a nuestra vida, en el marco de su descenso kenótico (cf. Flp 2,6-11). Por el ejemplo de Su vida entregada, toda la comunidad eclesial de todos los tiempos es invitada a “anunciar, ofrecer y permitir la misericordia”<sup>157</sup>; ella acoge *verticalmente* lo que ha de poner en práctica *horizontalmente*. Sólo así podremos *ser uno en la fe y en el amor*. Únicamente de esta manera la existencia de la Iglesia será una existencia auténtica.

La Iglesia vive una vida auténtica, cuando *profesa y proclama la misericordia* (...) y cuando acerca a los hombres a las fuentes de la misericordia del Salvador, de las que es depositaria y dispensadora. (...) Mediante su testimonio de vida, la Iglesia cumple la

---

<sup>154</sup> Cf. *Lumen gentium*, 1.

<sup>155</sup> Cf. S. MADRIGAL, *op. cit.*, 399.

<sup>156</sup> Cf. F. J. VITORIA, *Una teología arrodillada e indignada. Al servicio de la fe y la justicia*, Sal Terrae, Santander 2013, 164.

<sup>157</sup> Cf. W. KASPER, *La misericordia. Clave del Evangelio y de la vida cristiana*, Sal Terrae, Santander 2013, 155.

propia misión del Pueblo de Dios, misión que es participación y, en cierto sentido, continuación de la misión mesiánica del mismo Cristo<sup>158</sup>.

Esta misión la lleva a cabo una Iglesia que es **santa** porque permanentemente está inspirada por el Espíritu del Padre y del Hijo resucitado; pero que también es **pecadora** en toda su estructura puesto que –por naturaleza- es imperfecta. Por tanto, la debilidad también se manifiesta, de hecho, en cada uno de sus miembros. Por otra parte, y en lo que toca a nuestra categoría, que sea santa significa que “en cuanto cuerpo de Cristo, la Iglesia es sacramento de la permanente y eficaz presencia de Cristo en el mundo y, por ende, sacramento de la misericordia (...). Al mismo tiempo, ella también es objeto de la misericordia divina, puesto que permanentemente ha de purificarse del pecado, consciente de su debilidad”<sup>159</sup>. Esta debilidad no obsta para seguir afirmando que “la Iglesia esencialmente es santa, porque la santidad tiene preeminencia sobre el pecado y porque supone una pertenencia, una relación, y no un estado”<sup>160</sup>. Además, su santidad también es constatable en cuanto practica la misericordia con el pecador: lo acoge con todo lo que es (no exclusivamente desde su acción u omisión puntual), le devuelve su dignidad de Hijo de Dios y lo envía al mundo –con la gracia del Espíritu- a ser cauce de esa misericordia divina.

Nacida del Misterio Pascual y del Espíritu Santo, la Iglesia es **sacramento de fraternidad universal, sacramento de comunión fraterna**<sup>161</sup>, debiendo poner siempre sus ojos en el modo de existir caritativo de Jesús de Nazaret para los demás, en su modo de transmitir ese Amor que desciende de arriba y se manifiesta horizontalmente, en su manera de entenderse ante el Padre y sentirse animado y enviado por el Espíritu (que será también el suyo), fundamento trinitario; con la *lógica del reino* (muy distinta a la nuestra). Si bien el Hijo de Dios propiamente no tuvo en su *programa* fundar una Iglesia, sí está en su origen, y además nos legó una “hoja de ruta” para todo aquel que quisiera seguirlo en comunidad y así anunciar con su vida al Dios misericordioso (salvador-liberador-sanador-). Seguir sus pasos, *animados* por el Espíritu, es algo que ha de hacerse desde la **gratuidad y no desde el contracambio humano**. Puesto que la misericordia del Padre se hace efectiva *setenta veces siete* (cf. Mt 18,21-22) sin esperar nada a cambio, sin tener que pagar ningún precio; porque el amor de Dios también desciende a nuestra humanidad herida, aún antes de habérselo pedido, así debe ser el amor de la Iglesia para el resto de la humanidad:

---

<sup>158</sup> JUAN PABLO II, *Dives in misericordia*, 13.

<sup>159</sup> Cf. W. KASPER, *op. cit.*, 153.

<sup>160</sup> Cf. F. J. VITORIA, *op. cit.*, 185.

<sup>161</sup> Para este párrafo, me inspiró en *Ibid.*, 155; 161-163.

gratuito, inmerecido, desbordante, ilógico, desmedido, perennemente samaritano, inclusivo, *preferentemente selectivo*: son **los pobres** los preferidos del Padre, los destinatarios privilegiados de ese Amor y de su Reino, el centro neurálgico del discurso programático de Jesús, desde que hizo suyas las palabras de Isaías:

El espíritu del Señor está sobre mí, me ha enviado a anunciar la buena nueva a los pobres (...). (Is 61,1).

Este también ha sido el deseo del Papa Francisco en su conocida expresión “¡cómo quisiera una Iglesia pobre y para los pobres!”<sup>162</sup>: una Iglesia que reacciona desde la compasión y la misericordia en las encrucijadas de nuestro tiempo. Eso es **la misericordia**: un no quedarse de brazos cruzados, sino *una acción promovida por la fe y el amor que se conmueve ante el necesitado*. Es la misericordia la verdadera religión (Sant 1,27); el verdadero culto, y no los sacrificios (Mt 9,13; 12,7). Huelga decir, que muchas personas esperan con expectación los resultados del recién celebrado Sínodo de la Familia (octubre de 2014), así como su puesta en práctica afectiva y efectiva, pues está en juego la postura misericordiosa de la Iglesia ante circunstancias muy diversas. Mejor dicho, está en juego la vida de muchas personas heridas que precisamente interpelan nuestra falta de sensibilidad. Ciertamente, “la misión curativa de la Iglesia precede a su función judicial”<sup>163</sup>. Creemos oportuno traer estas líneas del documento preparatorio:

Esta realidad (*la de la/s familia/s*) presenta una singular correspondencia con la amplia acogida que está teniendo en nuestros días la enseñanza sobre la misericordia divina y sobre la ternura en relación a las personas heridas, en las periferias geográficas y existenciales: las expectativas que se derivan de ello acerca de las decisiones pastorales sobre la familia son muchas. Por lo tanto, una reflexión del Sínodo de los Obispos sobre estos temas parece tanto necesaria y urgente, cuanto imperativa, como expresión de la caridad de los Pastores, no sólo frente a todos aquellos que son confiados a ellos, sino también frente a toda la familia humana<sup>164</sup>.

Todo lo dicho no puede ser adecuadamente comprendido si nos olvidamos que esta Iglesia es **misterio** (que no misteriosa), porque apunta a un Padre sempiternamente bondadoso y fiel desde su Trinidad; porque es continuadora de la obra de Jesucristo y

---

<sup>162</sup> De su discurso a los representantes de los medios de comunicación el 16.3.2013, [www.revistaecclesia.com](http://www.revistaecclesia.com) (consultado el 27.9.2014).

<sup>163</sup> B. HÄRING, *¿Hay una salida? Pastoral para divorciados*, Herder, Barcelona 1990, 145.

<sup>164</sup> III ASAMBLEA DEL SÍNODO DE LOS OBISPOS, *Los desafíos actuales de la familia en el contexto de la evangelización. Documento preparatorio*, I, Roma 2013 ([www.vatican.va](http://www.vatican.va), consultado el 28.9.2014).

porque vive por la presencia del Espíritu que la guía y acompaña y la colma de sus dones para que ella sea sacramentos de gracia; y porque de un modo sólo por Dios conocido, la *asamblea santa* es conducida a pesar de la flaqueza humana, de las cruces infligidas, recibidas u omitidas a lo largo de los envites de las centurias; porque no podemos llegar a conocer totalmente la profundidad ni el motivo de un amor tal por la humanidad.

Pues bueno es Yahvé y eterno su amor, su lealtad perdura de edad en edad (Sal 100 - 99-). Recuerda, Señor, que tu ternura y tu misericordia son eternas (Sal 25 -24-).

De esta manera, el misterio de la Iglesia es el misterio del **Pueblo de Dios** por el que Cristo se entrega eternamente y por entero. Podemos decir, a la sazón, que “todo el mundo está ya *crístificado*, lo que no quiere decir cristianizado o eclesializado”<sup>165</sup>. Aun siendo necesaria la Iglesia para la salvación, la misericordia divina actúa también fuera de los límites visibles de la Iglesia, “puesto que todos reciben de Él la vida, la inspiración y todas las cosas”<sup>166</sup>. Recordemos que la salvación es *de* Dios, y no nos pertenece; queda justificado ante Él aquel que practica la misericordia como centro de su vida, y no quien pregona “Señor, Señor” (Mt 7,21).

(Dios) sometió todo bajo sus pies (*de Cristo*) y le constituyó cabeza suprema de la Iglesia, que es su cuerpo, la plenitud del que lo llena todo en todo (Ef 1,22-23).

## 2. Cómo surge la Iglesia

En primer lugar, ya en la **Trinidad** existía la voluntad de salvación para la humanidad (*Lumen gentium* I, 2) convocando a todo su pueblo por medio de la Iglesia, prefigurada ya en el AT. En Jesús de Nazaret, el Cristo, se concreta admirablemente esa voluntad misericordiosa. Él no vino al mundo con la intención expresa de fundar la Iglesia, sino sobre todo a hacer presente en su persona el **Reino de Dios**, un reinado –como hemos apuntado- que en sí mismo porta la salvación y liberación, dirigido a todo el pueblo de Dios. En este sentido, en Jesús y en su pueblo percibimos una “*eclesiología implícita*”<sup>167</sup>.

---

<sup>165</sup> Cf. F. J. VITORIA, *op. cit.*, 155; 197.

<sup>166</sup> *Lumen gentium*, 14-16.

<sup>167</sup> Cf. S. MADRIGAL, *op. cit.*, 417.

Por ser imagen del Padre, por ser el centro del mensaje ese reino de las bienaventuranzas, el **misterio pascual** vivido por Jesús constituye el fundamento de la Iglesia. Primeramente es Jesús quien llama a los Doce, símbolo de la restauración de las doce tribus de Israel, ahora signo del nuevo y renovado Pueblo de Dios. Además, la **última Cena** supone un acontecimiento de especial concentración cristológica y por tanto, eclesial. Serán sus discípulos -y por envío, toda la Iglesia- quienes sigan re-cordándonos que su cuerpo entregado y su sangre derramada dan *vida* al mundo. Así como Cristo, movido por su amor compasivo hacia la humanidad y tratando de llevar a plenitud el proyecto del Padre, decide asumir todo lo humano, también nosotros somos invitados no sólo a recordar su memorial, sino también a actuarlo, a hacerlo presente existencialmente desde nuestra situación particular. Junto con el pan y el vino, es hoy Jesús resucitado quien transforma lo que nos duele y nuestra imperfección al amar. Nos sabemos comunidad que reconoce quién es su fundamento y hacia dónde nos des-centra.

Asimismo, si en Jesús y con Jesús surge la Iglesia como renovación del Pueblo de Dios para hacer presente su Reino, será el Espíritu Santo donado en **Pentecostés** quien de alguna forma sostenga la misión de enviados. “Cristo instituye la Iglesia, el Espíritu la con-stituye”<sup>168</sup>, en cuanto garantía de la permanente presencia salvífica de Dios para toda la Iglesia. Este Espíritu nos sigue recordando que, verdaderamente, la Iglesia es de Dios y no propiedad nuestra; pero al mismo tiempo la podemos vivir “nuestra” porque Dios nos crea hermanos, llamados a servir.

Una Iglesia divina y humana que se renueva constantemente por la **eucaristía**. De tal forma que no podrá existir la Iglesia de Jesús sin la celebración eucarística; pero de la misma manera tampoco podremos existir como Iglesia si olvidamos la dimensión eucarística de nuestro ser eclesial, de nuestra vida.

Tan íntimamente se compenetran e interaccionan en reciprocidad que podemos hablar de la dimensión eclesial de la Eucaristía y de la dimensión eucarística de la Iglesia. Sin Iglesia no hay Eucaristía y sin Eucaristía no hay Iglesia<sup>169</sup>.

---

<sup>168</sup> *Ibid.*, 426.

<sup>169</sup> MONS. RICARDO BLÁZQUEZ, *La eucaristía es el corazón de la Iglesia*, Congreso Eucarístico de Murcia, noviembre 2005 ([www.mercaba.org](http://www.mercaba.org), consultado el 27.9.2014).



Es decir, vivir eucarísticamente supone encarnar, hacer verdad *aquello* (Aquel) que alimenta nuestro ser. Esta verdad no es reductora sino propiciadora, no excluyente, sino inclusiva. Jesús no entregó su cuerpo y derramó su sangre únicamente en un momento puntual de su biografía; lo sigue haciendo por toda la humanidad cada día, y también diariamente nos lanza al mundo para lavar los pies de nuestros hermanos. El lavatorio de los pies efectuado por Jesús hay que entenderlo inseparablemente de la entrega de su cuerpo y sangre.

Ni en lo que se refiere a la eucaristía ni al resto de los sacramentos, la Iglesia puede comportarse como mera consumidora. Si lo hiciera se tornaría un Pueblo esclerotizado, des-animado. El reto más importante, como las dos caras de una misma moneda, para la Iglesia es ser capaz de reconocer la presencia del Señor resucitado en el partir el pan, y en estar siempre dispuesta a ir a Jerusalén a *contar* la gran noticia (cf. Lc 24,13-35). Este *contar* significará hacer verdad lo que recibimos: un cuerpo partido y repartido para curar y dar vida (la misericordia samaritana).

La Iglesia profesa la misericordia de Dios, revelada en Cristo crucificado y resucitado, no sólo con la palabra de sus enseñanzas, sino, por encima de todo, con la más profunda pulsación de la vida de todo el Pueblo de Dios. Mediante este testimonio de vida, la Iglesia cumple la propia misión del Pueblo de Dios, misión que es participación y en cierto sentido, continuación de la misión mesiánica del mismo Cristo<sup>170</sup>.

Sólo así la Iglesia será verdaderamente el nuevo Pueblo de Dios ya prefigurado en el AT, la asamblea local (*ekklesia*) como comunión –esto es, participación- del cuerpo de Cristo, renovada por Él; y en este sentido, también **cuerpo de Cristo**, conducida por el Espíritu de Vida. Este Espíritu arrollador, entregado en Pentecostés, habrá de ser de manera especial luz para aquellos destinados a ser cabeza de la comunidad. Los **ministros** de la Iglesia (obispos, presbíteros y diáconos, desde los siglos II y III) reciben el don del Espíritu para guiar y mejor servir compasivamente a los demás, especialmente a los más necesitados, al modo como Jesús lo hacía. Nunca podremos olvidar que esta vocación de servicio a la Iglesia de Dios no depende de ninguna suerte de mérito personal:

Dios ha escogido más bien a los que el mundo tiene por necio para confundir a los sabios; y ha elegido a los débiles del mundo para confundir a los fuertes (1Cor, 27).

---

<sup>170</sup> JUAN PABLO II, *Dives in misericordia*, 13.

Debemos (porque lo necesitamos) cuidar el don recibido (1Tim 4,14) que no es para uno sino en beneficio de *muchos*. El servicio de guía que realiza la jerarquía habrá de ser siempre cumplido desde el amor que sana, comprende y acoge. Asimismo, ese mismo Espíritu siempre nuevo y dinámico suscitará en la Iglesia numerosos carismas y dones particulares, concedidos para la edificación de la Iglesia y para la atención y el cuidado de toda la humanidad.

### 3. Aspectos esenciales de la Iglesia según el Concilio Vaticano II

El Concilio ha destacado en diversas ocasiones la necesidad de *hacer el mundo más humano*<sup>171</sup>. Esto significa -como hemos dejado entrever en estas páginas- la necesidad de hacer el mundo *más divino*, una casa (*oikos*) habitable desde la acogida, la reunión, el encuentro, el respeto a las diferencias, la justicia, con las luces y las sombras humanas, todo ello encima del altar de la eucaristía donde los pobres son los *anawin*. Quizá este deseo deba soñarse desde aquella montaña donde Jesús pronunció el sermón de las Bienaventuranzas (Mt 5,1-12) o desde las palabras advertidas en el Juicio a las naciones (Mt 25,31-46).

Cuatro son los pilares fundamentales de esta Iglesia de la Nueva Alianza, consideración que emerge de manera especial gracias al último Concilio ecuménico:

#### 3.1. *Koinonia*<sup>172</sup>

Nunca ha sido tarea fácil hallar un término que explique y contenga la complejidad y diversidad de lo que llamamos Iglesia. Congar, poco antes de celebrarse el Concilio, aportó cuatro nociones: *Pueblo de Dios*, *Cuerpo de Cristo*, *sociedad*, *comunión*. Esta última devendrá la más significativa. Tras el Concilio, dos documentos serán dignos de reseñar: el del Sínodo extraordinario de Obispos de 1985<sup>173</sup> y el de la Comisión Teológica Internacional<sup>174</sup>. Por tanto, la eclesiología del

---

<sup>171</sup> Cf. *Ibid.*, 14.

<sup>172</sup> Para este apartado me inspiró en S. MADRIGAL, *Vaticano II: remembranza y actualización. Esquemas para una Eclesiología*, Sal Terrae, Santander 2002, 245-322.

<sup>173</sup> *Relatio finalis* del Sínodo extraordinario de los Obispos de 1985: *La eclesiología de comunión es la idea central y fundamental de los documentos conciliares* (cf. [www.vatican.va](http://www.vatican.va), consultado el 23.11.14).

Pueblo de Dios y la eclesiología de comunión se sostienen como grandes paradigmas. La segunda bebe de la *communio* trinitaria y de la eucaristía; la primera subraya la dimensión comunitaria de la salvación, y la igualdad de todos los creyentes.

Ambas concepciones han pasado por diversas vicisitudes a lo largo de la recepción posconciliar. En algunas ocasiones “Pueblo de Dios” se ha utilizado para denostar la concepción jerárquica de la Iglesia. Empero, como bien reseña *Lumen gentium*, esta expresión se refiere primeramente al conjunto de los fieles, antes que cualquier distinción por razón de carisma o ministerio. Este Pueblo –desde el AT- tiene un significado universal para el ser humano. Por tanto, hallamos mucha riqueza en la visión de la Iglesia como Pueblo de Dios, introduciendo la perspectiva histórica-salvífica (encarnación) como Iglesia peregrina, ecuménica y capaz de dialogar con otras religiones.

Por otra parte, Pueblo de Dios expresa la realidad sacramental como *un todo y cada uno* de bautizados, en la asunción de responsabilidades comunes. A pesar de la riqueza semántica constatada, pronto el posconcilio comprobó una falta de consenso en la noción Pueblo de Dios. En definitiva, esta expresión no se refiere a una mera “jerarcología”, sino a la condición de posibilidad para que la Eclesiología sea verdaderamente “Teología de la Iglesia”: comunidad e Iglesia local.

La categoría “Pueblo de Dios” fue rebasada por la idea de **Iglesia como comunión** especialmente desde el citado Sínodo de 1985, si bien la inspiración terminológica fue anterior, y vino de manos de importantes teólogos (A. Dulles<sup>175</sup>, Congar<sup>176</sup>, pero sobre todo A. Antón<sup>177</sup>). El peligro estribaba en pensar alternativamente eclesiología de comunión *versus* eclesiología del Pueblo de Dios. Ambos modelos eclesiológicos tienen cosas importantes que aportar, por lo que no podemos excluir ninguno gratuitamente, sino que será deseable integrarlos en la diferencia.

---

<sup>174</sup> *Temas selectos de eclesiología*, 1984 ([www.vatican.va](http://www.vatican.va), consultado el 23.11.14). “La expresión ‘pueblo de Dios’ ha llegado a designar la eclesiología conciliar” (S. MADRIGAL, en Á. CORDOVILLA (ed.), *La lógica de la fe*, 456).

<sup>175</sup> Iglesia como *institución, comunión mística, sacramento, heraldo, servidora*. (Cf. S. MADRIGAL, *Vaticano II: remembranza y actualización*, 245-322).

<sup>176</sup> Iglesia como *pueblo de Dios, Cuerpo de Cristo, sociedad, comunión*. (Cf. *Ibid.*).

<sup>177</sup> Aunque el espaldarazo a la centralidad de la categoría de comunión ocurre a finales de los setenta, A. Antón en 1969, con ocasión del Sínodo extraordinario de Obispos, subrayó la centralidad de comunión para la eclesiología posconciliar. (Cf. *Ibid.*).

En los textos del Concilio, aparecen distintos significados de **comuni3n**, que presentamos a continuaci3n seg3n la sistematizaci3n de Walter Kasper<sup>178</sup>:

- **Communio con el Dios trinitario.** Esta *communio* designa la naturaleza o *mysterium* de la Iglesia, que consiste en que tenemos **acceso al Padre en el Esp3ritu a trav3s de Jesucristo**, para participar en su vida divina. El Hijo de Dios es el prototipo de toda comuni3n entre Dios y el hombre; y por ende, el Esp3ritu es la base de esa comuni3n. Hecha posible por el amor y la fidelidad del Padre, la comuni3n trinitaria se convierte en una realidad de salvaci3n trascendente e inmanente, haciendo posible y sustentando la comuni3n de las Iglesias. As3, la Iglesia es icono de la Trinidad; un mismo Dios que nos hace part3cipes de su vida 3ntima gracias a tres maneras distintas: “Dios es **el Amante**, Aqu3l que sostiene compasivamente todo lo creado, para que nada se pierda; el Hijo es **el Amado**, quien se encarna en todo lo humano, trasluciendo el amor misericordioso y desmedido del Padre Bueno; el Esp3ritu Santo es **el Amor**, fundamento del Padre y del Hijo, soplo y gracia divina que nos permite amar verdaderamente, ser profundamente humanos y verdadera Iglesia”<sup>179</sup>.

Para ilustrar a3n m3s estas ideas de nuestra Iglesia como icono de la Trinidad, tomo prestados algunos versos de la canci3n “Venga tu Reino”, de Crist3bal Fones SJ.

Somos **pueblo de Dios** Iglesia peregrina  
como una gran familia que camina unida.  
Venimos a cantar en la fracci3n del Pan  
que nuestra fuente es el Dios de la vida.

Somos **cuerpo de Cristo**, Iglesia que comparte  
y que alimenta al mundo tan dolido de hambre  
Venimos a cantar en la fracci3n del Pan  
que nuestro amor es el Dios hecho carne.

Somos **templo sagrado del Esp3ritu Santo**  
como un hogar que acoge alegr3a y dolor  
Venimos a cantar en la fracci3n del Pan  
que nuestra fuerza es Dios consolador.

---

<sup>178</sup> Cf. W. KASPER, “Iglesia como *communio*. Consideraciones sobre la idea eclesiol3gica directriz del Concilio Vaticano II”, en: *Teolog3a e Iglesia* (Barcelona 1989), 376-400.

<sup>179</sup> Cf. B. FORTE, *Los sacramentos y la belleza de Dios*, San Pablo, Madrid 2014, 90-93.

- **Communio como participación en la vida de Dios a través de la palabra y los sacramentos**, especialmente por el bautismo, la confirmación y sobre todo la eucaristía. Desde esta base sacramental se edifica la Iglesia como comunión eucarística: una comunidad de llamados por el Señor y sostenidos por su Espíritu para ser “sal de la tierra y luz del mundo” (cf. Mt 5,13-16).
- **La Iglesia como comunión-unidad de las Iglesias locales**, fundadas gracias a la eucaristía. Sin caer en el error, como bien advierte *Lumen gentium*, habrá que saber armonizar las Iglesias locales en la Iglesia universal: ésta existe *en y a partir de* las Iglesias locales; asimismo, las Iglesias locales existen *en y a partir de* la Iglesia de Cristo universal, la Iglesia de su Misericordia. Estas ideas afectan a los decretos sobre las Iglesias orientales (*Orientalium ecclesiarum*) y sobre el ecumenismo (*Unitatis redintegratio*).
- **La comunión de los fieles como corresponsabilidad en la vida y misión de Jesús**, desde la doctrina del sacerdocio común de los bautizados. Esto es más importante que la distinción entre los ministerios y carismas, ya que todos participan de la triple función de Cristo (sacerdotal, profética y regia), quien vino a servir de una manera compasiva y no a ser servido (cf. Mt 20,28).
- **La Iglesia como *communio* es sacramento para la salvación del mundo**. En primer lugar, es la Iglesia una comunidad de la salvación querida por el Señor, porque es Dios quien con su amor nos convoca, por pura misericordia, no por méritos humanos. Además, este deseo divino de abrazo universal no exime de la respuesta libre de la fe de cada creyente. Por esta misma fe, la Iglesia entera se sabe enviada por el Hijo de Dios para realizar –mediante obras y palabras- y sabiendo leer los signos de los tiempos, el plan misericordioso del Padre hacia toda la humanidad, especialmente la herida; una Iglesia siempre sostenida por el Espíritu, principio dinámico y por tanto, de la misma comunión. Porque el fundamento de la Iglesia no es un amor cualquiera, no es pura filantropía, sino que, puestos los ojos y el corazón en el ejemplo de Jesús compasivo, tiene en él la medida (*desmedida*) de la entrega misericordiosa.

Asimismo, hoy quizá más nunca ante la realidad social y eclesial, necesitamos recuperar el sentido originario de *católico*: como particularidad vivida en cuanto manifestación de una universalidad que la engloba sin excluir otras particularidades. Nuestra urgencia debe ser abrir a la humanidad que más lo

necesita la experiencia del Dios de Jesús. La conocida expresión del obispo Galliot: **“Una Iglesia que no sirve, no sirve para nada”** quiere afirmar que necesitamos una Iglesia “descentrada de sí misma”, pues su auténtica esencia es la entrega a la misión salvadora y liberadora del mundo. En este sentido también nos puede ayudar otra sentencia –esta de Schillebeeckx-: **“Fuera del mundo no hay salvación”**. Ésta implica una visión del mundo que, sin negar su consistencia propia, lo ve todo él desde Dios, rompiendo los límites de una falsa sacralización: “ni en este monte ni en Jerusalén”, sino “en espíritu y en verdad” (Jn 4,21.23)<sup>180</sup>. El siguiente apartado querrá ir más a fondo en el modo de servicio de la Iglesia a toda la humanidad.

### 3.2. *Diakonia*

Sólo podremos entendernos como Iglesia para el mundo si no olvidamos nuestra razón de ser originaria: uno, *somos* –con nuestro nombre y apellidos- porque Dios nos llamó desde la eternidad; dos, *somos llamados* a construir un mundo mejor porque Jesús *puso su mirada en nosotros*, nos llamó y nos sigue llamando a *amar y servir* (si es que podemos separarlos) a su estilo: *abajándose* (cf. Flp 2,6-11) para acercar el corazón –con entrañas de misericordia- a quien está viviendo la miseria, la incomprensión, los límites. No será posible amar misericordiosamente para quien mira la realidad desde arriba, para quien se aferra a su manto y no se remanga por temor a mancharse. Y tres, *somos sostenidos* por la fuerza del Espíritu, que trasciende toda nuestra limitación, porque es más importante su fuerza que nuestra debilidad. Siempre será verdad que “Jesús los llamó para que estuvieran con él y para enviarlos a predicar” (Mc 3,13-15).

La fe cristiana ha de traducirse en una **actitud existencial**, que debe articular toda la persona, puesto que vivir la fe pide una transformación interior, que tiene su iniciativa en la acción del Espíritu. Es confiar incondicionalmente en Alguien, Jesús de Nazaret, que nos mostró con su propia vida cómo es el amor con que Dios ama y continúa hoy viviendo en nosotros en su Espíritu. Por eso, la fe cristiana es igualmente una **experiencia**: la de acoger a quien continuamente se nos ofrece como Amor (Cristo), y quien nos posibilita amar con su mismo amor misericordioso, reflejo del amor del Padre. En el Jesús que nos muestran los Evangelios no hay dicotomías entre contemplación y acción, vida interior y respuesta para paliar el dolor del que sufre. Tampoco debería

---

<sup>180</sup> Cf. A. TORRES QUEIRUGA, “El Dios revelado en Jesús y el futuro de la humanidad”, *Selecciones de Teología*, Vol. 37, 145, enero-marzo 1998, 40-42.

haberlas entre los cristianos. Jesús opta por el pobre, por el débil y pecador, por aquel que se halla excluido de las leyes sociales y religiosas de su tiempo, para manifestar precisamente el amor incondicional y gratuito de Dios; pero al mismo tiempo es Jesús también el hombre que vive abierto a la Trascendencia, a ese Dios que es vivido por él con la cercanía de un hijo confiado en su Padre<sup>181</sup>.

No debemos, pues, olvidar que el Reino de Dios es a la vez una tarea y un don, y por tanto no se trata solamente de acción externa que nace de nosotros mismos. “Es preciso que percibamos vitalmente la importancia del “no hacer” para “dejarle hacer” a Él en nosotros, para que así nuestro “hacer” sea auténtica colaboración con su Amor compasivo”<sup>182</sup>.

La misión de la Iglesia queda perfectamente reflejada en la constitución pastoral *Gaudium et spes*, siendo el capítulo 45 el epicentro de toda la misión: la Iglesia es sacramento universal de salvación porque pronuncia el amor de Dios a los hombres, manifestado en Cristo, gracias al Espíritu, y anuncia este mensaje de salvación de múltiples maneras, a toda la familia humana. Siempre con los ojos fijos en Jesús, en una constante actualización de lo que ocurrió en la sinagoga de Nazaret, la Iglesia puede ser auténticamente servidora desde tres pasajes inolvidables y, esperemos, *repetibles*:

- I. El **lavatorio de los pies** (Jn 13,12-17), realizado *desde abajo*, desde una lógica *humana* subversiva (sólo los esclavos se agachaban a lavar los pies de los invitados a una casa); y desde una lógica *divina* escandalosa (Jesús, siendo Dios, se hizo esclavo –cf. Flp 2,6-11-). A partir de ahora, quien quiera servir, ha de hacerlo como Dios sirve.
- II. **La eucaristía** y las **palabras de Jesús sobre el servicio**: el mayor ha de ser como el que sirve (Lc 22,24-27).
- III. La escueta y a la par profunda síntesis de la vida del Hijo del hombre: **ha venido a servir**, y no a ser servido (Mc 10,42-45).

Especialmente en este talante diaconal que configura el modo de ser y estar de la Iglesia y en la Iglesia, Jesús renueva el AT. A partir de ahora, un profundo aspecto de la salvación operada por Jesús consiste en eliminar la diferencia entre Dios y el

---

<sup>181</sup> Cf. M. D. OLLER, “Interpelados por un vivir unificado”, en Vv. AA, *Religiones de la tierra y sacralidad del pobre. Aportación al diálogo interreligioso*, Cristianisme i Justícia-Sal Terrae, Barcelona-Santander 1997, 177-178. (Las negritas son mías).

<sup>182</sup> Cf. *Ibid.*, 180.

prójimo, como hemos comentado anteriormente. Toda antropología está revestida de cristología; y viceversa. Esto significa que el modo de servir como Iglesia que Jesús desea ha de mirar constantemente el modo de mirar y comprometerse con la realidad del mismo Jesús. Un modo de estar –sabemos- fruto de la misericordia y para la misericordia, no para el cumplimiento de cualquier mandato o por una razón cultural. Quizá inversamente proporcional a nuestros planes pastorales.

Una Iglesia verdadera es, ante todo, una Iglesia que “se parece a Jesús” en su santidad. Parecerse a él es reproducir la estructura de su vida: encarnarse, llevar a cabo una misión (implicarse), cargar con el pecado del mundo, liberar de toda forma de opresión, resucitar (teniendo y dando a los demás vida, esperanza y gozo).

Siendo cierto que el mensaje del evangelio es un mensaje de liberación, leemos en *Evangelii nuntiandi*, 35, del papa Pablo VI:

La Iglesia asocia, pero no identifica nunca, liberación humana y salvación en Jesucristo, porque sabe por revelación, por experiencia histórica y por reflexión de fe, que no toda noción de liberación es necesariamente coherente y compatible con una visión evangélica del hombre, de las cosas y de los acontecimientos; que no es suficiente instaurar la liberación, crear el bienestar y el desarrollo para que llegue el reino de Dios.

Son muchas las opiniones y reflexiones teológicas al respecto. Podemos partir de que el mensaje del evangelio siempre será mucho mayor –en cuanto que no se circunscribe a una única parcela- que la liberación. Pero al mismo tiempo, rotundamente juzgamos que la Iglesia no puede desentenderse del cualquier tipo de opresión que necesite ser liberada. Su servicio atraviesa necesariamente por proyectos liberadores concretos, pero éstos no otorgan la salvación que es mucho más que la mera restricción de negatividades. Supone un adentrarse como hijos en la vida de Cristo, que nos conducirá al Padre por la fuerza del Espíritu. Porque el mensaje evangélico siempre será inclusivo de toda realidad humana. En Dios somos, nos movemos y existimos (Hch 17,28), porque todo es sagrado y –para su Amor compasivo- nada es profano.



### 3.3. *Leitourgia*

Como vimos más arriba, la Iglesia nace en la Pascua y en Pentecostés. Desde la primera, por el llamamiento y el envío de Jesucristo, brotan los ministerios en la Iglesia. Del segundo acontecimiento surgen los carismas para la comunidad.

Esta diferenciación en la unidad de un mismo acontecimiento salvador surge la “eclesiología total o integral”. Desde el sacerdocio común de los bautizados todos somos Pueblo de Dios, en el que convergen el laicado y las diferentes formas del ministerio ordenado para el servicio comunitario. Así, el punto de partida de los ministros es la misión del Pueblo de Dios, en la que el presbítero debe integrar tanto la eucaristía como la práctica de la caridad, según acabamos de ver. Todavía mejor dicho: la celebración de la eucaristía (y los sacramentos), en la que el presbítero actúa *in persona Christi et ecclesiae*, le lanza al mundo como continuación de lo ocurrido en el altar por gracia del Espíritu Santo, reinterpretándose mutuamente; y al mismo tiempo le devuelve a esa mesa compartida para dar gracias, pedir perdón y presentarle a Dios las necesidades y esperanzas de todo el pueblo. Podríamos decir que se trata de un doble movimiento de ida y vuelta, incesablemente, en el que “la Iglesia subsiste como liturgia y en la liturgia”<sup>183</sup>.

Huelga decir que en la celebración de los sacramentos, la Iglesia no se celebra *a sí misma*, sino el acontecimiento salvador de un Dios que es pura misericordia, quien resucitó a su Hijo y envió el Espíritu Santo para que los hombres tuviéramos vida en abundancia. Y por este motivo, la Iglesia también debe ser compasión encarnada en la medida en que acoge incondicionalmente al pecador, perdona las veces que hagan falta, bendice especialmente a los débiles, *se parte* y *se reparte* preferentemente “a los alejados”<sup>184</sup>, es palabra de consuelo, sabe reír con los que ríen y llorar con los que lloran; se reconoce muy necesitada de esa misma compasión de Jesús que, sabiendo quiénes somos, nos envía y nos pide no temer.

### 3.4. *Martyria*

El criterio supremo de la vida y misión de la Iglesia es “decir la verdad en el amor” (Ef 4,15). Lo entenderemos de dos maneras: por un lado, la Iglesia habrá de mostrarse misericordiosa a la hora de decir la verdad; al mismo tiempo, esta verdad es

---

<sup>183</sup> S. MADRIGAL, en Á. CORDOVILLA (ed.), *La lógica de la fe*, 477.

<sup>184</sup> Ante Dios, ¿quién está cerca y quién lejos...?

la de un Amor misericordioso que nos trasciende, que no es posesión nuestra, sino que somos servidores suyos. Así, dando **testimonio**, la Iglesia como palabra humana inspirada por Dios en la revelación es estimulada a transmitir esa Palabra viva a toda la humanidad. La oferta de salvación que el magisterio de la Iglesia celebra *haciendo lo que dice y diciendo lo que hace* no es otra que la del Señor Jesús.

Al mismo tiempo, todos los bautizados, animados por el Espíritu y bajo la guía del magisterio son partícipes de la comprensión y transmisión de la verdad revelada. Por eso, aquellos bautizados son los primeros y últimos responsables de escuchar la palabra de Dios y hacerla carne en sus vidas. Por último, sirva este pequeño gráfico para ilustrar aún más de qué manera se imbrican los cuatro pilares fundamentales de la Iglesia en su servicio misericordioso a este mundo.



“Ser una en la fe y en el amor”, es como hemos visto, una tarea ineludible para la Iglesia, sólo posible desde la apertura constitutiva a la confianza, condición humana y divina. Creer, esperar y amar son dones del Padre que nos posibilitan, sobre todo, amar como Jesús amaba: con entrañas de misericordia. Lo veremos en el siguiente capítulo de Virtudes.

## Capítulo 6

### ***Danos entrañas de misericordia*** (VIRTUDES)

---

Este capítulo dedicado a las Virtudes<sup>185</sup> quiere condensar la realidad más profunda inscrita en todo ser humano. Por un lado, la de *necesitar* un amor gratuito y desinteresado que nos haga crecer en humanidad y así poder acoger al Otro, al otro y a nosotros mismos. La **confianza básica** –fuente de la fe, esperanza y caridad- es quizá el pilar antropológico que mejor nos configura teológicamente como seres humanos, abiertos a la Trascendencia. Por otra parte, el hombre descubre que esa confianza básica que le constituye es posible únicamente por la **gracia** de un Dios personal; un agradecimiento que se expresa dinámicamente en forma de **fe, esperanza y caridad**, y que no responde a mérito alguno por nuestra parte, dado que brota del corazón misericordioso del Padre.

Por último, la mujer y el hombre tienen en Jesús de Nazaret el paradigma del creer, esperar y amar, la más perfecta demostración de la misericordia del Padre. Con confianza, la Iglesia desea vivir el mismo **dinamismo virtuoso** del Maestro, y porque ha experimentado previamente esa misericordia divina, por ello pide *entrañas de misericordia*. Es el Hijo nuestro modelo, aquel que constantemente encontramos en los evangelios mostrando unas entrañas que se conmueven ante la debilidad, el sufrimiento y la opresión que pesa sobre los hombres, quien mejor supo integrar compasivamente *el don recibido del Padre y la tarea de la construcción responsable del reinado de Dios*. La terna fe-esperanza-caridad como síntesis de la vida cristiana, con el amor misericordioso como adalid, se sabe gracia de Dios y empeño en la misión de transformación de la realidad humana más herida.

#### **1. Necesitamos del amor: la confianza básica, raíz antropológica de las virtudes teologales**

El ser humano es, constitutivamente, un ser **necesitado y dependiente de otros**. Lo es aun antes de nacer, pues la madre ya cuida del feto que lleva en sus entrañas durante la gestación; somos todavía más necesitados en los primeros años de existencia, en una relación absolutamente dependiente de los progenitores. También en la adultez, en cierto modo, el ser humano se sigue sintiendo indigente en una vida

---

<sup>185</sup> Para este capítulo seguiré fundamentalmente a N. GAYOL, en Á. CORDOVILLA (ed.), *La lógica de la fe*, UPComillas, Madrid 2013, 713-753.

que, a su pesar, no puede poseer de modo absoluto. Qué decir de la ancianidad, cuando frecuentemente se cumple lo del evangelio de Juan (21,18): “Cuando seas viejo, extenderás las manos y otro te ceñirá”.

Si es cierto que gran parte de lo que seremos pivota sobre nuestro modo de afrontar la realidad presente, no es menos verdad que mucho de lo que hoy vivimos ha sido acunado por la **confianza básica**, realidad incontestablemente necesaria en los primeros años de vida, antropológica y teologalmente hablando; hasta tal punto que sin una cierta experiencia de haber sido *objeto* (en este caso, *sujeto*) de un amor incondicional, que ama por lo que uno es, que sigue amando a pesar de los errores por el otro cometidos, y que lo seguirá haciendo animando cada paso del amado, no será posible aquilatar una sana experiencia religiosa y espiritual. Por ello, esta confianza fundamental -*antropológica, biográfica*- supone la piedra angular de la fe, la esperanza y la caridad. Aquella confianza alcanzará su **plenitud** cuando en ella sea suscitada por Dios un deseo de una confianza trascendente -o más bien absoluta- que es el lugar teológico que aúna en su origen a la fe, esperanza y amor. En cierta manera, supondrá partir del descubrimiento del *cogito, ergo sum*, pasar por el “soy pensado (por Dios), luego existo” (*cogitor, ergo sum*), hasta llegar existencialmente al “soy amado (por Dios misericordioso), luego existo con todo lo que soy”. No lo olvidemos: “Nosotros vivimos y morimos en él, en el regazo de su amor<sup>186</sup>, porque “nada nos podrá separar del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús” (Rom 8,38).

## 2. La gracia y sus dinanismos de misericordia

Como adelantamos en las líneas introductorias, la confianza básica que nos permite ir construyéndonos identitariamente es posible por la **gracia de Dios**. Él no nos da cosas, sino que se nos da a sí mismo (*gracia increada*), pero esta presencia siempre es generadora y transformadora en el ser que la recibe (*gracia creada*). Esta gracia divina no es algo ajeno a la naturaleza humana –como si fuera un satélite o un implante-, sino que es una realidad que se incoa en la propia entraña del ser del hombre<sup>187</sup>, y hunde sus raíces en su propia naturaleza.

En tanto que amor misericordioso, Dios se nos comunica como un Dios personal, que nos habla de tú a tú, atrayéndonos hacia sí, mientras reconocemos su más absoluta

---

<sup>186</sup> Cf. Rom 14,8, en G. RAVASI, *Según las Escrituras. Doble comentario a las lecturas del domingo. Ciclo A*, San Pablo, Colombia 2005, 130.

<sup>187</sup> Cf. N. GAYOL, *op. cit.*, 713-715.

Trascendencia. Creemos en un Padre *absoluto* que, paradójicamente, también es, en cierto sentido, *relativo*, en primer lugar porque es sólo en referencia al Hijo y al Espíritu, y en segundo lugar porque en tanto Amor relacional ha querido ser-en-nosotros y con-nosotros.

Es Su gracia la libre donación en el amor, y es ella quien suscita en la persona una inclinación interior hacia la comunión personal con Dios; además, la gracia también acompaña y sostiene (y por tanto, no fuerza) la opción libre de la entrega personal del hombre al mismo Dios<sup>188</sup>.

Al ser humano, pues, *vocacionado al Absoluto*, le compete acoger la gracia que Dios – en su amor y misericordia- le brinda, hacerla suya (connaturalizarla), convertirse y dejarse transformar por su acción misteriosa para así también ser instrumento (imperfecto, eso sí) de esa misma gracia divina para el mundo<sup>189</sup>.

## 2.1. Los dinamismos virtuosos, cauces de misericordia

### 2.1.1. ORIGEN

La terna fe-esperanza-caridad no aparece tal cual en el AT, ni en el judaísmo, ni en la filosofía grecorromana. Lo más probable es que se trate de una creación propiamente cristiana, fruto del uso frecuente de las binas **fe-esperanza** y **fe-caridad**, y del intento de sintetizar en qué consiste la vida cristiana. Nos detendremos en ellas más abajo.

En primer lugar, **fe y esperanza** –difícilmente deslindables en el Primer Testamento- de manera especial se fundamentan en YHWH como nuestra roca, en quien el hombre (Israel) se apoya y confía y a quien espera confiadamente, sabedor de Su fidelidad.

El **amor** descubierto como causa y fundamento de posibilidad de esa vivencia de fe esperante, será traducido por los LXX con tres términos diferentes: eros, phileo y ágape, distinguiendo tres clases de amor: pasional, de amistad y oblativo, respectivamente. Se privilegiará el concepto ágape (caridad), tratando de mantener viva la analogía y manifestando que el amor divino no es como el humano. Los profetas serán quienes subrayen esta interpretación clave en la historia de la

---

<sup>188</sup> Cf. J. ALFARO, “Persona y gracia”, *Selecciones de Teología*, Vol. 2, 5, enero-marzo 1963, 3-10.

<sup>189</sup> Cf. N. GAYOL, *op. cit.*, 718-724.

salvación: Dios nos ha salvado por puro amor y misericordia, no por nuestras cualidades o logros humanos y a pesar de nuestra infidelidad.

El amor a Yahvé será el principio y fundamento de todas las exigencias de la ley, como podemos comprobar en el *Shemá* (Dt 6,4ss): “Amarás a Yahvé tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas”. Estos versículos parecen anunciarnos que previamente es el Señor nuestro Dios quien nos ama, y al amarnos, ama toda nuestra capacidad de amar y nos ama también a pesar de nuestras fallas como criaturas limitadas que somos; por eso su amor eterno es misericordioso. Para el israelita, sólo desde ese amor será posible creer y convertirse.

El NT asume la fe, esperanza y caridad como diferentes dinamismos a través de los cuales se realiza la existencia cristiana. En los textos, aparecen como dones de Dios- Amor que presiden y hacen posible la vida nueva en Cristo (Gál 5,5; 1Tes 5,8; Ef 4,1-6). Además, Jesús aparecerá como un nuevo objeto de fe de tal modo que a partir de ahora el modo de creer en Yahvé será creyendo en Jesús; un Jesús que se relaciona con su Padre de un modo filial totalmente novedoso (*Abbá, Padre*). La existencia cristiana consistirá en conformarse con Él, participando en ese modo único y singular con que el Hijo encarnado vive su filiación.

### 2.1.2. LA PREEMINENCIA DEL AMOR

La preeminencia del amor es recalcada por san Pablo, escribiendo a los cristianos de Corinto: “Ahora subsisten la fe, la esperanza y la caridad; pero la mayor es la caridad” (1Cor 13,13). Esta es la más importante porque comporta una dimensión de **confianza** que le permite al seguidor de Cristo creer por encima de toda dificultad, esperar contra toda esperanza y amar por pura gratuidad, sin esperar recompensa alguna. Para el de Tarso, este ágape (caridad) significa ante todo el amor de Dios en Cristo que existe en el ser humano como don del Espíritu Santo (Rom 5,5). Tal amor es siempre fiel, pero son los tres dinamismos los que posibilitan nuestra comunión con Dios en Cristo y con los hermanos. Para expresarlo, el apóstol da cuenta de la vida cristiana valiéndose de las binas:

1. **La fe que se actúa en la caridad** (Gál 5,5). Esta pareja es la que más veces encontramos en el NT. Supone un dinamismo presente en la vida terrena y que

aúna la dimensión vertical con la horizontal<sup>190</sup>, la obediencia a Dios (*ob-audire*) y la acción amante dirigida hacia el próximo necesitado. Hablamos de una doble realidad, *soteriológica* y *eclesiológica*. La *pistis* para Pablo, es la actitud fundamental que une al cristiano con el Salvador, relación que ordena toda su vida moral. La fe está totalmente impregnada de amor misericordioso, de tal manera que la única fe que justifica es la que opera por la caridad; es más, la fe es la respuesta totalizadora del cristiano al amor de Dios derramado por el Espíritu en su corazón y que le posibilita decir *Abba*, es decir, tener la experiencia fundante de filiación y experimentar esa confianza filial que funda toda la existencia del cristiano. Adherirse a Cristo no es solo reconocer su divinidad sino también darse a Él, y el modo de responder a su amor es amar a los hermanos, esa es la fe. Así, toda acción misericordiosa nace de la exigencia interna de la fe.

2. **La fe que encuentra en la esperanza una dimensión constitutiva** (Hb 11,1) y que nos proyecta hacia el futuro. Nos referimos a la dimensión *escatológica* que, como sabemos, no puede desentenderse de la realidad presente; antes bien, le aporta un nuevo dinamismo. Esta esperanza es expresada con un doble registro. Se trata, por una parte, de la beata esperanza, la esperanza objetiva de aquello que nos es prometido, el horizonte último de la vida del cristiano. Pero no menos, hablar de esperanza es hablar de *hipomoné*, de capacidad de resistencia en la dificultad, de permanencia, de aguardo, de soportar los sufrimientos y las dificultades, los costos del camino del seguimiento. La esperanza sostiene así la fe, y es fuerza en medio de la debilidad.

La vida cristiana es expresada por Pablo fundamentalmente a través de estas dos binas, que combina con el recurso a la fe, esperanza y amor individualmente consideradas y terminan confluyendo en la fórmula “fe, esperanza y caridad”, que más adelante conoceremos como “virtudes teologales”.

### 2.1.3. DANOS UN CORAZÓN COMO EL DE JESÚS, DANOS SU FE-ESPERANZA-CARIDAD

La terna fe-esperanza-caridad resume, reasume y condensa los aspectos principales de la vida cristiana. De esta combinación, que no agota las posibilidades individuales de las virtudes teologales, los cristianos tenemos el modelo más acabado en Jesu-

---

<sup>190</sup> Aunque quizá prefiramos hablar de **una única dimensión, horizontal**, en la que igualmente Dios está presente, sosteniendo con misericordia lo creado autónomo; al mismo tiempo, la voz del necesitado (la voz de Cristo) reclama nuestra respuesta misericordiosa.

Cristo. Es él quien tras vivirlas en su existencia temporal de forma paradigmática, nos las comunica y nos invita a vivirlas como incorporación a su vida. En Él tenemos el nudo existencial que las unifica e integra. **Su única misión salvífica es al mismo tiempo revelación, promesa y amor.** Y ha de ser acogida a través de la fe, esperanza y amor, también como unidad de respuesta, que vincula ortodoxia y ortopraxis.

Por otra parte, en Cristo tenemos de forma ejemplar el modo de vivir la fe de un israelita del s. I, pero además, como recuerda la Carta a los Hebreos él es el pionero y plenificador de la fe. Su fe en Dios se traduce en su fe por el ser humano, y esto configura la existencia misericordiosa del Hijo del hombre. Es una vida unitaria, integrada, exigente, que vive las dimensiones de la existencia *humano-divina* desde el epicentro del amor misericordioso del Padre que lo nutre, permea y lo configura para nuestra salvación (*pro-nobis*).

Al mismo tiempo, esta vivencia suya es modelo para nosotros en otro sentido: la misericordia divina que nos revela se expresa en una praxis que se dirige a sanar *la totalidad* de la persona herida. Lo podemos ver de forma ejemplar en la parábola del samaritano: éste no es únicamente curado de sus heridas físicas; quizá más importante fue el restablecimiento de su dignidad como ser humano. El acto de **amor** (la curación de las heridas y la recuperación en la posada), posiblemente acrecentó la confianza y suscitó en el golpeado **la fe y la esperanza** en la bondad natural del género humano, y por qué no, la fe y la esperanza en un Dios providente que jamás abandona.

Jesús fue un sanador misericordioso de nuestro amor, de nuestra fe y de nuestra esperanza. La distinción moderna entre sanación física y psicológica, o sanación espiritual, no se conoce en la Biblia. Han de ser entendidas holísticamente<sup>191</sup>. Por eso, para que nuestro amor (fundamento de la fe y la esperanza) sea sanador como lo fue

---

<sup>191</sup> Esto podemos verlo mejor en el relato del paralítico que es descolgado a través de una abertura en el techo (Mc 2 par). Jesús lo sana diciendo algo sorprendente: “Tus pecados te son perdonados”, y después: “Levántate y anda”. Es obvio que aquel hombre sufría un grave complejo de culpa que había paralizado todo su cuerpo. Sólo cuando Jesús le asegura que sus pecados han sido perdonados y que no tiene que sentirse culpable de nada, puede levantarse y echarse a andar. En Jesús percibimos la convicción de que Dios es *abbá*: un padre misericordioso para todos los seres humanos que ama y perdona incondicionalmente; y esto le lleva al Hijo a establecer relaciones sanadoras con cuantos se encontrara. (...) Jesús fue capaz de hacer las cosas que hizo porque puso toda su confianza en Dios (fe en Dios). Y las vidas de los demás quedaron transformadas cuando aprendieron a confiar en Dios (fe en Dios), viendo y oyendo a Jesús: él animó, fortaleció y liberó a las personas para que creyeran que lo imposible se podía realizar (fe en Jesús). Cf. A. NOLAN, *Jesús, hoy. Una espiritualidad de libertad radical*, Sal Terrae, Santander 2007, 112-125.



el de Jesús –nuestro modelo de virtudes<sup>192</sup>-, pedimos al Padre tener los mismos sentimientos de Cristo (Flp 2,5), aproximarnos a sus entrañas de misericordia. Así nuestra vida podrá ser cristocéntrica. Si el Dios que se nos revela, promete y da es un Dios de entrañas misericordiosas, nuestra respuesta deberá nacer de unas entrañas como las suyas: encarnadas en la historia (*historizadas*), pues es la misma historia lugar de la revelación y de la salvación. La misericordia (*splagchnizomai*) es un rasgo indiscutible de la personalidad de Jesús que “con su persona ha abierto para la humanidad otra vía distinta de acceso a Dios, que no es la de lo sagrado, sino la vía profana de la relación con el prójimo”<sup>193</sup>.

*Las entrañas de misericordia de Cristo*, dan cuenta de su relación filial con el Padre en quien depositó toda su confianza, lo que le posibilita entregarse totalmente a la misión sin dejar ni resto de subjetividad para sí, y al mismo tiempo transmitir confianza a otros, para que se aproximen a él pidiendo curación, sanación, perdón... o **fe**. Sus entrañas se conmueven porque **el amor** no resiste contemplar el sufrimiento de aquel o aquellos a quienes ama..., y así enseña a amar con un amor que se hace praxis en la **acción misericordiosa** que será ya para siempre un signo y testimonio de la vida cristiana (obras de misericordia). Por último, sólo porque espera todo de Dios, la vida de Jesús no desiste en ningún momento de desvivirse por aquellos que -por la situación en la que se encuentran- conmueven sus entrañas. **La esperanza** en que el reino de Dios puede hacerse presente y efectivo a través de su vida le lleva a una conmoción operosa, a comprometerse hasta el fondo con el sufrimiento humano hasta el punto de con-sufrir/con-padecer él mismo con todos aquellos cuya situación conmueve sus entrañas. Esas son **las entrañas de misericordia** que pedimos, como rasgo constitutivo de nuestra existencia cristiana, las que posibilitan una vida en fe, esperanza y amor en la estela de Jesús.

Es toda la Iglesia la que le pide al Padre, especialmente en cada eucaristía, que nuestro amar, esperar y creer se transformen en un **dinamismo virtuoso y misericordioso** (como lo fue el del Hijo), desde el convencimiento de que todo don procede de Dios y al mismo tiempo, desde la acción de gracias a Él, somos convocados a ser misericordia encarnada con los demás y con nosotros mismos. Cuando en la liturgia pedimos al Padre nos conceda *entrañas de misericordia*, lo solicitamos desde el convencimiento de que ese deseo no es primeramente nuestro,

---

<sup>192</sup> Cf. *Lumen gentium*, 65.

<sup>193</sup> F. J. VITORIA, *Una teología arrodillada e indignada. Al servicio de la fe y la justicia*, Sal Terrae, Santander 2013, 117.

sino que brota de su **gracia**, de su amor a nosotros<sup>194</sup>, ya que Él, que es Amor, puede y quiere dársenos ilimitadamente. Demandamos entrañas de misericordia porque previamente hemos experimentado qué significa la misericordia para con nuestra miseria; porque queremos acompasar nuestra vida al modo de **amar** de Jesucristo y al amor más auténtico del ser eclesial; porque **creemos** y sabemos que Dios también desea nuestra felicidad, nuestro crecimiento dinámico en una libertad que colabora misericordiosamente en una mejor instauración del reino; porque **esperamos** que su don nos acompañe siempre, en *las muertes* y en la Vida, a pesar de nuestras faltas de caridad y a través de los aciertos.

Por ello, es la práctica de la misericordia la que mejor nos define existencialmente, *eucarísticamente*; ante Dios ponemos nuestra vida entregada con más o menos aciertos, para que Él la acoja, la bendiga y la llene de vida. Esta vivencia eucarística nos lanza a la misión del mundo para transmitir la misericordia divina, para mostrar que es posible *vivir* (ahora y siempre) en fe, esperanza y amor. Al fin y al cabo, es una llamada a la *comunión*, a ser sal de la tierra y luz del mundo (Cf. Mt 5,13-15), reconociendo la esencia del cristiano: **la fe** (creer en el Dios que se nos revela), **la esperanza** (esperar en el Dios que se nos promete) y **la caridad** (amar al Dios que nos ama, y por tanto, a los demás seres humanos, *-amables-*).

El hombre alcanza el amor misericordioso de Dios en cuanto él mismo interiormente se transforma en el espíritu de tal amor hacia el prójimo. Esto habrá de ser así durante toda la vida cristiana (...). Sobre la base de Cristo crucificado (nuestro modelo), debemos purificar continuamente nuestras acciones e intenciones, allí donde la misericordia es entendida y practicada de manera unilateral, como bien hecho a los demás<sup>195</sup>.

En definitiva, como apuntamos más arriba, afirmamos reformulando a san Pablo que la fe –sostenida por la esperanza– actúa en la caridad, Y viceversa: unas entrañas misericordiosas, nacidas de la confianza en el Amor de Aquél que nos abraza con todo lo que somos, no pueden sino dar gracias al Padre y al mismo tiempo empeñarse compasivamente en la construcción del reino en este mundo querido por Dios. Permítasenos traer a colación este texto de la Compañía de Jesús que bien resume esta interpenetración de la fe y el amor que busca la justicia.

---

<sup>194</sup> “Vuestro Padre sabe lo que necesitáis antes de pedírselo” (Mt 6,8).

<sup>195</sup> Cf. JUAN PABLO II, *Dives in misericordia*, 14.

La Iglesia, cuya misión compartimos, no existe para ella misma sino para la humanidad, proclamando el amor de Dios y derramando luz sobre el don interior de este amor. Su fin es la realización del Reino de Dios en toda la sociedad humana, no sólo en la vida futura, sino también en la presente. La misión de la Compañía se inscribe en la misión evangelizadora de toda la Iglesia. Esta misión "es una realidad unitaria pero compleja y se desarrolla de diversas maneras": a través de las dimensiones que integran el testimonio de la vida, la proclamación, la conversión, la inculturación, la génesis de iglesias locales, el diálogo, y la promoción de la justicia querida por Dios. Dentro de este marco (...), la misión actual de la Compañía es el servicio de la fe y la promoción en la sociedad de "la justicia evangélica que es sin duda como un sacramento del amor y misericordia de Dios"<sup>196</sup>.

A modo de síntesis. Fe-esperanza-caridad conforman una tríada que sintetiza y posibilita la vida cristiana. Nacen del profundo amor del Padre, quien nos agracia constitutivamente con la confianza, quien nos permite esperar frente a toda desesperanza, quien nos muestra en su Hijo las entrañas compasivas que construyen el reinode Dios. Si se nos permite el doble juego de palabras, la fe *cree* y *crea*. Con san Pablo subrayamos la preeminencia de un amor que ha de ser historizado para entenderse como verdadero. En Jesús el Señor, Dios nos envía su propio amor que permite a los hombres ser misericordiosos como sólo él lo es. En la Iglesia, los sacramentos -nuestra próxima parada- son signos portadores de esta fe, esperanza y amor que nos permite vivir en Cristo, y que están llamados a ser continuación de esa misma misericordia de Dios, que se hace presente en el Hijo encarnado, con los heridos en el camino.

---

<sup>196</sup> *Congregación General 34, d.2, n.3.*



## Capítulo 7

### Él parte para nosotros el pan (SACRAMENTOS)

---

#### 1. ¿Qué son los sacramentos?

Gracias a la fe, esperanza y caridad –veíamos en el capítulo precedente-, creemos *en* y nos comprometemos *con* el Dios que se nos revela, por su Hijo, como entrañas de misericordia. Los sacramentos de la Iglesia son **signos que están llamados a ser continuación de esa misma misericordia de Dios en la construcción del reino**. No son un premio para los perfectos, sino para los que están en camino. En las páginas siguientes nos acercaremos a este misterio, a la par que intentaremos descubrir en qué medida el septenario edifica, alimenta y fortalece la fe de los hombres en la Iglesia, impulsándola a la práctica de la caridad compasiva.

Bien es cierto que, aunque “todos los sacramentos son sacramentos de la misericordia de Dios”<sup>197</sup>, no todos lo son del mismo modo. Nos centraremos, pues, en aquellos en los que esa misericordia divina se hace más palpable: los llamados “sacramentos de curación” (**Reconciliación y Unción de los enfermos**), a los que habría que añadir la **eucaristía**, conscientes de la significación esencial que tiene para los cristianos: el Hijo de Dios entrega su cuerpo y sangre –su vida entera- por toda la humanidad, se nos da como alimento y fortalecimiento para los que están en camino, y nos acoge en un último y actualizable ejercicio *humanodivino* de preferencia por los más necesitados de perdón y sanación.

##### 1.1. *Lo antropológico, condición de posibilidad para lo religioso*

*Un sacramento es como el beso de una madre. Si lo piensas, es un gesto raro tocar la mejilla con los labios. No es como las demás cosas que le da a su hijo: comida que le alimenta, ropa que le abriga... Aparentemente, no hace nada, no sirve para nada. Sin embargo, todos sabemos que ese beso tiene un efecto profundo en el centro de su ser. Significa “te amo”, y es el mismo amor que se le da en el beso. A través de él, la madre realmente ama a su hijo.*

---

<sup>197</sup> W. KASPER, *La misericordia. Clave del Evangelio y de la vida cristiana*, Sal Terrae, Santander 2012, 159.

*El hijo puede rechazar el beso, o aceptar el beso pero rechazando interiormente el amor que expresa. Entonces el beso no obtiene el efecto querido por la madre. Pero, de hecho, se dio. Y algún día, puede que el hijo se despabile (aun cuando sea ya maduro y la madre haya muerto) y recuerde el amor que le tenía su madre, expresado en todos esos besos, y se sienta amado. En ese momento el beso habrá llegado a su meta.*

*Además, el beso de una madre a su hijo no es como otro beso que le pueda dar a cualquiera. Afirma sin palabras y hace real el hecho: "tú eres mi hijo", "somos una familia". El beso construye el cuerpo social que es la familia. Y cuando el beso es plenamente fructuoso, y el hijo se reconoce tiernamente querido, es salvado de la soledad total. Transforma al niño. Le capacita para sentir y expresar a su vez el amor humano.*

*Del mismo modo, Dios se sirve de gestos humanos para expresar su amor para con nosotros, sus hijos. Y, si realmente nos abrimos a ese amor, nos transforma en personas capaces de amar y de formar la familia de la Iglesia.*

Estas bellas y sabias palabras, reflexión de hace ya algunos años -aunque no publicada- de un compañero jesuita, Timothy Howe SJ, expresan muy bien, a través de la metáfora del beso, el punto de partida de lo que los sacramentos quieren significar eficazmente: en ellos **recibimos un gesto concreto de amor, gratuito e inmerecido, por parte de Dios para el bien de toda su Iglesia.**

Como ya hemos visto al abordar la Antropología y el tratado de Virtudes, todo ser humano, por el hecho de serlo, está necesitado de amor y de misericordia. Una ausencia total de amor en nuestra existencia dañaría – incluso de forma irreparable- la humanidad de la persona. La ignorancia de toda experiencia de misericordia, reduce y lesiona nuestra humanidad y dificulta la propia autocomprensión del sujeto como miembro de la comunidad universal en que las interacciones claman por un reconocimiento del otro en su común dignidad y como alguien merecedor de mi valoración y cuidado.

No somos islas. Pero, paradójicamente, nuestras ciudades nos dan muestras de cómo el afán de conquista de la individualidad se torna en esa tremenda soledad que tanto afecta al hombre posmoderno. En el fondo, este ser humano de hoy busca sentirse escuchado, nombrado, amado, acogido incondicionalmente por encima de todo mérito o intercambio.

Los sacramentos parten de una realidad humana previa repleta de significados: **los símbolos**. Así, por ejemplo, ante un episodio de violencia de género, muchos ciudadanos se reúnen espontáneamente en algún lugar significativo: la casa de la víctima, la plaza del Ayuntamiento, etc., para hacerle sentir a la familia afectada que su dolor es compartido, que no está sola. Se encienden velas; carteles con mensajes de ánimo y flores son depositados en un mismo lugar, como en un improvisado altar existencial, donde de alguna forma el dolor de la *comunidad humana* es más llevadero, en cuanto aunado y compartido por muchos. En los sacramentos nos servimos de muchos símbolos, algunos con un significado universal, otros varían dependiendo de la cultura del país: el agua, el silencio, los cantos, la bendición, el aceite. De “esta simbología es de la que parte la esfera de lo religioso; **lo religioso no elimina el significado primero (lo antropológico), sino que lo acoge**, lo enriquece y *además* lo muestra en su profunda y última verdad: no estamos solos en este mundo, sino que Dios en su misericordia, en su infinita Bondad, acoge todo lo que somos y vivimos, nuestra alegría, nuestro dolor e incertidumbres, nuestra esperanza”<sup>198</sup>. Esto se hace manifiesto también en otra de las realidades humanas – igualmente previa, o contemporánea al sacramento– que es **la situación fundamental** sobre la que se actúa dicho sacramento y que al mismo tiempo éste celebra. Lo desarrollaremos más adelante.

### 1.2. Dimensiones del sacramento: santificar, edificar, dar culto

Desde este trasfondo *humano* a través del que Dios se nos manifiesta, afirmamos con el último Concilio que “los sacramentos **santifican** a los hombres confiriéndoles la gracia, **edifican** el cuerpo de Cristo y **dan culto** a Dios, puesto que son lugares de la acción divina”<sup>199</sup>. Para que esto sea posible, los símbolos, ritos y palabras -elementos esenciales del sacramento- han de crear un espacio celebrativo que ayude a descubrir y acoger eficazmente la llamada de Dios, transformando la Presencia ya siempre entregada, en encuentro eficazmente salvador.

Lo que el Concilio nos dice en realidad es que **todo en los sacramentos está destinado a afirmar la fe, fomentar el amor y sostener la esperanza**, o en otras palabras a ayudarnos a crecer en la vida de la gracia, a vivir nuestra existencia

---

<sup>198</sup> Cf. A. TORRES QUEIRUGA, “Los sacramentos: acontecimiento real *versus* simbolismo vacío o magia oculta”, *Selecciones de Teología*, Vol. 52, 206, abril-junio 2013, 117-119.

<sup>199</sup> *Sacrosanctum concilium*, 59.

cristiana cada vez más “en Cristo”, conformándonos con él, tomándolo como modelo último, belleza que nos salva, y sacramento originario, pues él es en definitiva el “lugar” del encuentro más profundo entre Dios y los hombres.

Por tanto, para comprender verazmente el hecho de los sacramentos, necesitamos apuntar estas claves hermenéuticas:

- Los sacramentos están insertos en la **capacidad simbólica del ser humano**, no son una construcción sobrenatural que desdeñe la autonomía del mundo. “La historia es el medio para que lo eterno se comunique”<sup>200</sup>.
- Los sacramentos reflejan la **dinámica encarnatoria**, presentándose como casos particulares de una sacramentalidad general, que tiene en la corporalidad de Cristo y en la comunidad de la Iglesia sus núcleos fundantes.
- **Los sacramentos** brindan la gracia en situaciones específicas. Como hemos subrayado en el apartado de Antropología Teológica, la presencia salvadora de Dios está siempre actuante en todas las situaciones. Pero los sacramentos **atienden a “situaciones fundamentales” o “situaciones límite”, donde necesitamos más agudamente dicha presencia**. Cada una de las llamadas “situaciones fundamentales de la vida del ser humano” especifica un sacramento: nacimiento (bautismo), muerte o enfermedad (unción), pecado (confesión), madurez (confirmación), alianza matrimonial (matrimonio)... y, envolviéndolos todos, la **eucaristía** como celebración central que refuerza el valor antropológico que la comensalidad ya tiene de por sí. A través de los sacramentos, la Iglesia configura una celebración que hace (más) perceptible al Dios misericordioso que acoge, perdona, bendice, sana, alimenta, envía.
- Los símbolos empleados en cada sacramento nos abren a aquello que significan. Esta significación precisa de la entera celebración. El *opus operatum* afirmado de los sacramentos, nos da la **seguridad objetiva de la presencia salvadora de Dios en ellos, pero que solo puede realizarse en el acogimiento subjetivo**, lejos de toda magia. La Iglesia cuida el simbolismo para hacer más *visible* y *palpable* la presencia de esa gracia prometida por el Dios-de-Jesús que, creando-por-amor, ha decidido estar siempre con nosotros, sustentándonos, apoyándonos y salvándonos.

---

<sup>200</sup> Cf. J. RATZINGER, “El fundamento sacramental de la existencia cristiana”, en *Ser cristiano*, Sígueme, Salamanca 1967, 57-84.



- Por último, los sacramentos son **gestos simbólicos y proféticos de la Iglesia**, que se orientan a la realización del reino de Dios en ella misma y para toda la humanidad, desvelando los grandes contenidos del reino: misericordia, justicia, solidaridad, gratuidad, comunidad, esperanza, salvación, liberación. Vamos a detenernos un instante en esta *asamblea santa* (y pecadora).

### 1.3. Los sacramentos en la Iglesia<sup>201</sup>

La comunidad eclesial está en el origen de los sacramentos. Ella es *sacramento universal de salvación* en cuanto es “signo e instrumento de la reconciliación y la comunión de toda la humanidad con Dios, así como de la unidad de todo el género humano” (CIC 780). En tanto que mediadora de la salvación de Cristo, toda ella desea ser continuadora de su misericordia que *acoge, restablece y envía* hacia el reino de Dios.

Los 7 gestos simbólicos, correspondientes a los 7 sacramentos, se sitúan en continuidad con las acciones salvíficas de Yahvé en el AT y de Jesús en el Nuevo. Son momentos especialmente densos de sentido y transparentes del reino de Dios en la vida de Israel o en la Iglesia, lugares de paso de la muerte a la vida, espacios de ofrecimiento de la misericordia del Padre, son don y tarea. También significan, como hemos mencionado más arriba, los tiempos privilegiados (*kairoi*) de la vida del individuo y de la comunidad, en los que el símbolo se abre al sentido más profundo. Por último podríamos decir que se transfiguran en gracia escatológica del reino.

Otra de las características peculiares de los sacramentos es su capacidad de mostrarse como **símbolos proféticos** dentro de la Iglesia que<sup>202</sup>:

- I. *Anuncian* la buena noticia del reino de Dios, sobre todo para aquellos que siempre reciben malas noticias. Es un anuncio de vida, perdón, esperanza, comunión, ligado a Jesús y a su palabra, a su vida, muerte y resurrección. **Son memorial de Jesús.**
- II. *Denuncian* el pecado del mundo -todo aquello que genera muerte- mostrándonos cómo Dios es compasivo, cuál es la gracia divina que construye el reino.

---

<sup>201</sup> Para este apartado seguiré fundamentalmente a V. CODINA, en I. ELLACURÍA-J. SOBRINO, *Mysterium liberationis* II, Trotta, 1990, 267-294.

<sup>202</sup> Para los siguientes tres puntos, cf. *Ibid.*, 287-293.

III. *Transforman y exigen la transformación de la realidad*, pues son una señal escatológica de ese reino ya incoado entre nosotros. La eficacia de los sacramentos brota de su mismo ser símbolos-proféticos; esta eficacia no es solo eclesial (vinculan a la Iglesia) sino *basileica* (en orden al reino o *basileia*). Son don y tarea, *opus operatum* y *opus operantis*, impulsan al seguimiento del Jesús compasivo.

Si la Iglesia ha de ser distribuidora de esta gracia que son los sacramentos debe facilitar a todo hombre y mujer su acceso a ella. Como afirmó el papa Francisco, “la Iglesia no es una aduana, es la casa paterna donde hay lugar para cada uno con su vida a costas”<sup>203</sup>.

Vivimos nuestra fe en la *Iglesia de los sacramentos*, y estos son comprensibles como la autorrealización de la Iglesia. Ella es la continuación y permanencia actual de la vida de Cristo resucitado en el mundo y además es signo *performativo* del amor misericordioso del Padre que se adentra en el mundo en Cristo. “Cristo, en su existencia histórica es, a la vez, la realización de la gracia salvífica de Dios, y su señal”<sup>204</sup>. Se trata de la Iglesia del Jesús Pascual –que promete la Vida aun en la muerte-, del Espíritu de Pentecostés –*rocío* que empapa la tierra-, del Padre fuente de todo Amor –que privilegia a los más necesitados-.

La vida de Jesús supuso –supone- para nosotros una liberación y una sanación de toda realidad, ya fuere pasada, presente o futura. Es uno de los efectos de la misericordia. Con los sacramentos, la misma Iglesia celebra no unos gestos que “aseguren” algún tipo de protección, que tranquilicen una conciencia supersticiosa; la Iglesia de Jesús se pone en primer lugar a la escucha del Espíritu del Resucitado (también es el del Padre), con la confianza de que es Él quien *agracia* lo celebrado. Si Jesús lleno de misericordia, enviado por el Padre, tuvo poder y compasión para acoger, sanar y liberar, así también la Iglesia –confiada- se siente enviada a hacer lo mismo; es decir, se convierte en una comunidad que celebra el Evangelio del Amor encarnado mediante un cierto número de acciones significativas y de ritos. *Semejante comunidad no tiene por objeto reclutar nuevos adeptos, sino que lo que realmente desea es **partir con los otros el pan y comer juntos en la misma mesa de la fraternidad**, transmitiéndoles así la Buena Noticia de vivir en una Casa con las puertas siempre abiertas*<sup>205</sup>.

---

<sup>203</sup> PAPA FRANCISCO, *Evangelii gaudium*, 47.

<sup>204</sup> K. RAHNER, “Iglesia y sacramentos”, *Selecciones de Teología*, Vol. 1, 4, octubre-diciembre 1962.

<sup>205</sup> Cf. G. FOUREZ, *Una Buena Noticia liberadora. Evangelio para un mundo en crisis*, Sal Terrae, Santander 1987, 50. (Las negritas son mías).

Esa Buena Noticia que desea transmitir la Iglesia no le *pertenece*, como propietaria, sino como usufructuaria de un Bien que ha recibido. Su razón de ser es trinitaria y su *espejo*, Jesucristo, Amor hecho hombre, Misericordia encendida que supo mirar la realidad con ojos siempre límpidos y eternamente nuevos. Sólo una comunidad así, que sabe quién es su principio y fundamento, invitada a celebrar con los hombres los signos de liberación, podrá suscitar en otros un deseo de pertenencia.

#### 1.4. *El septenario sacramental*<sup>206</sup>

Jesús no declaró o instituyó los 7 sacramentos tal como los entendemos actualmente; “estos se fundan en acciones simbólicas del de Nazaret, testificadas por la Biblia y en ellos se prolonga la acción salvífica, corporal y simbólica de Jesús”<sup>207</sup>. Por tanto, la fuente e inspiración del septenario sacramental las hallamos, en primer lugar, en **Cristo**, y de la mano de este, en su Iglesia, presencia de Aquél en el mundo. Por tanto, los sacramentos no son objetos teológicos aislados, sino que implican una cristología y una eclesiología (y por tanto, una antropología).

Además, los sacramentos ni fueron siempre 7 ni tuvieron siempre la significación actual. En la antigua Iglesia se interpretaban como sacramentos hechos históricos que dejaban traslucir la salvación de Cristo. Así, se entendía que las cosas no son únicamente materiales, sino también indicadoras del amor divino, que lo hacen visible y presente en el tiempo. La transparencia de lo eterno en el mundo –base del principio sacramental- pertenece al fundamento de su existencia. La reflexión patristica jugará un papel importante en la decantación de los 7 sacramentos.

Hasta el siglo XII, no se afirmó que los sacramentos eran siete (Pedro Lombardo). El Concilio de Florencia no especificó directamente que los sacramentos hubieran sido instituidos por Jesucristo; lo que sí dijo expresamente fue que cada uno de los siete sacramentos se configura por la integración de tres elementos: por determinadas cosas, como materia; por ciertas palabras, como forma; y por el ministro que proporciona el sacramento, con la intención de hacer lo que la Iglesia hace (DS 1312). Pero el número no será sancionado finalmente hasta Concilio de Trento, en medio de la controversia con los reformadores. Las razones para aducir el septenario se fueron

---

<sup>206</sup> Cf. K. RAHNER, *La Iglesia y los sacramentos*, Herder, Barcelona 1964, 9-81; Cf. J. RATZINGER, *op. cit.*, 57-84.

<sup>207</sup> Cf. F.J. NOCKE, *Doctrina general de los sacramentos y Doctrina especial de los sacramentos*, en T. SCHNEIDER (dir.), *Manual de Teología Dogmática*, Herder, Barcelona 1996, 841.

fraguando durante todo este tiempo y se pueden fundamentar en cuatro argumentos principalmente:

1. *Escriturístico*: no porque se encuentre el número septenario en la Biblia, sino porque cada sacramento tiene eco en textos del NT.
2. *Simbólico*: En todas las culturas antiguas, incluida la Biblia, el siete era el número de la perfección, de la totalidad, de la plenitud acabada y perfecta.
3. *La conveniencia antropológica* (tomista): “Los siete sacramentos corresponden a todas las etapas y todos los momentos importantes de la vida del cristiano: nacimiento, madurez, nutrición, enfermedad corporal y espiritual, la autoridad en la sociedad, reproducción de la especie”<sup>208</sup>.
4. *De autoridad*: Los documentos del magisterio eclesiástico a lo largo de la época medieval se habían ido inclinando por esta postura.

A partir de aquí, veremos de qué manera cada sacramento en particular se muestra continuador de la misericordia del Padre. Comenzaremos con los de Iniciación –ya que su mismo título lo indica-, pero como dijimos más arriba, centrándonos en los que manifiestan de un modo singular esa compasión divina.

## 2. Los sacramentos, continuadores de la gracia misericordiosa<sup>209</sup>

### 2.1. El bautismo: el agua de la vida<sup>210</sup>

La Iniciación cristiana trata de un acto único, pero con momentos sucesivos y que es igual para todos; **es la inserción del candidato en la nueva vida que Dios nos ofrece**: en el misterio de Cristo, muerto y resucitado, y en la Iglesia, por medio de la fe y los sacramentos. El bautismo abre las puertas a los otros sacramentos llamados de iniciación cristiana (también lo son Confirmación y Eucaristía). Celebra la admisión a una comunidad *des-centrada*: ésta reconoce a quién *se debe* y a la par acompaña al neófito en una vida que es don. Además, sobre todo supone la acentuación de la

---

<sup>208</sup> Cf. SANTO TOMÁS, “*Suma Teológica*”, en *Catecismo Iglesia Católica*, 1210 ([www.vatican.va](http://www.vatican.va), consultado el 21.11.14); C. MARTÍNEZ, en Á. CORDOVILLA (ed.), *La lógica de la fe*, UPComillas, Madrid 2013, 528.

<sup>209</sup> Cf. *Ibid.*, 497-630; cf. V. CODINA, *op. cit.*, 287-293; J.Mª HERNÁNDEZ, *Apuntes de Sacramentos para alumnos*, Facultad de Teología de Granada.

<sup>210</sup> Los subtítulos de cada sacramento están inspirados en (o tomados de) la obra de B. FORTE, *Los sacramentos y la belleza de Dios*, San Pablo, Madrid 2014. De esta misma obra me serviré de algunas ideas.

**fidelidad de Dios** con su criatura; un Dios que es amor y que no permitirá que “nos perdamos” a lo largo de los avatares de la vida. Su gracia y su fortaleza escoltan al bautizado, de la misma manera que nos promete Jesús “Yo estoy con vosotros, cada día, hasta el fin del mundo” (Mt 28,20). Este sacramento también **elimina los pecados**, porque no hay ninguna realidad, fuera de Dios, más fuerte que su amor y misericordia en forma de gracia. Nuestro Dios, que es amor, cuidará siempre de sus criaturas.

El bautismo de Juan es distinto al bautismo cristiano (Jesús nunca bautizó<sup>211</sup>): el primero expresa penitencia para la conversión del corazón, incluso para el perdón de los pecados, pero sobre todo anuncia otro bautismo: en “Espíritu Santo y fuego” donado por Jesucristo. El mismo Espíritu que envió a Jesús a anunciar la buena nueva a los pobres y la liberación a los cautivos (Lc 4,16-21) es el que impulsa al cristiano a hacer compasivamente presente el reino de Dios en la historia. El mismo Jesús les encarga explícitamente esta misión, cuando les entrega el mandato misionero (Mt 28,19; Mc 16,15) de bautizar *en el nombre* del Padre, del Hijo y del Espíritu.

En palabras de Pablo de Tarso (Rm 6,4-5), el bautismo es un evento que nos pone en íntima relación y **participación** con el misterio pascual de Cristo. Simbólicamente, el rito bautismal nos sumerge en la muerte de Cristo pero también el mismo rito nos hace partícipes de su resurrección; así, el bautismo es inicio y don de una vida nueva en el Espíritu; nos conforma con Cristo y nos introduce en la única comunidad, la de los creyentes.

En el bautismo, por su Espíritu, Dios hace partícipe a “quien cree” de lo que produce el bautismo en la cruz. Perdona el pecado, da el Espíritu. El rito del agua remite a la esperanza, pero en cuanto colmada, al deseo de que se cumplan las palabras del profeta: “os salvaré de vuestras manchas... pondré en vosotros mi Espíritu (Ez 36,23-38), pero en cuanto que este deseo está saciado. El agua del bautismo expresa, pues, la fidelidad de Dios”<sup>212</sup>.

Para san Juan evangelista (7,39; 16,7; 19,30; 20,19-23)<sup>213</sup>, el punto de partida del bautismo cristiano es el don del Espíritu Santo a la Iglesia, y tiene más que ver con lo

---

<sup>211</sup> O Si llegó a hacerlo (Jn 3,22.26; 4,1, desconocido en los Sinópticos) muy pronto abandonó esa práctica.

<sup>212</sup> J-M. R. TILLARD, Los sacramentos de la Iglesia, en *Iniciación a la práctica de la Teología, Cristiandad III/2*, Madrid 1985, 375.

<sup>213</sup> C. MARTINEZ, *op. cit.*, 541.

que representa la entera vida de Jesús. En definitiva, en el NT, el bautismo es condición ineludible para ser cristiano: asocia con la muerte y la nueva vida de Jesús, perdona los pecados y reincorpora a la vida divina (presente y futura) de la comunidad eclesial.

Sin duda, este sacramento expresa la absoluta gratuidad de la iniciativa salvadora de Dios, por lo que **fe y bautismo** son inherentes: el bautismo dona la fe y al mismo tiempo la causa y hace crecer. Podríamos afirmar que es la gracia del Espíritu la que posibilita nuestra conversión (bautismo cristiano); pero nuestra conversión no es un requerimiento previo para que aquella gracia descienda sobre nosotros (bautismo de Juan). Así es la lógica de la bondad compasiva del Padre.

Sin embargo, esta iniciativa misericordiosa de Dios que nos ofrece el bautismo para nuestra divinización, no se agota exclusivamente en este. La misericordia del Padre se expresa en su voluntad salvífica universal, más allá del rito oficial, “todo hombre que, ignorando el Evangelio de Cristo y su Iglesia, busca la verdad y hace la voluntad de Dios según él la conoce, puede ser salvado”<sup>214</sup>. Y es más, Su misericordia, expresada en el deseo universal de salvación es más importante incluso que el ministro del sacramento: en caso necesario –ante la imposibilidad de encontrar a un presbítero o un diácono- cualquier persona puede bautizar, pues lo esencial es el don de Dios que desea dársenos muy por encima de la mediación humana. La Iglesia se une a esa voluntad misericordiosa.

## 2.2. *Confirmación o crismación: el sello del Espíritu*

En este sacramento se recibe el Espíritu Santo de manera especial para ser testimonio en el mundo de la misericordia divina. Bautismo y confirmación se vinculan, pues expresan la unidad entre el misterio pascual de Cristo y el Espíritu donado por el Hijo en Pentecostés a los apóstoles (Hch 2,1-13) y sobre todos los creyentes en Él; estos apóstoles, a su vez, lo transmitieron con la imposición de las manos (Hch 8,5-6. 14-17; 19,5-6).

Bien es cierto que, por el primer sacramento de iniciación el Espíritu divino ya forma parte de la persona; pero gracias a la crismación, no es tanto que la persona “confirme” libre y voluntariamente su decisión de seguir a Jesús, sino que **es Dios**

---

<sup>214</sup> Cf. CEC 1260.

**quien nos confirma, concediéndonos el don del Espíritu Santo**<sup>215</sup>. “Es el amor de Dios el que ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu” (Rm 5,5). Un don que nos hace capaces de creer, esperar y amar, que ilumina nuestra confianza para ser testigos del amor entregado, como lo hizo el Hijo, “practicando con amor la justicia, caminando humildemente con nuestro Dios” (Cf. Miq 6,8). Siendo esto cierto, no lo es menos que en la práctica eclesial, este sacramento a veces supone para muchas personas un “rito de despedida”, o bien algo cuasi ininteligible en lo que tiene de específico este envío del Espíritu.

En este sentido, todos sabemos que la vida es *dynamis*, es proceso y crecimiento, supone estancamientos y avances rápidos. Por ello necesitamos detenernos, tomar *aire* y alimentar de profundidad aquellos acontecimientos que consideramos importantes. Ese aire, soplo y fuerza de Dios se significaba en las unciones veterotestamentarias. En el NT, el Espíritu Bueno recorre la vida de Jesús y sigue caminando de la mano de la Iglesia, no circunscribiéndose a momentos “cumbre” (aunque los tenga), sino que supone una realidad siempre repetible y novedosa.

Pero concretamente, la imposición de manos en la Confirmación supone repetir, recordar (volver a pasar por el corazón) aquello que sucedió en Pentecostés, y por ende, perfecciona y nos *acostumbra* a lo que sucedió en nuestro bautismo. Más aún, se trata de una auténtica “conmoción del corazón” del que se sabe enviado por Jesús resucitado para una misión en el mundo. **La Iglesia entera es misionera** y toda ella se reconoce amparada y sostenida por la misericordia divina. Repetimos, en el envío de este sacramento lo importante no es nuestra decisión cuanto la voluntad salvífica de Dios. Él sigue contando con cada uno de nosotros, Él conoce nuestras debilidades y fortalezas; pese a ello (y *desde* ello), su compasión encarnada ama lo que somos y nos envía a colaborar en la construcción del reino de Dios. La promesa del Espíritu (Lc 11,13) nos hace capaces de misericordia en cuanto purificados por su amor<sup>216</sup>, *cayado* para el camino, ayuda en la fragilidad (Rom 8,26), nos enseña a orar mostrándonos el Dios verdadero (1Cor 12,3).

Por tanto, el adjetivo *misionera* que caracteriza a la Iglesia y a quien a ella se incorpora, implica lo que hemos apuntado: la verdadera misión del cristiano nace de la permanente acción de Dios –a través de su Espíritu- en nuestro ser enviados-con. El

---

<sup>215</sup> Cf. B. FORTE, *op. cit.*, 42-46.

<sup>216</sup> «Ven, Espíritu Santo, llena los corazones de tus fieles y enciende en ellos el fuego de tu amor» (*Solemnidad de Pentecostés*, Antífona del «Magnificat» in I Vísperas: *Liturgia de las Horas*; cf. *Solemnidad de Pentecostés*, misa del día, Secuencia: *Leccionario*, V, 1).

mismo Espíritu que confirmó a Jesús como Hijo de Dios en el Jordán, siguió acompañándolo en su vida apostólica, lo resucitó por el poder de Dios, confirmó aquella incipiente comunidad apostólica 50 días tras la Pascua y sigue soplando en nuestras ciudades, *entre eplíclesis y asfalto*; porque –ni para Dios ni para nosotros– nada humano es ajeno. Este Espíritu Bueno se compadece de nuestra fragilidad, fortalece al creyente en la fe e ilumina nuestra respuesta de amor compasivo.

### 2.3. *Eucaristía: Cristo compasivo se parte y se reparte para la vida del mundo*

La eucaristía supone un gesto de absoluto amor del Padre, a través del Hijo, en nuestro favor; pero ¿qué tipo de amor es este que hoy seguimos celebrando como si fuera la primera pascua? En el Primer Testamento, Dios se comprometía con los hombres si cumplían los mandamientos; en Jesús, Dios sella una alianza incondicional, se liga a nosotros por amor y para siempre. El Señor Jesús, el pastor bueno y hermoso (Jn 10,11) **alimenta con su cuerpo y su sangre** a toda la humanidad para guiarnos con todo lo que somos hacia los pastos de la vida (Sal 23 - 22-). Por eso, como acto de misericordia, la eucaristía es<sup>217</sup>:

- **Señal de reconciliación:** Cristo repara nuestras fuerzas limitantes, prometiéndonos el perdón de los pecados y perfuma nuestra cabeza. Nos promete su presencia de amor cada día de nuestra vida, en lo que hagamos o dejemos de hacer, en la salud o en la enfermedad. Así, en la eucaristía, Dios transforma el pan y el vino y también transforma nuestro mundo personal: lo que nos tritura y muele a diario, lo masculino y lo femenino, la historia de nuestra vida, aquello que elevamos para que Él lo haga *especialmente* bueno. Por esta transformación, Jesús repara lo roto, proclamando la salvación que nos regala el Padre, anuncia la misericordia definitiva de Dios para todos. “No puede haber duda alguna de la universal voluntad salvífica de Dios ni de la intención universal de la entrega de la vida de Jesús por todos, por mí (...). En la medida en nos conformamos con el Cristo que se entrega, somos transformados”<sup>218</sup>.

Tomó Jesús pan y lo bendijo, lo partió y dándoselo a sus discípulos, dijo: “Tomad, comed, este es mi cuerpo que se entrega por vosotros. Haced esto en recuerdo mío”. Luego tomó una copa (...) y se la pasó diciendo: “Bebed de ella todos, porque esta es mi sangre de la nueva Alianza, que es derramada por vosotros para el perdón de los pecados”.

---

<sup>217</sup> Cf. Los tres epígrafes los hemos tomado de B. FORTE, *op. cit.*, 64.

<sup>218</sup> Cf. W. KASPER, *op. cit.*, 79.



La eucaristía es signo de la resurrección<sup>219</sup> y de la resurrección continua de cada uno de nosotros, de lo que cada cual porta en su biografía y que necesita sanación<sup>220</sup>.

- **Señal de unidad:** el ofrecimiento al Padre del pan y el vino (el cuerpo entregado y la sangre derramada) lo realiza Jesucristo por todos los hombres y mujeres; se da en un contexto de **comensalidad** y con todo lo que esto significa para el mundo judío; Jesús rompe con la exclusión de mesa (que habla de exclusión de vida) y abre a una comensalidad sin barreras donde los excluidos son incluidos. Él come con pecadores y publicanos y también lo hace con sus discípulos, uno de los cuales Jesús sabe lo entregará; otros lo negarán o huirán.

Es señal de la Nueva Alianza. Jesús se nos da en la eucaristía para hacernos un solo cuerpo, convocando y reuniendo a los dispersos. Además, este ofrecimiento del amor de Dios ha de ser aceptado mediante la fe, que es respuesta del amor; el “tomad y comed” dicho a los discípulos se trata de una adhesión a la existencia de Jesús, a vivir con él y como él. Pero, sólo con unos ojos renovados, con los ojos de la fe, podremos, como los dos de Emaús (Lc 24,13-35) reconocer al resucitado al partir el pan.

- **Fuente y motivo de la caridad:** Por puro amor, Jesús se hace alimento para el que lo necesita y para quedarse con nosotros para siempre. Él fortalece nuestra debilidad, nuestra vida tan frágil como el trigo y la uva... Comer de estos alimentos de la tierra –transformados- implica también partirse y repartirse por los otros, pues la misma entrega de Cristo es movida por la misericordia. Comulgar a Cristo nos hace alimento para el necesitado. El cuerpo y la sangre de su Hijo suponen la culminación de una vida entregada, una existencia por amor que la Iglesia tendrá la misión de actualizar todos los días de su existencia en la eucaristía. “Comiéndote, sabremos ser comida”, como bellamente afirmó Pedro Casaldáliga<sup>221</sup>, sabremos incluir a todos en su cuerpo y su destino. Lo atestigua especialmente la parábola del buen samaritano (Lc 10,29-37).

---

<sup>219</sup> Según el relato de los discípulos de Emaús (Cf. Lc 24,13-35).

<sup>220</sup> Cf. B. FORTE, *op. cit.*, 55s.

<sup>221</sup> De su poema “Mi cuerpo es comida” ([www.prelaziasaofelixdoaraguaia.org.br](http://www.prelaziasaofelixdoaraguaia.org.br), consultado el 07.11.14).

#### 2.4. Reconciliación: Alegría del perdón y fundamento de la conversión

Como afirmamos más arriba, los sacramentos de la reconciliación y de la unción de los enfermos son conocidos como “de curación”. Veremos de qué manera son signos especiales de la misericordia del Padre para el perdón y la sanación.

El Señor Jesucristo, médico de nuestras almas y de nuestros cuerpos, que perdonó los pecados al parálítico y le devolvió la salud del cuerpo (cf *Mc* 2,1-12), quiso que su Iglesia continuase, en la fuerza del Espíritu Santo, su obra de curación y de salvación, incluso en sus propios miembros. Este es finalidad de los dos sacramentos de curación: del sacramento de la Penitencia y de la Unción de los enfermos<sup>222</sup>.

Primeramente, será necesario clarificar que tras el sacramento de la reconciliación subyace una experiencia antropológica particular en la que confluyen tres elementos: **pecado, conversión y perdón**<sup>223</sup>. Esta nueva vida de hijos de Dios que comienza con el bautismo y se alimenta cada día en la eucaristía puede debilitarse a causa de nuestro pecado, ya fuere por acción u omisión. El sacramento de la **reconciliación, del perdón, penitencia o confesión** (preferimos el primer sustantivo) nos reconcilia con Dios, con nosotros mismos, con los demás; en el fondo, nos cura de raíz, posibilita en nosotros un “nuevo inicio”, sin perder de vista que nuestra historia es siempre de salvación, porque toda entera le pertenece a Dios.

“Reconciliación” es un concepto central en el Nuevo Testamento, significando “reincorporación, reintegración”. Referido a las relaciones con Dios, por el pecado el hombre rompe su relación con Él. Pero la reconciliación, el restablecimiento de la comunión siempre es un don que Dios ofrece libremente a los hombres<sup>224</sup>.

Dios no abandona nunca al hombre pecador, sino que se preocupa por él y le abre la puerta del perdón. El salmo 51 (50)<sup>225</sup> quizá sea el texto más rico referente al perdón: en sus versos se reconoce la eterna misericordia del Padre, la necesidad de arrepentimiento y la alegría por la salvación:

---

<sup>222</sup> CIC, 1421.

<sup>223</sup> Desde una perspectiva humana, presente en la esfera de lo religioso, nuestra existencia no puede concebirse sin el otro, sin el *no-yo*, un distinto a mí que me interpela, aunque sea por su diferencia respecto de mí. A medida que el hombre espiritual va desarrollando su conciencia moral (también una sana culpa), este percibe que sus actos u omisiones tienen repercusiones con todo lo creado y con el Creador.

<sup>224</sup> Cf. A. GRÜN, *La penitencia. Celebración de la reconciliación*, San Pablo, Madrid 2002, 8-11; 54s.

<sup>225</sup> Biblia on line ([www.pastoralsj.org](http://www.pastoralsj.org), consultado el 22.11.14).

[3] Misericordia, oh Dios, por tu bondad, por tu inmensa compasión borra mi culpa, [4] lava del todo mi delito y limpia mi pecado. [5] Pues yo reconozco mi culpa y tengo siempre presente mi pecado. (...) [17] Señor mío, ábreme los labios y mi boca proclamará tu alabanza.

Por su parte, todo el NT nos habla de la reconciliación de los hombres con Dios. Aparece una clara denuncia del mal y una llamada a la conversión. **Esa dureza respecto al pecado va acompañada, paradójicamente, por la misericordia para con el pecador.**

Jesús concedió a los discípulos el poder para perdonar los pecados. Los textos clásicos que mejor lo explicitan son:

- Mt 16,19; 18,18: “Lo que atéis o desatéis en la tierra quedará atado o desatado en el cielo”: Esto reviste distintas interpretaciones. Mateo tiene en mente la concepción judía de excomunión (separar/reintegrar); pero la excomunión no es una pena jurídica, sino que para los cristianos primitivos “atar/desatar” está relacionado con el proceso bautismal. Quien peca se ata al poder del Maligno, volviendo al estado prebautismal. La Iglesia inicia un proceso liberador (por tanto, de desatar) que es la penitencia.
- Jn 20,23: “A quienes perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos”. Es esta la referencia explícita de Cristo al poder de perdonar de los discípulos.

A lo largo de la historia de la Iglesia, este sacramento atravesó distintas etapas en las que no siempre la compasión acogedora del Padre tuvo su lugar preferente. En la Patrística el sacramento era reservado sólo para pecados graves, con penitencias públicas y pedagógicas, pasando por la penitencia tarifada de la Alta Edad Media. Trento explicará el carácter sacramental del sacramento. En el siglo XX, el Concilio Vaticano II subrayará los dos efectos fundamentales de la penitencia:

Los que se acercan al sacramento de la penitencia obtienen el perdón de la ofensa hecha a Dios por la misericordia de éste y al mismo tiempo se reconcilian con la Iglesia, a la que, pecando, ofendieron, la cual, con caridad, con ejemplos y con oraciones, les ayuda en su conversión<sup>226</sup>.

---

<sup>226</sup> Cf. *Lumen gentium*, 11.

Además, el postconcilio trajo consigo una renovación en este sacramento, con tres líneas de fuerza:

- *Carácter comunitario-ecclesial*<sup>227</sup>: la comunidad acompaña al pecador en su proceso penitencial<sup>228</sup>. De hecho, el primer efecto de la penitencia vuelve a ser la reconciliación eclesial. “El pecado hiere el cuerpo eclesial, pero posee un dinamismo de muerte que afecta a la sociedad y a la historia: son las estructuras de pecado. Por este sacramento, la Iglesia anuncia la misericordia de Dios, denuncia el pecado del mundo e inicia su transformación, al comunicar el Espíritu de Jesús (Jn 20,19-23) para el perdón de los pecados. El dinamismo de este Espíritu conduce a la liberación de toda esclavitud (Rom 8,19-27)”<sup>229</sup>.
- *Centralidad de la Palabra de Dios*. Más importante que el pecado es la certeza de somos amados por Dios, atestiguado por la Escritura. Esta Palabra de Amor nos descubre la realidad ingrata de la limitación, pero como oferta de salvación y perdón.
- *Redescubrimiento de la dimensión litúrgico-celebrativa*. Necesitamos devolver el carácter celebrativo y festivo de este sacramento, vincularlo con la vida. La reconciliación nos hace sentirnos enviados, renovados, misionados a ser testigos, constructores de reconciliación. **Los encuentros de Jesús con los pecadores en el NT terminan en fiesta**; es una experiencia de la misericordia de un Dios cercano a nuestra debilidad, transformándola, creando un corazón nuevo reconciliado y capaz de reconciliación consigo mismo, con los demás, con Él. Su perdón misericordioso produce la certeza de un amor que sana, que viene de lo alto, que transforma. Es el Dios siempre cercano a nuestra debilidad, y que se nos revela en los evangelios a través de la persona de Jesús. Los ejemplos son muchos: el encuentro de Jesús con la samaritana (Jn 4,5-2) o con Zaqueo (Lc 19,1-10), las lágrimas derramadas por la muerte de su amigo Lázaro (Jn 11,33), en

---

<sup>227</sup> Además, “la confesión es un espacio en el que la gente puede hablar de manera adecuada sobre sus pecados y sus sentimientos de culpabilidad. Pero la confesión es más que esto: en ella la persona puede experimentar el perdón de sus faltas (...). Psicólogos y psiquiatras envidian este sacramento en el que no sólo se habla de las propias culpas, sino que, además, por medio de un rito que se adentra en las profundidades del inconsciente, se concede de manera eficaz el perdón de esas culpas” (A. GRÜN, *La penitencia. Celebración de la reconciliación*, 6).

<sup>229</sup> V. CODINA, *op. cit.*, 290-291.

el perdón a la mujer sorprendida en adulterio (Jn 8,2-11), en la curación-reconciliación del paralítico (Mc 2,1-12), etc.

Lo verdaderamente singular de este camino de crecimiento y sanación que implica este sacramento es que **es Dios quien nos reconcilia consigo**, quien sale a nuestro encuentro las veces que sean necesarias (por ello nos re-concilia), quien nos ama tal y como somos, aunque –eso sí- nos sueña mejores y más libres. Desea nuestra conversión (*metanoia*) porque “nos toma en serio”: no le da igual nuestro sí o nuestro no. Además, es su amor y su gracia los que nos resitúan en la comunidad eclesial, haciéndola lugar de fe y misericordia compartidas, pues es Dios quien perdona a su manera, como Él quiere. Jesús no es solo un juez justo sino fundamentalmente el “juez bueno” (*bonus iudex*). Como afirmó San Anselmo, “en su misericordia, Dios no responde a nuestras obras, sino únicamente a sí mismo y a su bondad. La misericordia de Dios es la justicia característica de Él”<sup>230</sup>.

Compasivamente, es siempre Dios quien primero sale corriendo a nuestro encuentro – como en la parábola del Padre Bueno (Lc 15,11-32)-, nos abraza con inmenso amor y desea celebrar la **alegría** de la “vuelta a casa” (esto es lo que significa *teshuvá*: conversión)<sup>231</sup>. “Dios no se cansa nunca de perdonar –el amor es siempre más fuerte que el pecado-; somos nosotros los que nos cansamos de acudir a su misericordia”<sup>232</sup>. El perdón que nos concede significa un *don renovado* (esto significa *per-don*); no para guardárnoslo *pietistamente*, sino para acoger con misericordia a otros tantos como yo. A ellos podremos acogerlos y perdonarlos si sabemos amarnos a nosotros mismos de la misma manera con que Dios es misericordia con nosotros. Este es el sentido del “amarás al prójimo como a ti mismo” (Mc 12,29-31).

Asimismo, este sacramento lo es del *encuentro con Cristo, con el Padre y con el Espíritu*, pues es este último -como vínculo de amor entre las otras dos Personas- quien derrama en nuestros corazones el amor de Dios (Rm 5,5). Por último, la reconciliación nos invita a vivir la vida –y la debilidad presente en ella - con la certeza de que la misericordia de Dios, a través de la mediación de su Hijo, puede sanar lo que somos. Para ello hemos de *querer* (entra en juego nuestra libertad) y *quererlo* (el amor compasivo del Padre, quien nos envía a ser sal y luz).

---

<sup>230</sup> Cf. W. KASPER, *op. cit.*, 102-103.

<sup>231</sup> Cf. B. FORTE, *op. cit.*, 69-80.

<sup>232</sup> PAPA FRANCISCO, *Evangelii gaudium*, 3.

## 2.5. *Unción de los enfermos: La misericordia de Dios se hace presente en nuestro sufrimiento*

Los sacramentos abarcan la vida entera del individuo, en la salud y también en la enfermedad. En el AT ésta representaba una expresión visible del mal y el sufrimiento, ocasionado por el pecado que también podía ser heredado generacionalmente. Pero ya en el último canto del Siervo de Yahvé, es posible contemplar cómo el sufrimiento y el dolor, de ser meros signos de pecado pasan a transformarse en signos de salvación cuando se abren a la fuerza que emana del corazón de Dios.

La cruz de Jesús, en la que es sostenido por el Padre y fortalecido por el Espíritu, nos enseña que en el sufrimiento y en el mal no estamos solos. El *Emmanuel* camina con nosotros, se hace solidario de nuestra debilidad porque quiere sanarla y restablecernos. “El Maestro es nuestro *compañero*, aquél que parte con nosotros su pan (*cum panis*)”<sup>233</sup> y su vida. Todo el NT nos muestra cómo Dios se hace presente en la enfermedad y en la aflicción por medio de las curaciones de Jesús. La conducta compasiva del Hijo de Dios brota de su corazón misericordioso: se le conmueven las entrañas ante la situación de exclusión, marginación, invalidez, rechazo, penuria... que acompañaba a los enfermos de su época, en la que la causa física era inseparable de la moral y de la social. El mismo Jesús se refirió a sí mismo como médico (Mc 2,17; Lc 4,23).

Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados, y yo os aliviaré (Mt 11,28).

En muchos de los relatos de curación no pesa tanto el dolor físico cuanto el daño moral, sociológico y espiritual que la enfermedad lleva asociada; ésta supone en muchas ocasiones un obligado alejamiento de los demás, una imposibilidad de la práctica religiosa en el Templo, señalada por las autoridades espirituales que sin reparo tachan de impuro al herido por la limitación. Jesús, con su cercanía, con sus acciones taumátúrgicas, restaura la salud y la dignidad, reintegra a la persona al ámbito social y comunitario, y muestra el amor incondicionalmente misericordioso del Padre. Jesús se estremece de manera especial ante los enfermos y así nos transmite la lógica de Dios, la lógica del reino, marcada claramente por un movimiento de preferencia hacia la debilidad, la pequeñez, la humanidad más vulnerada. Así queda de manifiesto, por ejemplo, en las Bienaventuranzas (Mt 5,1-12), en la curación del parálítico (Jn 9,1-12) o en la sanación del ciego de Betsaida (Mc 8,22-26).

---

<sup>233</sup> Cf. B. FORTE, *op. cit.*, 115-118.

De una manera especialmente densa, el sacramento de la unción es signo de la cercanía misericordiosa de Dios en la persona de Jesús, para que podamos “ver con claridad en nuestra *Betsaida* particular, ante las cegueras que a veces nos acechan: el modo de vivir la enfermedad, el miedo, los resentimientos, las decepciones y alejamientos”<sup>234</sup>.

Que Dios nos acompañe en nuestro dolor es posible por la victoria del resucitado sobre toda clase de mal y de sufrimiento alienante. Esto se hace especialmente visible en el sacramento de la unción. En el óleo sagrado con que el ministro unge al enfermo, se significa cómo el Señor de la Pasión se hace solidario con el sufrimiento del enfermo y parece decirle “mi fuerza te basta”. Ese aceite representa la belleza de Dios, esto es, la perfección de la gracia compasiva.

Como antecedente bíblico de esta praxis, contamos con el testimonio de Santiago:

¿Está enfermo alguno entre vosotros? Que llame a los presbíteros de la Iglesia para que oren por él y le unjan con óleo en el nombre del Señor. La oración hecha con fe salvará al enfermo, y el Señor hará que se levante; y, si hubiera cometido pecados, le serán perdonados. Confesaos, pues, mutuamente vuestros pecados y orad los unos por los otros para que seáis curados. (Sant 5,14-16).

La referencia a estos versículos como fundamentación del sacramento, nos permite comprobar que no se trata de una praxis para los moribundos, sino para los enfermos, subrayando también la dimensión eclesial y la orientación escatológica hacia el reino.

Con la unción de los enfermos y la oración de los presbíteros, toda la Iglesia encomienda los enfermos al Señor paciente y glorificado, para que los alivie y los salve (cf. Sant 5,14-16), e incluso les exhorta a que, asociándose voluntariamente a la pasión y muerte de Cristo, contribuyan así al bien del Pueblo de Dios<sup>235</sup>. Quizá pueda consolar al que está postrado saber que *nada hay verdaderamente humano que no encuentre eco en el corazón de Cristo*<sup>236</sup>.

Por eso, mostrar esta compasión y esperanza reales y curativas es tarea que Jesús encarga a sus discípulos, a la Iglesia, junto al cometido de perdonar los pecados:

---

<sup>234</sup> Cf. J. BOADA, *Peregrino del silencio*. “Ermita blanca”, Narcea, Madrid 21998, 85-86.

<sup>235</sup> Cf. *Lumen gentium*, 11.

<sup>236</sup> Cf. *Gaudium et spes*, 1.

Jesús llamó a sus doce discípulos y les dio poder para expulsar a los espíritus inmundos y para curar toda enfermedad y toda dolencia (Mt 10,1-8).

Los discípulos iban predicando a la gente la conversión. Expulsaban a muchos demonios y curaban a muchos enfermos ungiéndolos con aceite (Mc 6,12).

Asimismo, el sacramento es un acto de fe y de esperanza en el Dios de la vida, que “expresa proféticamente el anuncio de la salvación de Jesús, su victoria sobre todo tipo de muerte y pecado, así como de anticipar la salud plena del reino por la transformación de la debilidad en fuerza, del pecado en gracia e incluso de la enfermedad en salud”<sup>237</sup>.

## 2.6. Orden sacerdotal: con los ojos y el corazón puestos en Jesús (cf. Hb 12,2)

Orden y matrimonio son llamados sacramentos *al servicio de la comunidad*, gracias al don del Espíritu Santo. Centrándonos ahora en el primero, es a través del ministerio de los obispos, presbíteros y diáconos como la comunidad cristiana es servida, construyéndose y desarrolla tal que Iglesia de Jesucristo.

El sacerdocio ministerial es uno de los medios que Jesús utiliza al servicio de su pueblo, pero la gran dignidad viene del Bautismo, que es accesible a todos. La configuración del sacerdote con Cristo Cabeza –es decir, como fuente capital de la gracia– no implica una exaltación que lo coloque por encima del resto. En la Iglesia las funciones ‘no dan lugar a la superioridad de los unos sobre los otros’<sup>238</sup>.

En primer lugar, el sacramento del Orden supone una vocación, un don de Jesús resucitado para el servicio de la comunidad. Es un don que implica *conformarse* enteramente con el modo de ser y proceder de Cristo Jesús: una identificación que supone –como para todo cristiano– conformarse con su modo misericordioso de vivir, su amor preferencial y universal. En segundo lugar (pero no *secundariamente*), conlleva una llamada para el *servicio* de toda la humanidad, más allá de los límites de la Iglesia. Con otras palabras, el presbítero no encuentra su razón de existir primeramente en las “cosas que puede hacer”, sino en el *modo* misericordioso de hacerlas, en el *principio y fundamento* de su acción; consagra su vida al Dios del reino –un Dios siempre vivo y *semper novus*–, pero no al reino, lo cual no minusvalora la importancia de gastar la vida por y para los demás. Todo esto nos habla de un doble

---

<sup>237</sup> Cf. V. CODINA, *op. cit.*, 293.

<sup>238</sup> Cf. PAPA FRANCISCO, *Evangelii gaudium*, 104.



juego de acción y contemplación, no siempre fácil de acompañar. Son por muchos conocidas estas palabras extraídas de Pedro Arrupe:

Danos, sobre todo, el “sensus Christi” que Pablo poseía: que podamos sentir con tus sentimientos, los sentimientos de tu Corazón con que amabas al Padre y a los hombres (...). Enséñanos tu modo de tratar con los discípulos, con los pecadores, con los niños, con los fariseos (...); enséñanos a ser compasivos con los que sufren. Danos esa gracia que vivifique nuestra vida; enséñanos tu “modo” para que sea “nuestro modo”<sup>239</sup>.

Pero hay que afinar un poco para saber entender esta identificación con el modo de ser de Jesús. “La voz de Jesús pronuncia un ‘ven y sígueme’, nunca fue la de ‘ven y sé como yo’<sup>240</sup>. El presbítero, desde lo que es (personalidad, libertad, condicionamientos, deseos, fragilidades, etc.), se siente enviado por Cristo a liberar y a sanar en el nombre del Dios que es Misericordia, no a lograr un *Narciso* perfecto de sí mismo.

La ordenación del presbítero se dirige al servicio a la Iglesia, consciente aquél de que el don recibido es para la edificación del Cuerpo de Cristo, y no para alguna suerte de *perfección* o intimismo. La **eucaristía** conformará el principal servicio al reino de Dios. Lucas y Pablo se refieren al precepto del Señor de renovar la última cena: “haced esto en memoria mía” (Lc 22,19; 1Cor 11,26). Ahora bien, el mandato de perpetuar la celebración eucarística presupone la institución de un oficio. El de Tarso habla de la gracia comunicada a Timoteo por la imposición de sus manos: 2Tm 1,6; 1Tm 4,14.

El presbítero ha de reconocerse siempre seguidor de Jesús, llamado por él sacramentalmente e invitado a unirse a él existencialmente, sólo traducible y perceptible en el modo de ser misericordioso con los demás. Esta tensión que abriga el sacerdocio ministerial refleja, especialmente desde el Concilio Vaticano II, dos maneras de entender prioritariamente esta **vocación**: al servicio de la Iglesia (“eclesiotípica”) o al servicio de Cristo (“cristotípica”). Sin tener porqué ser absolutamente excluyentes, afirman sin duda el epicentro del servicio y la razón de la existencia del sacramento. Quizá debamos comenzar por preguntarnos ¿cuál fue el sacerdocio de Jesús?

---

<sup>239</sup> Cf. P. ARRUPE, “Invocación a Jesucristo modelo”, en *La identidad del jesuita en nuestros tiempos*, Sal Terrae, Santander 1981, 80-82.

<sup>240</sup> Cf. C. DOMÍNGUEZ, *La aventura del celibato evangélico. Sublimación o regresión. Narcisismo o alteridad*, Frontera, Vitoria 2004, 54-56.

Toda su vida fue una mediación, pero esta mediación se dio a través de la misericordia<sup>241</sup>, y para la carta los Hebreos el sumo sacerdocio de Jesús consiste en que “se compadece de nuestras flaquezas” (Heb 4,15), en ser “misericordioso” (Heb 2,17). **Esta misericordia será lo constitutivo del sacerdocio cristiano de los fieles y del ministerio sacerdotal. En el sacramento del orden esta función de la misericordia adquiere un encargo eclesial y oficial, y la gracia del Espíritu para esta función pastoral**<sup>242</sup>.

Así, es Jesús quien supo ser Maestro, Pastor y Sacerdote, quien nos mostró cómo vivir la vida *eucarísticamente*: “agachándose para lavar los pies a los pobres, pero no abajándose ante los poderosos”<sup>243</sup>, liberando de miedos y esclavitudes, saltándose la ley injusta en favor del necesitado, amando sin esperar nada a cambio, rechazando todo culto desencarnado, mirando la profundidad de cada cual.

Por último, la relación del sacramento del Orden con Dios Trinidad se explicita a través de la misma oración de la ordenación, dirigida al **Padre** para que tome posesión del ordenando (este es el significado de la imposición de manos por el obispo ordenante), lo llene del don del **Espíritu** consolador, lo configure con **Cristo** sacerdote y lo haga señal de su iniciativa de amor misericordioso en la comunidad. Esta plegaria configurará la vida del presbítero, siempre dispuesto a vivir con el corazón abierto a Dios y a los hombres.

## 2.7. *Matrimonio: la Alianza del amor*

Concluimos este capítulo con el sacramento del Matrimonio, también instituido al servicio de la comunidad. Asomándonos al Derecho Canónico hallamos la siguiente definición que no agota la riqueza de su continente: *La alianza matrimonial, por la que el varón y la mujer constituyen entre sí un consorcio de toda la vida, ordenado por su misma índole natural al bien de los cónyuges y a la generación y educación de la prole, fue elevada por Cristo Señor a la dignidad de sacramento entre bautizados*<sup>244</sup>.

Leemos en el libro del Génesis (1,2-2,4) que Dios ha creado al ser humano a su imagen y semejanza **por amor y para el amor**; y es este amor mayúsculo quien

---

<sup>241</sup> Mc 6,34; Mt 9,36; Lc 7,13; Mt 14,14; Mc 1,41; Mt 20,34.

<sup>242</sup> Cf. V. CODINA, *op. cit.*, 292-293. (Las negritas son mías).

<sup>243</sup> Cf. B. FORTE, *op. cit.*, 103-107.

<sup>244</sup> CIC 1055 §1.

bendice a la pareja, de igual dignidad, para complementarse mutuamente, receptivos a la vida como una casa con las puertas de par en par. El segundo relato, yahvista (Gn 2,4b-25), afirma que los dos serán *una sola carne*, antes de que el pecado aparezca en la vida humana. La mujer creada reviste igual dignidad que el varón. Declara *Familiaris consortio*, 68: “El sacramento del matrimonio tiene esta peculiaridad respecto a los otros: ser el sacramento de una realidad que existe ya en la economía de la creación; ser el mismo pacto conyugal instituido por el Creador ‘al principio’”.

Específicamente, el Primer Testamento relata la **alianza** que Dios instauro con su pueblo y el modo misericordioso como lo cuida, lo conduce, lo perdona, le muestra su fidelidad incorruptible. En el Nuevo, es Cristo quien personaliza la Nueva Alianza, y ese el sentido de la alianza matrimonial: de la misma manera que Cristo (esposo) se une a su Iglesia (esposa), el varón y la mujer conformarán también una alianza para siempre. En síntesis, tres son los textos fundamentales que iluminan este sacramento:

- Una llamada a la **fidelidad** (Mt 19,3-9; Mc 10,1-12), lo que también recuerda que es primeramente Dios Padre quien es fiel con sus criaturas (prometiendo su eterna misericordia) y fiel especialmente con los esposos que ante Él se prometen mutuamente.
- El matrimonio se contrae “**en el Señor**” (1Cor 7,39). Igualmente implica gracias a la *creación continua* de Dios compasivo- que es Él quien en su misericordia acoge las particularidades del varón y de la mujer; para Él no existen “las medias naranjas” –como se suele expresar entre las parejas-, sino *la naranja entera*: la biografía de cada cual. Esto supone asimismo una invitación a ser misericordiosos el uno con el otro (y con los demás), conscientes de quién es el fundamento de su unión; es una llamada a amar como Dios ama: compasivamente, fielmente.
- La unión hombre-mujer representa la **unión de Cristo con su Iglesia** (Ef 5,21-23). Es esta última una clave eclesiológica importante: los esposos participan de esa unión divina y humana, y por ende, son realmente iluminados (*agraciados*) por el don del Espíritu Santo que los llena de Vida, los sostiene en la salud y enfermedad y los envía como misioneros de la misericordia al Pueblo de Dios.

Nos hemos detenido en estas páginas con algo más de profundidad. Toda la Iglesia es receptora de la gracia misericordiosa del Padre que se significa por medio de los sacramentos. Estos, a su vez, suponen un modo divino especial de mostrárenos en lo

humano, renovándonos constantemente para la edificación del reino. Como hemos oteado en el septenario, los sacramentos se inspiran y fundamentan en Jesús de Nazaret, quien siempre aunó el don recibido de su Padre y la encarnación de su misericordia. El próximo apartado dedicado a la Moral querrá adentrarse en el misterio de la vida cristiana, que constantemente mira a Dios compasivo para servir de la misma manera al hombre; y mira al ser humano, porque ahí también mora Dios. La gracia del Padre a través de aquellos sacramentos –podríamos decir- configuran nuestro modo compasivo de *estar en la ciudad*.

## Capítulo 8

### *Inspíranos el gesto y la palabra oportuna* (MORAL FUNDAMENTAL, PERSONAL Y SOCIAL)

---

“Los actos humanos son actos morales, decía Santo Tomás de Aquino”<sup>245</sup>. Con este axioma comenzamos el presente capítulo dedicado a la Moral en sus tres vertientes (fundamental, personal y social), porque ningún acto humano –por acción u omisión– puede ser neutral. El modo de situarnos en esta vida, de estar con otros, de responsabilizarnos o no de la suerte del próximo o del lejano tiene que ver con nuestras respuestas morales, está revestido de una intencionalidad que bebe de planteamientos éticos asumidos. En lo que somos y hacemos han influido sin duda la educación recibida en la llamada “primera socialización” (familia y colegio) más el conjunto de relaciones que configuraron nuestra biografía en tiempos pretéritos y hoy mismo. Por ello, en toda respuesta ética entran en juego los condicionamientos y nuestra libertad.

Para el cristiano, sin embargo, reconocer el carácter humano de la moral no implica la existencia de dos morales distintas<sup>246</sup>; es decir, una humana (inmanente), comprometida con la realidad, y otra divina (trascendente), ajena a la misma, que se superponen forzada o extrañamente. **La moral cristiana es ante todo y sobre todo moral humana**; aquella cree que Dios está presente en este mundo y que tiene un proyecto común para todos, que es que el hombre *sea y viva plenamente aquí y ahora como hermano de los otros hombres y como miembro de la familia humana*. La tarea cristiana, entonces, significará el empeño por hacer una tierra más acorde con la voluntad del Padre. Y viceversa: en la medida en que cualquier ser humano, obrando conforme a su dignidad, construye un mundo más justo, creemos se está cumpliendo el deseo de Dios.

Ahora bien, como hemos adelantado, la moral cristiana, partiendo de este *ethos* humano, sí tiene una especificidad. Lo primero que da a la moral su *identidad* propiamente cristiana es el hecho de que se trate de una moral **crístocéntrica**, una moral en referencia continua a Jesucristo. Jesús envió a sus discípulos al mundo. “Por

---

<sup>245</sup> J. MARTÍNEZ – J. M. CAAMAÑO, *Moral fundamental. Bases teológicas del discernimiento ético*, Sal Terrae, Santander 2014, 543.

<sup>246</sup> Cf. *Ibid.*, 331-335.

eso, la Iglesia no puede circunscribirse con su mensaje de amor compasivo al ámbito individual-personal y eclesial. Debe ser levadura, sal y luz de los hombres (cf. Mt 5,13s; 13,33) y comprometerse a favor de la vida<sup>247</sup>. Por tanto, en nuestro recorrido incidiremos en lo específico de la ética cristiana desde la lente de la misericordia practicada y encarnada por Jesús de Nazaret. Su vida entregada por todos los hombres nos recuerda -más allá de la incondicional dignidad, dada por el Creador, de todas y cada una de las personas- el valor que estas tienen para Él cuando ha entregado la vida del Hijo al mundo por recuperarlos, así como la solidaridad entre los hombres que brota de aquella común dignidad.

De ahí que, como apuntaremos más adelante, podamos decir que la moral cristiana comparte la **autonomía** de la creación, pero superándola por la revelación (**teonomía**). Esta propuesta de fundamentación de la ética es también conocida como “**teonomía participada**”: acepta el orden humano con su normatividad consistente y autónoma; pero al considerarlo desde la perspectiva de la creación, es posible pensar en Dios como alguien que da sentido y fundamenta la autonomía de la persona, su razón y voluntad, su capacidad de amar compasivamente. Desde este punto de partida, trataremos de aproximarnos al papel de la misericordia cristiana como particularidad de la moral cristiana en lo que es una superación de la ética civil. Dios es quien nos envía a construir la sociedad de un modo compasivo, quien nos inspira el gesto y la palabra oportuna. Es Él quien ama la vida, especialmente la más frágil y vulnerable, mostrándonoslo por medio de su Hijo.

## 1. ¿Cómo es la moral cristiana?<sup>248</sup>

### 1.1. *Inspirada en Jesús de Nazaret*

Como hemos dicho, este es el rasgo sustancial que ha de configurar toda ética cristiana, traducida en un segundo momento en una praxis moral específica. Se trata en primer lugar de seguir a Cristo, adherirse a su persona, no a una lista de mandamientos. Ser sus seguidores significa compartir su vida y su destino, esto es,

---

<sup>247</sup> W. KASPER, *La misericordia. Clave del Evangelio y de la vida cristiana*, Sal Terrae, Santander <sup>2</sup>2013, 177.

<sup>248</sup> Para los apartados *a*, *b* y *c* seguiremos principalmente a J. MARTÍNEZ – J. M. CAAMAÑO, *op. cit.*, 319-375.

una nueva manera de amar insultantemente novedosa y radical. El Señor Jesús pide que:

lo sigan y lo imiten en el camino del amor, de un amor que se da totalmente a los hermanos por amor de Dios: “Este es el mandamiento mío: que os améis los unos a los otros como yo os he amado” (Jn 15,12). Este ‘como’ exige la imitación de Jesús, la imitación de su amor, cuyo signo es el lavatorio de los pies. **El modo de actuar de Jesús y sus palabras, sus acciones y sus preceptos constituyen la regla moral de la vida cristiana.** En efecto, estas acciones tuyas y, de modo particular, el acto supremo de su pasión y muerte en la cruz, son la revelación viva de su amor al Padre y a los hombres. Este es el amor que Jesús pide que imiten cuantos lo siguen. Es el mandamiento “nuevo”: amarnos unos a otros como él nos amó primero<sup>249</sup>.

Como ya hemos mantenido en anteriores capítulos, Jesús nos muestra qué significa que Dios es misericordioso (2Cor 1,3) por medio de sus palabras, de su acogida incondicional, a través de las comidas con pecadores, de su perdón inaudito, de la libre asunción del dolor y de la muerte, asumida para que el ser humano viva felizmente.

Lo diferenciador y determinante de la moral cristiana, comparada con las normas e instrucciones dadas por Dios en la Torah, está relacionado con la persona misma de Jesucristo. Es muy cierto que Jesús estuvo enraizado en y se atuvo al orden moral revelado por Dios, tal como lo entendían en el Antiguo Testamento y el judaísmo. Pero no es menos cierto que quiso llevarlo a su cumplimiento y plenitud<sup>250</sup>.

Ser cristiano no depende, ante todo, del mayor o menor grado de cumplimiento de unos preceptos, sino del saberse llamado, invitado y con-vocado por Cristo para hacer realidad en el mundo el plan de Dios. La moral cristiana “consiste sencillamente en el abandonarse a él, en el dejarse transformar por su gracia y ser renovados por su misericordia”<sup>251</sup>. Jesús resitúa la religiosidad recibida del AT: no la elimina, puesto que él mismo también participaba del culto sinagoga y de las costumbres religiosas de Israel; pero les otorga un nuevo *modus*: él mismo será ese nuevo horizonte de sentido que subvierte lo que ya existía, enseñándonos en qué consiste la nueva moral que inaugura con su persona<sup>252</sup>. Una llamada cristocéntrica que no nos impele a

---

<sup>249</sup> Cf. JUAN PABLO II, *Veritatis splendor*, 20. (Las negritas son mías).

<sup>250</sup> R. SCHNACKENBURG, *El mensaje Moral del Nuevo Testamento. I. De Jesús a la Iglesia primitiva*, Herder, Barcelona 1968, 27.

<sup>251</sup> Cf. JUAN PABLO II, *Veritatis splendor*, 119.

<sup>252</sup> Cf. J. MARTÍNEZ – J. M. CAAMAÑO, *op. cit.*, 328-337.

instalarnos cómodamente en una doctrina, sino que nos envía en misión (esto es la vocación cristiana) con un talante determinado, revestidos de una misericordia que se conmueve y *se mueve* ante el dolor ajeno. De esta manera, la persona de Jesús es el camino por el que “irrumpe” el reino de Dios, el cual significa para nosotros una interpelación ética, una forma de vida del cristiano, en cuanto anuncio y signo de los valores del reino.

Así, el centro de este modo de estar en el mundo habrá de ser **la acogida misericordiosa y el perdón incondicional**. Nos lo recuerda el mismo Maestro (Mt 9,13), retomando algo que antaño ya manifestaron algunos profetas (Os 6,6). El verdadero templo (sin desaparecer el antiguo) no está en las piedras, sino en el hermano necesitado, verdadero espacio donde Dios habita (1Cor 3,16). Este es el verdadero sentido de la Ley, en el que hay que ahondar, porque –recordemos- no es el hombre para el sábado, sino al revés; de igual modo nos lo manifiestan las antítesis del Sermón de la Montaña (Mt 5,21-48). Con Jesús se universaliza (sin dejar de concretizarse) el concepto de prójimo -como ya hemos señalado con anterioridad-, especialmente el que más sufre, el pobre y frágil. La moral cristiana –una moral para la *vida* del mundo- se caracteriza por imitar a Cristo en estos comportamientos.

### 1.2. *Una moral inseparable de la fe, la libertad y la responsabilidad*

La moral cristiana, como hemos visto, no puede desasirse de su fundamento más íntimo, de la misma manera que la fuente del actuar de Jesús le viene del Padre. Por tanto, **fe y moral** han de ir siempre unidas, aunque la integración de ambas sigue suponiendo hoy no pocas controversias por acentuar más una dimensión, minusvalorando la otra. Es interesante la formulación de Darío Mollá:

Entre la acción social de la Iglesia y las ONGs la diferencia está en la comunión con Cristo, que nos pone a los pies de los pobres; ellos no son una exigencia ética, sino un compromiso que brota de la fe<sup>253</sup>.

Por tanto, la fe cristiana no es portadora de una idea. No se comienza a ser cristiano por una decisión ética, sino por el encuentro con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva. El núcleo de esa fe es el mismo Jesús que se hace historia entre nosotros y que sigue orientándonos hacia el

---

<sup>253</sup> Cf. D. MOLLÁ, *Espiritualidad y acción social*, Selecciones de Teología, Barcelona julio-septiembre 2014, vol. 53, nº 211, 233-240.



mayor bien del que sufre. Desde su comprensión del ser humano, “la injusticia es lugar teológico; la misericordia, una vía de acceso a la realidad”<sup>254</sup>.

Por eso, la experiencia moral cristiana no puede desprenderse de sus raíces teologales, porque estas perfeccionan aquella. Es más, partiendo de la autonomía de todo hombre –presupuesto de la teología moral-, creemos que la iniciativa de Dios conduce al ser humano hacia su máxima realización; y en qué consiste la realización del hombre lo vemos en Cristo (paradigma de nuestra humanidad). Si Jesús vivió su humanidad en plenitud gracias a su entrega compasiva, esta será también la vía de nuestra realización. Con otras palabras, **“nuestra razón y voluntad humanas (autonomía) son tanto más plenas cuanto permanecen unidas al fondo creador del que proceden, Dios revelado en Jesucristo (teonomía)”**<sup>255</sup> Así, la “teonomía participada” afirma la fe en un Padre que desea hacernos partícipes (co-creadores) de esta tierra habitable, y que se concreta en actos morales, preferentemente por los más excluidos, como traslució la vida de Jesús.

Lo que importa es apostar la vida por Dios y por la causa del reino, y esa entrega radical irá configurando nuestra conducta. Por eso, una moral que se centre en la propia realización, sin abrirse a la comunión con los demás, nunca podrá adjetivarse como cristiana. (...) Nuestra actitud ante el hermano va a revelar mejor que cualquier otra práctica, por muy religiosa que sea, nuestra sinceridad ante Dios, pues “quien no ama a su hermano, a quien ve, no puede amar a Dios, a quien no ve” (1Jn 4,20)<sup>256</sup>.

Al mismo tiempo, esta teonomía que queremos suscribir afirma la **libertad** del hombre como existencial humano; pero la dota de un nuevo sentido: es un don de Dios, es “signo eminente de la imagen divina”<sup>257</sup>, “es en el hombre una fuerza de crecimiento y de maduración en la verdad y la bondad; alcanza su perfección cuando se ordena a Dios, nuestra bienaventuranza”<sup>258</sup>. Él, que nos hizo por amor (cf. Gn 1,1-31), también nos creó libres para el amor (cf. Jn 15,13). Por esta razón, la libertad cristiana –sostenida por la gracia- será capaz de “producir un dinamismo que orienta la conducta por la exigencia del amor”<sup>259</sup>. Esta exigencia del amor tiene en la compasión una forma especial de manifestarse. En esto consiste nuestra libertad: en dejarnos conducir por

---

<sup>254</sup> Cf. F. J. VITORIA, *Una teología arrodillada e indignada. Al servicio de la fe y la justicia*, Sal Terrae, Santander 2013, 30-38.

<sup>255</sup> Cf. J. MARTÍNEZ – J. M. CAAMAÑO, *op. cit.*, 324. (Las negritas son mías).

<sup>256</sup> Cf. E. L. AZPITARTE, *Hacia una nueva visión de la ética cristiana*, Sal Terrae, Santander 2003, 219; 244-245.

<sup>257</sup> Cf. *Gaudium et spes*, 17.

<sup>258</sup> Cf. *CIC*, 1731.

<sup>259</sup> Cf. E. L. AZPITARTE, *op. cit.*, 256.

la llamada de Dios que busca amar a toda criatura, que nos libera de los miedos (somos *libres de*) y que nos envía a vivir responsablemente (*libres para*) sabiendo escuchar la voz del Amor en nuestro interior.

Pondré mi Ley en su interior y la escribiré en sus corazones, y yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo (Jer 31,33).

Una voz que no hace eco sordo en el interior del hombre, sino que percibe lo que está más allá de nosotros mismos y que necesita de compasión y praxis evangélica en el ejercicio de la responsabilidad cristiana, la diaconía: “Servíos unos a otros por amor. Pues toda la ley alcanza su plenitud en este solo precepto: Amarás a tu prójimo como a ti mismo” (Gál 5,14).

Desde el Dios bíblico, la libertad puede descubrirse como don integral, incondicionado. El influjo divino es al mismo tiempo acción constitutiva y ofrecimiento gratuito. Así, la libertad humana es puerta de entrada para la novedad de la intervención divina en el mundo. Dios solicita nuestra libertad, sin que Él rompa “milagrosamente” las leyes lógicas de la creación, sin que Él suplante la respuesta radicalmente libre del ser humano; éste puede situarse en el mal camino (Sal 46,5), pero también en el bueno (Sal 1)<sup>260</sup>. De hecho, el NT siempre supone la libertad humana cada vez que exhorta a la conversión, sea en labios del Bautista, de Jesús o de cualquiera de los representantes de las tradiciones apostólicas. San Pablo reflexiona teológicamente contraponiendo las dos alianzas. Según él, la práctica farisaica de la Ley alienaba la libertad humana (Gal 5,1; 6,12). La nueva alianza ofertada por Jesucristo ha aportado a los creyentes una triple liberación: del pecado (Rom 6,15-19), de la muerte (Rom 6,20-23) y del yugo de la Ley (Rom 7,1-6). Ante esa experiencia, Pablo puede exclamar: “para ser libres nos libertó Cristo” (Gal 5,1). **Al aceptar la gracia del Señor, la libertad humana no sólo no queda disminuida, sino íntimamente liberada:** “El Señor es el Espíritu, y donde está el Espíritu del Señor, allí está la libertad” (2 Cor 3,17).

La *libertad liberada* supondrá el requisito previo de toda *opción fundamental* realizada en la vida cristiana<sup>261</sup>, es decir, para marcar la dirección y el destino hacia el que queremos que nos conduzcan los actos y las pequeñas o grandes elecciones que realizamos en nuestra vida. Nuestra **opción fundamental**, nuestro *principio* y

---

<sup>260</sup> Cf. A. TORRES QUEIRUGA, “Libertad”, en: C. FLORISTÁN (dir.), *Nuevo Diccionario de Pastoral*, San Pablo, Madrid 2002, 799-811.

<sup>261</sup> J. MARTÍNEZ – J. M. CAAMAÑO, *op. cit.*, 378.

*fundamento* supondrá adherirnos a Dios-misericordia como clave estructurante de todo don y como figura que ilumina nuestra existencia. Nuestros actos concretos, nuestra praxis histórica, en tanto respondan a este deseo de encarnar la misericordia compasiva de Dios en el mundo, se convertirán en lugar de verificación de dicha opción fundamental. La cuestión es hacer uso de nuestra libertad para orientar responsablemente nuestras elecciones concretas hacia esa meta, y realizarlo de modo gratuito, puesto que todo lo recibimos de Dios (1Cor 3,21-23), y todo lo recibido es para el bien (Rom 8,28).

“La **gratuidad** es el culmen del dinamismo propio de la libertad cristiana y el fundamento del orden social justo: nuestro mundo no se promueve solo con relaciones de derechos y deberes, sino, antes y más aún, con relaciones de gratuidad, de misericordia y de comunión”<sup>262</sup>.

Por tanto, la libertad es el don máspreciado que recibimos de Dios los seres humanos, y el último reducto que le queda a la persona en defensa de su dignidad y de su humanidad<sup>263</sup>. El uso de nuestra libertad nos dignifica y humaniza, o puede hacernos in-humanos:

Los supervivientes de los campos de concentración aún recordamos a algunos hombres que visitaban los barracones consolando a los demás y ofreciéndoles su único mendrugo de pan. Quizá no fuesen muchos, pero esos pocos representaban una muestra irrefutable de que al hombre se le puede arrebatar todo salvo una cosa: *la última de las libertades humanas –la elección de la actitud personal que debe adoptar frente al destino- para decidir su propio camino*. Y allí siempre se presentaban ocasiones para elegir.

A diario, a cualquier hora, se ofrecía la oportunidad de tomar una decisión; una decisión que determinaba si uno se sometería o no a las fuerzas que amenazaban con robarle el último resquicio de su personalidad: la libertad interior. Una decisión que también prefijaba si la persona se convertiría –al renunciar a su propia libertad y dignidad- en juguete o esclavo de las condiciones del campo, para así dejarse moldear hasta conducirse como un prisionero típico<sup>264</sup>.

---

<sup>262</sup> Cf. BENEDICTO XVI, *Caritas in veritate*, 6, en J. MARTÍNEZ – J. M. CAAMAÑO, *op. cit.*, 388.

<sup>263</sup> CIC, 1738: “el derecho al ejercicio de la libertad es una exigencia inseparable de la dignidad de la persona, especialmente en materia moral y religiosa”.

<sup>264</sup> V. FRANKL, *El hombre en busca de sentido*, Herder, Barcelona 2004, 90-91.

### 1.3. *Una moral con una norma subjetiva: la conciencia*

Podríamos definir la conciencia, siguiendo al cardenal Newman, como “la obediencia debida a la voz divina que habla en nuestro interior, ‘el primero de todo los vicarios de Cristo’; es expresión radical de la apertura de la persona hacia el fundamento de su ser: su dignidad, su verdad, el bien”<sup>265</sup>.

Es interesante la etimología del término. *Conciencia* indica que “yo sé, juntamente con”, es decir, alude a un “saber práctico compartido”, o un “saber con”. Si acudimos al texto bíblico, descubrimos que el AT no utiliza el término conciencia tal como lo entendemos nosotros, pero su significado va unido a expresiones como sabiduría, prudencia, conocimiento, espíritu o corazón. El término “corazón” aparece más de 800 veces; representa el “centro” de la persona (también los “riñones”), la interioridad, la relación entre Dios y el hombre, por lo tanto se confirma la nota extraída de la etimología. Por su parte, en el NT descubrimos el término *syneidesis*. Se trata de una expresión muy empleada y revalorizada por Pablo, que le imprime un nuevo sentido religioso. *Syneidesis* y *pistis* aparecen unidos cuando habla de conciencia religiosa, y no menos cuando se refiere a la conciencia moral. En el de Tarso, siguiendo la tradición semita del corazón, la noción de “conciencia” expresa la **globalidad de la persona** en su dimensión de apertura a Cristo y la subsiguiente sensibilidad religiosa. Lo más característico de la teología paulina es que se identifica la conciencia con la fe: ambas expresan la situación de la persona en su totalidad en relación con el acontecimiento salvífico de Cristo. La persona, inspirada por el Espíritu del resucitado, vivirá religiosamente su vida en la medida en que antepone **la caridad** como el determinante principal de su conciencia.

A lo largo de los siglos, la expresión ha padecido las tentaciones del legalismo y el subjetivismo, del intelectualismo y del individualismo, pero la Iglesia la ha recuperado en la actualidad desde una nueva valoración antropológica muy positiva. El último Concilio nos da una definición de gran calado:

En lo más profundo de su conciencia descubre el hombre la existencia de una ley que él no se dicta a sí mismo, pero a la cual debe obedecer, y cuya voz resuena, cuando es necesario, en los oídos de su corazón, advirtiéndole que debe amar y practicar el bien y que debe evitar el mal: haz esto, evita aquello (...). La conciencia es el núcleo más

---

<sup>265</sup> Cf. J. H. NEWMAN, *Carta al Duque de Norfolk*, Rialp, Madrid 1996, 57-63, en J. MARTÍNEZ – J. M. CAAMAÑO, *op. cit.*, 419-461.

secreto y el sagrario del hombre, en el que éste se siente a solas con Dios, cuya voz resuena en el recinto más íntimo de aquella<sup>266</sup>.

Esto nos indica que **la conciencia es la norma subjetiva de la moralidad**, y por tanto, personal e intransferible:

(...) Mientras la ley natural ilumina sobre todo las exigencias objetivas y universales del bien moral, la conciencia es la aplicación de la ley a cada caso particular, la cual se convierte así para el hombre en un dictamen interior, una llamada a realizar el bien en una situación concreta. La conciencia formula así *la obligación moral* a la luz de la ley natural: es la obligación de hacer lo que el hombre, mediante el acto de su conciencia, *conoce* como un bien que le es señalado *aquí y ahora*. El carácter universal de la ley y de la obligación no es anulado, sino más bien reconocido, cuando la razón determina sus aplicaciones a la actualidad concreta (...). El hombre *debe actuar* en conformidad con el juicio de la conciencia<sup>267</sup>.

Por tanto, podríamos afirmar que la conciencia está dotada de un carácter sagrado en cuanto que Dios se revela íntimamente al hombre a través de ella, manifestándole su ley: la del amor. Pero no podemos entender la conciencia como un fenómeno exclusivo de los creyentes; también los que no comparten la fe son guiados por su propia conciencia, hasta el punto de que todos estamos obligados a obedecerla y discernir el bien. Por tanto, la normatividad de la conciencia antecede a cualquier confesión religiosa y se remite a la misma normatividad ontológica del ser del hombre.

La conciencia libera al hombre del mero gusto personal y le ayuda a descubrir y realizar los valores objetivos que configuran el universo moral. Sin embargo, aquélla está sujeta al error, por ejemplo, el de entenderse como concha de la subjetividad en la que el hombre puede esconderse de la realidad. Como afirmó J. Ratzinger siguiendo a Henry Newman, “la conciencia es la superación de la mera subjetividad en el encuentro (libre) entre la interioridad del hombre y la verdad que procede de Dios”<sup>268</sup>. Continúa:

obedecer a la conciencia es obedecer a aquella verdad que debe estar por encima de cualquier instancia social y de cualquier forma de gusto personal. Se evidencian así dos criterios para discernir la presencia de una auténtica voz de la conciencia: ésta no

---

<sup>266</sup> CONCILIO VATICANO II, *Gaudium et spes*, 16.

<sup>267</sup> Cf. JUAN PABLO II, *Veritatis splendor*, 59 y 60.

<sup>268</sup> [www.humanitas.cl](http://www.humanitas.cl) (consultado el 09.10.2014)

coincide con los propios gustos y deseos; tampoco se identifica con lo que es socialmente más ventajoso, con el consenso del grupo o con las exigencias del poder político o social<sup>269</sup>.

Ahora bien, no toda conciencia de por sí es el sagrario del hombre donde resuena la voz de Dios. Para asegurar el buen funcionamiento de la conciencia son necesarias al menos 3 condiciones: la rectitud, la verdad y la certeza.

- **La rectitud** se refiere a la exigencia de actuar con autenticidad y honestidad.
- **La verdad** dice referencia a la “ley divina”, “norma universal y objetiva de la moralidad” como complemento necesario de la conciencia como “norma subjetiva de la moralidad”. La conciencia, no siendo una fuente autónoma, sino teónoma, está llamada a escuchar y expresar esa verdad objetiva sobre el bien y el mal moral<sup>270</sup>.
- **La certeza** la adquiere el sujeto cuando sólo desea el bien, confirmado por Dios a través de mociones internas y que se plasman en una vida coherente.

Toda persona actúa en función de los esquemas de valores que jerarquizan su vida. En el caso de la moral cristiana, el **discernimiento**<sup>271</sup> se convierte en un elemento clave para saber elegir según los criterios de Jesús. A Dios lo captan fundamentalmente los que se encuentren comprometidos e identificados con Él, los que han asimilado con plenitud los valores y las perspectivas evangélicas. Pero toda elección entre diversas posibilidades reviste cierta dosis de incertidumbre. Cristo nos señaló el único criterio de una vida auténtica: “Por sus frutos los conoceréis” (Mt 7,16); la ortopraxis aparece así como la mejor garantía para juzgar y valorar la ortodoxia del discernimiento. La entrega de la vida a los demás desde un amor preferentemente compasivo se convierte en impulso y confirmación de lo que creemos. San Juan lo expresa con la frase tan conocida: “Si nos amamos unos a otros, Dios mora en nosotros” (1Jn 4,12).

Además, la comunidad debería ser el espacio donde se produjera este discernimiento, puesto que el cristiano no puede comprender aisladamente su fe ni su moralidad: ambas son también *intersubjetivas*. Tampoco ningún ser humano es un ser encerrado en sí mismo. De modo que la dimensión personal individual de la moral habrá de ser

---

<sup>269</sup> Cf. J. RATZINGER, “Conciencia y verdad” (Conferencia ante el 10º Seminario de Obispos, Dallas, Texas, 1991), [www.periodistadigital.com](http://www.periodistadigital.com) (consultado el 09.10.2014).

<sup>270</sup> Cf. JUAN PABLO II, *Veritatis splendor*, 60.

<sup>271</sup> Cf. E. L. AZPITARTE, *op. cit.*, 257-265.

integrada con la necesaria **dimensión interpersonal eclesial**. La moral vinculada a la fe da un especial realce a esta dimensión comunitaria de la moral, porque la subjetividad moral inspirada por el Espíritu remite a la comunidad animada por el Paráclito, a la Iglesia. Y ya hemos visto que ésta existe en cuanto está al servicio de la sociedad. “Toda actividad eclesial es una expresión de un amor que busca el bien integral del ser humano”<sup>272</sup>.

La Iglesia es entre los hombres la tienda del encuentro con Dios -“*la morada de Dios con los hombres*” (Ap 21,3)-, de modo que el hombre no está solo, perdido o temeroso en su esfuerzo por humanizar el mundo, sino que encuentra apoyo en el amor redentor de Cristo. La Iglesia es servidora de la salvación no en abstracto o en sentido meramente espiritual, sino en el contexto de la historia y del mundo en que el hombre vive, donde lo encuentra el amor de Dios y la vocación de corresponder al proyecto divino. (...) Es el mismo misterio de Dios, el Amor trinitario, el que funda el significado y el valor de la persona, de la sociabilidad y del actuar del hombre en el mundo, en cuanto que ha sido revelado y participado a la humanidad, por medio de Jesucristo, en su Espíritu<sup>273</sup>.

La verdad que la Iglesia quiere expresar de manera creativa y multiforme se enraíza en la verdad de Dios, y de ahí deriva la verdad del hombre. Si nuestro Dios es un Dios misericordioso, que se autocomunica y dona a su creatura, entonces la capacidad para ser don y la apertura al otro formarán parte de la verdad del hombre. “Nuestro compromiso por transformar este mundo según la imagen del reino de Dios con una atención especial a los pobres y excluidos es una tarea a la que somos convocados como Iglesia”<sup>274</sup>.

#### 1.4. *Una moral fundamentada y sostenida en el amor*

##### 1.4.1. EL PERDÓN COMO PARTICULARIDAD DE LA MORAL CRISTIANA

El don de la libertad que recibimos de Cristo (Gal 5,1) y la responsabilidad a la que somos urgidos no nos hacen inmunes al pecado que también habita en nosotros, en cuanto que podemos realizarlo. **El pecado es una realidad que existe en el corazón humano, que subvierte las relaciones de la persona consigo misma, con los**

---

<sup>272</sup> Cf. BENEDICTO XVI, *Deus Caritas est*, 19.

<sup>273</sup> Cf. COMPENDIO DE LA DOCTRINA SOCIAL DE LA IGLESIA, 54 y 60 (www.vatican.va).

<sup>274</sup> CF. I. CAMACHO, *Benedicto XVI y Francisco: dos aportaciones complementarias a la Doctrina Social de la Iglesia. Discurso inaugural curso 2014-2015*, Facultad de Teología, Granada 2014, 61.

**otros y con la creación, y por tanto, con Dios. Para vencer esta realidad el hombre siempre necesitará la redención de Cristo y la fuerza de la gracia.** Sin embargo, el pecado, aun pervirtiendo la creación, ontológicamente no está al mismo nivel que el amor. No tiene aquél la última palabra de sentido. En esta dirección se expresa la primera carta de Juan: Incluso “si nuestra conciencia nos condena, la misericordia de Dios siempre será mayor que nuestra conciencia” (1Jn 3,20). Así como el amor es más fuerte que la muerte (Cant 8,6), la bondad efectiva de Dios sale cada día al encuentro de nuestra limitación: la acoge, nos reconcilia con Él, con los demás, con nosotros mismos, y sigue confiando en nuestra capacidad para el bien, para construir *conscientemente* un *mundo nuevo* “a su manera”, según su proyecto.

No pocas veces experimentamos una escisión entre lo que uno es y desea, hasta el punto de poder afirmar humildemente, como san Pablo: “No hago el bien que quiero, sino que obro el mal que no quiero” (Rom 7,19). Este versículo nos acerca al misterio del pecado, que trataremos enseguida, para subrayar a continuación que –de parte de Dios- el ser humano es mucho más que los aciertos u errores que cometemos. Precisamente **la misericordia del Padre que conoce nuestra debilidad e indigencia está más pronta a actuar ante las perversiones de la opción fundamental que cada uno personaliza en su vida**, sin dejar de reorientarnos hacia lo que verdaderamente nos humaniza. Su misericordia y su perdón serán siempre más grandes que la realidad del pecado. De ahí que la actitud de perdón y misericordia frente al mal sea una peculiaridad de la moral cristiana. Muy conocidas son aquellas palabras del papa Francisco que pronunció en su primer *Angelus*<sup>275</sup>: “Dios no se cansa de perdonar, somos nosotros los que nos cansamos de pedir perdón”.

Por nuestra constitución humana limitada y frágil, el pecado y la culpa forman parte de nuestro seguimiento de Jesús. El pecado nos habla de la responsabilidad humana, de nuestra libertad moral y de la culpa<sup>276</sup>. El sentimiento de **culpa** tiene una función necesaria y positiva en el crecimiento y maduración de la persona, bien lo saben los educadores y psicólogos. La ausencia absoluta de este sentimiento puede hacernos destructores de nuestros hermanos.

Carlos Domínguez nos recuerda acertadamente los dos tipos de culpa que podríamos ver representados en las figuras bíblicas de Judas y Pedro; el primero, al haber vendido al Maestro por unas cuantas monedas, vive una culpa destructora, autocentrada en su imagen narcisista y no en Jesús, que le lleva al suicidio; el

---

<sup>275</sup> 17 de marzo de 2013, [www.vatican.va](http://www.vatican.va).

<sup>276</sup> Cf. J. MARTÍNEZ – J. M. CAAMAÑO, *op. cit.*, 463-465.



segundo, tras la mirada que le dirige Jesús (Lc 22,61) llora amargamente por haberlo negado. Sus lágrimas –podríamos decir- restablecen en cierta manera el mal realizado, ya que aunque el apóstol es consciente de lo ocurrido, al no estar su mirada centrada en él mismo sino en Jesús, lo vive en la clave de una nueva oportunidad, la del horizonte del reino de Dios que siempre mira *más allá*<sup>277</sup>.

En el caso del creyente, la falta cometida conscientemente, y en el uso de su libertad, es vivida como **pecado**. Este “es un fracaso que afecta a la persona, es un mal personalizado e interiorizado, se instala en el horizonte de lo sagrado”<sup>278</sup>.

Pero es necesario [el pecado] situarlo en su justo lugar y desde una perspectiva saludable para que no se convierta en una fuente constante de culpabilidad y angustia cuanto en un lugar de liberación que mire hacia la misericordia, la reconciliación y el perdón. Una vez más, lo primero en la moral cristiana es la llamada de Dios al bien y el don de su gracia<sup>279</sup>.

Para no diluir responsabilidades, debemos subrayar que en primer lugar el pecado es personal, pero también en él se encuentran las raíces del pecado colectivo (social): “el pecado de cada uno repercute en cierta manera en los demás”<sup>280</sup>.

Tampoco todas esas realidades que reconocemos como pecado son iguales ni igualmente importantes, sea por la intención, sea por las consecuencias del mal realizado. Tradicionalmente se distinguía entre pecado mortal, grave, venial y leve. Se llamaba **pecado mortal** al acto que tiene como objeto una materia grave y que, además, es cometido con pleno conocimiento y libertad por el cual rechaza a Dios y su alianza de amor prefiriendo volverse a sí mismo, a alguna realidad creada y finita, o a algo contrario a la voluntad divina. Y llevaba como consecuencia la condenación eterna. **Pecado venial** era el pecado que no quita la ordenación fundamental hacia Dios, pero hace disminuir su fervor y puede llevar, con su repetición, a una variación en la opción fundamental. Frente al mortal, la diferencia estaría en que no priva de la gracia santificante, de la amistad con Dios, de la caridad, ni por lo tanto de la bienaventuranza eterna<sup>281</sup>. **Pecado grave**, el pecado cometido durante la vida cuando es producto más bien de la limitación y debilidad, no es público ni escandaloso,

---

<sup>277</sup> Cf. C. DOMÍNGUEZ, *Psicodinámica de los Ejercicios Ignacianos*, Mensajero-Sal Terrae, Bilbao 2003, 107-108.

<sup>278</sup> Cf. J. MARTÍNEZ – J. M. CAAMAÑO, *op. cit.*, 475.

<sup>279</sup> *Ibid.*, 472.

<sup>280</sup> Cf. JUAN PABLO II, *Reconciliatio et paenitentia*, 15 y 16.

<sup>281</sup> *Ibid.*, 96.

transforma una actitud, pero sin afectar a la opción, y no rompe la esperanza y el deseo de la gracia de Dios, aunque se trate de una infidelidad importante; o cuando la imperfección del acto impide que llegue a mortal. Y **Pecado leve** es una acción que en sí es mala, sin embargo no es tal que determine una oposición a Dios.

En *Veritatis splendor* se ponen en relación los tipos de pecados con la opción fundamental. De tal modo que “es difícil aceptar el hecho de que un cristiano, que quiere permanecer unido a Jesucristo y a su Iglesia, pueda cometer pecados mortales tan fácil y repetidamente, como parece indicar a veces la materia misma de sus actos”<sup>282</sup>. La gravedad de un pecado mortal no puede pues limitarse a su materia, sino a una actitud de rechazo consciente y continuado al plan de Dios. **Pero el objetivo de la moral cristiana no es el pecado sino afirmar principalmente que el perdón y la misericordia de Dios son más grandes** que las faltas cometidas. En ello está un principio estructurante de la ética cristiana, lejos de tratarse de una solución “piadosa” que desprecie la importancia de la justicia reparadora hacia las víctimas del pecado. **Su misericordia no ignora la justicia, sino que la trasciende**; su perdón es mayor que nuestros esquemas de justicia (cf. *Spe Salvi*, 43).

Cristo es la justicia de Dios (cf. Rm 3,21-25); y Dios se hace justicia siendo misericordioso. Por tanto, hablar de pecado, supone **afirmar el perdón aunque al mismo tiempo nos comprometa en la tarea de procurar eliminar sus estructuras**. Practicar el perdón nos convierte en mediación para otros de la misericordia, benignidad y gratuidad de Dios, supone un nuevo comienzo creador.

En la medida en que perdonamos y nos reconciamos, hacemos “algo” que nosotros no podemos “hacer”, que no está a nuestra disposición y, por tanto, debe sernos donado. En el don de la reconciliación, remitimos a “algo” que nos trasciende, regalamos al otro “algo” que nosotros no “tenemos”, anticipamos y palpamos aquello que la teología conoce como “gracia” y que la Escritura nos atestigua como infinita compasión divina<sup>283</sup>.

La moral cristiana nos invita a reaccionar cristianamente hacia el *pecador*, perdonándole; y a reaccionar también cristianamente hacia su *pecado*. Si los cristianos reaccionamos con entrañas de misericordia, hemos de defender a los ofendidos. La fe exige la liberación del pecado de la realidad y la humanización y dignificación de las

---

<sup>282</sup> JUAN PABLO II. *Veritatis splendor*, 69.

<sup>283</sup> W. KASPER, *op. cit.*, 198.

víctimas y, no menos, la rehabilitación del pecador y la humanización del ofensor (su conversión). Esto significa que, antes que nada, hay que poner en el centro a la persona, y ser capaz también de “perdonar la realidad”. El perdón cristiano exige, además, cargar con el pecado y sus consecuencias para aliviar a otros, y esto conlleva dejarse afectar por la debilidad y compartirla. En la medida de nuestras posibilidades, “en las situaciones de necesidad tanto corporal como espiritual debemos propiciar un caluroso rayo de misericordia, encendiendo así la luz del amor, que es engendradora de esperanza”<sup>284</sup>.

#### 1.4.2. EL MATRIMONIO: EXPRESIÓN DE LA ALIANZA DE DIOS CON SU PUEBLO

El matrimonio, como comunidad de vida y amor, simboliza magistralmente el sentido de la realización del amor humano. Es expresión de la alianza de Dios con su pueblo y una llamada a vivir en plenitud y profundidad. Esta forma de unión-amor, desde la óptica cristiana, nos enseña algunos rasgos del amor divino hacia el hombre, a la par que nos estimula a manifestarlo en pareja: es un amor **libre**, que elige al otro gratuita e inmerecidamente y que al mismo tiempo genera espacios de libertad; es un amor **apasionado**, es decir, consciente de la debilidad ajena y dispuesto a liberarla de las ataduras del pecado, porque es más fuerte Su amor<sup>285</sup>; es un amor **generativo**, en cuanto busca la vida en cualquiera de sus manifestaciones (no solo biológica o procreativa); es un amor **extático**, no encerrado en sí mismo o egoísta, sino deseoso de amar al otro –tal y como es- en profundidad, y que esto repercuta en los demás. Asimismo, la dimensión sexual del matrimonio incluye todas las características anteriores y será bueno ser vivida como lenguaje íntegro de la persona, coherente y verdadero. El amor de la pareja supone una profundización en el amor cristiano: es un amor-entrega como el de Cristo, un amor-misericordia como el de Jesús con los enfermos y pecadores, al estilo de Mt 25.

Sin embargo, el amor humano en el matrimonio –aunque bendecido por Dios- es frágil. En muchas ocasiones se trunca el proyecto originario entre dos personas, lo cual en absoluto desdice el compromiso de Dios con sus criaturas; antes bien, Su acogida es aún mayor, preferencial en contextos de ruptura, donde el sufrimiento es incalculable y

---

<sup>284</sup> Cf. *Ibid.*, 198.

<sup>285</sup> Así nos parece que expresa Isaías esa pasión misericordiosa del Dios fiel: *Yo, el Señor, te he llamado en nombre de la justicia; te tengo asido de la mano, te formé y te he destinado a ser alianza de un pueblo, a ser luz de las naciones; para abrir los ojos a los ciegos, para sacar del calabozo al preso, de la cárcel al que vive en tinieblas (...). No temas, que yo te he rescatado, te llamé por tu nombre, eres mío, y yo te amo.* (Cf. Is 42,6-7; 43, 1-3).

el fracaso a menudo es vivido con vergüenza y alejamiento. La moral cristiana, si desea ser compasiva, debe tomar en serio la situación y las decisiones de la pareja, jamás juzgando y mucho menos condenando.

Además, en relación a la admisión a la comunión de los divorciados vueltos a casar, en último término sigue siendo válido el principio de respeto hacia quien obra en conciencia. Esta posibilidad es un derecho que no viola el principio ideal del sacramento, sino que lo humaniza, en cuanto que parte de la realidad y no de un ideal. Sostiene la Congregación para la Doctrina de la Fe<sup>286</sup>:

Respecto a la admisión a los Sacramentos, los Ordinarios del lugar deben, por una parte, urgir la observancia de la actual disciplina de la Iglesia; por otra, deben procurar que los pastores traten con especial solicitud a los que viven en situación irregular, utilizando en la solución de tales casos, además de los medios adecuados, la **práctica aprobada por la Iglesia para el fuero interno**.

En cualquier situación humana, el ideal debemos tenerlo en el horizonte para caminar hacia él; pero sólo haciendo el camino percibimos los obstáculos y las inclemencias. La vida es proceso y no un estadio ideal. Estamos ante un tema muy complejo que el mismo Sínodo<sup>287</sup> se ha llamado a seguir pensando y buscando soluciones pastorales. Todo replanteamiento debe realizarse desde una misericordia que no es nuestra, sino de Dios; la nuestra –de hecho- se equivoca, no así la de Dios, que es siempre potenciadora de todo bien. Por el motivo de estas páginas, bástenos recordar y subrayar que la Iglesia de hoy –siempre lo ha querido ser- es ante todo misericordia y acogida. Es esta la moral fundamental del nazareno. Porque “Dios no envió a su Hijo al mundo para juzgar al mundo, sino para que este se salve por medio de él” (Jn 3,17).

Así pues, la Iglesia de la misericordia “está llamada a vivir *con los brazos abiertos*. ‘Divorcio’ significa pérdida de esperanzas y final de sueños; pero también puede significar una nueva vida<sup>288</sup>. La doctrina eclesial sobre la indisolubilidad y la fidelidad matrimonial no debe separarse de su doctrina sobre la necesidad de mostrar compasión y comprensión hacia quienes se encuentran en cualquier clase de dificultad: “nadie niega que las personas pueden fallar. Pero el fracaso no hace a nadie

---

<sup>286</sup> *Carta sobre la indisolubilidad del matrimonio y la admón. de los sacramentos a los fieles que viven en situación irregular, 11 abril 1973* ([www.vatican.va](http://www.vatican.va), consultado el 20 de febrero de 2014). (Las negritas son mías).

<sup>287</sup> Asamblea Extraordinaria del Sínodo de los Obispos, Roma, 5-19 de octubre de 2014.

<sup>288</sup> J. HOSIE, *Con los brazos abiertos. Católicos, divorcio y nuevo matrimonio*, Sal Terrae, Santander 2001.

indigno de ser amado a los ojos de Dios<sup>289</sup>. Como afirma Pablo VI, necesitamos ser “especialmente respetuosos de la conciencia y las convicciones de los demás, no imponiendo excesivas cargas, para no aislar más a quienes ya están solos; ni permitiendo que nuestra propia ignorancia o nuestros prejuicios bloqueen el poder sanante y vivificador del Espíritu Santo<sup>290</sup>. No podemos olvidar que la misión curativa de la Iglesia precede a su función judicial<sup>291</sup>.

La Iglesia está llamada a ser siempre la casa abierta del Padre (...). **La Eucaristía**, si bien constituye la plenitud de la vida sacramental, **no es un premio para los perfectos sino un generoso remedio y un alimento para los débiles**. Estas convicciones también tienen consecuencias pastorales que estamos llamados a considerar con prudencia y audacia. A menudo nos comportamos como controladores de la gracia y no como facilitadores. Pero la Iglesia no es una aduana, es la casa paterna donde hay lugar para cada uno con su vida auestas<sup>292</sup>.

#### 1.4.3. DIOS AMA LA VIDA HUMANA<sup>293</sup>

La Biblia reconoce el valor de la vida humana como don de Dios, y la Tradición de la Iglesia ha entendido que ese don ha de procurarse con responsabilidad. De las tres excepciones clásicas al principio general de la inviolabilidad de la vida humana (la legítima defensa, la pena de muerte y la guerra justa), hoy están seriamente cuestionadas las dos últimas.

El mensaje revelado de la Biblia no es primeramente moral; en primer lugar se sitúa en el nivel de la experiencia de fe y de la relación del hombre con un Dios que ha salido a su encuentro en la Historia. Pero la experiencia religiosa, sin duda, conduce al plano del quehacer ético. En lo que afecta a nuestra categoría, la Iglesia se preguntará con honestidad si su acción misericordiosa busca defender siempre la vida en todas sus expresiones, especialmente la más herida y vulnerable. En la vida del *nazareno* esta prioridad es un cometido ineludible de su predicación, y no un elemento secundario.

---

<sup>289</sup> Cf. DECLARACIÓN DE LOS OBISPOS DE NUEVA ZELANDA Y AUSTRALIA: *Cuando los sueños mueren* (1982).

<sup>290</sup> Cf. PABLO VI, *Evangelii nuntiandi*, 79.

<sup>291</sup> W. KASPER, *op. cit.*, 145.

<sup>292</sup> FRANCISCO, *Evangelii gaudium*, 48-49. (Las negritas son mías).

<sup>293</sup> Seguiremos esencialmente a Cf. J. MARTÍNEZ – J. GAFO (†), *Bioética Teológica*, UPComillas-DDB, Madrid 32003, 99-139.

En un breve y rápido recorrido veterotestamentario, observamos que el quinto mandamiento del **Decálogo**, *no matarás*, es el resumen más conocido de la actitud bíblica ante la vida humana. Ha sido utilizado frecuentemente en relación al homicidio, el suicidio, el aborto o la eutanasia. A lo largo de la Tradición, la defensa e inviolabilidad de la vida humana se fundamentarán en la concepción del ser humano, creado a imagen y semejanza de Dios. Sin embargo, también verificamos que en todo el Primer Testamento la defensa de la vida está teñida de luces y sombras, de aspectos positivos y negativos: la humanidad vivía pacíficamente, pero esta armonía se rompe por el pecado y se llega a una verdadera escalada de violencia en los once primeros capítulos del Génesis. No podemos obviar que el mensaje que leemos está condicionado por su contexto cultural.

El avance positivo, hasta culminar en el NT, supone que progresivamente se va presentando a un Dios más cercano y misericordioso; hay una actitud de defensa del débil y oprimido; lo que reconcilia al hombre con Dios no son los sacrificios, sino la misericordia practicada hacia los débiles. Por último, Dios es el único que puede disponer de la vida del hombre y por tanto, esta vida ha de ser respetada por toda *creatura* suya. El NT es la culminación del Antiguo y su clave de interpretación para el cristiano. Las **claves éticas** que encontramos podemos sintetizarlas de esta manera:

- Dios es el autor y conservador de la vida; el hombre ha sido creado a imagen y semejanza de Dios (Gn 1,1-31).
- La vida es un don de Dios (cf. Job 33,4).
- Cristo ha vencido al pecado y a la muerte (1Cor 15,3-4); el cristiano, inspirado por el Espíritu, debe poner en Él su esperanza (Col 1,27) y tomarlo como su ley y modelo (cf. Rm 10,3,4).
- El último destino del hombre es la “venida del reino” (Mt 6,9-13).
- La manifestación concreta de la nueva vida en Cristo es el amor mutuo, manifestado en actos concretos de misericordia-justicia, de gratuidad y caridad (cf. Jn 13,34-35).

Es más, “Dios se identifica hasta tal punto con la persona, sobre todo con la más pobre y necesitada, que cualquier atentado con ella se convierte en una negativa a su amistad”<sup>294</sup>. Bien expresiva y conocida es la expresión: “Cuanto hicisteis a uno de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis... y cuanto dejasteis de hacer con uno de estos más pequeños, también conmigo dejasteis de hacerlo” (Mt 25,40.44).

---

<sup>294</sup> Cf. E. L. AZPITARTE, *op. cit.*, 244-245.

En el desarrollo histórico posterior, la moral católica ha defendido con fuerza la valía de la vida humana, de tal modo que podríamos acentuar **el valor y la intrínseca dignidad de todo ser humano**, por lo que siempre será un fin en sí mismo (cf. Gn 1,27). En los evangelios percibimos a Jesús atendiendo compasivamente a cada ser humano concreto, como por ejemplo lo denota el episodio de la oveja perdida (Mt 18,12-14). Esta vida humana constituye un valor fundamental del que no se puede disponer arbitrariamente. Sin embargo, para el creyente en Jesús, la vida no es el valor supremo y absoluto. La reflexión ética católica ha podido olvidar aquello tan evangélico como el que “nadie tiene amor más grande que el da la vida por sus amigos” (Jn 15,13) o “el que pierde su vida la ganará” (Lc 17,33).

El mensaje jesuánico insiste en la esencial solidaridad humana (cf. Mt 6,33) y en la superación de la violencia (Jn 14,27). Su ética es de la libertad y del amor; un amor gratuito que da sin esperar recompensa a cambio, con marcada predilección por el enfermo y marginado (cf. 1Cor 1,27). Escribe Benedicto XVI: “Quien intenta desentenderse del amor se dispone a desentenderse del hombre en cuanto hombre. Siempre habrá sufrimiento que necesite consuelo y ayuda. Siempre habrá soledad y situaciones de necesidad material en las que sea indispensable una ayuda que muestre un amor concreto al prójimo”<sup>295</sup>. La Iglesia supone para este mundo imperfecto una fuerza necesaria, portadora de una misericordia que es don y al mismo tiempo tarea.

#### 1.4.4. LA MISERICORDIA BUSCA LA PAZ

La paz que propugnan la tradición bíblica y la Iglesia significa mucho más que la ausencia de violencia física; se busca el *Shalom*, es decir, la paz como plenitud personal, como la felicidad que Dios desea para los seres humanos, como el contenido del anuncio de Jesús del reino de Dios<sup>296</sup>. Como escribe Luis González-Carvajal, “Jesús pide no responder a la violencia con violencia; pero al mismo tiempo nos pide no adoptar una actitud pasiva frente a la injusticia, haciendo frente al adversario; quizá, con una bondad avasalladora, nos lo podamos ganar”<sup>297</sup>.

---

<sup>295</sup> Cf. BENEDICTO XVI, *Deus caritas est*, 28b.

<sup>296</sup> Cf. E. A. JOHNSON, *La cristología, hoy. Olas de renovación en el acceso a Jesús*, Sal Terrae, Santander 2003, 50ss.

<sup>297</sup> Cf. L. GONZÁLEZ-CARVAJAL, *En defensa de los humillados y ofendidos: los Derechos Humanos ante la fe cristiana*, Sal Terrae, Santander 2005, 346.

La paz es un tema fundamental en la Doctrina Social de la Iglesia, como podemos ver en algunos papas del siglo XX, así como en el Concilio Vaticano II<sup>298</sup>:

- *Pío XII: con la paz nada se pierde.* Él cambió el centro ético de atención: es ahora la paz, no la guerra, el objeto de reflexión y análisis.
- *Juan XXIII: la paz ante todo.* En su encíclica *Pacem in terris* (1963) trascendió la paz a todo el mundo católico y a la totalidad del cristianismo en general, llegando intencionalmente a todos los hombres de buena voluntad. Habla de las actitudes que las personas y los pueblos deben desarrollar para la convivencia pacífica: la verdad, la justicia, la libertad y la solidaridad.
- *Concilio Vaticano II: el trabajo de todos por la paz.* El papa anterior contribuyó al perfeccionamiento de la doctrina de la guerra y al despegue de la doctrina de la paz. El concilio aboga por una autoridad pública universal que beneficie la paz, la justicia y los derechos, junto a un desarme simultáneo basado en la confianza recíproca.
- *Pablo VI: el desarrollo, nuevo nombre de la paz (Populorum progressio, 67 – 1967-).* El mejor camino para la paz es el verdadero desarrollo de los pueblos, integral y solidario. Es también importante en el tema de la paz la Constitución pastoral conciliar, *Gaudium et spes* (1965), firmada por este pontífice.
- *Juan Pablo II: la paz, fruto de la solidaridad.* El trabajo por la paz de este papa fue muy significativo; no quedó en el papel, sino que procuró aterrizar este derecho con ayudas continuas. Los cambios sociales de finales de los 80 y principios de la siguiente década incidieron considerablemente en el pontífice polaco, a tenor de sus dos últimas encíclicas sociales: *Sollicitudo rei socialis* (1987) y *Centesimus annus* (1991), ambas en continuidad con la Doctrina Social de la Iglesia desde el fundamento que supuso *Rerum novarum* (León XIII, 1891): la paz se edifica como fundamento de la justicia; y hay que luchar por la justicia sin violencia.

Afirma el Catecismo de la Iglesia Católica que “el respeto y el desarrollo de la vida humana exigen la paz; ésta no es solo la ausencia de guerra. La paz no puede alcanzarse sin la salvaguardia de los bienes de las personas, el respecto de la dignidad de las personas y la práctica de la fraternidad. Es obra de la justicia y efecto

---

<sup>298</sup> Seguiremos sobre todo a Cf. A. A. CUADRÓN (c), *Manual de la Doctrina Social de la Iglesia*, BAC, Madrid 1993, 791-813.



de la caridad. Esta paz terrenal es imagen y fruto de la paz de Cristo, siendo ‘bienaventurados los que construyen la paz’ (Mt 5,9)”<sup>299</sup>.

Será necesario evitar la guerra por todos los medios; al mismo tiempo, el Catecismo recoge la moral clásica sobre la **legítima defensa** mediante la fuerza militar (2307-2317). Para que esta se dé, han de confluir unas condiciones (que son los elementos tradicionales de la llamada “guerra justa”, 2309): a) que el daño causado por el agresor a la nación o a la comunidad de las naciones sea duradero, grave y cierto; b) que todos los demás medios para poner fin a la agresión hayan resultado impracticables o ineficaces; c) que se reúnan las condiciones serias de éxito; d) que el empleo de las armas no entrañe males y desórdenes más graves que el mal que se pretende eliminar. El poder de los medios modernos de destrucción obliga a una prudencia extrema en la apreciación de esta condición.

La encíclica de Juan Pablo II *Evangelium Vitae* (1995) aborda con bastante profundidad la cuestión de la legítima defensa. El valor intrínseco de la vida y “el deber de amarse a sí mismo no menos que a los demás son la base de un verdadero derecho a la propia defensa”. Ello le lleva a afirmar también que “por tanto, nadie podría renunciar al derecho a defenderse por amar poco la vida o a sí mismo, sino sólo movido por un amor heroico” que transforma el amor a uno mismo en la radicalidad oblativa que sigue al Señor: “la legítima defensa puede ser no solamente un derecho, sino un deber grave, para el que es responsable de la vida de otro, del bien común de la familia o de la sociedad”. Esto puede conllevar la eliminación del agresor, “que se ha expuesto con su acción, incluso en el caso de que no fuese mortalmente responsable por falta de uso de razón” (nº 55)<sup>300</sup>.

#### 1.4.5. LA MISERICORDIA SE EXPRESA MÁS EN LAS OBRAS QUE EN LAS PALABRAS: LA JUSTICIA SOCIAL

Los cristianos tenemos por cierto que “la auténtica misericordia es, por decirlo así, la fuente más profunda de la **justicia**”<sup>301</sup>. Pero esa justicia, ha de tener puestos los ojos y el corazón en el modo compasivo como Jesús procuraba una sociedad más fraterna. Ya en el AT, Dios es quien defiende y urge los derechos humanos de los débiles y oprimidos contra los conculcadores. La diferencia esencial entre Yahvé y los dioses falsos era precisamente su implicación o falta de implicación ante las injusticias. De

---

<sup>299</sup> Cf. CATECISMO IGLESIA CATÓLICA, 2304-2305.

<sup>300</sup> J. MARTÍNEZ – J. GAFO (†), *op. cit.*, 136.

<sup>301</sup> Cf. JUAN PABLO II, *Dives in misericordia*, 14.

esta manera, quien ha conocido al verdadero Dios es inevitable que se comprometa en la lucha contra las injusticias. Los profetas afirman repetidas veces que practicar el derecho y la justicia equivale a conocer a Dios.

En el NT leemos “todo el que obra la justicia ha nacido de Dios” (1 Jn 2, 29). Y el día de la verdad Jesús negará conocer a quienes fueron “agentes de injusticia” (Mt 7, 23). Pero la Biblia no nos ofrece una definición de justicia ni una reflexión sistemática sobre dicho concepto. A lo largo de la historia, el término ha sido comprendido de distintas maneras. Desde hace más de un siglo la Iglesia ha venido utilizando el término “justicia social” para expresa un orden justo aún inexistente. El papa Pío XI consagró definitivamente esta expresión en la Carta encíclica *Quadragesimo anno* (1931).

Por el término *justicia* entendemos “dar a cada uno lo que le corresponde”<sup>302</sup>; esto implica -desde “el amor como medida mínima”<sup>303</sup>-, dar a todo ser humano la posibilidad de realizarse verdaderamente como persona humana; es decir, garantizarle el respecto efectivo de todos y cada uno de los derechos humanos.

Así, la Doctrina Social de la Iglesia subscribe los siguientes **principios y valores permanentes que configuran su acción compasiva en el mundo**<sup>304</sup>. Habremos de recordar que “la acción a favor de la justicia y la participación en la transformación del mundo son dimensiones constitutivas de la misión de la Iglesia para la redención de la raza humana. Es este mundo –y no otro- el vehículo que nos comunica de una manera sacramental la bondad de Dios”<sup>305</sup>.

### **1A. Dignidad**

Este principio reconocido –que ilumina todos los demás- es el punto de partida en la Declaración de los Derechos Humanos, y bebe de *Gaudium et spes*: la persona humana es creada a imagen y semejanza de Dios (cf. 22). Asimismo es la clave de bóveda de la Doctrina Social de la Iglesia: la dignidad de cada hombre, dada a todos por igual por el Creador y que, por ende, incluye la solidaridad entre cada ciudadano.

### **1B. Opción por el pobre**

“Los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez gozos y

---

<sup>302</sup> [www.rae.es](http://www.rae.es) (consultado el 26.11.14).

<sup>303</sup> W. KASPER, *op. cit.*, 197.

<sup>304</sup> Seguimos la enumeración del prof. José Manuel Aparicio (apuntes de clase), curso 2013-2014.

<sup>305</sup> Cf. E. A. JOHNSON, *op. cit.*, 85-104.

esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo." (GS 1). "El testimonio de Jesús de Nazaret avala la conexión entre espiritualidad cristiana y experiencia de marginación; además, el Concilio Vaticano II y la teología posterior han fortalecido la relación con la pobreza como rasgo identitario de la experiencia cristiana"<sup>306</sup>.

## **2. Identidad relacional de la persona**

El desarrollo de la persona y el crecimiento de la propia sociedad están mutuamente condicionados, porque el principio, el sujeto y el fin de todas las instituciones sociales es y debe ser la persona humana (GS 24-25).

## **3. Constitución orgánica de la sociedad**

Todo individuo (por ende, social) y todo grupo humano han de ayudar a mejorar las condiciones de vida del hombre. Esto conforma un deber social de justicia y caridad para con los demás.

## **4. Derechos humanos<sup>307</sup>**

Como trazamos más arriba, los Derechos Humanos suponen una herramienta ética para proteger la dignidad del individuo, puesto que son la esencia de la ética civil. Esta dignidad inalienable se debe a la misma naturaleza humana. Además, "La Iglesia ha tomado conciencia de la urgencia de la tutelar y defender estos derechos, considerando esto como parte de su misma misión salvífica"<sup>308</sup>. La Declaración de 1948 sostiene que todas las personas tienen unos derechos básicos que han de respetarse, a saber: *civiles* (los que corresponden a la persona como individuo), *políticos* (entiéndase "democráticos"), *sociales*, *culturales* y *económicos* (en los que la Iglesia es precursora: hospitales, leproserías, la lucha por el mundo obrero –*Rerum novarum*-, etc.).

Para Juan XXIII en *Pacem in terris* (1963), el fundamento de los Derechos Humanos reside en la tradición cristiana; sin embargo, para la Declaración, el cimiento ha de ser el consenso humano; asimismo, esta no presenta los fundamentos antropológicos y éticos de los derechos humanos porque eso es labor de las diversas familias de pensamiento.

---

<sup>306</sup> Del power point "Principios de Moral Social" del prof. José Manuel Aparicio (apuntes de clase), curso 2013-2014.

<sup>307</sup> Cf. L. GONZÁLEZ-CARVAJAL, *op. cit.*, 15-65.

<sup>308</sup> Cf. ORIENTACIONES PARA EL ESTUDIO Y ENSEÑANZA DE LA DOCTRINA SOCIAL DE LA IGLESIA EN LA FORMACIÓN DE LOS SACERDOTES, Congregación para la Educación Católica, Roma 1988.

## **5. Bien común**

El Estado es siempre el garante del bien común o social. El epicentro de éste es el desarrollo del individuo.

## **6. Participación**

Con vistas a la consecución del bien común, cada individuo tiene la obligación de participar en el desarrollo social.

## **7. Solidaridad y Subsidiariedad**

Por el primero se reconocen las necesidades del próximo, lo que de alguna forma puede mover a actuar en su beneficio (subsidiariedad).

## **8. Carácter humano de las estructuras**

Establece el equilibrio entre propiedad privada y bien común; entre dignidad y carácter orgánico de la sociedad. Mide el nivel en que las estructuras están al servicio del fomento y desarrollo de la dignidad personal<sup>309</sup>.

## **9. Destino Universal de los Bienes**

*Pacem in terris* afirma la existencia de un bien común universal, no meramente un bien común. Esto reclamaría una autoridad mundial, un figura que aunara los intereses comunes de los ciudadanos, especialmente los de las minorías.

Concluyendo<sup>310</sup>, la Doctrina Social de la Iglesia no se queda en la exigencia, permanentemente actual, de la justicia. Siempre son precisos los ojos del amor y la misericordia para percatarse a tiempo de las nuevas situaciones de necesidad y de los nuevos desafíos, así como del hecho de que únicamente el **amor** proporciona el empuje necesario para abordar las necesidades. Benedicto XVI caracterizó de forma expresa el amor como camino principal y principio fundamental de la doctrina social de la Iglesia<sup>311</sup>. Ya sabemos que el amor no es un puro sentimiento; está profundamente anclado en la esencia dada por Dios al ser humano, es un don. Lógicamente, este amor no sustituye a la justicia; antes al contrario, esta es la medida mínima que hay que practicar. Y como dijimos más arriba, el amor en forma de misericordia es la fuente de la justicia, la medida desbordante.

---

<sup>309</sup> Del power point “Principios de Moral Social” del prof. José Manuel Aparicio (apuntes de clase), curso 2013-2014.

<sup>310</sup> Cf. W. KASPER, *op. cit.*, 184-186.

<sup>311</sup> BENEDICTO XVI, *Caritas in veritate*, 2 y 6.

Llegamos al final de este capítulo dedicado a la Moral. Hemos querido descubrir cómo el modo cristiano de empeñarnos en este mundo nace del amor y la misericordia de Dios y se alimenta de la relación con su Hijo. Jesucristo encarna la compasión del Padre, iluminando nuestra libertad y responsabilidad, nuestros *gestos y palabras* limitados. De esta forma, el trabajo por la justicia y la reconciliación, la paz y los derechos humanos los asume la Iglesia toda como respuesta compasiva que brota de la fe en el Dios que *ama* nuestra salvación. Sin embargo, este compromiso inmanente va asido a un futuro trascendente, plenificador, como afirmaremos en el siguiente capítulo. La escatología, en cierta medida, ya ha comenzado entre nosotros aun cuando la plenitud total no quepa en los estrechos límites de nuestra historia.



## Capítulo 9

### ***Recíbenos también a nosotros en tu reino (ESCATOLOGÍA)***<sup>312</sup>

---

En las páginas dedicadas a la antropología teológica, sobre todo, nos centramos en el Dios de la Misericordia que, por ser amor, crea toda la realidad de un modo muy especial (protología). Como vimos, se trata de una creación no fundamentalmente episódica, pretérita o puntual, sino continua. Dado que todo lo creado, una y otra vez, da muestras de su imperfección, la misericordia del Creador siempre está activa y no deja de salir en nuestra ayuda y de actuar nuestra *liberación* invitándonos a optar por la vida y mostrándonos que la debilidad no tiene la última palabra. Es más, la flaqueza humana será sostenida y bendecida por Él, hasta que al fin sea conducida a su realización plena. **Este gesto continuo de Amor del Padre atravesará la historia y será pleno al final de los tiempos** -lo que denominamos escatología-; será entonces cuando lo que hemos sido durante esta vida quede manifiesto en su más radical verdad, aunque transformado y renovado en su presencia.

Esta manifestación final de Dios supondrá la realización plena del Su reino; un reino que ya ha comenzado en nuestro mundo en la persona de Jesús de Nazaret, y que a través del Espíritu nos conduce esperanzadamente hasta la consumación final: gesto definitivo de la misericordia de Dios.

**Si Dios crea para la vida, su promesa de amor nos dice, además, que dicha vida es eterna.** Si el amor creador está en el origen de nuestra existencia, el amor consumidor será el que la recoja y consume. De ahí que, en estas páginas, tratemos sobre el *arché* y el *telos* de la historia de la salvación, que como dijo Ignacio Ellacuría, es la salvación de la historia<sup>313</sup>, a pesar de no alcanzar su plenitud dentro de esta historia.

El ser humano no es amnésico, sino anamnésico, lo que significa que nuestro hoy presente recoge en cierto modo lo que hemos sido (y en ello, nuestros gozos y sufrimientos, alegrías y fracasos, especialmente de los desfavorecidos), soñando la esperanza de un futuro perennemente feliz tras nuestra vida mortal; Dios, en su bondad misericordiosa, sabrá mirar siempre *más allá*, acogiendo lo más profundo de

---

<sup>312</sup> Seguiremos principalmente las páginas dedicadas a Escatología: Cf. N. MTEZ.-GAYOL, en Á. CORDOVILLA (ed.), *La lógica de la fe*, UPComillas, Madrid 2013, 631-711.

<sup>313</sup> Cf. I. ELLACURÍA - J. SOBRINO, *Fe y Justicia*, DDB, Bilbao 1999.

nuestro corazón en el *más acá*, prometiéndonos el perdón y la gracia, acogidos o no libremente por el hombre. Al mismo *tiempo*, la propuesta cristiana de futuro será un aliciente para el creyente, para comprometerse con el mundo, para vivir de otra forma, haciendo de su vida moral una encarnación de la misericordia. “Buscad primero el reino de Dios y su justicia, y todo lo demás se os dará por añadidura” (Mt 6,33).

## 1. La escatología, ¿un tratado sobre el más allá?

### 1.1. Trata sobre el fin y la consumación (individual y universal) de la creación y de la historia de salvación.

El término escatología proviene del griego *éschaton*, “algo último en el tiempo”, pero llegó a incorporar un nuevo contenido y sentido: la aparición de Dios en el mundo, que constituye el acontecimiento decisivo que imprime a la historia su orientación definitiva. Con Cristo –misericordia encarnada y expresada del Padre-, ha irrumpido en el mundo “lo último” (el mismo Cristo es nuestro *éschaton*), aplicado tanto a realidades temporales como al fin de los tiempos<sup>314</sup>. Por tanto, este fin del que trata la escatología no se refiere únicamente a un momento puntual **final**, como meta, sino debe de ser entendido sobre todo como **finalidad**, referida al sentido más profundo y verdadero de toda la existencia. Es decir, el fin no se refiere sólo al más allá, sino a la esperanza que configura el *más allá* y nos dice cómo esperar (en el *más acá*). Por otra parte, la salvación que esperamos no podemos entenderla solo como liberación de negatividades sino como posibilidad y oferta de plenitud. Es Dios, con su infinita misericordia, quien profundamente anhela que el hombre viva plenamente, tanto *aquí en la tierra como en el cielo*, aunque la plenitud que se nos ha prometido no se pueda dar en los estrechos límites de nuestra historia. Puesto que hemos sido amados (creados), todo será salvado y consumado.

La plenitud que aguardamos así entendida, vincula el *éschaton* necesariamente con la antropología, con la cristología y con la historia:

- Con la *Antropología* porque el ser humano es un ser abierto al futuro<sup>315</sup>, dispuesto a recibir la consumación de su existencia –realización plena del

---

<sup>314</sup> Cf. N. MTEZ.-GAYOL, *op. cit.*, 631.

<sup>315</sup> Esa apertura al futuro se nos da desde la experiencia presente de salvación (escatología), a diferencia de la apocalíptica, que traslada al presente categorías míticas de futuro (Cf. *Ibid.*, 635-636).



proyecto de Dios- como don y no como algo conquistado a base de esfuerzo personal. Su Amor nos acogerá como seres humanos renovados, trascenderá *gratuitamente* lo que somos, tanto en nuestra individualidad, cuanto como miembros de la gran familia humana, junto a toda la creación.

- *Cristología*: El objeto de la esperanza cristiana es Cristo, nuestro éscathon; por lo tanto, la escatología es una cristología desarrollada hacia el futuro, proyectada hacia el fin.
- *Historia*: La escatología no mira sólo al futuro, sino que está en diálogo con el **presente**; un presente que, sin duda, está preñado de nuestras experiencias pasadas. Somos bio-grafía y no únicamente crono-logía. Ese futuro que esperamos, ya está incoado en nuestra historia presente.

De esta manera verificamos cómo la escatología supone un “concepto marco” que mira el proceso histórico como *un todo*, que cuenta con que somos *seres en proceso*, reconociendo que será Dios quien tendrá la última palabra de sentido. Así, vamos a partir de la clave histórica, ámbito común en el que Dios se encuentra con el hombre y el hombre -sirviendo al prójimo- puede hallar a Dios. Es en el presente donde el ser humano experimenta la salvación, y sólo desde esta experiencia nos es lícito pensar el futuro. Esta es la tarea de la escatología.

## 2. El final de la historia, expresión de la misericordia de Dios

### 2.1. Un único Dios en una única historia

La revelación bíblica está atravesada por la convicción de que el Dios de la creación es el Dios de la salvación. La historia está dinamizada por una promesa que garantiza el futuro humano como futuro plenificador (la forma bíblica de caminar hacia este futuro es la esperanza). La categoría *tiempo* es importante como magnitud lineal y teleológica (rompe con la concepción circular), marcada por la fe en la creación y la **esperanza** en la promesa. Además, entendemos que sólo existe un concepto de historia, la que se encamina hacia la salvación. “No hay dos historias: una santa y otra profana, sino que hay una sola historia, ‘la de Dios con nosotros’<sup>316</sup>, la de la humanidad

---

<sup>316</sup> F. J. VITORIA, *Una teología arrodillada e indignada. Al servicio de la fe y la justicia*, Sal Terrae, Santander 2013, 150.

–amada por Dios- hacia una mayor libertad, una mayor justicia, un mayor amor, una mayor humanidad”<sup>317</sup>.

Nuestra esperanza cristiana *descansa* sobre la convicción de que **Dios crea para la vida**. Nuestra fe se nutre de quien es dador de Vida; es más, en quien es la Vida misma, y en quien tiene en la misericordia, su expresión más compasiva.

Dentro de nuestra historia presente, en el sucederse de los días y las horas, en la felicidad compartida y en la tristeza opresora que subyuga a tantos inocentes, Dios misericordioso (Padre, Hijo y Espíritu) abre especialmente sus manos -en las que la humanidad entera está tatuada (Is 49,16)- se nos da y nos promete una vida transformada, eterna y perfecta, “en Cristo”. Gracias a la fe, a la esperanza y al amor, ya somos de algún modo, partícipes de dicha vida, aquí y ahora (el reino ya está entre nosotros). Y el fundamento de todo esto es **Cristo**, nuestra esperanza (de futuro y también de presente), por ello hemos podido afirmar que escatología y cristología se exigen mutuamente, así como escatología y protología (cf. punto 1).

Si “la cristología pivota sobre el **reino de Dios** como elemento central de la predicación y pretensión de Jesús de Nazaret”<sup>318</sup>, no menos central será este concepto para la escatología. Veámoslo más detenidamente.

## 2.2. El reino de Dios, epicentro escatológico

### 2.2.1. EL YA Y EL TODAVÍA NO<sup>319</sup>

Para los sinópticos la idea fundamental de la predicación de Jesús es **el reino de Dios**. La Buena Nueva radica precisamente en la cercanía del reino, producida porque el tiempo se ha cumplido. El evangelio de **Juan** nos hablará de un momento cumbre, que denomina “la hora”, que ya ha llegado (cf. Jn 4,21; 5,28; 1Jn 2,18) y que tiene relación con el cumplimiento definitivo de dicho reino. **Lucas**, por su parte, sitúa el comienzo del ministerio público de Jesús en la sinagoga de Nazaret, destacando también el rasgo de cumplimiento: “Hoy se ha cumplido esta escritura...” (Lc 4,21).

---

<sup>317</sup> Cf. I. BERTEN, “Jesucristo y la liberación del hombre”, *Selecciones de Teología*, Vol. 14, 55, julio-septiembre 1975.

<sup>318</sup> Cf. G. URIBARRI, “La escatología cristiana en los albores del siglo XXI”, *Selecciones de Teología*, Vol. 44, 176, octubre-diciembre 2005.

<sup>319</sup> Cf. *Ibid.*, para este apartado. En menor medida, seguiré en algunas ideas a J. L. RUIZ DE LA PEÑA, *La pascua de la creación. Escatología*, BAC, Madrid 1996.

Aquí encontramos unidos el “hoy” (aspecto temporal) y el “cumplimiento” de la profecía de Isaías: la misericordia del Padre, encarnada en el Hijo, quien es sostenido por el Espíritu, tiene como destinatarios privilegiados a los pobres, a los cautivos y ciegos, a los oprimidos; y a todos les ofrece un mensaje de salvación, curación y liberación. Para todos ellos el reino de Dios, se muestra como misericordia, y se hace presente en la persona y palabras de Jesús.

**San Pablo** nos habla de la plenitud de los tiempos que ya han llegado (Gál 4,4; cf. Ef 1,10). Y en la carta a los **Hebreos** se nos indica que después de haberse manifestado Dios de muchas maneras, “al final de estos días nos habló en el Hijo...” (Hb 1,1-2; 9,26). Así se enlaza el plan inicial de Dios, desde la creación, con la culminación de los tiempos, en la vida y muerte de Jesucristo (1 Pe 1,18-20). Así pues, la escatología se inscribe de lleno dentro del designio salvador de Dios, de su proyecto original para la creación y la humanidad. Notamos la circularidad teológica que existe entre la plenitud de los tiempos, la persona de Jesús, la llegada del reino y el cumplimiento de los planes salvíficos de Dios.

Esta magnitud escatológica del reino es, a la vez, **presente y futura**. Como hemos visto, llega con la persona de **Jesús de Nazaret**; se hace presente manifestando la misericordia del Padre a través de los milagros y curaciones. Jesús mismo es el reino. Pero también se espera su culminación y plenitud con la llegada en poder del *Hijo del Hombre*<sup>320</sup> (Dan 7,13s), el alfa y la omega, para juzgar a los vivos y a los muertos (cf. Mt 10,23; 16,27; Ap 1,8; Lc 12,8), acontecimiento que tendrá lugar en la parusía. De ahí que nuestra esperanza encuentre su último fundamento en la vida y en la Pascua de Jesús.

Durante su vida pública, no todo es manifestación de la presencia del reino. Jesús ora y enseña a orar a sus discípulos por la venida del reino (el padrenuestro). Esperó una consumación del siglo presente (parábola de la cizaña, Mt 13,24-30). Esta dimensión de futuro de su esperanza la constatamos en las parábolas de la vigilancia (vírgenes, ladrón, siervos que esperan). Pero el futuro aguardado está en estrecha conexión con el modo en que se viva el tiempo presente. Así lo parecen mostrar Mc 8,38 (el juicio que realizará el Hijo del hombre al final de los tiempos se basa en un juicio que se está produciendo ahora en la actitud de los hombres) y Mt 25,37-40 (la comunidad

---

<sup>320</sup> Parece que Jesús lo usó como autodesignación más frecuente.

escatológica se está fraguando ahora, no sólo en la persona de Jesús, sino en la de sus discípulos y los pequeños).

El reino es también una categoría con una **dimensión trinitaria**. Jesús anuncia el reino de su Padre, quien es amor y misericordia fiel (Ex 34,6). Se manifiesta como Su enviado. Tras la Pascua, el don del Espíritu Santo derramado a todos (Rom 5,5) supondrá la señal de los nuevos tiempos que anuncian la instauración del reino.

El modo de comprender este reino, y de entender la propia escatología han ido fluctuando a lo largo de la **historia de la Iglesia**, atravesando distintos estadios, en los que no siempre se ha subrayado positivamente la acción misericordiosa de Dios al pensar el destino del hombre y del mundo.

**En la Iglesia primitiva** mientras se vive un contexto martirial se genera un imaginario escatológico de signo optimista (predominando metáforas de luz, jardín o banquete) y esperanzador, en el que representan la victoria de la resurrección.

**La Iglesia medieval** (escatología pesimista) despliega una pastoral del miedo, en la que el infierno va a ser utilizado como instrumento para promover un compromiso más radical y una vivencia más comprometida del cristianismo. Se produce un imaginario de terror, no únicamente a través del lenguaje artístico religioso sino también a través del teatro y las narraciones populares.

**En el periodo previo al CVII:** la escatología católica tiene una orientación más bien ahistórica. Es marcadamente cosista y fisicista, teniendo como centro la inmortalidad del alma (escatología individualista), predominando la idea de Juicio (y Juicio terrible) sobre la misericordia. La Iglesia es la institución poseedora de verdades de fe que son inmutables, de ahí que se adjudique la posibilidad de dirimir quién se condena y quién se salva.

**En torno a los años 60 y Vaticano II.** Se generará una nueva sensibilidad en el campo escatológico: reconocimiento de una escatología de corte existencial, sensibilización con las cuestiones que implican la vida cotidiana del creyente, con el sufrimiento de los inocentes, con la construcción de un reino samaritano *aquí y ahora* como exigencia que brota de la fe.

¿Qué podemos concluir de este apretado recorrido para nuestro tema? En primer lugar que la orientación que la escatología ha ido tomando a lo largo de los siglos no

ha ayudado en absoluto a pensar al Dios en quien está nuestro destino como un Dios de misericordia. La condena, el juicio y el temor se fueron apoderando poco a poco de la conciencia escatológica del creyente que comienza a mirar al futuro con recelo, y deforma así la imagen de un Dios que es Amor creador y que consume la vida que ha creado como Amor consumidor.

### 2.2.2. LA IGLESIA, PRESENCIA ACTUAL DEL REINO DE DIOS MISERICORDIOSO

La Iglesia es presencia y misterio del reino; ella no es el centro, pero el reino no excluye la Iglesia, sino que se sirve de ella como transmisora de la bondad misericordiosa del Padre, hecha práctica real por medio de su doble acogida incondicional: la de ser casa abierta del Padre, y por tanto, con la responsabilidad de ofrecer el mensaje de salvación a toda la humanidad. Así pues, Dios nos invita aquí y ahora a hacer realidad el reino en nuestra vida, reconociendo que nuestra esperanza reside en Jesucristo (1Tim 1,1), quien nos envía “a estar con él” y al mismo tiempo a trabajar en su proyecto de Vida en abundancia.

Por ser el reino una magnitud abierta siempre a un futuro de mayor plenitud, el creyente es invitado a comprometerse con su realización ya en el momento presente. La esperanza en su consumación no distrae sino lanza hacia el compromiso con la construcción del mundo presente.

(...) La espera de una tierra nueva no debe amortiguar, sino más bien aliviar, la preocupación de perfeccionar esta tierra (...). Aunque hay que distinguir cuidadosamente progreso temporal y crecimiento del reino de Cristo, sin embargo, el primero, en cuanto puede contribuir a ordenar mejor la sociedad humana, interesa en gran medida al reino de Dios<sup>321</sup>.

Tras el Concilio, diversas corrientes eclesiales repararon en la necesidad de ahondar en el doble misterio de lo que conocemos como el reino de Dios (de Cristo): es decir en el hecho de que por una parte, la esperanza que ponemos en la Bondad del Plan de Dios no debe llevarnos a esperarlo pasivamente, sino que somos conminados a hacer todo lo posible porque ese reino ya habite parcialmente entre nosotros y por otra parte, el saber que sólo Dios puede instaurar plenamente ese reino, que en último término es don. Muchos autores y corrientes espirituales han puesto de manifiesto la necesaria combinación de ambas actitudes: “Confiar en Dios como si todo dependiera

---

<sup>321</sup> Cf. *Gaudium et spes*, 39.

de Él. Trabajar y poner medios humanos como si todo dependiera de nosotros”<sup>322</sup>; “El amor ha de ponerse más en las obras que en las palabras”<sup>323</sup>; “El compromiso temporal interesa en gran medida al reino, aunque no se identifica con él”<sup>324</sup>.

En realidad la idea es siempre la misma: aunque el reino sea una realidad misteriosa que abarca mucho más que la praxis histórica, sin un compromiso efectivo con la historia no podrá darse una presencia del mismo en nuestro mundo. La diferencia es clara y el ligamen es ineludible. Las distintas corrientes teológicas contemporáneas han acentuado una u otra dimensión. Entre las que han priorizado la dimensión histórica y comprometida como exigencia del reino, destaca la **teología de la liberación** que ha tenido en la Iglesia (*Puebla, Aparecida*) y en el mundo (*derechos humanos*) enormes repercusiones por su defensa del necesario compromiso con la liberación de la humanidad como condición indispensable para el advenimiento del reino de Cristo. Como en la parábola del buen samaritano, se hace claro que sin misericordia práctica para con todo herido en el camino no es posible la fe<sup>325</sup>.

Podemos entonces afirmar que “el **presente**, concretizado en el amor misericordioso al prójimo, es el comienzo de la consumación esperada”<sup>326</sup>, pero no es toda la consumación que aguardamos. La necesaria articulación fe-justicia por la que hemos de trabajar los cristianos, no debe hacernos olvidar que, juntos, en la historia humana, como Iglesia peregrina, no caminamos meramente hacia una utopía, hacia un proyecto (por deseable que sea), sino hacia quien lo sostiene y le da el más denso cumplimiento que pudiéramos pensar: hacia *Cristo*. Él es nuestro **éschaton**, y puesto que toda la creación se mantiene en él, toda la realidad participa de ese final consumado. La **parusía** supone el último acto de la historia de la salvación, donde se nos mostrará el verdadero y más profundo sentido de toda existencia.

---

<sup>322</sup> I. TELLECHEA, *Ignacio de Loyola. La aventura de un cristiano*, Sal Terrae, Santander 1996, 91.

<sup>323</sup> S. IGNACIO DE LOYOLA, *Ejercicios espirituales* [230] (cf. 1Jn 3,18).

<sup>324</sup> Cf. *Gaudium et spes*, 39 y CTI, *Promoción humana y salvación cristiana* (1976), IV b: “Hoy día, manteniendo firmemente la afirmación de una unidad entre los dos términos (el esfuerzo humano de construcción del mundo y el reino de Dios), conviene separar con claridad y rigor lo que los diferencia”.

<sup>325</sup> Cf. Sant 2,17-18: “Si la fe no tiene obras, está realmente muerta. (...) Muéstrame tu fe sin obras y yo te mostraré por las obras, mi fe”.

<sup>326</sup> Cf. N. MTEZ.-GAYOL, *op. cit.*, 655.

### 2.2.3. Y UN REINO VIVIDO CON ESPERANZA EN EL RESUCITADO

Al hilo de lo anterior, la misma Iglesia sabe que vive con la esperanza en la acogida final y definitiva de la misericordia del Padre. A la luz de la **resurrección** del Hijo, que hizo de su vida *espejo* de la bondad compasiva de Dios, se espera que los cristianos participen del mismo triunfo de Jesucristo. Se produce así un **centramiento cristológico de la esperanza**: Jesús predicaba el reino de Dios y nosotros predicamos a Jesús, quien se convierte en la puerta de entrada al reino. Los cristianos no esperamos a un ausente, sino **a alguien misericordiosamente presente en medio de ella**: en la celebración eucarística (siendo *alimento de vida* para los desesperanzados), en el rostro y la vida concreta de los hermanos (especialmente los menospreciados, los considerados menos útiles...), en la proclamación de la palabra (subvirtiendo los valores del mundo que hacen mella en nosotros). El esperado está cerca, no lejos. Gracias al resucitado, toda situación doliente, realidades con rostros concretos de personas que sufren, crucificados de nuestra sociedad pueden confiar y dejarse sostener por los brazos de Aquél que los acoge compasivamente y que sigue inspirando a este mundo para ser sus manos y sus pies. Él venció a la muerte, y ésta jamás podrá tener la última palabra definitiva.

Solamente en el cumplimiento escatológico y en la renovación definitiva del mundo, *el amor vencerá en todos los elegidos las fuentes más profundas del mal*, dando como fruto plenamente maduro el reino de la vida, de la santidad y de la inmortalidad gloriosa. El fundamento de tal cumplimiento escatológico está encerrado ya en la cruz de Cristo y en su muerte. El hecho de que Cristo “ha resucitado al tercer día” constituye el signo final de la misión mesiánica, signo que corona la **entera revelación del amor misericordioso** en el mundo sujeto al mal. Esto constituye a la vez el signo que preanuncia “un cielo nuevo y una tierra nueva”, cuando Dios “enjuagará las lágrimas de nuestros ojos; no habrá ya muerte, ni luto, ni llanto, ni afán, porque las cosas de antes han pasado”<sup>327</sup>.

Podemos afirmar que la **esperanza** cristiana tiene que ver con la salvación de toda realidad humana y creatural (por deficiente que pudiera parecer). La infinita misericordia de Dios nos salva con todo lo que somos, no con lo que a nosotros nos gustaría ser, sino con nuestra historia de éxitos o fracasos. Nos salva desde la lógica de su amor, no desde nuestra lógica muchas veces mercantilista y farisaica. Al mismo tiempo, es Dios quien nos concede su don para esperar su bondad, no un mérito de la nuestra: “La esperanza es fuerza activa y activadora, figura concreta de la misericordia

---

<sup>327</sup> JUAN PABLO II, *Dives in misericordia*, 8 (las negritas son mías).

de Dios<sup>328</sup>. Esta esperanza creyente es “*spes contra spes*” (Rom 4,18): aguardamos lo que de entrada está más allá de la mera posibilidad humana. Y además, necesitamos repetirnos una y otra vez que únicamente es posible vivir la esperanza cristiana en un doble movimiento de apertura trascendental y compromiso histórico. “El reino de Dios no es el mundo totalmente diferente, sino totalmente nuevo”<sup>329</sup>.

Nuestra vida terrena sabe de una certeza: Jesús mismo es la resurrección y la vida (Jn 11,25). Y, por obra del Espíritu Santo, nosotros *participaremos* de esa resurrección *con todo* lo que hemos sido durante la existencia terrena –como hemos afirmado antes-. San Pablo, en 1Cor 15 relaciona la resurrección de Cristo y nuestra propia resurrección, destacando<sup>330</sup>:

- El carácter **escatológico** de la resurrección.
- El carácter **somático** de la misma. Esta corporalidad que nos constituye y que resucitará indica mucho más que la pura materialidad: resucitará nuestra individualidad (identidad), toda la persona (integridad), pero transformada (por el Cristo resucitado). Es decir, resucitaremos en *cuero glorioso*, expresión de la interioridad humana. Por ello Pablo habla también del:
- Carácter **crístocéntrico** de la resurrección. Esto significa que él es el fundamento de nuestra resurrección en un doble sentido: es primicia y modelo, pues resucitaremos a su imagen; además, esto será verdad en nosotros no sólo a título individual sino como miembros del cuerpo de Cristo (carácter comunitario).

Asimismo, para 1Cor 15, la **resurrección** de Jesús aparece unida al **juicio**, a la **Parusía** como revelación, desvelamiento, cumplimiento y consumación del reino (la Nueva Creación). Esta consumación de la historia de la salvación supone la plenitud del amor misericordioso de nuestro Dios Bueno y Fiel; supone un **fin como plenitud, como sentido y como kronos**. Es importante reseñar que el Nuevo Testamento no se refiere a la Parusía como una segunda vuelta de Cristo, lo que implicaría que se ha ido; el término parusía nos habla de una única venida de Cristo en 3 fases<sup>331</sup>: encarnación (fase kenótica), resurrección de Cristo (presencia del Kyrios, aunque oculta en la Palabra, en el prójimo, en los sacramentos) y Parusía (donde ese señorío de Cristo se hace patente).

---

<sup>328</sup> W. KASPER, *La misericordia. Clave del Evangelio y de la vida cristiana*, Sal Terrae, Santander <sup>2</sup>2013, 130.

<sup>329</sup> Cf. L. BOFF, *Hablemos de la otra vida*, Sal Terrae, Santander <sup>8</sup>1994, 32.

<sup>330</sup> Cf. N. MTEZ.-GAYOL, *op. cit.*, 680ss.

<sup>331</sup> Cf. *Ibid.*, 651-654.



La resurrección afectará a aquellos que son del reino; en este sentido la parusía supone una cierta discriminación entre los que son del reino y los que no son. A esta realidad la llamamos juicio. **El juicio**, en cierta manera, comienza ya durante la vida, de la misma manera que el reino no se conjuga absolutamente en futuro, sino que va creciendo entre las luces y sombras del presente. De ahí que hablemos al menos de dos juicios: un **juicio de crisis**, que se desarrolla en el tiempo presente y un **juicio escatológico** que deberíamos ubicar ya fuera de nuestra historia. Por eso es preciso reconocer que con nuestros gestos de misericordia para con los demás, o con la ausencia de ellos, ya en la vida terrena estamos haciendo una opción clara por aquello a lo que aspira nuestra esperanza.

“Ya en este mundo, Jesús se dirige a los hombres, no con un anuncio puro del juicio (al modo de Juan el bautista) y, por tanto, con un mero imperativo, sino que antepone el perdón de los pecados y la salvación, para que los hombres, ante esta experiencia de la gracia, puedan someterse a sí mismos a juicio y *consigan* cambiar su vida”<sup>332</sup>.

Sin embargo el llamado juicio final es preciso ponerlo en las manos de Dios. Se trata de un juicio escatológico, fuera de la historia. Pero como todo “juicio de Dios”, ya desde el AT, éste será fundamentalmente “un acto salvífico de Dios dirigido a nuestra historia”. En base a la esperanza que nos abre la experiencia de la gracia, y al acontecimiento Cristo como portador de perdón y salvación para todos, podemos *esperar* –lo que no nos es lícito es *afirmar*, pues socavaríamos con ello la libertad que Dios nos ha regalado, y la seriedad con la que Dios ha asumido dicha libertad -, que no haya nadie que se resista a dicha gracia y al amor sin límites de Dios. Es decir, la salvación universal es una certeza con la que contamos en base al amor misericordioso de Dios que todo lo ha creado para ser salvado. Pero no es posible afirmarla con seguridad rotunda sobre todos y cada uno de los seres humanos. Pues es preciso dejar abierta la posibilidad de que alguien quiera decir no al proyecto de vida eterna para el que hemos sido creados. Con otras palabras: el sí de Dios es siempre *sí absoluto*, y siempre nos es ofrecido por adelantado; el no definitivo del hombre es una posibilidad, que no podemos cerrar si nos tomamos en serio la libertad humana, pero también debería ser una posibilidad para el creyente, en vistas a la

---

<sup>332</sup> Cf. O. FUCHS, “Un ‘Dios bondadoso’: ¿debilitamiento o endurecimiento del juicio?”, *Selecciones de Teología*, Vol. 53, 211, julio-septiembre 2014, 163-172.

salvación que Cristo nos ha traído con su muerte y resurrección, esperar el triunfo de la gracia y por ella la salvación de todos.

A lo largo de toda nuestra historia Dios es aquel que sale a nuestro encuentro con una propuesta de salvación. La justicia de Dios no es punitiva, sino salvífica, provocando al hombre a la conversión y dejándole en libertad para que decida. El cristianismo no es una religión de dos caminos: el bien y el mal, la salvación o la condenación, como dos puertas enfrentadas, sobre las que el hombre ha de elegir para la eternidad. No. La propuesta de Dios es una propuesta de salvación y para ella hemos sido creados. La vida eterna es un don de Dios dirigido a toda criatura suya sin excepción, porque es grande su amor y universal la redención de Cristo. Él no solo cura, también perdona. La Iglesia nunca ha definido la condenación positiva de nadie; lo único que afirma es la posibilidad real de rechazo, porque es posible la libre negación humana. Y Dios nos ha tomado tan en serio como para entregar a su Hijo al mundo para su perdón, tan en serio como para respetar la elección de nuestra libertad. Es la seriedad radical de la misericordia de Dios.

En este ejercicio de la libre libertad, en su vida terrena el hombre puede de hecho rechazar a Jesús explícitamente o hacerlo implícitamente al rechazar al hermano: negarse a la práctica de la misericordia es no querer reconocer a Jesús. El juicio a las naciones (Mt 25) establece con claridad esta equivalencia y nos recuerda que el juicio en la historia tiene un referente claro: el hermano en quien está Cristo presente, lo reconozcamos o no explícitamente. Sin duda, nuestros actos presentes están revestidos de eternidad, y esto supone una llamada seria a la responsabilidad. Difícil no acordarse de aquellas bellas palabras de Pedro Casaldáliga: “Al final del camino me dirán: -¿Has vivido? ¿Has amado? Y yo, sin decir nada, abriré el corazón lleno de nombres”<sup>333</sup>.

Pero la misericordia divina se hace sentir también al final de la historia. El ser humano que atraviesa la frontera de la muerte puede haber consumado sus días sin alcanzar la plena madurez para la que fue soñado por Dios, sin haber sido capaz de reordenar todas las dimensiones de su existencia hacia su opción fundamental, o con necesidad de purificar lo que de mal ha habido en su vida. Es decir, puede precisar de una ulterior transformación después de su muerte que lo haga más semejante a Cristo para poder entrar en una comunión de vida total con él. Este *kairós* especial es lo que

---

<sup>333</sup> [www.servicioskoinonia.org](http://www.servicioskoinonia.org) (consultado el 18.10.14)

llamamos **purgatorio**<sup>334</sup>. El purgatorio no es un lugar sino un estado de agradecimiento del que podremos ser objeto en el encuentro cara a cara con Cristo, que posibilitará esa transformación conformadora que nos permitirá entrar en comunión con la vida divina “en Cristo”.

En resumen, podemos afirmar que la mujer y el hombre de este mundo esperan progresivamente la **vida eterna**<sup>335</sup>. Como hemos anticipado, esta vida eterna supone una plenificación de lo que hemos sido (imagen de Dios, aunque imperfecta), alcanzándonos la comunión con Dios en Cristo, la plenitud del amor (Jn 17,26). La salvación que esperamos consumará a la persona en todas sus dimensiones constitutivas: en la *individual* será divinizado (resurrección); en tanto que ser *social*, vivirá esta vida eterna como comunidad fraterna (comunión de los santos); y por ser constitutivamente *mundano*, esta plenitud la vivirá en esa realidad que denominamos Nueva Creación. Nada de lo que Dios ha creado se perderá, porque todo lo creado, lo ha sido para ser salvado.

Y esta es la voluntad del que me han enviado: que no pierda nada de lo que él me ha dado, sino que lo resucite el último día. Esta es la voluntad de mi Padre: que quien reconozca al Hijo y crea en él tenga vida eterna, y que yo lo resucite el último día (Jn 6,39-40).

---

<sup>334</sup> L. BOFF, *op. cit.*, 60. (La doctrina del purgatorio fue definida por la Iglesia en los Concilios de Florencia (cf. DS 1304) y de Trento (cf. DS 1820; 1580).

<sup>335</sup> Cf. N. MTEZ.-GAYOL, *op. cit.*, 700ss.



## EPÍLOGO

Llegamos al final de nuestro recorrido. Un final que no es despedida, sino **promesa** por parte de Dios: su bondad, misericordia y lealtad nos acompañan cada día<sup>336</sup>, sostienen lo que somos y condicionan nuestro modo de ser enviados –como Iglesia- a esta humanidad herida.

El lector habrá podido comprobar que nuestra aproximación a la categoría “la misericordia de Dios”, aunque la hemos particularizado en los tratados, de hecho no es posible entenderla sino *transversalmente*. De distintas maneras, este modo de ser de Dios manifestado en su Hijo y con la fuerza del Espíritu de Amor atraviesa toda la historia de la salvación, desde la protología hasta la escatología. Si en la creación ya descubrimos el Amor de Dios hacia todo lo que no es Él, en Jesús de Nazaret, el Señor, descubrimos al Padre compasivo, que ya había mostrado su rostro misericordioso al pueblo de Israel acompañándolo en su historia. Asimismo, en Su vida encarnada, el Hijo no oculta la predilección divina por aquellos más pobres, heridos en el camino, imperfectos, sufrientes y bienaventurados. Asumiendo todo lo humano, lo abraza con un lazo tan infinitamente acogedor que alcanza hasta la cruz y renueva todo con su resurrección. De este modo toca de lleno el corazón de esta Iglesia *santa y pecadora*. Nuestra fe en él irá unida inherentemente a una práctica compasiva como la de él, instrumento eficaz para la construcción del reino de Dios que él mismo ha traído y que está incoado entre nosotros. Esta tarea que ahora –entre luces y sombras- desempeñamos encuentra también su eco en el futuro prometido.

Es Dios quien primero  *Cree* en nosotros y nos hace capaces de *crear*, reinventándonos en su presencia, peregrinos y misioneros, sostenidos en el cayado –en su certeza- del amor, que es el único que sana y alienta, libera y consuela. Terminamos, pues, con los versos que han estructurado esta Memoria, con el deseo de que podamos ser aún más próximos para el prójimo, y que este sea un poco más feliz:

*Te damos gracias y te bendecimos,  
Dios santo y fuerte,  
**porque diriges con sabiduría los destinos del mundo  
y cuidas con amor de cada uno de los hombres.***

---

<sup>336</sup> Cf. Sal 23 (22) y 40 (39).

**Tanto amaste al mundo**  
**que le has entregado a tu Hijo,**  
para que fuera nuestro Señor y nuestro hermano.

**Él nunca permaneció indiferente**  
**ante el sufrimiento humano;**  
su vida y su palabra son para nosotros  
la prueba de tu amor.

Como hizo en otro tiempo  
con los discípulos de Emaús,  
**él nos explica las Escrituras**  
**y parte para nosotros el pan.**  
Fortalece a tu pueblo  
con el Cuerpo y la Sangre de tu Hijo  
**y renuévanos a todos a su imagen.**

**Danos entrañas de misericordia**  
ante toda miseria humana,  
**inspíranos el gesto y la palabra oportuna**  
frente al hermano solo y desamparado,  
ayúdanos a mostrarnos disponibles  
ante quien se siente explotado y deprimido.  
Haz que **seamos uno en la fe y en el amor.**

Y, cuando termine nuestra peregrinación  
por este mundo,  
**recíbenos también a nosotros en tu reino,**  
donde esperamos gozar todos juntos  
de la plenitud eterna de tu gloria.

Gracias.

## BIBLIOGRAFÍA

- ALFARO, J., "Persona y gracia", *Selecciones de Teología*, Vol. 2, 5, enero-marzo 1963, 3-10.
- ARRUPE, P., "Invocación a Jesucristo modelo", en *La identidad del jesuita en nuestros tiempos*, Sal Terrae, Santander 1981, 80-82.
- BibleWorks
- Biblia de Jerusalén, DDB, Bilbao <sup>3</sup>1998.
- Biblia del Peregrino, Mensajero, Bilbao <sup>6</sup>2001.
- BALZ, H. Y SCHNEIDER, G., *Diccionario exegético del nuevo testamento*, Vol. II, Sígueme, Salamanca 1998, 1468-1474.
- BERTEN, I., "Jesucristo y la liberación del hombre", *Selecciones de Teología*, Vol. 14, 55, julio-septiembre 1975.
- BIANCHI, E., "Si supierais lo que significa 'Misericordia quiero y no sacrificios'", *Concilium*, Vol. 4, 352, septiembre 2013, 133-144.
- BOADA, J., *Peregrino del silencio. "Ermita blanca"*, Narcea, Madrid <sup>2</sup>1998, 85-86.
- BOFF, L., *Hablemos de la otra vida*, Sal Terrae, Santander <sup>8</sup>1994.
- CAMACHO, I., *Benedicto XVI y Francisco: dos aportaciones complementarias a la Doctrina Social de la Iglesia. Discurso inaugural curso 2014-2015*, Facultad de Teología, Granada 2014.
- CHAUVET, L-M., "'Sacrificio': una noción ambigua dentro del cristianismo", *Concilium*, Vol. 4, 352, septiembre 2013, 13-24.
- V. CODINA, en I. ELLACURÍA-J. SOBRINO, *Mysterium liberationis II*, Trotta, Madrid 1990, 267-294.
- COENEN, L. -BEYREUTHER, E.-BIETENHARD, H., *Diccionario Teológico del Nuevo Testamento*, Vol. III, Sígueme, Salamanca 1983.
- CONGREGACIÓN GENERAL 34 DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS, d.2.
- CORDOVILLA (ed.), Á., *La lógica de la fe*, UPComillas, Madrid 2013.
- CRISTIANISME I JUSTÍCIA, *Comentario a la "Notificación" sobre Jon Sobrino*, Cuaderno CJ 148, Barcelona, junio 2007.
- CUADRÓN (c), A. A., *Manual de la Doctrina Social de la Iglesia*, BAC, Madrid 1993, 791-813.
- DECLARACIÓN DE LOS OBISPOS DE NUEVA ZELANDA Y AUSTRALIA: *Cuando los sueños mueren (1982)*.

- DÍEZ-ALEGRÍA, J. M<sup>a</sup>, “La teología de la esperanza”, *Selecciones de Teología*, Vol. 14, 56, octubre-diciembre 1975.
- DOMÍNGUEZ, C., *Experiencia cristiana y psicoanálisis*, Sal Terrae, Santander 2006, 77-102.
- *Psicodinámica de los Ejercicios Ignacianos*, Mensajero-Sal Terrae, Bilbao 2003, 107-108.
  - *La aventura del celibato evangélico. Sublimación o regresión. Narcisismo o alteridad*, Frontera, Vitoria 2004.
- DURRWELL, F.-X., *El más allá. Miradas cristianas*, Sígueme, Salamanca 1997.
- ELLACURÍA, I.- SOBRINO, J., *Fe y Justicia*, DDB, Bilbao 1999.
- FORTE, B., *Trinidad como historia*, Sígueme, Salamanca 1988.
- *Los sacramentos y la belleza de Dios*, San Pablo, Madrid 2014.
- FOUREZ, G., *Una Buena Noticia liberadora. Evangelio para un mundo en crisis*, Sal Terrae, Santander 1987, 50.
- FRANKL, V., *El hombre en busca de sentido*, Herder, Barcelona 2004.
- FUCHS, O., “Un ‘Dios bondadoso’: ¿debilitamiento o endurecimiento del juicio?”, *Selecciones de Teología*, Vol. 53, 211, julio-septiembre 2014, 163-172.
- GARCÍA, A.A., *Diccionario del griego bíblico*, Verbo Divino, Navarra 2011.
- GARCÍA-BARÓ, M., *La compasión y la catástrofe*, Sígueme, Salamanca 2007, 73-92.
- GARCÍA, J. A., *Ventanas que dan a Dios. Experiencia humana y ejercicio espiritual*, Sal Terrae, Santander 2011.
- GARCÍA MURGA, J. R., *Dios en Cristo, sólo amor, vida de nuestra vida. Núcleo constitutivo del tratado de Dios*, en G. URÍBARRI (Ed.), *Fundamentos de Teología sistemática*, UPComillas, Madrid 2003, 49-92.
- GARCÍA (dir.), S., *Concordancias de la Biblia. Nuevo Testamento*, DDB-Mensajero, Bilbao 1975, 371-372.
- GESCHÉ, A., *El destino: Dios para pensar III*, Sígueme, Salamanca 2001, 32.
- GNILKA, J., *Jesús de Nazaret. Mensaje e historia*, Herder, Barcelona 1995, 109-237.
- GONZÁLEZ DE CARDEDAL, O., *La entraña del cristianismo*, Secretariado Trinitario, Salamanca 1997, 2-10.
- GONZÁLEZ-CARVAJAL, L., *En defensa de los humillados y ofendidos: los Derechos Humanos ante la fe cristiana*, Sal Terrae, Santander 2005, 11-65.
- GONZÁLEZ FAUS, J. I.-VIVES, J., *Crear, sólo se puede en Dios. En Dios sólo se puede creer. Ensayos sobre las imágenes de Dios en el mundo actual*, Sal Terrae, Santander 1985.



- GONZÁLEZ FAUS, J. I., *Fe en Dios y construcción de la historia*, Trotta, Madrid 1998, 59-111.
- GRESHAKE, G., *Creer en el Dios uno y trino. Una clave para entenderlo*, Sal Terrae, Santander 2002, 13-15; 22; 35-36; 90-96.
- GRÜN, A., *La celebración de la eucaristía*, San Pablo, Madrid 2002.
- *La penitencia. Celebración de la reconciliación*, San Pablo, Madrid 2002.
- GRUPO DE ESPIRITUALIDAD IGNACIANA, *Diccionario de Espiritualidad Ignaciana*, Mensajero-Sal Terrae, Bilbao-Santander 2007, 661.
- HÄRING, B., *Shalom: Paz. El sacramento de la reconciliación*, Herder, Barcelona 1975.
- *¿Hay una salida? Pastoral para divorciados*, Herder, Barcelona 1990.
- HARRINGTON, W. J., *Jesús, nuestro hermano. La humanidad del Señor*, Mensajero, Bilbao 2014, 57.
- HERNÁNDEZ, J. M<sup>a</sup>., *Apuntes de Sacramentos para alumnos*, Facultad de Teología de Granada.
- HOSIE, J., *Con los brazos abiertos. Católicos, divorcio y nuevo matrimonio*, Sal Terrae, Santander 2001.
- HUGUENIN, M-J., "La Iglesia de la misericordia", *Selecciones de Teología*, Vol. 33, 131, julio-septiembre 1994.
- IGNACIO DE LOYOLA, *Ejercicios Espirituales*, BAC, Madrid <sup>5</sup>1991.
- IZUZQUIZA, D., *La Playa de los Cristianos. Más allá del individualismo compasivo*, en *Compartir la misma humanidad*, Sal Terrae 95/11 (diciembre 2007), 943-954.
- JOHNSON, E. A., *La cristología, hoy. Olas de renovación en el acceso a Jesús*, Sal Terrae, Santander 2003, 49-167.
- KASPER, W., "Iglesia como *communio*. Consideraciones sobre la idea eclesiológica directriz del Concilio Vaticano II", en: *Teología e Iglesia* (Barcelona 1989) 376-400.
- *La misericordia. Clave del Evangelio y de la vida cristiana*, Sal Terrae, Santander <sup>2</sup>2013.
- KEENAN, J. F., *Virtudes de un cristiano*, Mensajero, Bilbao 1999, 163-168.
- KÜNG, H., *El islam. Historia, presente, futuro*, Trotta, Madrid 2006, 79-113.
- LACOSTE (dir.), J-Y., *Diccionario crítico de Teología*, Akal, Madrid 2007, 783-785.
- LADARIA, L., *El Dios verdadero. El misterio de la Trinidad*, Secretariado Trinitario, Salamanca 1998.

- *La Trinidad Misterio de comunión*, Secretariado Trinitario, Salamanca 2007, 7-64.
  
- LAGUNA, J., *Hacerse cargo, cargar y encargarse de la realidad. Hoja de ruta samaritana para otro mundo posible*, Cuaderno CJ 172, Barcelona, enero 2011.
  
- LATOURELLE, R., “La revelación como palabra, testimonio y encuentro”, *Selecciones de Teología*, Vol. 1, 3, julio-septiembre 1962, 19-25.
  
- LÓPEZ AZPITARTE, E., *Hacia una nueva visión de la ética cristiana*, Sal Terrae, Santander 2003.
  
- MADRIGAL, S., *Vaticano II: remembranza y actualización. Esquemas para una Ecclesiology*, Sal Terrae, Santander 2002, 245-322.
  
- MARÍA, J.A., *La misericordia de Dios en los padres apostólicos y apologistas griegos del siglo II*, Pontificium Athenaeum Sanctae Crucis Facultas Theologiae, Roma 1996, 1-77.
  
- MARTÍN VELASCO, J., *Introducción a la fenomenología de la religión*, Trotta, Madrid 2006.
  
- MARTÍNEZ, J. – GAFO (†), J., *Bioética Teológica*, UPComillas-DDB, Madrid 2003, 99-139.
  
- MARTÍNEZ-GAYOL, N., “Una aproximación teológica a la antropología de la ternura”, en URÍBARRI (ed.), G., *Teología y nueva evangelización*, UPCO-DDB, Madrid 2005, 272-291.
  
- MARTÍNEZ, J. – J. M. CAAMAÑO, J. M., *Moral fundamental. Bases teológicas del discernimiento ético*, Sal Terrae, Santander 2014, 323-550.
  
- MOLLÁ, D., “Espiritualidad y acción social”, *Selecciones de Teología* 53/211 (julio-septiembre 2014), 233-240.
  
- NOCKE, F. J., *Doctrina general de los sacramentos y Doctrina especial de los sacramentos*, en SCHNEIDER, T., (dir.), *Manual de Teología Dogmática*, Herder, Barcelona 1996, 841.
  
- NOLAN, A., *Jesús, hoy. Una espiritualidad de libertad radical*, Sal Terrae, Santander 2007, 81-125.
  
- OLLER, M. D., “Interpelados por un vivir unificado”, en VV. AA, *Religiones de la tierra y sacralidad del pobre. Aportación al diálogo interreligioso*, Cristianisme i Justícia-Sal Terrae, Barcelona-Santander 1997, 177-180.
  
- PIÉ-NINOT, S., *La teología fundamental*, Secretariado Trinitario, Salamanca 2006, 92.
  
- RAHNER, K., “Iglesia y sacramentos”, *Selecciones de Teología*, Vol. 1, 4, octubre-diciembre 1962.
  
- *La Iglesia y los sacramentos*, Herder, Barcelona 1964, 9-81.
  
- RAMIS, F., *Lucas, evangelista de la ternura de Dios. Diez catequesis para descubrir al Dios de la misericordia*, Verbo Divino, Estella 1997, 39-53; 91-105.

- RATZINGER, J., "El fundamento sacramental de la existencia cristiana", en *Ser cristiano*, Sígueme, Salamanca 1967, 57-84.
- RAVASI, G., *Según las Escrituras. Doble comentario a las lecturas del domingo. Ciclo A*, San Pablo, Colombia 2005, 130.
- RIERA, F., *Jesús de Nazaret. El Evangelio de Lucas (I), escuela de justicia y misericordia*, DDB, Bilbao 2002, 161-167.
- RONDET, M., *La Trinidad narrada*, Sal Terrae, Santander 2008, 124-131.
- ROSSANO, P., RAVASI, G., GIRLANDA, A., *Nuevo diccionario de teología bíblica*, Paulinas, Madrid 1990, 1216-1224.
- RUIZ DE LA PEÑA, J. L., *Imagen de Dios. Antropología teológica fundamental*, Sal Terrae, Santander, 1988.
- *Creación, Gracia, Salvación*, Sal Terrae, Santander 1993, 105-117.
  - *La pascua de la creación. Escatología*, BAC, Madrid 1996.
- SCHNACKENBURG, R., *El mensaje Moral del Nuevo testamento. I. De Jesús a la Iglesia primitiva*, Herder, Barcelona 1968, 27.
- SCHWEIZER, E., *Jesús parábola de Dios*. Sígueme, Salamanca 2001, 37-78.
- SOBRINO, J., *El principio-misericordia. Bajar de la cruz a los pueblos crucificados*, Sal Terrae, Santander 1992.
- SUSIN, L., PILARIO, D., IRARRAZAVAL, D., (eds.), "La ambivalencia del sacrificio", *Concilium*, Vol. 4, 352, septiembre 2013, 7-12.
- TELLECHEA, I., *Ignacio de Loyola. La aventura de un cristiano*, Sal Terrae, Santander 1996, 91.
- TORRES QUEIRUGA, A., *Creo en Dios Padre. El Dios de Jesús como afirmación plena del hombre*, Sal Terrae, Santander 1986, 73-74.
- "El Dios revelado en Jesús y el futuro de la humanidad", *Selecciones de Teología*, Vol. 37, 145, enero-marzo 1998, 34-46.
  - "Libertad", en: FLORISTÁN, C., (dir.), *Nuevo Diccionario de Pastoral*, San Pablo, Madrid 2002, 799-811.
  - "Los sacramentos: acontecimiento real versus simbolismo vacío o magia oculta", *Selecciones de Teología*, Vol. 52, 206, abril-junio 2013, 117-124.
- URIARTE, J. M<sup>a</sup>, *Acoger y ofrecer la misericordia: Cuaresma 1995*, Monte Casino, Zamora 1994.
- URÍBARRI (ed), G., "Dios en Cristo, sólo amor, vida de nuestra vida", en *Fundamentos de Teología sistemática*, UPComillas, Madrid 2003, 49-70.

- “La escatología cristiana en los albores del siglo XXI”, *Selecciones de Teología*, Vol. 44, 176, octubre-diciembre 2005.

VARONE, F., *El dios “sádico”. ¿Ama Dios el sufrimiento?*, Sal Terrae, Santander 1988.

VILLAR, A., “La ambigüedad de la compasión”, en *Compartir la misma humanidad*, Sal Terrae 95/11 (diciembre 2007), 917-930.

VITORIA, F. J., *Una teología arrodillada e indignada. Al servicio de la fe y la justicia*, Sal Terrae, Santander 2013.

VIVES, J., “Si oyerais su Voz...”. *Exploración cristiana del misterio de Dios*, Sal Terrae, Santander 1988, 359-366.

DÍEZ-ALEGRÍA, J. M<sup>a</sup>, “La teología de la esperanza”, *Selecciones de Teología*, Vol. 14, 56, octubre-diciembre 1975.

## **DOCUMENTOS DE LA IGLESIA**

(si no se dice otra cosa, han sido consultados en [www.vatican.va](http://www.vatican.va))

CONCILIO VATICANO II

PABLO VI

- Exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi*, 1975.

JUAN PABLO II

- Encíclica *Dives in misericordia*, 1980.
- Exhortación apostólica *Familiaris consortio*, 1981.
- Exhortación apostólica *Reconciliatio et paenitentia*, 1984.
- Encíclica *Redemptoris mater*, 1987
- *Audiencia general*, miércoles 9 de diciembre de 1987
- *Audiencia general*, miércoles 16 de diciembre de 1987.
- Encíclica *Veritatis splendor*, 1993
- Encíclica *Evangelium vitae*, 1995.

BENEDICTO XVI, *Jesús de Nazaret*, La esfera de los Libros (edición electrónica), 2007, 60-61.

- Encíclica *Deus Caritas est*, 2005.
- Encíclica *Spe salvi*, 2007.
- Encíclica *Caritas in veritate*, 2009.

FRANCISCO, Exhortación apostólica *Evangelii gaudium*, San Pablo, Madrid 2013.

COMISIÓN TEOLÓGICA INTERNACIONAL, *Promoción humana y salvación cristiana*, 1976.

H. DENZINGER – P. HÜNERMANN, *El Magisterio de la Iglesia*, Herder, Barcelona 2000.

CATECISMO IGLESIA CATÓLICA

## WEB

<http://parroquiadebecerril.wordpress.com/tag/formacion/>

- El blog de la parroquia de Becerril de Campos: *La misericordia de Dios en la Biblia. Charlas cuaresmales*, 10.3.2014,

[www.mercaba.org](http://www.mercaba.org)

- ANSELMO, S., *Argumento Ontológico*.

[www.revistaecclesia.com](http://www.revistaecclesia.com)

- Discurso papa Francisco a los representantes de los medios de comunicación, 16.3.2013.

[www.humanitas.cl](http://www.humanitas.cl)

- “Conciencia y verdad, cardenal Joseph Ratzinger”.
- AGUSTÍN, S., *Confesiones*, III, 6, 11.

[www.periodistadigital.com](http://www.periodistadigital.com)

- “Conciencia y verdad”, Conferencia J. Ratzinger ante el 10º Seminario de Obispos, Dallas (Texas) 1991,

[www.servicioskoinonia.org](http://www.servicioskoinonia.org)

[www.amediavoz.com](http://www.amediavoz.com)

- Poema León Felipe, “Aquí vino y se fue”.

[www.scribd.com](http://www.scribd.com)

- JUAN CARLOS ÁLVAREZ BLANCO, *Cuadro comparativo de dos tipos de teología sobre la divina revelación*.

[www.rae.es](http://www.rae.es)

[www.prelaziasaofelizdoaraguaia.org.br](http://www.prelaziasaofelizdoaraguaia.org.br)

- Poema “Mi Cuerpo es comida” (Pedro Casaldáliga).